

DIALOGO EN LOS INFIERNOS

ENTRE

MAQUIAVELO

Y MONTESQUIEU

O LA POLÍTICA DE MAQUIAVELO

EN EL SIGLO XIX.

POR UN CONTEMPORANEO

(MAURICE JOLY)

Con una Advertencia y algunas notas críticas é históricas del Editor.

"No tardará en verse una calma
horrorosa durante la cual todo
se aglomerará contra la poten-
cia violadora de las leyes."

"Cuando Silla quiso devolver
la libertad á Roma, Roma no
pudo recibirla."
MONTESQUIEU, *Exp. de las Leyes*.

"Ahí Maquiavelo, muchos se
leen pero por furiosa pocos se
entienden." *Napoleón*.

BUENOS AIRES

Librairie Nouvelle "La Anticuario", Imp., Lit. y Encuadernación.

de TEODOMIRO REAL Y PRADO

141—Calle Bolívar—141

1898



CL ría

5 ^/"

y

MICBOFILMED AT HARVARD

ADVERTENCIA DEL EDITOR

Sentimientos más elevados de los que indujeron á Maurice Joly á escribir esta obra, me impulsan á publicar la presente traducción y adiccionarla con algunas notas«

Mientras Joly solo procuraba hacer algunos francos, induciendo a sus lectores en error al presentar con los colores más sombríos los pensamientos de Maquiavelo, yo publico su libro d pura pérdida, con la seguridad de que hago con su publicación un verdadero servicio á gobernantes y á gobernados, pero, con la certeza de que los tartufos que hablan del orden, ios ingenuos que hablan de la libertad y los sofistas que explotan á loS de arriba y á los de abajo, no me agradecerán ni me compensarán su publicación.

Creyendo que casi todo lo que se hace decir á Maquiavelo en esta obra, asi como lo que él dice en la obra inmortal que escribió^ es Jo que conviene practicar en política^ para bien de la comunidad, solo

deseo que sus máximas sean bien comprmdidas y menos mal ejecutadas^ por los que se encaraman al poder tan solo á fuerza de audacia y • qu>e^ en gefteral^ no son mas que histriones que dragonean de políticos y de hombres de Estado.

Con eJ mayor desdén por los 50/ístos que entonan ditirambos á la libertad^ la independendencia, la patria> etc., y... por los que vienen animados de la intención de salvar la sociedad y el orden; despreciando á los unos y a los otros: creyendo que unos y otros son perjudiciales, y que no hay mejoramiento posible en la imperfección humana; mi único deseo es, que tanto ésta como la obra inmortal de Maquiave-lo, que con los comentarios de Napoleón y de Federico el Grande publicaré ense guida, con algunas adiciones mias> sean mediante las notas y comentarios que les agrego, mejor entendidas por quienes deben entenderlas.

Obligados A soportar quienes nos... jo-biernen^ mi único anhelo es... que los que nos gobiernen no se nos hagan insoportables; para esto es necesario tan solo, que lo que hagan lo hagan bien, es decir, que procedan con arreglo á reglas de arte; con ello todos ganaremos.

Al Exmo. Señor Don*. ..

iEn todas partes 1

ExMC sbí^or:

Innumerables son los males que ha ocasionado y. E. durante su gobierno á este desdichado país.

No han sido menos los que han ocasionado sus sucesores y sus antecesores.

Pero... como aquellos a¿ fin ya los pasamos^ los que me preocupan, son los que nos van á ocasionar las nuevas administraciones.

Los males á queme refiero son de tres clases, 6 mejor dicho dimanan de tres causas, y para mayor claridad, las enunciaré, en el mismo orden,, "asi conio el P. Astete enumera cuantos son los enemigos del alma«

La primera clase la forma, ó ha ocasionado, el anhelo de cadacuai por mejorar su condición propiay la de su descendencia, aunque sea por medios irregulares y en muchas ocasiones buscando adrede los medios irregulares. -

La segunda clase se ha originado á causa de no haber sabido ó podido Y. E.« ni sus su-

cesores y antecesores cortarse á tiempo la cola... y como cada uno de los... adminículos que constituyen este apéndice dorsaU indispensable á todo hombre público y á toda administración, ha procurado á su vez mejorar su condición propia y la de su descendencia, por medios mas irregulares aun que los que emplean los que dirigen la nave del estado, se ha llegado á resultados no solo asombrosos sino desastrosos. (I)

Pero, sea dicho en honor de la verdad, la tercera clase y lamas importante y numerosa de los males causados, lo han sido por absoluta ignorancia del arte de gobernar.

Así vemos, por ejemplo, que en estas Améri-cas tan extensas^ tan feraces y tan poco pobladas, donde no existía ningún problema por resolver, se nos han implantado todos los que pueden dar y que darán muy malos ratos á nuestros hijos, y que ya tenemos en la República Argentina por ejemplo, donde caben cuatrocientos millones de hombres y donde solo hay cuatro millones, problemas agrarios, religiosos, políticos y sociales, originados por hombres de estado chambones ó mal intencionados, que, con tal de disfrutar ai presente délas sensualidades del poder no reparan en la triste herencia que dejan á los que vienen detrás.

Para que, así Y. E. como sus sucesores no puedan escudarse con que no sabían lo que hacían, ni el daño que sin provecho ni honra ocasionaban al cuerpo social, de la dirección de cuyos destinos se adueñan solo con su

(1) Díganlo entre noeotros los Bancos Nacional y ProTioelales, los £m-préatitos, Ferro-Caniles, Tierras Fública?, Centros Agrícolas, Cédalas Hipotecarias, Egidos, etc., etc.

iiiif mediante la imbecilidad de todos la

la mediante la indecencia de todos, la

indolencia de machos y la perfidia de pocos, publico esta obra y publicaré las otras que prometo y que dedico á Y. E., deseando que para honra de Y. E. y bien nuestro sea Y. E., de los que las leen y las saben entender y practicar.

Con sentimientos del mayor respeto, se ofrece de Y. E.

Muy A. y S. S.

T. Rbal t Prado.

PRIMERA PARTE primer dialogo

Maquiavelo.

Hanmé dicho que en las márgaeas de esta desierta playa encontraría la sombra del gran Montesquieu. ¿Es quizás la que tengo ante mi viste?

MONTESQUIEU.

El nombre de Grande no pertenece aquí á nadie» ioh Maquiavelo! Pero, yo soy el que buscáis.

Maquiavelo.

Entre los personajes ilustres cuyas sombras llenan el ámbito de las tinieblas, á nadie he deseado encontrar tanto como á Montesquieu. Arrojado á estos espacios desconocidos por la inmigración de las almas doy gracias á la casualidad que me pone al fin en presencia del autor del Espíritu de las Leyes.

MONTESQUIEU.

El antiguo secretario de Estado de la República florentina no ha olvidado aun el lenguaje

— 2 —

cortesano. Pero, ¿qué pueden ya decir los que han traspuesto estás sombrías orillas, que no sean angustias y pesares?

Maquiavblo.

Quien de tal modo habla, ¿es el filósofo ó el hombre de Estado? ¿Qué importa la muerte para aquellos que han vivido con el pensamiento, que no perece jamás? En cuanto á mi, no conozco condición más aceptable que la que se nos acuerda aqui hasta el dia del juicio final. Verse libre de los cuidados y preocupaciones de la vida material, habitar en el doñinio de la razón pura, poder departir con los grandes hombres que han llenado el universo con la resonancia de su nombre; seguir de lejos las revoluciones de los Estados, la caída y transformación de los imperios, meditar acerca de sus nuevas constituciones, sobre los cambios verificados en las costumbres é ideas de los pueblos de Europa, sobre les progresos de su civilización, en la política, en las artes, en la industria, comeen la esfera de las ideas filosóficas, ¡qué vasto teatro para pl pensamiento! ¡qué motivos de asombro! ¡qué nuevQs puntos de vista! ¡qué revelaciones asombrosas! ¡qué de maravillas, si hemos de dar crédito á las sombras que aquí descienden! La muerte es para nosotros como un profundo retiro donde acabamos de recoger las lecciones de la historia y los títulos de la humanidad. Mi la misma nada ha podido romper los lazos que nos sujetan á la tierra, por que la posteridad se ocupa aun de aquellos que, como vos, han impreso grandes movi-

— 3 —

mientoe al ingenio humano. Vuestros principios políticos reinan, á la hora presente, en más de la mitad de Europa; y si alguien hay que pueda atravesar sin temor el sombrío camino que conduce al cielo ó al infierno ¿quién mejor puede hacerlo que aquel que se presenta con títulos de gloria tan puros ante la justicia eterna?

MONTESQUËIU.

No habláis de vos. Maquiavelo; es demasiada modestia cuando tras de si se deja el inmenso renombre del autor del Tratado del Principe.

Maquiavrllo.

Creo comprender la ironía que ocultan vuestras palabras. ¿Me juzgará el gran publicista francés como el vulgo, que de mi no conoce sino mi nombre y me prejuzga ciegamente? Este libro, lo se, me ha dado una reputación fatal: me ha hecho responsable de todas las tiranías; me ha acarreado la maldición de los pueblos que han personificado en mí su odio hacia el despotismo; ha envenenado mis postreros días, y la reprobación de la posteridad parece haberme seguido hasta aquí. Y ¿qué es loquej^ohe hecho? Durante quince años he servido á mi patria, que era una República; he conspirado por su independencia, y la he defendido sin cesar contra Luis XII, contra los Españoles, contra Julio II, contra el mismo Borgia que, sin mi, la hubiese ahogado.

La he protegido contra las intrigas san-

— 4 —

grientas que se cruzaban én torno suyo por todas partes, combatiendo por medio de la diplomacia como otro lo hubiera hecho coh la espada; tratando, negociando, anudando ó rompiendo los hilos según los intereses de la República, que se hallaba á la sazón aplastada entre las grandes potencias, y que la guerra zarandeaba como un esquiife.

Y no era un gobierno opresor ó autocrático el que sosteníamos en Florencia: eran instituciones populares. ¿Fui yo de aquellos á quienes se ha visto cambiar con la fortuna? Los verdugos de los Médicis supieron hallarme después de la caída de Soderini. Discípulo de la libertad, sucumbí con ella; he vivido proscripto sin que las miradas de ningún príncipe dignnran fijarse en mí.

He muerto nobre y olvidado. He ahí mi vida y he ahí los crímenes queme han valido la ingratitude de mi patria el odio de la posteridad

Quizás el cielo sea más justo conmigo.

MONTESQUÏJfïü.

Todo eso lo sabía, Maquiavelo, y por esa misma razón jamás pude comprender como el patriota florentino, el servidor de una República, pudo hacerse el fundador de aquella sombría escuela que os ha dado por discípulos á todas las testas coronadas, y que solo es útil para justificar los mayores atropellos de la tiranía.

Maquiavelo.

y si os dijese que ese libro no ha sido mas que una fantasía de diplomático; que no estaba destinado ala impresión; que se le ha

— 5 —

dado una publicidad en la que nada ha tenido que ver el autor; que fué concebido bajo la influencia de ideas comunes á la sazón á todos lo» principados italianos, ávidos.de en* grandecerse unos á costa de otros, y manejados por una polUica astuta, en la que el más pérfido era reputado como el más hábil...

MONTBSQUIKU.

¿Ese es vuestro verdadero pensamiento? Ya que me habláis con esa franqueza, puedo confesaros que era también el mío, y que participaba al respecto de la opinión de muchos que conocen vuestra vida y han leído atentamente vuestras obras. Sí, sí, Maquiavelo y esta confesión os honra, no dijisteis enton ees lo que pensabais, ó no lo habéis dicho sino bajo el influjo de sentimientos personales que turbaron por un momento vuestra elevada razón.

Maquiavelo.

Os engañáis, Montesquieu, lo mismo ^ que los que como vos me han juzgado. Mi único crimen ha sido decir la verdad d los pueblos y á los reyes; no la verdad moráis sino la política; no la verdad tal y como debería aer sino como es y continuará siendo siempre. (1). No soy yo el autor de la doctrina cuya paternidad se me atribuye; es el corazón humano, pues el Maquiavelismo es anterior á Maquiavelo.

Moisés, Sesostris, Salomón, Lisandro, Felipe y Alejandro de Macedonia, Róniulo, Tarquino,

(I) Debo prevenir qne he sub-rmyado ó puesto en let^ distinta todo aquello que creo deba ser mas meditado. N. del E.

— 6 —

Julio César, Augusto y aún Nerón, Carlomagno, Teodorico, Clovis, Hugo Gapeto, Luis XI, Gonzalo de Córdoba, César Borgia, he ahi algunos antepasados de mis doctrinas.

Y entiéndase que paso sin nombrar á otros muchos de los más célebres que me han sucedido, cuya lista sería larga, y á quienes el Tratado del Principe no enseñó nada nuevo ó que ellos no supiesen por la práctica del poder. En vuestra época, ¿quién sino Federico II me ha rendido un tributo más brillante? Me refutaba con la pluma en la mano en interés de su popularidad mientras que en política aplicaba rigurosamente mis doctrinas. ¿Por qué inexplicable extravío de la razón humana se me ha hecho un cargo de lo que escribí en esa obra? Sería lo mismo que reprochar al sabio por la investigación de las causas físicas que producen la caída de los cuerpos que nos hieren al caer; al médico por la descripción de las enfermedades, al químico por que escribe la historia de los venenos, al moralista por pintar los vicios y al historiador por escribir la historia,

MONTESQlñEÜ.

¡Oh, Maquiavelo! Y que no se encuentre aquí Sócrates para deshacer el sofisma que ocultan vuestras palabras! Por pocas aptitudes que me haya concedido la naturaleza para la discusión no me es nada difícil responderos; comparáis al veneno y á la enfermedad con los males engendrados por el espíritu de dominación, astucia y violencia; y esas enfermedades son las que vuestros escritos enseñan el medio de comunicar á los Estados, y esos

— 7 —

venenos los que ensefiáis á destilar» Guando el sabio, cuando el médico, cuando el moralista buscan el mal, no es para enseñar á propagarlo; sino para curarlo. Y eso es lo que no hace vuestro libro; pero no importa, no por eso me encuentro menos desarmado.

Desde que no erigís en principio el despo* tismoY desde que vos mismo lo consideráis cómo un mal^ se me figura que por ese solo hecho lo condenáis, y sobre ese punto, por lo me-nosj podemos estar de acuerdo.

Maquiavblo.

No lo estaremos, Montesquieu, porque no habéis comprendido toda mi idea; os he presentado el flanco con una comparación de la que se podía triunfar fácilmente. Ni aun la ironía de Sócrates me preocuparía, porque no era mas que un sofista que empleaba, con mayor habilidad que los demás, un instrumento falso, la logomaquia. No es vuestra escuela, ai tampoco la mía: dejemos pues, las palabras y las comparaciones para sujetarnos á las ideas. Ved como yo formulo mi sistema, y dudo que lo conmováis, pues se compone de deducciones de hechos morales y políticos de una eterna verdad: El instinto malo en el hombre es 'qiás poderoso que El bueno. El hom-bre tiende más hacia el mal que hacia el bien; el temor y la fuerza ejercen sobre él mayor imperio que la razón. No me detengo á demostrar semejantes verdades; no habéis tenido' de vuestra parte mas que la camarilla alocada del barón de Holbach, de la cual J. J. Rousseau fué el gran sacerdote y Diderot el apóstol para haber podido contradecirles. Toáoelos

_ 8 —

hombres ctspiran á dominar, y no existe uno 50-l\} que dejara de ser opresor, si pudiese; todos ó casi todos se hallan prontos á sacriHcar los derechos de los demás ante sus intereses.

¿Qué es lo que contiene entre sí á esos animales feroces que se llaman hombres? En el origen de las sociedades, fué la fuerza bruta y sin

¿Que es lo que contiene entre sí a esos animales feroces que se llaman hombres? En el origen de las sociedades, fue la fuerza bruta y sin freno; más tarde, fue la ley, es decir siempre la fuerza, metodizada por las formas. Habéis consultado todas las fuentes de la historia; y por todas partes la fuerza prima el derecho.

La libertad' politicu no es mas que una idea relativa; la necesidad de vivin es lo que domina d los Estados lo mismo que d los individuos.

En determinadas latitudes de Europa, existen pueblos incapaces de moderación en el ejercicio de la libertad. Si la libertad se prolonga allí, se transforma en licencia; luego llega la guerra civil ó social, y el Estado so vé perdido, sea que se fraccione desmembrándose por efecto de sus propias convulsiones, ó bien porque sus divisiones le hagan presa del extranjero. En condiciones semejantes, los pueblos prefieren el despotismo á la anarquía) ¿hacen mal?

Los Estados, una voz constituidos, tienen dos clases de enemigos: los de afuera y los de adentro. ¿Qué armas emplearán en una guerra contra los extranjeros? ¿Los dos generales enemigos se comunicarán recíprocamente sus planes de campaña para ponerse mutuamente en estado de defensa? ¿Quedarán prohibidos los ataques nocturnos, los ardides, las emboscadas, las batallas con número desigual de

^ 9 —

tropas? Ciertamente que no, ¿no es cierto? y semejantes combatientes causarían risa» Y esas asechanzas, esos ardides, toda esa estrategia indispensable en la guerra, ¿no queréis que se emplee contra los enemigos de casa, con-tra los facciosos? Sin disputa que con ellos se empleará menos rigor; pero en el foudo, las reglas serán las mismas, ¿i¿s posible conducir por la pura razón á mastis violentas que se agitan solo por sentimientoSj pasiones y preo^ cupacionesf

Que la dirección de los negocios sea confiada á un autócrata, á una oligarquía ó al mismo pueblo, ninguna guerra,ninguna negociación 6 reforma inerior podrán tener éxito, sin la ayuda de esas combinaciones que parecéis repro* bar, pero que hubierais tenido necesidad de emplear si el rey de Francia os hubiese enco-mendado el más pequeño negocio de Estado.

iPueril, es la reprobación que ha caído sobre el Tratado del Principe/ For \ entura, itiene algo que ver lapolítica con la morali ¿Visteis nunca un solo Estado que se guiase según los principios que reglan Ja moral privada? Pero toda guerra sería un crimen, aun cuando reconociese una causa justa; toda conquista^ sin otro móvil que la gloria, sería unainiqui» dad; todo tratado en el que una potencia hiciera inclinar la balanza de su lado, sería un engaño indigno; toda usurpación del poder soberano sena un acto que merecería la muerte. No habría nada do legítimo sino lo que so fundase sobre él derecho; pero, ya os lo he dicho^ y lo sostengo ahora, ante la historia contemporánea: todos los poderes soberanos han

— 10 —

«

tenido la fuerza por origen^ ó, lo que viene á ser lo mismo, la negación del derecho.

¿Quiere decir esto que yo lo proscriba! No; pero lo miro como de una aplicación enx-ti*emo limitada, tanto en las relaciones de las naciones entre sí, como en las de gobernantes con gobernados.

Además, basta la misma palabra derecho^ ¿no veis caán infinitamente vaga es! ¿Dónde empieza y dónde acnba! ¿Cuándo existirá el derecho y cuándo no! Ejemplos: He aquí un Estisido: la mala organización de los poderes públicos, la turbulencia de la democracia, la impotencia délas leyes contra los facciosos, 'Cl desorden que reina por doquier, van á precipitarlo á la ruina. Un hombre atrevido surge de la aristocracia ó de las filas del pueblo; derroca todos los poderes constituidos; se apodera de las leyes; cambia todas las instituciones y procura á su país veinte años de paz. ¿Tenia el derecho de hacer lo que hizo!

Pisistrates se apodera de la cindadela gracias á un golpe de mano, y prepara el siglo de Peri-cies. Bruto viola la Constitución monárqui^ ca de Roma^ expulsa á los Tarquines^ y funda 4 puñaladas una república cuyo esplendor es el espectáculo más imponente que se haya dado al universo. Pero la lucha entre el patri-ciado y la plebCique^^ mientras fué sofrenada^ dio vitalidad á la República^ acart^ea su disolu-^ ción y todo va . á perecer. Aparecen César y Au* gusto; otros dos violadores; pero el imperio romano que ha sucedido á la República, gracias á* ellos, dura tanto como ella, y no sur cumbe sino cubriendo el mundo entero con sus despojos. Ahora bien, ¿el derecho estaba

— 11 —

con aquellos hombres audaces? Nó^ según vos. Y« sin embargo, la posteridad los ha cubierto de gloria; ea realidad, han servido y salvado á su país, prolongando su existencia á través de los siglos. Bien veis qué en los Estados el principiQ del derecho está dominado por el del interés,, j lo que se desprende de estas consi* deraciones, e^ que el bien puede salir del mal; queie llega atbim.por el mal^ como se cura por medio del veneno^ j se salva la vida con el filo del bisturí. Por mi parte me he preocupado menos de lo que era bueno y moral que de lo que era útil y necesario; he tomado las sociedades como eran, y be dado reglas en consecuencia.

Hablando en abstracto, la violeticia y la astucia líon un matt Si] perj será necesario em-picarlas para gobernar á los hombres, mientras los hombres no sean ángeles.

Todo es bueno ó malo, según el uso que se haga de ello y el fruto que se recoge; el fin justifica los medios: y ahora si me preguntáis por qué, yo que soy republicauOi muestro siempre preferencia por el gobierno absoluto, os responderé que, testigo en mi patria de la inconstancia, y cobardía del populacho, de su a/f-ción innata ó la domesticidad^ db su imoapacidad

PARA CONCEBIR Y RBSPBTAAi LAS CONDICIONES DB

LA ViDí. librb; es á mis oíos una fuerza ciega que se evapora tarde 6 temprano, si no está en la mano de un solo hombre; afirmo qué el pueblo, entregado á sí mismo, no sahrá hacer mas que destruirse, que no sabrá administrar, ni hacer justicia, ni guerrear. Os diré que Orcyíia brilló tan solamente durante los eclipses de libertad; que sin el despotismo de la arisio*

— 12 —

cracia romana^ y, más tarde, dn el despotismo de los emperadores^ nunca hubiérase desarrollado la refulgente civilización Europea.

¿Iré á bascar ejemplos ea los Estados modernos? Tati palpitantes y numerosos son, que tomaré los primeros que se me ocurran.

¿Con qué instituciones y bajo qué hombres han brillado las repúblicas italianas? ¿Con qué soberanos han constituido su poderío España, Francia y Alemania? Bajo los León X, los Julio IL los Felipe 11, los Barbarroja, los Luis XIV., los Napoleón, todos ellos hombres de mano férrea, que más veces la posaban sobre los gavilanes de sus espadas que sobre la carta de sus Estados.

Pero me asombro de haber hablado durante tanto tiempo para convencer al ilustre escritor que me escucha. Si no estoy mal infor-madOy ¿parte de estas ideas no se halla en el Espíritu de las leyest ¿Este discurso ha herido al hombre grave y sereno que ha med.tado, sin pasión, sobre los problemas de la política? Los enciclopedistas no eran Catones: el autor de las Carlas Persas no era un santo, ni siquiera un devoto ferviente. Nuestra escue* la que tildan de inmoral, se acercaba más al verdadero Dios que los filósofos del siglo XVIII

MONTBSQUÍSU.

Vuestras últimas palabras, Maquiavelo^ no han despertado en mí la cólera, y os he escuchado con atención. ¿Queréis oírme y me permitiréis que use idéntica libertad á vuestro Mspecto?

— 13 — Maquiílvblo.

No replico palabra^ y escucharé con un silencio respetuoso al que llaman el legislador de las naciones.

SEGUNDO DIALOGO

MONTfíSQUIBU.

Vuestras doctrinas no tienen nada de nuevo para mí, Maquiavelo; y, si experimento algún embarazo en refutarlas, no es tanto porque inquieten mi rafsón, como porque^ falsas oréales^ carecen en absoluto de base filosófica. Comprendo que sois, ante todo, un hombre político, y que tenéis en más los hechos que las ideas. Pero convendréis, sin embargo, en que, cuando se trata de gobiertio, es precisó venir á los principios. No concedéis ningún {mestp, eu vuestra política, niá la moral, ni Á a religión, ni al derecho; las dos únicas palabras que tenei» en los labios son : la fuerza y la astucia. Si vuestro sistema se reduce á decir que la fuerza representa un gran papel en los negocios humanos, que la habilidad es una cualidad necesaria en el hombre de Esta* do, comprendereis que es una verdad que no necesita demostración; pero, si erigís la vio*

— 15 —

loncia en principio^ la astucia en máxima de gobierno; si para vuestros cálcalos no tenéis

Eresente en nada ninguna de las leyes de la umanidad, el código de la tiranía no es mas que el código de la bestia, porque los animales también son astutos y fuertes, y entre ellos, no hay, en efecto, mae ley que la de la fuerza brutal. Pero no creo que vuestro fatalismo vaya basta ese punto, puesto que reconocéis la existencia del bien y del mal.

Vuestro principio es que el bien puede surgir del mal^ y que es permitido hacer el mal cuando de ello puede tesullar algún bien. Así, no decís sencillamente: No* hay inconveniente en faltar á su palabra; ni en usar de la corrupción, de la violencia y dé la muerte. Pero decís: Se puede faltar cuando sea útil, matar cuando sea necesario, tomar el bien ageno,si fuese ventajoso. Me apresuro á añadir que^ en vuestro sistema, esas máximas no se refieren mas que á los príncipes, y cuando se trate de sus intereses o de los del Estado.

Por consiguiente, el príncipe tiene el derecho de violar los juramentos; puede hacer correr la sangre á torrentes para apoderarse deí poder ó para sostenerse en él; puede expoliar á aquellos que ha desterrado^ echar abajo todas las leyes, dictar otras nuevas y violarlas; dilapidar el Tesoro, corromper, comprimir, castigar y herir sin cesar.

Maquiavblo.

Pero no habéis dicho vos mismo que, en los Estados despóticos, el temor era necesario, la virtud inútil, el honor peligroso; que era ne-

— 16 —

<*'esariouna obediencia ciega, y que el principe estaba perdido si dejaba de tener la mano levantada un solo momento (1),

MONTESQÜIEÜ.

Sí, lo he dicho; pero cuando hacia constar, •como vos, las condiciones horribles en las que se mantiene el poder tiránico, era para vejarlo y no para erigirle altares: era para que le inspirase horror á mi patria que nunca, afortufaa-damente para ella, ha doblegado la cerviz ante Mmejante yugo. Cómo es que no veis que la fuerza no es sino un accidente en la marcha de las sociedades regulares, y que los poderes más arbitrarios están obligados á buscar íBu sanción en condiciones extrañas á las teo* rias de la fuerza. No es solamente en nombre del interés^ sino en el del deber que obran todos los opresores. Lo violan, pero lo invocan; la doctrina del interés es tan impotente por sí misma como los medios que emplea.

Maquiavblo.

Aquí^ os atajo; concedéis una parte al interés, y eso basta para fuslificar todas las nece^ sidades políticas que no están de acuerdo con el derecho.

MONTBSQDIBU.

Invocáis la razón de Estado. Notad, pues, que no puedo dar por base á las sociedades lo que precisamente las destruye. En nombre del interés, los príncipes y los pueblos, como los ciudadanos, no cometerán mas que críme

— 17 —

nes. I El interés del Ustado, decís! Pero» {Cómo reconoceré si le es verdaderamente provechoso cometer ésta ó la otra iniquidad?

{Acaso ignoramos que el interés del Estado es la mayor parte de las veces el interés particular del príncipe, ó el de los favoritos corrompidos que le rodean? Yo no me expongo á consecuencias parecidas al dar el derecho por base á la existencia de las sociedades, porque la noción del derecho traza límites que el interés no debe traspasar.

Ahora si me preguntáis cuál es el fundamento del derecho, os responderé que es la moral« cuyos preceptos no tienen nada dudoso, ni es oscuro, porque están escritos en todas las religiones, y se hallan impresos en caracteres luminosos en la conciencia del hombre.

De ese manantial puro deben brotar todas las leyes civiles^ políticas, económicas, é inter- :nacionales.

Ex eodem iure^ sive ex eodem fonte, sive ex ,eodem principio.

Pero aquí es donde resalta vuestra inconse-4^uencia; sois católico, sois cristiano; adoramos .al mismo Dios, aceptáis sus mandamientos, admitís la moral, el derecho eu las relaciones de los hombres entre sí, y pisoteáis todas esas reglas cuando se trata del Estado ó del prín- <^ipe. En una palabra^ la poUlica nada tiene .que ver^ según vos, con la moral. Permitís al monarca lo que prohibís al individuo.

Según que el débil ó el fuerte ejecuten las mismas acciones, las glorificáis ó las condenáis; son crímenes ó virtudes, según el rango que las ejecuta. Alabais al príncipe por que las hace, y enviáis al subdito d galeras.

— 18 —

No pensáis que con semejantes máximas, no hay sociedad que tenga vida, ¿creéis que el súb' dito mantendrá por largo tiempo sus juramentos cuando vea que el soberano los traiciona; que respetará las leyes cuando sepa que quieu se las dio las ha violado, y sigue violándolas diariamente; oreéis que vacilará en el camino de la violencia, déla corrupción y del fraude, cuandoveaempeñadosene&ecaminoundíay otro á los que están encargados de guiarle? Desengañaos; tened entendido que cada usurpación del príncipe en el dominio de la cosa pública autoriza una infracción semejante en la esfera del subdito; que cada perfidia política engendra una perfidia social; que cada violencia de los de arriba legitima una violencia de los de abajo. Esto, por lo que atañe á los ciudadanos entre sí.

En lo que les incumbe en sus relaciones con los gobiernos, no tengo necesidad de deciros que es la guerra civil introducida en estado de levadura, en el seno de la sociedad. El silencio del pueblo no es sino el alto del ven* cido, . para quien el quejido es un crimen.

Esperad á que despierte: habéis inventado la teoría de la fuerza; estad persuadido de que no se le olvida. El día menos pensado romperá sus cadenas; y las romperá quizás con el mas fútil pretexto, recuperando por la fuerza lo que la fuerza le quitó.

La máxima del despotismo es el perinde ac cadáver de los jesuítas; ¡Qatar ó ser muerto: he ahí su ley; es el embrutecimiento hoy» mañana la guerra civil. Por lo menos ésta es ja manera como pasan las ck)sas bajo las latitu*

— 19 -

des de Earopa; en el Oriente, los pueblos dor« mitán en paz en el envijecimiento déla domes* ticidad.

Los príncipes no pueden, pues, permitirse lo'que la moral privada prohíbe: esa es mi conclusión; y es formal. Creísteis que me turbaría citándome el ejemplo de muchos grandes hombres que, por medio de atrevidos actos llevados á cabo para violar las leyes, habían procurado la paz de sus países, y alguna vez la gloria; de ahf sacáis vuestro gran argumento: el bien súrga del mal*

No me conmueve; no me ha sido demostrado que esos hombres audaces hayan hecho más bien que mal; no existe para nii constan- cia de que las sociedades no se hubiesen sos-' tenido y salvado sin ellos. Los medios de salvación que aportan no compensan los gérmenes de disolución que introducen en los Estados. Algunos años de anarquía, son muchas veces menos funestos para un reino que muchos años de despotismo silencioso.

Vos admiráis los grandes hombres, y yo no admiro sino las grandes instituciones. Creo que, para ser felices, los pueblos necesitan menos de hombres de genio que de hombres íntegros; peto os concedo, si queréis, que al- gunasdelas empresas violentas de las que hacéis la apología, han podido favorecer á ciertos Estados. Esos actos podían justificarse en las sociedades antiguas donde reinaba la esclavi- * tudy el dogma de la fatalidad. Vuelven á aparecer en la edad media y aunen los tiempos modernos, pero á medida que las costumbres se han morigerado, ^ue la luz se ha propaga-

— 20 —

do en los diversos pueblos de Europa; á medida, sobre todOy que han sido coQOcidos mejor ios principios de la ciencia política, el derecho ha reemplazado á la fuerza, lo mismo en los principios que en los hechos. No hay duda q^xie las tempestades de la libertad existirán siempre y que en su nombre se cometerán aun muchos crímenes; pero el fatalismo político no existe ya. Si pudisteis decir, en vuestra época, que el despotismo era un mal necesario, hoy no podríais asegurar lo mismo, pues en el actual estado de costumbres é instituciones políticas de los principales pueblos de Europa, el despotismo se ha hecho imposible.

Maquiavblo.

¿Imposible? Si conseguís demostrarme tal cosa, consiento en plegarme á alguna de vuestras ideas.

MONTBSQUIBU.

Voy á demostrároslo muy fácilmente, si queréis seguir prestándome atención.

Maquiavblo.

Con mucho gusto, pero, cuidado; creo que os comprometéis á mucho.

DIALOGO TERCERO MONTESQÜ.KU.

Una espesa masa de sombras se dirige hacia esta playa; no tardará en ser invadida la región en que nos hallamos. Venid por este lado, sin lo cual no tardaríamos en vernos senarados

Maquiavelo.

No he encontrado en vuestras últimas palabras la precisión que caracterizaba vuestro lenguaje al principio de nuestra conversación. Hallo que habéis exagerado la consecuencia de los principios que encierra el Espíritu de las Leyes.

MONTESQUIEU

He evitado, apropósito, en esa obra plantear largas teorías. Si la conocieseis diferente-mente de lo que de ella os hayan dicho, veáis que las explicaciones que ahora os doy emanan sin esfuerzo alguno de los principios que he asentado. Además, no tengo inconveniente

veniente en declarar que el conocimiento que he adquirido de los tiempos modernos ha modificado ó complementado algunas de mis ideas.

Maquiavelo

¿Pensáis seriamente sostener que el despotismo es incompatible con el estado político de los pueblos de Europa?

MONTESQUIEU

No he dicho todos los pueblos; pero os cito, si queréis, aquellos en que el desarrollo de la ciencia política ha dado ese gran resultado.

Maquiavelo ¿Qué pueblos son esos?

MONTESQUIEU

Inglaterra, Francia, Bélgica, parte de Italia, Prusia, Suiza, la Confederación germánica, Holanda, Austria misma, es decir, como veis casi toda la parte de Europa sobre la que se extendía en otro tiempo el mundo romano.

Maquiavelo.

Conozco algo lo que ha sucedido en Europa desde 1537 hasta nuestros días, y os confieso que tengo curiosidad por oírlos justificar vuestra proposición.

MONTESQUIEU

Pues bien, escuchadme y quizás consiga convencerlos. No son los hombres sino las instituciones las que aseguran el reino de la libertad y de las buenas costumbres en los

— 23 —

Estados. De la perfección ó imperfección de las instituciones depende todo el bien, pero así mismo dependerá necesariamente todo el mal que pudiese resultar para los hombres de su reunión en sociedad; y cuando yo quiero las mejores instituciones, comprendéis fácilmente que, según las bellas palabras de Solón, me refiero á las más perfectas instituciones que los pueblos puedan soportar. Quiero decirlos, que no concibo para ellos condiciones de existencia imposibles, y que por eso me separo de esos deplorables retormistas que pretenden constituir las sociedades sobre puras hipótesis racionales sin tener en cuenta el clima, los hábitos, las costumbres y aun las preocupaciones.

En el origen de los pueblos, las instituciones son lo que pueden ser. La antigüedad nos ha mostrado civilizaciones maravillosas en los que las condiciones del gobierno libre eran admirablemente comprendidas. Los pueblos de la era cristiana tuvieron mayor dificultad en armonizar sus constituciones con el movimiento de la vida política, pero se aprovecharon de las enseñanzas de la antigüedad, y merced á civilizaciones infinitamente más complicadas, han llegado, no obstante, á resultados más perfectos.

Una de las primeras causas de la anarquía como del despotismo, ha sido la ignorancia teórica y práctica en la que han permanecido los Estados de Europa durante largo tiempo acerca de los principios que presiden la organización de los poderes. ¿Cómo, cuando el principio de la soberanía residía únicamente en la persona

— 24 —

del príncipe, podía afirmarse el derecho de la nación? ¿Cómo, cuando aquel que tenía la misión debida de cumplir las leyes, era al mismo tiempo legislador, su poderío no se convirtiera en tiranía? ¿Cómo podían los ciudadanos estar garantizados de lo arbitrario, cuando estado ya confundidos el poder legislativo y el ejecutivo y el poder judicial? (1).

De sobra sé que ciertas libertades, que ciertos derechos públicos que se introducen tarde ó temprano en las costumbres políticas menos avanzadas, no dejan de poner obstáculos al ejercicio ilimitado de la realeza absoluta; que, por otra parte, el temor de que se sublevase el pueblo, el carácter bondadoso de ciertos reyes, les obligaban á usar moderadamente de los poderes excesivos de que se hallaban investidos; pero no es menos cierto que aquellas garantías tan precarias estaban á disposición del monarca que disponía en principio de los bienes, de los derechos y de la persona de los subditos. La división de los poderes ha resuelto en Europa el problema de las sociedades libres, y sí hay algo que pueda dulcificar para mí la ansiedad de las horas que preceden al juicio final la idea de que mi paso por la tierra no ha sido extraño á esa gran emancipación.

Habéis nacido, Maquiavelo, en los límites de la edad media, habéis visto con el renacimiento de las artes, abrirse la aurora de los tiempos modernos; pero la sociedad en medio de la cual habéis vivido estaba, permitidme que os lo diga, impregnada todavía de los errores de

(1) Esmu de la Le^{ta}, lib. XI cap. VI.

— 25 —

la barbarie; la Europa era un torneo. Las ideas de guerra, de dominación y de conquista llenaban la mente de los hombres de Estado y de los príncipes. La fuerza era el todo y el derecho nada cosa convenia en ello: los reinos eran á modo de presa de los conquistadores: en

principios de la libertad era el odio, y por lo tanto por odio, con el odio en odio, los reinos eran a modo de presa de los conquistadores; en el interior de los Estados, los soberanos luchaban contra los grandes vasallos; y estos asolaban las ciudades. En medio de la anarquía feudal que ponía en armas á Europa entera, los pueblos, pisoteados^ se' habían acostumbrado á mirar á los príncipes y á los grandes como divinidades fatales, á las que se había entregado el género humano. Habéis

aparecido en esos tiempos de tumulto^ al mismo tiempo que llenos de grandeza. Habéis visto intrépidos capitanes, hombres de hierro, genios audaces; y ese mundo, lleno de bellezas sombrías en su desorden, se os presentó coukO se le aparecería á un artista á quien heriría más su imaginación que su sentido moral; eso es lo que> á mis ojos, explica el Trufado del Príncipe^ y no estabais tan lejos de la verdad como pretendíais, cuando hace poco, por una sutileza italiana, os complacíais, para sondearme, en atribuirle á un capricho de diplomático. Pero, después de vos, el mundo no se ha quedado estacionario; los pueblos bo consideran hoy como los arbitros de sus do. tinos; de hecho y derecho, han abolido los privilegios y destruido la aristocracia; han planciuk) un principio que sería bien extrañe para vos, descendiente del marcenés Hugo: han esUblecido el principio de igualdad; ya no ven en los que los gobiernan 3

- 26 -.

§

sino mandatarios; han realizado el principia de igualdad por leyes civiles que nadie podrial arrancárselo. Quieren á esas leyes como á su sangre, porque han costado» efectivamente, mucha sangre á sus antepasados.

Acabo de hablaros de las guerras: m^ mantienen siempre, lo se; pero, el primer progreso^ es que hoy no dan a los vencedores la propiedad de los Estados vencidos. Un derecho^ que apenas habéis conocido, el derecho internacionali rige hoy las relaciones de las naciones entre sí, como el derecho civil establece las relaciones de los habitantes en cada nación.

Después de haber asegurado sus derechos privados por leyes civiles, y sus derechos públicos por tratados^ los pueblos han querido ponerse en regla con sus i)ríncipes, y han asegurado sus derechos políticos por medio, de constiuciones. Entregados á lo arbitrario durante largo tiempo, por la confusión de los poderes, que permitía á los príncipes fíncer leyes tiránicas para aplicarlas tiránicamente^ han separado los tres poderes, legislativo, ejecutivo y judicial, por líneas constitucionales que no pueden ser ultrapasadas sin dar la voz de alarma á todo el cuerpo político.

Por esta sola reforma, que es un adelanto inmenso, ha nacido el derecho público interno, y los principios superiores que lo constituyen se encuentran deslindados.

La persona del príncipe deja de confundirse con la del Estado, la soberanía aparece como teniendo en parte su origen en el mismo seno de la nación, que distribuye los pode-.

— 27 —

res entre el principio y los cuerpos políticos, independientes entre sí. No quiero plantear, delante del ilustre hombre de Estado que me escucha, una teoría completa del régimen qué se llama, en Inglaterra y en Francia, régimen constitucional; se ha aclimatado eu las costumbres de los principales Estados de Europai no solo porque es la expresión de la más elevada ciencia política^ sino más bien por ser el único modo práctico de gobierno en presencia de las ideas de la civilización moderna.

En todas las épocas, bajo el reino de la libertad, como en el de la tiranía, no ha podido goberuarpe sino con leyes. En el modo como están hechas las leySy es donde se fundan todas las garantías de los ciudadanos. Si el príncipe es el legislador único, no hará mas que leyes tiránicas, y gracias que no dé por tierra con la con<)titución del Estado en algunos años; pero en ese caso, se está en pleno absolutismo; si es un senado, se ha constituido la oligarquía, régimen odioso para el pueb'o, porque le da tantos tiranos como dueños; si es el pueblo, se corre á la anarquía^ que es otra manera de llegar al despotismo; si es una asamblea, epianación del pueblo, está resuelta la primera parte del problema; porque es la base del gobierno representativo, hoy en vigor en toda la parte meridional de Europa.

Pero una asamblea de representantes del pueblo que por sí sola poseyese toda la soberanía legislativa, no tardaría en abusar de su poder y poner al Estado en los mayores

— 28 —

peligros. El régimen que se ha establecido definitivamente, transacción feliz entre la aristocracia, la democracia y el planteamiento mo-Bárquico, participa á la vez de esas tres formas de gobierno, mediante un sumum de poderes que parece ser la obra maestra del ingenio humano, [^a persona del soberano es sagrada, inv;o!n]le; pero, al.mismo tiempo que conserva una masa de atribuciones capitales que, para el bien del Estado deben radicar en su poder^ su papel principal se reduce.á ser ei mantenedor de las leyes. No teniendo en su mano los plenos poderes, su responsabilidad se elimina y recae sobre los ministros que asocia á su gobierno. La ley, cuya proposición exclusiva le pertenece, ó conjuntamente con otro cuerpo de Estado, prepárala un consejo compuesto de hombres versados en la práctcade los negocios, se somete á una Cámara alta, hereditaria ó vitalicia, que examina si sus disposiciones no encierran naíia en contrario ala Constitución, votada por un cuerpo legislativo que emana del sufragio de la nación y aplicada por una magistratura independiente (!)• Si la ley es viciosa es rechazada ó enmenda da por el Cuerpo Legislativo: la Cámara alta se opone á su adopción, si es contraria á los principios en que reposa la constitución.

El triunfo de este sistema tan profundamente concebido^ y cuyo mecanismo, como comprendereis, puede combinarse de mil modos según el temperamento de los pueblos á que se aplique, ha sido conciliar el orden con la li-

(1) iln<lepondienter.... Bien se echa de ver que Montesquieu no TÍsitó MtM latltadei. N. del £,

— 29 —

bertadj la estabilidad con el movimiento, el ha« cer participar á la generalidad de los ciudada-nosdelavidapolítica, suprimiéndolas agitaciones déla plaza pública. Es el país gobernándose á sí mismo, por el cambio alternado de las ma« yorias que influyen en las Cámaras en el nombramiento de los ministros dirigentes.

Las relaciones entre el príncipe y los subditos reposan, como veis, en un vasto sistema de garantías cuyas bases inrj^uebrantables radican en el orden civil. Nadie puede sufrir en su persona ó en sus bienes por un acto de la autoridad administrativa; la libertad individual se halla al ampaio de los magistrados: en materia criminal^ los acusados son juzgados por sus iguales: por encima de todas las

jurisdicciones» hay una jurisdicción suprema encargada de anular las sentencias dictadas con violación de las leyes. Se arma á los mismos ciudadanos para la defensa de sus derechos, por la institución de las milicias nacionales, que concurren al cuidado de las ciudades; el particular más humilde puede, por derecho de per tición, elevar su queja hasta el seno de las a-sambleas soberanas que representan lanación(l) • Los pueblos están administrados por autori* dades nombradas por elección. Todos los años se reúnen grandes asambleas provinciales^ emanadas igualmente del sufragio, para hacer

{presente las necesidades y las peticiones de as poblaciones que las rodean.

Tal es la imagen bien pálida, ioh Maquia-Telo! de algunas de las instituciones que florecen hoy día en los Estados modernosi y

(1) JPoro generalmeiie pierde bu tiempo. N. del B.

— 30 —

principalmente en mi querida patria; pero como la publicidad es la esencia de los países libres, todas esas instituciones no podrían vivir mucho tiempo si no funcionaran á la luz del sol. Un poder no conocido aún en vuestro siglo, y que acababa de nacer en mi época, vino á darles el último soplo de vida. Es la prensa, largo tiempo proscripta, y todavía vilipendiada por la ignorancia, pero ala quepo* dría aplicársele la hermosa frase de Adam Smith, al hablar del crédito: Es una vía pú-blica(l). Por esa vía, en etecto, se manifiesta todo el movimiento délas ideasen los pueblos modernos. La prensa ejerce en el Estado, á modo de funciones de policía; expone las necesidades, traduce las quejas, denuncia los abusos, los actos arbitrarios; obliga á que seau morales todos los depositarios del poder: bástale, para ello, ponerlos frente á frente de la opinión pública.

En sociedades organizadas así, ioh Maquia-velo! ¿qué lugar dejaríais á la ambición de los príncipes y á las empresas de la tiranía? No ignoro por medio de qué doloronas convulsiones ha llegado á triunfar este progreso. En Francia, la libertad, ahogada en sangre durante el período revolucionario, ha revivido con la Restauración. En su tiempo, preparábanse nuevas conmociones; pero ya todos los Erincipíos, todas las instituciones de que os e hablado, se habían amoldado á las costumbres de Francia y de los pueblos que gravitan en la esfera de la civilización. He concluido; Maquiavelo. Tanto los Estados

(2> Donde sueleo depopitane mochas inmundicias.N. del E.

— 31 —

como los soberanos se rigen por leyes basadas en las reglas de estricta justicia. El ministro moderno que se inspirara en vuestras lecciones, no permanecería un año en el poder; el monarca que pusiera en práctica las máximas del Tratado del Principe^ levantaría contra sí ía reprobación desús subditos; y seria puesto en el pilori, por toda la Europa.

Maquiavblo. {Creéis eso?

MONTBSQUIBÜ.

<

¿Me perdonáis la franqueza?

Maquiavblo.

¿Por qué no?

MONTBSQOIBU.

¿Tengo derecho á pensar que se han modi» flcadoen algo vuestras ideas?

Maquiavblo.

Me propongo desbaratar, punto por punto» cuantas lindas cosas acabáis de decirme; y demostraros que las únicas que predominan hoy son las mías, apesar de las ideas nuevas, de las costumbres; no obstante vuestros pretendidos principios de derecho público y de todas las instituciones de que acabáis de hablarme; pero permitidme, ante todo, que os dirija una pregunta: ¿Hasta donde habéis llegado en la historia contemporánea?

— 32 -

MONTBSQUIBU.

Las rocioues que he adquirirlo sobre los diferentes Estados de Europa, alcanzan hasta los últimos días del año 1847. Las peripe* cías de mi viaje errante á través de estos espacios inñiútos y la confusa multitud de las almas que los pueblan, me han impedido tro* pezar con alguien que pudiese informarme de una época posterior á la que os he dicho. Desde que descendí á la mansión de las tinie* blas, he pasado próximamente medio siglo "entre los pueblos del mundo antiguo y solo hace un cuarto de siglo que he encontrado las legiones de los pueblos modernos; y aún asi, es preciso añadir que la mayor parte llegan de los más apartados rincones del universo. A ciencia cierta, ni aun sé en que año del muudo nos hallamos.

•

Maquiavrlo.

Aquí, los últimos son, pues, los primeros» joh Montesquieu! El hombre de Estado de la Edad Media, el politice de los tiempos bárbaros, sabe más que el filósofo del siglo diez y ocho, acerca de la historia de loi tiempos modernos. Los pueblos se hallan en el año de gracia 1864.

MONTBSQUIBU:

Ós ruego encarecidamente. Maquiavelo. que 1:Bngais á bien hacerme saber lo que ha pasado en Europa desde el año 1817.

Maquiayblo. No haré tal, sin antes haberme procurado

~ 33 — .el placer de deshacer todas vaestras teorías.

MONTBSQUIBU.

Ck)nio gastéis; pero teaed la persuasión de que nada temo á ese respecto. Es preciso (\\xe transcurran siglos para cambiar los principios y la forma de los gobiernos con los que los pueblos tienen la costumbre de vivir. De los quince afios que acaban de transcurrir, no re-6aila ninguna nueva enseñanza política; y, si jen todo caso fuese así, no serian las doctri-ñas de Maquiavelo las que hubiesen triun-fado.

Maquiavblo. ^ Creis eso: escuchadme á mi vez.

DIALOGO CUARTO

M aquí A VELO.

Al escuchar vuestras teorías acerca de la división de los poderes y sobre los beneficios que le deben los pueblos de Europa, ño podía dejar de admirar, Montesquieu, hasta qué pun^ to puede apoderarse de los ingenios más grandes la ilusión de los sistemas.

Seducido por las instituciones inglesas, habéis creído que podríais hacer del régimen constitucional la panacea universal de los Estados; pero no habéis contado con el movimiento irresistible que hace perder hoy día á las sociedades sus tradiciones de antaño. No transcurrirán dos siglos sin que esa forma de gobierno, que admiráis, ^uede en Europa solo en calidad de recuerdo histórico, algo á modo de rancio y caduco como la regla de las tres unidades de Aristóteles.

Permitidme ante todo examinar en si misma vuestra mecánica política: Balanceáis

— asios tres poderes y confináis cada caal á su de*-partamento: éste hará las leyes, ese otro las-aplicará y un tercero se encargará de hacerlas-ejecutar: el príncipe reinará y los ministros go-bernar/ln; ¡Qué maravillosa cosa es ésta báscula constitucional!

Habéis previsto todo, puesto en regla todo» escepto el movimiento: el triunfo de semejante sistema» no seria la acción» sino la inmovilidad si el mecanismo funcionara con precisión; pe-"ro, en realidad, las cosas no pasarán de ese modo. En la ocasión menos pensada, produ-círase el movimiento por la rotura de uno de los resortes que con tanto cuidado habéis for--jado. ¿Creéis que los poderes permanecerán por mucho tiempo dentro de los limites constitucionales que les asignasteis y que no llegarán á. ultrapasarlos? ¡Cuál será la asamblea lenslati--va independiente que no aspire d la sobera^ niat ¿Donde está la magistratura que no ser doblegue al capricho de la opiniónf ¡Qué príncipe^ sobre todo sohtrano de un reino 6 iefe de una Tfípública^ aceptará sin esquiveces el papel pasivo d que le habréis condenado; sin que, desde el fondo de su pensamiento^ no medite en el modo de derrocar los poderes rivales que entorpecen su acción? En realidad, habéis puesto unas frente á otras todas las fuerzas contrarias, suscitado toda clase de empresas, dado armas á todos los partidos. Habréis entregado el poder al asalto de todas las ambiciones, y convertido el Estado en una arena donde se desencadenarán las facciones. No tardará en reinar el desorden por todas partes; inagotables retóricos transformarán en instas oratorias las a^am^

— 36 —

bleas deliberantes; periodistas osizdos, desaforados panfletistas atacarán diariamente la per • sona del soberano^ desacreditarán al aobiemo, d ios ministros, á los funcionarios públicos....

MONTBSQUIKU.

Conozco desde hace tiempo esos reproches dirigidos á los gobiernos libres. Tienen escaso valor á mis ojos: los abasos no condenan las instituciones. Conozco muchísimos Estados que viven en paz desde hace mucho tiempo, bajo el régimen deesas leyes: compadezco á aquellos -que no puedan vivir con ellas.

Maqüiavelo.

Esperad: En vuestros cálenlos, no habéis con* iado sino con minorías sociales. Existen mu--chedumbres enormes sujetas al trabajo por la pobreza, como en otro tiempo lo estuvieron por la esclavitud. ¿Qué importan, decidme, para «u felicidad todas vuestras ficíiones parlamentarias? Vuestro gran movimiento político no 4sonduce, en definitiva, mas que al triunfo de una minoría privilegiada por la casualidad; como la antigua nobleza lo era por el nacimiento. ¡Qué le importa al proletario encorvado baio su fatiga, bufo el pes*j de su destino, que algunos oradores tengan el derecho dtí hablar y algunos publicistas el de escribir? Habréis creado derechos que permanecerán toda la vida para la masa del pueblo en el estado de pura tacultad, puesto que no sabrá ni puede utili-jsarlos.

Esos derechos de que la ley le reconoce el goce ideal y cuya necesidad le priva del ejer-

~ 37 —

cícioreal, no soq para él smtS una amarga ironia de su desuno. Os aseguro que Uegard un éUa en que loa mire con rabia y que lo8 destrozará con sus propias manos para entregarse al despolis^ mo.

MONTBSQUIKU.

^Qaé desprecio siente Maqaiavelo po^ la humanidad y qué idea se hace de la bajeza de Ios-pueblos modernos? Dios poderoso, no creo que lá los hayas creado tan viles. Maquiavelo, por mas que diga, ignora los principios y las con-d,iciones de existencia de la civilización actual.

El trabajo, hoy día, es la ley común, como es la ley divina; y^ lejos de ser una señal de esclavitud entre los hombres, es el lazo de su. asociación, el instrumento de su igualdad.

Los derechos poiticos no tienen nada de ilusorios para el pueblo en los Estados en que Ja ley no reconoce ningún privilegio, y donde todas las barreras están abiertas á la actividad individual. Sin duda, y eso sucederá en toda clase de sociedades, la diferencia de inteligencias y de fortunas da á los individuos inevitables diferencias en el ejercicio de sus derechos: pero ¿no basta que existan eso? derechos para que

de fortuna, da á los individuos invariables diferencias en el ejercicio de sus derechos; pero, ¿no basta que existan esos derechos para que se llene el voto de una filosofía ilustrada, para que se afirme la emancipación de los hombres en la medida que pueda serlo? Aún para aquellos que la casualidad ha hecho nacer en, las más humildes condiciones, ¿no es algo el vivir con el sentimiento de su independencia y de su dignidad de ciudadanos? Pero esa no es sino una faz de la cuestión; porque, si la grandeza moral de los pueblos va unida á la liber-

- 38 -

lad, sus intereses materiales uo los unen menos entre sí.

Maquiavelo.

»

Ahi, precisamente, os esperaba. La escuela á que pertenecéis ha establecido principios de cuyas consecuencias firmes no parece apercibirse: vos estáis en la creencia de que conducen al reino de la razón; y voy á demostraros que solo conducen al reino de la fuerza. Vuestro sistema político, tomado en su pureza original, consiste en dar una parte de acción casi igual á los diferentes grupos de fuerza de que se componen las sociedades á hacer que concurren en una justa proporción las actividades sociales; no queréis que el elemento aristocrático predomine sobre el elemento democrático. Sin embargo, la tendencia de vuestras instituciones libres es dar mayor fuerza á la aristocracia que al pueblo mayor fuerza al príncipe que la aristocracia le da proporcionando así el poder á la capacidad política de aquellos que deban ejercerlo.

MONTESQUIEU.

Decís la verdad.

Maquiavelo.

Hacéis que entren á ejercer las funciones públicas las diferentes clases sociales, según el grado de su capacidad y de su saber; emancipais al burgués por el voto, contenéis al pueblo por el censo; las libertades populares crean el poder de la opinión á la aristocracia da el prestigio del gran tono, el trono esparce sobre la nación el brillo del rango supremo; conserváis.

- 39 -

todas las tradiciones, todos los grandes recaerán, el culto de todas las grandes cosas. En la superficie aparece una sociedad monárquica pero en el fondo todo es democrático, porque, en realidad, no existen barreras entre las clases, y el trabajo es el instrumento de todas las fortunas ¿No es poco más ó menos eso?

MONTESQUIEU.

Si, Maquiavelo; y por lo menos, ya que no participáis de esas opiniones sabéis comprenderlas.

Maquiavelo.

Pues bien, todas esas lindas cosas han pasado ó pasarán como un sueño; porque tenéis un nuevo principio con el cual cualesquiera instituciones se descomponen con asombrosa rapidez.

MONTESQUIEU.

¿Qué principio es ese?

Maquiavelo.

La soberanía popular. Fácil será hallar, no lo dudéis la cuadratura del círculo antes de conseguir conciliar el equilibrio de los poderes con la existencia de un principio semejante en las naciones en que está admitido. El pueblo, por una consecuencia absolutamente inevitable, se apoderará, más tarde ó más temprano, de todos los poderes cuyo principio se ha reconocido que radicaba en él. ¿Lo hará con ánimo de conservarlos? No. Transcurrido algún tiempo de locura los arrojará cansado en manos

- 40 -

del primer soldado de aventura que encuentre en el camino. En vuestro país, babeis visto, en 1793, como los cortapapeles franceses trataron la monarquía representativa; el pueblo soberano se afirmó por el suplicio de su rey, (y eso que este era un buen rey) luego trató á la guilhotina todos sus derechos; se entregó á Robespierre, á Barras, á Bonaparte, (y eso que eran tres grandes bribones) (A).

Sois un fiaroso pensador, pero no conocéis la inagotable villanía de los pueblos; no me refiero á los de mi época, sino á los de la vuestra; airados ante la fuerza, sin piedad ninguna delante de la debilidad, implacables para las taitas, indulgentes para los crímenes (1) incapaces de sobrellevar las contradicciones de un régimen libre y pacientes hasta el martirio para todas las violencias del despotismo audaz (2) haciendo añicos los tronos en un momento de cólera, y aceptando dueños á quienes perdonan atentados de los que el menor les bastaría para decapitar á veinte reyes constitucionales (3)

Buscad, pues, la justicia, el derecho, la estabilidad, el orden, el respeto de las tan complicadas formas de vuestro mecanismo parlamentario con masas violentas, indisciplinadas, incultas, á las que habéis dicho: Vosotros sois el derecho, los amos, los árbitros del Estado ¡Oh! bien sé que el prudente Montesquieu, el político

circunspecto, que establecía los principios y

(A) Lo entre paréntesis y las dobles pertenecen ni editor. Además subrayando aquellas frases que consideró de mayor interés.

(1) Fui el pueblo quien pidió que erueificaran á Cristo y que dieran libertad á Dnrrabás.

(2) Veáso la nota A.

(8) Bosas, Latorre, Qulroga. 7 otros muchos dan U de ello.

— 41 —

reservábalas consecuen**ci**ab, no ha estampado en él Espíritu de las Leyes el dogma, de Ja soberanía popular; pero, como decíais no hsLdi macho, las consecuencias derivan de los principios que habéis sentado. La afinidad que existe entre vuestras doctrinas y las del Contrato social se echa de ver bien pronto. Asi, desde el día en que los revolucionarios franceses, jurando in verba tno-gistrif escribieron: «Una constitución no debe « ser otra cosa mas que la obra libre de una < convención entre asociados», el gobierno monárquico y parlamentario quedó condenado á muerte en vuestro pais. En vano se trató de restaurar los principios, en vano vuestro rey Lui& XVIIIy al volver á Francia^ trató de restablecer los poderes en su origen, promulgando las declaraciones del 89 como procedentes de la concesión real, aquella piadosa ficción de la monarquía aristocrática estaba en contradicción dema-siado flagrante con el pasado: debía evaporarse al ruido de la revolución de 1830, como el gobier* no de 1830, á su vez

MONTBSQUIBU.

Terminad.

Maquiavex.o.

No nos precipitemos. Lo que conocéis la mismo que yo, del pasado, me autoriza, ahora, á decir que el principio de la soberanía popular destruye toda estabilidad^ y consagra indefinida^' mentH el derecho de las revoluciones. Pené eu guerra abierta á las sociedades contra los poderes humanos y hasta con Dios; es la misma encarnación de la fuerza. Convierte al pueblo en. 4

— 42 —

una bestia feroz que se adormece cuando está ahita de sangre, y que se le encadena; y he aqui la ma^rcha invariable que á la sazón siguen las sociedades y cuyo movimiento se regala por este principio: la soberanía popular engendra la dema-gogia^f la demagogia engendra el anarquismo^ el anarquismo vitelvé á implantar el despotismo (1), El despotismo, para vos, es la barbarie. Pues bien, ya veis como los pueblos vuelven d li bar--batie por el camino de la civilización.

Pero no es eso todo: yo pretendo que bajo otros puntos de vista el despotismo es la única forma de gobierno que puede apropiarse realmente al estado social de los pueblos modernos. Me habéis dicho que sus intereses materiales les unen á la libertad; con esto me prestáis armas para combatirlo. ¿Cuáles son> en general, los Estados que precisan de libertad? Aquellos que viven de grandes sentimientos, de grandes pasiones, dol heroismo, de la ié, del honor, como en vuestra época, según decíais al hablar de la monarquía francesa. El estoicismo puede hacer un pueblo libre; el cristianismo, en ciertas condiciones, podría ol>t6n6r idéntico privilegio. Comprendo las necesidades de libertad en Atenas, en Roma, en los pueblos que solo viven de la gloria de las armas^ cuya guerra satisfacía todas las expansiones, todas las energías del patriotismo, todos los entusiasmos cívicos, que necesitaban, por otra parte, para triunfar de sus enemigos.

Las libertades públicas eran el patrimonio natural de los Estados en los que las funciones

vi) Kn ludos Amdriaas 6 las tres, ol socIaUsmo y más tárele el aoarquia* mo darán la razón á Maquiavelo.

— 43 —

serviles é industriales estaban relegadas á los esclavos, donde el hombre era inútil si no era ciudadano. Aun concibo la libertad en ciertas épocas de la era cristiana, y principalmente en los pequeños Estados agrupados entre si por sistemas de contederación semejantes á los de las Repúblicas helénicas, como en Italia y en Alemania. En eso encuentro parte de las causas naturales que hacían necesaria la libertad. Hubiera sido casi inofensiva en los tiempos en que el principio de autoridad no estaba en tela de juicio, en que la religión ejercía un imperio absoluto sobre los espíritus, en que el pueblo, colocado bajo el régimen tutelar de las corporaciones, be dejaba conducir dócilmeiite por la mano de sus pastores. Si entonces se hubiera tratado de darle su emancipación política, quizás no hubiese habido peligro en ello; por haberse llevado á cabo conforme á los principios sobre que reposa la existencia de todas las sociedades. Pero, en vuestros grandes Estados, que solo viven para la industria; con vuestras muchedumbres sin Dios y sin Uy^ en épocas en que los pueblos no se satisfacen ya con la guerra, y en que su violenta actividad se dirige necesariamente al interior, la libertad, con lo.s principios qua le sirven de fundamento, nopue* de ser mas que una causa de disolución y de ruina. Añadiré que no es más precisa para las necesidades morales délos individuos que para las de los Estados.

«

De la lucha'de las ideas y del choque de las revoluciones han surgido sociedades indiferentes «"i todo y descreídas^ que han llegado á x^a ii^di-ferciieia en política como en religión, que no tio'

— 44 —

•

nen mas estimulante que los goces materiales» que no viven sino por el interés, que no tienen mas culto que el del oro y cuyos hábitos mercantiles no les van en zaga á los de los judíos á quienes ban tomado por modelo.(I) ¿Creéis, que sea por amor á la libertad en sí misma que las clases inferiores traten de tomar por asalto el poder? Es por odio á los que tienen; en el fondo, es por arrancarles sus riquezas, medio de goce que ellos envidian.

Los que poseen invocan sin cesar un brazo enérgico, un poder fuerte; no le piden sino una cosa: que protejan el Estado de las agitaciones contra las que su débil constitución no podría resistir, que les dé á ellos mismos la seguridad necesaria para que puedan disfrutar y atender á sus negocios. ¿Qué formas de gobierno queréis aplicar á sociedades en que la corrupción se ha introducido por todas partes, en que la fortuna no se adquiere sino por las sorpresas del fraude, en qus la moral solo tiene garantías en las leyes represivas, en que hasta el sentimiento de la patria sé ha extinguido en medio de no sé que cosmopolitismo universal! (2)

La única salvación que veo para estas sociedades, verdaderos colosos con pies de arcilla, es instituir una centralización absoluta, completa, que ponga toda la fuerza pública en manos de los que gobiernan; una administración gerárquica, parecida á la del imperio romano, que arregle mecánicamente todos los movimien-

(1) Las épocM de Jiaam, Herrén, Santos^ entre nosotros, sin ir más leJos pueden afirmar si ilaqlavelo no dice la verdad.

; 2) ^ta «s 1a sitoadón moral, social y política de todo el orbe, y más especialmente de las dos Américas.

— 45 —

tos de los individaos; un vasto sistema de legislación que vuelva á tomar una á una todas las libertades que fueron concedidas imprudM'-teniente) un despotismo gigantesco, en fin, que pueda atacar inmediatamente y sin descanso^ todo cuanto resista ó se queje. El Cesarismo del Bajo-Imperio me parece que realizaría bastante bien lo que deseo para felicidad de las socie-' dades modernas. Gracias á estos vastos aparatos que, según me lian dichOi funcionan ya en alguno que otro país de Europa, (1) puede vivirse en paz, como en China, como en el Japón ó en la India. No es menester que una vulgar preocupación nos haga despreciar esas civilizaciones orientales, cuyas instituciones cada día se aprecian más y más. El pueblo chino, por ejemplo, está muy bien administrado y es muy comerciante.

(1) En América, donde se habla mucho más que en Europa de libeidad. independencia, patria eto. etc. podrían dar lecciones ái eato y otraa ooflaa á Maquiarello y á Montesquien.

DIALOGO QUINTO

MONTESQUIEU.

Vacilo en responderos, Maquiavelo, porque hay en vuestras últimas palabras cierta burla satánica, que me deja interiormente la sospecha de que vuestros discursos no están completamente de acuerdo con vue^stros pensamientos íntimos. Si, poséis la elocuencia fatal que hace perderla pista de la verdad y sois el sombrío genio cuyo nombre causa todavía pavor á las generaciones presentes. Me complazco en reconocer, no obstante, que ante untan grande ingenio, se perdería demasiado callándose; deseo escucharos hasta el ñnal, y quiero así mismo responderos aunque, lo confieso, abrigo pocas esperanzas de convenceros. Meabais de hacer un cuadro demasiado siniestro de la sociedad moderna; no puedo saber si es ñel, pero por lo menos, es incompleto; por que, en todo, al lado

— 47 -

del mal existe el bien^ y no me habéis hecho ver mas que el mal; no me habéis dado, además» el medio de verificar hasta que puuto estáis en lo cierto, pues no sé de qué pueblos ni de qué Estados habéis querido hablar, al hacerme e^e negro relato de las costumbres contemporáneas.

Maquiavelo.

Y bien, suponed que haya tomado como ejemplo la que está á la cabeza de la civilización entre todas las naciones de Europa, y á la cua^ me apresuro á decirlo, podría aplicársele menos el retrato que acabo de hacer.....

MONTBSQUIBU.

jOs referís ;í Francia?

Maquiavrllo.

Pues bien, sí.

MONTSSQUIBU.

Tenéis razón, pues allí es donde menos ho!^ penetrado las somb'r^as doctrinas del materia" lismo. Francia ha continuado siendo el foco de las grandes ideas y de las grandes pasiones cuyo manantial creéis agotado, y de allí es donde han partido los grandes principios de derecho público, á los que no dais colocación en el gobierno de los Estados.

Maquiavelo.

Podéis añadir que es el campo de maniobras de la experiencia, consagrado á las teorías po-

— 48 — líticas.

MONTBSQUIBU.

c

No conozco ninguna experiencia qué baya sido aun provechosa, de un modo duradero, al entronizamiento del despotismo, ui en Francia ni en otra parte, en las naciones contemporáneas; y eso es precisamente lo que me hace hallar bien poco conformes á la realidad de las cosas^ vuestras teorías sobre la necesidad del poder absoluto. Hasta el día, solo conozco dos Estados en Europa privados por completo de instituciones liberales que han modificado en todos sentidos el elemento monárquico puro: son Turquía y Rusia, y aun así, si miraseis de cerca los movimientos interiores que se verifican en el seno de esta última potencia, quizás hallaríais los síntomas de una transformación cercana. Me anunciáis, es cierto^ que. en un tiempo más ó menos próximo, los pueblos^ ame--nazados de una disolución in^mlable^ volverán al despotismo como á su puerto de salvación; que* se constituirán bajo la forma do grandes monarquías absolutas, análogas á las de Asia; eso no es mas que una predicción: ¿dentro de cuan* to tiempo sucederá eso?

Maquiayblo. Antes de un siglo.

MONTBSQUIBU.

Si sois adivino; un siglo, eso se va ganan^ do; pero dejad que os diga ahora por que no se realizará vuestra predicción. Las sociedades

modernas no deben contemplarse boy con los ojos

del pasado. Sus usos, sus costumbres, sus necesidades, todo ha cambiado. Es preciso no confiarse por completo á las inducciones déla analogía histórica, cuando se trata de juzgar de sus destinos. Es preciso, sobre todo« no tomar como leyes universales hechoi? que solo son accidentes, y transformar en reglas generales las necesidades de tal ó cual situación, de éste ó de otrüs tiempos. De que el despotismo haya imperado diferentes veces en la historia, como consecuencia de perturbaciones sociales jpue-de deducirse que debe ser tomado como regla de gobierno! Por haber servido de transición •en el pasado, jha de sacarse en consecuencia que sea apto para resolver las crisis de Jas épocas modernas? ¿No es más razonable decir que otros males reclaman otros remedios; otros problemas, otras soluciones; otras costumbres sociales, otras costumbres polfticas? Una de las leyes invariables de las sociedades, es que éstas tienden al perfeccionamiento, al progreso; la sabiduría eterna les ha condenado á ello, por decirlo así: les ha rehusado el movimiento en sentido inverso. Ese progreso, es preciso que lo consigan (1).

Maquiayrlo. O que muerau.

MONTBSQUIBU.

No nos pongamos en los extremos; nunca mueren las. sociedades en los momentos que conciben. Cuando se han constituido bajo el sistema quejes conviene, sus instituciones pne-

(1) Para idealizadóo.

den alterarse, caer en decadencia y perecer; pero habrán durado varios siglos. Así es como los diferentes pueblos de Europa ban pasado, por transformaciones sucesivas, del sistema feudal al sistema monárquico, y de éste al régimen constitucional. Ese desarrollo progresivo, cuya unidad es tan imponente, no tiene nada de fortuito; ha llegado como consecuencia necesaria del movimiento que se ha operado en las ideas antes de traducirse en los hechos.

Las sociedades no pueden tener otras formas de gobierno sino aquellas que están en relación con sus principios, y escontraesaleyabsoluta que os inscribis, cuando creéis que el despotismo es compatible con. la moderna civilización.

Mientras los pueblos miraron la soberanía como una emanación pura de la voluntad divina, sometiéronse sin murmurar al poder absoluto; mientras quesus instituciones fueron insuficientes parn asegurar su marcha, aceptaron lo arbitrario. Pero, desde el día en que se reconocieron sus derechos y fueron declarados solemnemente; desdeidla en que las instituciones más fecundas han po- ^ dido resolver por la libertad todas las funciones del cuerpo social, la política al uso de los prín cipes se ha derrumbado; el poder se ha convertido en una especie de dominio público; el arte de gobernar se ha cambiado en "un negocio de administración. (1) Hoy en día, las cosas están organizadas de tal modo, en los Estados, que la potencia dirigente no aparece ya sino como e! motor de las fuerzas organizadas.

De seguro, si suponéis á estas sociedades in-

t\i \<i <*«• 'Mulo fl vrf/íhtio en que se ka cooertido la política de Ducstr» <l5poca.

fledonadas de todas las corrnpcionistas y vicios-de x ^ne me hablablais hace poco, carriinaráii con paso rápido hacia 1:r «lí^- ^composición; pero, icó-úo no veis que el arirumeiito que sacáis en de-diicci(5p de eso es una verdadera petición de príncipel ¿Desde cn;nnlo la libertad humilla las almas)' degrada los caracteres? (1) No Fon esas-las enseñanzas de la historia; porque la historia aílRNA por doquier en caracteres de luego que los pueblos mfSsí:rani|ps bar sido los más libres. Si las costumbres se han envilecido, segundeéis^ en alguna pane de Kuropa que ignoro, será á causa de haber pasado por allí el despotismo;, lali&ertad se habrá extinguido; os preciso, pues, mantenerla alii donde esto, restablecerla allí don-dé ^b exista. (2)

Nos hallamos en este momento, no^lo olvidéis^ en el terreno de los |)rincipios;y si los vuestros difieren de los míos, les pido qué sean invariables; porque no sé donde estoy cuando os oigo* elogiarla libertad en la antigüedad, y prosr^ri-birla on la época actual, rechazándolaó admitiéndola según los tiempos ó los lugares. Estas dis* tinciones,aun arlmitiendoque fuesen justificadas^ no por eso dejan menos intacto el principio, y únicamente al principio os al que yo me refiere

Maquiavblo.

Veo que„cual hábil piloto, evitáis los escollos manteniéndoos en altaigar. Las generalidades sirven de mucho en una discusión; pero declaro que tengo gran impaciencia por saber cómo el

iX) Desde qne do se cree en elalinf. nS en Diob, ni en otra ooisa qne en el yo-ratánieo.'

(2) Palabras, palabratij nada más.

grave Montesquiea saldrá del atolladero con el principio de la soberanía popular. No he logra-do saber^ hasta el presente, si ese principio constituye ó no parto de vuestro sistema. ¡Lo admitís, sí ó no?

MONTBSQUIBÜ.

No puedo responder á una pregunta planteada en esos términos.

Maqüiavblo.

Bien sabia que vuestra misma razón se turbaría ante ese fantasma.

Os engañáis. Maquiavelo: pero, antes db res* ponderes, debía recordaros lo que han sido mis escritos y el carácter de la misión que han podido llenar. Habéis hecho mi nombre solidario de las iniquidades de la Revolución írancesa; es un juicio bien severo, para el filósofo que ha caminado con paso tan prudente en busca de la verdad.

Nacido en un siglo de efervescencia intelectual, en vísperas de una revolución que debía hacer desaparecer en mi patria las antiguas fórmalas del gobierno monárquico, puedo decir que no sé escapó á mi vista desde un principio ninguna de las consecuencias inmediatas del movimiento que se operaba en las ideas. No podía desconocer que el sistema de división de poderes^ haría cambiar necesariamente un día la sede déla soberanía.

Este principio, mal conocido, mal definidOi mal aplicado sobre todo, podía engendrar equi-

— 53 —

vocacioues terribles y conmover la sociedad francesa en sus cimientos* El, sentimiento de estos peligros me -sirvió de pauta para mis libros. Así, mientras imprudentes innovadores, atacando inmediatamente al origen del poder, preparaban, sin saberlo, una catástrofe formida^ ble, yo me dedicaba únicamente á estudiar las formas de los gobiernos libres, á separar los principios talmente dichos que presiden á su planteamiento. Mas hombre de Estado que filósofo, jurisconsulto mas bien que teólogo, legislador práctico^ s*i me es permitido el atrevimiento de tal calificativo, mas que teórico, creía hacer más por mi país enseñándole á gobernarse, que no poniendo en tela de juicio el mismo principio de autoridad. No plegué á Dios sin embargo, que trate de darme un mérito más puro á costa de los que, como yo, han buscado de buena té la verdad! Todos hemos cometido faltas, pero cada cual cargue con la responsabilidad de sus obras.

Si, Maquiavelo, yes una concesión quencos regateo, llevabais razón cuando decíais hace poco que hubiera sido preciso que la emancipación del pueblo francés se hiciera de con--formidad con los principios superiores que presiden á la existencia, de las sociedades humanas, y esta reserva os hará prever el juicio que voyáemitir acerca del principio de laso-beranía popular.

Ante todo, no admito una designación que parece excluir de la soberanía á las clases más ilustradas de la sociedad. Esta distinción es fundamental^ porque hará de un Estado una

DEMOCRACIA PURA ó UN ESTADO RRPBBSBNTATjVO-

— 54 —

Si la soberanía reside en alguna parte, reside en toda la nación; ea cayo caso empezaré por llamarla soberanía n<"\cional. Pero la idea de esta soberania njes una verdad absoluta sino relativa. La soberanía del poder humano corresponde á una idea profundamente subversiva, á la soberanía ñp\ derecho humano; osa doc.trina materialista y atea fué la que precipitó á la Revolución francesa en la sangre, infligiéndola el oprobio del despotismo después del delirio de h independencia. No hay exactitud al decir que las naciones son dueñas absolutas do sus destinos, puesto que su dueño absoluto es Dios mismo, y no estarán nunca fuera de su poder. Si poseyeran la soberania absoluta, lo podrían todo, aun contra la justicia eterna, contra el Dios mismo; ¿quien osaría llegar hasta ahí? Pero el principio de derecho divino, con la significación que comunmente va unida á él, es un principio no menos funesto, porque libra los pueblos al oscurantismo, á la arbitrariedad, á la nada; reconstituye lógicamente el régimen de las castas, convierte á los pueblos en rebaño de esclavos, conducidos, como en la India, por mano del clero y temblando ante el látigo del amo. Y ¿cómo no ser así? Si el soberano es el enviado de Dios, si es el representante de la Divinidad en la tierra, tiene poder omnímodo sobre las criaturas humanas sometidas á su imperio, y ese poder no tendrá freno sino en las reglas generales de equidad, de las que íácil será librarse.

En el campo que separa estas dos opiniones extiemas, es donde so hüw reñido las mas furiosas batallas del espíritu de partido; unosgri-

— 55 —

tabaí: fiada de autoridad divina! los otros: ¡Nada de autoridad humana! ¡Oh providencia suprema! mi razón se niega á aceptar ninguna de estas dos alternativas; ambas me parecen una blasfemia igual contra tu sabiduría! Entre el derecho divino que excluye al hombre y el derecho humano que exclujeá Dios, está la verdad, Maquiavelo; las naciones^ como los indi-viduos, son libres entre las manos de Dios. Tienen todos los derechos, todos los poderes, con obligación de hacer uso de ellos según las reglas de la justicia eterna. La soberanía es humana en el sentido de que ha sido concedida por los hombres» y estos son quienes la ejercen; es Divina en el sentido de haber sido instituida por Dios, y que no puede ejercerse sino con arreglo á los preceptos establecidos por él. (1)

(1) Pero solo con el objeto de que seao dichosos (oa lo hinnaDaraeDte posible) los qae merezcaa serlo y reprimidos los que serlo necesitasen, oara ello como decf-i un pensador español «No deis un derecho al que necesita un « bozal, ni pongáis un bozal al que necesita un derecho^ con esio puede wr que no gobiernen Zos mejores pero seguramente no gobernarán los mas malos.

DIAI.OGO SEXTO

Maquiavblo.

Deseo oír consecuencias precisas. ¿Hasta donde llega la mano de Dios sobre la humanidad? ¿Quién hace los soberanos!

MONTBSQÜÍKÜ.

Los pueblos.

Maquiavblo.

Bslá escrito: Per me reges regnant. Lo que significa al pié dé la letra: Dios hace los reyes.

MONTBSQÜÏBU.

Escuna traducción para uso del príncipe, ioh, Maquiavelo! y ofi ha sido tomada en este siglo por uno de vuestros más ilustres partidarios (I),

(1) Montesqoiea alude lodudableipeote aquí á Joaé de Mailtre» oujo Qom« bre le encuentra máa adelante.

— 57 —

!^ero no es la de la Sagrada Escritura. Dios ha nstituido la Mberanla^ pero no los soberanos. Su omnipoteate mano se ha detenido ahí, porque ahí es donde comienza el libre albedrio humano. Los reyes reinan según mis mandatos^ deben reinar según mi ley^ ese es el sentida del divino libro. Si fuese lo contrario, sería preciso decir que así los buenos como los malos príncipes han sido puestos por la Providencia; sería necesario inclinarse ante Nerón como ante Tito> ante Galígula como ante Yespasiano. No, Dios no ha querido que las dominaciones más sacrilegas pudiesen invocar su protección, que los más viles tiranos pudiesen ampararse de su investidura. A los pueblos como á los reyes les ha dejado la responsabilidad de sus actos.

Maquiayblo.

Mucho dudo que todo eso sea ortodoxo. Pero,, fuere lo que quisiere, según vos, ilos pueblos son los que disponen de la autoHdad soberanaX

MONTBSQUIBU.

Cuidado, al ponerlo eu duda, con revelaros contra una verdad de. puro sentido común. No es ese un acontecimiento nuevo en la historia. En épocas remotas, en la Edad Media, por todas partes donde la dominación se estableció sin ayuda de la invasión ó de la conquista, el

f>oder soberano nació por la voluntad libre de os pueblos, bajo la forma original de la elección. Para no citar mas que un ejemplo, de ese modo el jefe de la raza délos Carlovingiossucedió en Francia á los descendientes de Clovis, y la dinastía de Hugo Capoto á ladeCarlomagno (1).

il) HspMttA de ka Leyes, cap. IV, Ubro. 31

— 58 —

Sin duda el derecho hereditario se sustituyó á la elección. La importancia de los servicios prestados, el reconocimiento público, las tradi*cienes^ han fijado la soberanía en las principales familias de Europa, y nada era más legítimo. Pero el principio de la poderosa soberanía nacional, se ha hallado constantemente en el fon* do de las revoluciones y á él se ha apelado para consagrar los nuevos poderes. Es un principio antiguo y preexistente que no ha hecho mas que realizarse más estrechamente en las diferentes formaciones de los Estados modernos.

M^QVliLVEhO.

¿Pero si los pueblos son los que elijen á sus dueños, pueden también derrocarlos? Si tienen el derecho de establecer la forma de gobierno que les conviene, ¿quién les impedirá que ios cambien á medida de su capricho? De vuestras doctrinas, en vez de surgir el régimen del orden y de la libertad^ lo que aparecerá será la era indefinida de las revoluciones y de la anarquía.

MONTBSQUXKU.

" Confundís el derecho con el abuso que puede resultar de su ejercicio, los principios con su aplicación; esas son diferencias fundamentales, sin las que no hay posibilidad de entenderse.

Maquiavblo.

No queráis escaparos por la tanj ente: os pre* gunto las consecuencias lógicas: no me las digáis, si no queréis. Lo que deseo saber es, si, según vuestros principios, los pueblos tienen el derecho de derrocar á sus soberanos?

— 59 —

MONTBSQUIBU.

Lo tienen eu casos extxemos y por causas justas.

Maquiayelo.

{Quién será juez de esos casos extremos y de la j usticia de esos extremos?

MOKTBSQUIBU.

¿Quién queréis que lo sea sino los mismos pueblos? Por ventura, ¿desde que el mundo es mundo, no han pasado las cosas del mismo modo? Esa es una sanción temible sin duds^, pero provechosa^ inevitable. ¿Cómo no veis que la doctrina contraria, aquella que ordenaría á los hombres el respeto bacía los gobiernos más odiosos^ les baria volver á caer bajo el yugo del fatalismo monárquico?

Maqüiavblo.

Vuestro sistema solo tiene un inconveniente^ y es que supone la infalibilidad de la razón en los pueblos) perOj estos lo mismo que los hombres, ¿no tienen sus pasiones^ sua errores^ sus tnius-ticiast

MONTBSQUIBU.

Guando los pueblos cometan faltas, recibirán el castigo como los hombres que han pecado contra la ley moral.

Maqüiavblo. ¿Y cómo?

MONTBSQUIEU.

Por el azote de la discordia, por la anarquía,

— 60 ~

por el mismo despotismo. No hay otra justicia en la lierra, mientras llega la de Dios.

Maquiavelo.

Acabáis de pronunciar la palabra despotismo^ ya veis que siempre se vuelve á él.

MONTBSQniBU.

Ksa objeción no es digna de vuestro gran talento, Maquiavelo; me he entregado á las más extremas consecuencias de los principios que combatís, lo que bastaba para que la noción del bien (uese falseada. Dios no ha concedido á los pueblo ni el poder, ni la voluntad de cambiar así las formas de gobierno que son el modo esencial de su existencia. En las sociedades políticas como entre los seres organizados, la naturaleza de las cosas limita á ella misma la extensión de las fuerzas libres. Es preciso que la fuerza de vuestro argumento se limite á aquello que la razón pueda aceptar.

Creéis que, bajo la influencia de las ideas modernas, las revoluciones serán más frecuentes; no lo serán, no tal, y aun es posible que lo sean menos. Las naciones, en efecto, como decíais hace poco^ viven actualmente por la industria, y lo que os parece una especie de servidumbre, es á la vez un principio de orden y de libertad. Las civilizaciones industriales tienen llagas que no desconozco, pero es preciso no negar sus beneficios, ni desnaturalizar sus tendencias. Sociedades que viven del trabajo, del cambio, del crédito, son sociedades esencialmente cristianas, dígame lo que se quiere, porque todas esas formas tan poderosas y

— 61 —

variadas de la industria, en el fondo no son mas que la aplicación de algunas grandes ideas morales tomadas del cristianismo, fuente de toda fuerza como de toda verdad. (1)

La industria representa un papel tan considerable en el movimiento de las sociedades modernas, que no puede hacerse, bajo el punto de vista en que os colocáis, ningún calculo exacto sin contar con su influencia; y esa influencia no es en manera alguna aquella que habéis creído poder asignarle. La ciencia que busca las relaciones de la vida industrial, y las máximas que de ella se desprenden, es todo cuanto hay de más contrario al principio de la concentración de los poderes. La tendencia de la economía política es el no ver en el organismo político mas que un mecanismo, necesario, pero muy costoso, cuyos resortes es preciso simplificar, y reduce el papel del gobierno á funciones tan elementales, que su mayor inconveniente es quizás destruir su prestigio. La industria es la enemiga innata de las revoluciones, porque parece sin el orden social y con ellas se detiene el movimiento vital de los pueblos modernos. (2) No puede prescindir de la libertad, puesto que no vive sino de sus manifestaciones; y, notadlo bien, las libertades en materia de industria engendran necesariamente las libertades políticas, hasta el punto de haber podido decir que los pueblos más adelantados en industria son también los más adelantados en libertad. (3) Dejad donde

(1) Todo eso es íuso.

(2) Los socialistas y demás sectarios dicen algo peor de esta y de otras cosas é iuB(itu(4oneB.

(S) Esto es íalso.

— 62 —

están la India y la China que vivan bajo el destino ciego de la monarquía absoluta, tendad la vista hacia Europa, y ya veréis.

Acabáis de pronunciar otra vez la palabra despotismo; pues bien, Maquiavelo, vos cuyo sombrío talento ha seguido tan profundamente todo» los caminos subterráneos, todas las combinaciones ocultas, todos los artificios de leyes y gobiernos con cuya ayuda se puede encadenar el movimiento de los brazos y del pensamiento de los pueblos; vos que despreciáis á los hombres, (1) vos que deseáis para ellos la dominación terrible del Oriente, (2) vos cuyas doctrinas políticas están tomadas de las asombrosas teorías de la mitología india, servios decirme, os lo ruego, como os compondríais para organizar el despotismo en los pueblos cuyo derecho público reposa esencialmente en la libertad, (3) cuya moral y religión desarrollan todos sus movimientos en el mismo sentido, (4) en los países cristianos que viven del comercio y de la industria, en los Estados cuyos cuerpos políticos se ven frente á frente de la publicidad de la prensa que arroja haces de luz en los mas oscuros rincones del poder; (5) apelad á todos los recursos de vuestra poderosa imaginación^ buscad, inventad, y si resolvéis este problema, declaro con vos que el espíritu moderno está vencido.

Maquiavelo. Cuidado, me concedéis mucho, y os podría

(1) Como todo el que los conoce.

(2) Lft que merecen j neositui. (8) Ftodón.

(4) Mlentin.

(5j Aqui TvndrCa bieti poner a*gonas^ estroiaB del Himno Nacional.

— escoger la palabra,

MONTESQUIEU.

Hacedlo, os lo suplico.

Maquiavblo. Ya que lo queréis, sea.

MONTBSQUIBU.

Quizás dentro de algunas horas nos veremos separados.

No conocéis estos sitios, seguidme en las revueltas que, acompañado de vos, voy á dar á lo largo de este sombrío camino, podremos evitar durante algunas horas el reflujo de las sombras que veis allá abajo.

Dl^l^OGO SÉTIMO

Maquiavelo. Podemos detenernos aquí.

MONTESQÜIEU.

Os escucho.

Maquiavelo.

Empezaré por deciros que os habéis e(|uivo-'Cado en todo y por todo sobre la aplicación de mis principios. El despotismo se presenta siem* pre a vuestro3 ojos con las formas caducas del monarquismo oriental, pero no es asi como yo lo entiendo; en sociedades nuevas es preciso emplear procedimientos nuevos. No se trata hoy, para gobernar, de cometer violentas iniquidades, decapitar á sus enemigos, despojar de sus bienes a sus subditos, y prodigar los suplicios; no, la muerte, el espolio y las torturas físicas no pueden ocupar sino un lugar secundario en la

~ 65 — política interior de /os Estados modernos.

MONTBSQUISU.

Del mal el menos.

Maquiayelo.

No tengo gran admiración, lo confieso, por maestras civilizaciones de cilindros y de tubos i pero voy. creedlo, con el siglo; el poder délas doctrinas á que va unido mi nombre, demuestra que ellas se amoldan á todas las épocas y situaciones. Maquiavelo tiene en el día nietos que conocen el valor de sus lecciones* Se me cree muy viejo y cada día rejuvenezco en el mundo. (1)

MONTESQUIEÜ.

Os burláis?

Maquiayelo.

Escuchadme y podréis juzgar. Trátase hoy en dia, no tanto de violentar á los hombres como de desarmarlos; no tanto de comprimir sus pasiones políticas como de templarlas; mas bien de enga^ ñar sus instintos que de combatirlos; engañarle en sus ideas^ apropiándoselas y no desechándolas,

MONTBSQUIBÜ.

Y ¿Cómo asi t Porgue no comprendo ese lenguaje.

Maquiavelo.

Esperad: es la parte moral de la poli tica, no tardaremos en llegar á las aplicaciones. El principal secreto del gobierno consiste en debilitar el

(2) Casi no hay hombre de estado americano que no se orea á si mismo f praeiïqae aunqoe sea de una manera ramplona las doctrinas de Maqoiayelo.

— 66 —

espíritu publico^ hasta el exl^remo de desinterés sarle completamente de las ideas y délos principios con que se fiaeen hoy en dia las rewluçUmes. En todas las épocas^ los pueblos como los hombres se han dejado llevar de frases. Las apariencias les bastan casi siempre y no piden otra cosa. Puédense^ pues^ establecer instituciones ficticias que respondan á ideas igualmente ficticias; as preciso tener el talento de arrebatar á los partidos esa fraseologia Uberal^ de que se arman contra el go^ biemo. Es preciso saturar con ella á ios pueblos^ hasta el cansancio^ hasta el hastio. Se había con frecuencia hoy dia del poder de la opinión, os demostraré que se la tiace expresar lo que se quie -re cuando se conocen bien los resortes ocultos del poder, Pero antes de pensar en dirigirla es ne-cesaría aturdiría^ hacerla aparecer incierta mer^ ced á asombrosas contradicciones^ operar en ella incesantes cambios» ofuscarla con toda clase de movimientos variados, extraviarla insensiblemente en su camino. Uno de los grandes secretos del dia es el saber ap'/derarse de las preocupaciones populares^ de modo que se introduzca una confusión de piñncipios que haga imposible todo acuerdo entre los que hablan el mismo lenguaje y tienen los mismos intereses. (1)

MONTJSSQUIBU.

I A donde vais á pai*ar con esas palabras cuya obscuridad tiene algo de siniestro?

Maquiayblo.

Si el sabio Montesquieu cree que hay que ape-

(1) Rn Its ponrimeriai del gobierno de Santos j del de Jotres, e* tee ptin-d|»loi o<>i de PellegrCni yHerrerm, 6 mejor dicho en todos loe tiempo* j jmIm s im» •e ha hecho otru ccn.

lar al sentimentalismo en vez de la política, quizás deba no seguir adelante; no he pretendido entrar en el terreno de la moral. Me habeis desafiado á que no detenia el movimiento en nuestras sociedades tan castigadas sin cesar por el espirita de anarquía y de insurrección. { Queréis dejarme decir cómo resolvería el problema ? Podéis poner á cubierto vuestros escrúpulos aceptando esta tesis puramente como una cuestión de curiosidad.

MONTESQUIBU.

Corriente.

Maquiavelo.

Comprendo perfectamente que me pidáis explicaciones más precisas, las daré; pero dejadme deciros antes las condiciones esenciales bajo las cuales el príncipe puede consolidar su poder* Deberá procurar ante *odü destruir los partidos^ disolver las fuerzas colectivas allí donde existan, paralizar en todas sus rnanifestaciones la iniciativa individual; (1) en seguida descenderá por sí mismo el nivel de los caracteres y todos los brazos se debilitarán con la servidumbre. (2) El poder absoluto ya no será un accidente, sino una necesidad, ^tos preceptor políticos no son del todo nuevos^ pero, como os decía, ha menester que lo sean los procedimientos. Muchos de estos resultados podrán obtenerse por meros reglamentos de policía y de administración. En vuestras sociedades tan hermosas, tan bien regimentadas, en lugar de monarcas absolutos, habéis puesto un mons*rw>

(4) De esto pueden entre nosotros dar testimonio los partidos Automista Kadonal, CITíoo Kacional y Cfrioo Kadioal.

(5) Cuántos legisladores, jueces, gobernantes, etc. etc. podrían hablar de ello y atestiguar la verdad de esta afirmación.

— 68 —

llamado Estado» naevo Briarée cuyos brazos se extienden por todas partes, organismo colosal de tiranía d cuya sombra renacerá siempre el despotismo.

Ahora hien^ bofo la invocación del Estado^ será hmáffäcüUevar ácabolaobraoculUideqyeoshabUir ba^ ylos medio8 de acción más poderosos serán qui^ xas aquellos que se tenga la habilidad de pedir al mismo régimen industrial que causa vuestra admir ración.

Con ayuda del solo poder reglamentario» crearé, por ejemplo, inmensos monopolios fnancieros, (1) depósitos de la lorlana pública, de que dependería tan estrechamente la suerte de todas las fortunas piivadas, que se consumirían juntamente con el crédito del Estado al siguiente día de cualquiera catástrofe política. Sois un economista, Montesquieu, tasad el valor de esta combinación. (2)

Jefe del gobierno, todos mis edictos y ordenan-isas serian tendentes al mismo objeto: destrozar las fuerzas eoleetivas é individuales; desarroUar ea> irordinariamente la preponderancia del Estado, hacer al soberano protector, promotor y remu-

NERADOR. (3)

He aquí otra combinación tomada del orden industrial: En la época actual^ la aristocracia, como fuerza política^ ha desaparecido] pero la bar-guesía territorial es aun un elemento de resistencia peligroso para los gobiernos^ por que ks por si MISMA independiente; puede ser necesario e/n-

(1) Lntn elloa el Correo, el Estuco, los Ferro «CSairnei la Aduana j los Ban-«OO qoB daa mochediimbrea de rierroo eon la aparfenda de hornlma librea.

(2) No hay bastante dinero ood qoe pagarla si tiene talento aaber j enec^i&l el qoe la des^uToeWa.

(8) Lo demás se haiá por af solo.

— 69 —

pnbrearla y aun arruinarla par completo. Basta para esto^ aumentar las cargas que gravitan sobre la propiedad territorial, sostener la agricultura en un estado de infioridad felativa, favorecer á todo trance el comercio y la industria^ principalmente la especu* loción; porque el demasiado desarrollo de la prosperi-dad de la industria puede ser un peligro^ creando un número demasiado considerable de fortunas indepen^ dientes.

Podría oponerse resistencia á los grandes industriales y fabricantes^ con la excitación de un lujo despropor^ donado, por la elevadói de los jornalen^ con los ata--ques hábilmente llevados A las fuentes de la PKODUGciox. No necesito desarrollar estas ideas;, comprendéis perfectamente en qué circunstancias y bajo qué pretextos puede hacerse todo esto. El interés del pueblo, asi como una esps ii-: de CELO POR LA LIBERTAD^ por los grandes principios económicos^ encubrirán suficientemente, si se quiere, el verdadero objeto. (J) Inútil será añadir que el mantenimiento de un formidable ejércitoy adiestrado sin cesar en guerras exteriores deb& ser el complemento indispensable de este sis-tema: es necesario llegar á que en el Estado solo haya proletarios, algwios millonarios y soldados.

MONTBSQUiBU.

Continuad.

Maquiavblo.

Esto, en «^uanto á la política interna del Estado. En el exterior, es preciso excitar, de uno á otro extremo de Europa^- la fermentación revolu-

ti) NnesirM polttiqueros americanos saben sacar an gran partido de toda» esta fraseologia.

— 70 —

cionaria que se comprime en el propio país. De lo cual resultan desventajas considerables: la agiten ción liberal del exterior no deja ver la

compresión interna. Además, de ese modo, se tiene en respeto á las demás potencias, en las que puede introducirse á su antojo, el orden ó el desorden. El punto esencial es enmarañar por medio de intrigas de gabinete, todos los hilofi déla política europea, de modo de eogañar^ cada cual á su vez, á la8 potencias con quienes se trate. No creáis que esta duplicidad, si está oien sostenida, pueda redundar en perjuicio de un soberano. Ale-landro VI no hizo en toda su vida mas que valerse del engaño en sus negociaciones diplomáticas^ y sin embargo siempre obtuvo éxito: tan arraigada estaba en él la ciencia de la astucia fl). Pero en lo que llamáis hoy el lenguaje oficial^ es preciso un contraste sorprendente, y no se sabría afectar demasiado espíritu de lealtad y de conciliación; los pueblos que solo ven la apariencia de las cosas, crech rán una reputación de sabiduria al soberano que sepa conducirse asi.

A cualquiera agitación en sus Estados, debope^ der responder con una guerra exterior^ á toda revo* lución inminente, ron ^ma guerra general; pero como, en política, las paLzbras no deben estar nunca de acuerdo con los actos^ Bl preciso que, en esas diversas circunstancias, el príncipe sea lo suficientemente hábil para disfrazar sus verdaderos designios por designios contrarios; debe siempre aparecer que cede li la presión de la opinión, cuando ejecute lo que su mano ha preparado secretamente.

Para resumir en una palabra todo el sistema.

<1; Traisdo del MneifM, oap. XVII.

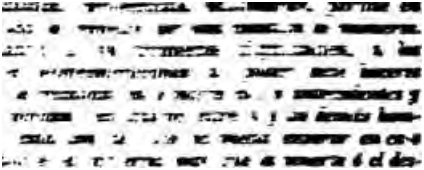
— Illa revolución se encuentra contenida en el Estado: de un lado, por el miedo á la anarquía) de otrOi por la bancarrota, y en ülHmo término, por temor á la guerra general,

Bien habéis podido notar por las rápidas indicaciones que acabo de haceros, el papel importante que la palabra está llamada á represen'-tar en la política moderna (1). Estoy muy lejos, como veréis, de desdeñar á la 'prensa, y en caso de necesidad sabría aprovechar la tribuna; h esencial es emplear contra sus adversarios todas las armas que ellos podrían emplear contra vos.

No contento con apoyarme en la fuerza violenta de la democracia, querría tomar á las sutilezas del derecho sus más sabios recursos. Cuando se toman decisiones que pueden parecer injurias 6 temerarias, lo esencial es saber presentarlas en bue^ nos términos, apoyándolas con las más elevadas raxo^ nes de la moral y del derecho.

El poder que sueño, bien lejos, como veis, de tener costumbres bárbaras, debe llamar á sí todas las fuerzas y todos los talentos de la civilización en cayo seno vive. Deberá rodearse de publicistas, de abogados^ de iur^'sconsultos; de hombres prácticos y de administración; de personas que conozcan á fondo todos los secretos, todos los resortes de la vida social; que hablen todos los idiomas; que hayan estudia^ do al hombre en todas sus manifestaciones sociales. Es preciso buscarles en todas parles, poco importa donde, pues esas personas rinden asombrosos servicios con los procedimientos que aplican á la política. Y al lado de estos, ?iace falta un enjambre de economistas,'banqueros^ industria-

(1) A]gimoi políticos qae go2an de reputación piensan de distinto modo, en lo cual andan equivocados.



í'.—, - - _■ - -.- .íí.^-^'::: . c -^i s j» 3«cesidad

t*i'í'.^~^: .-r üi^-i -í: i.;!:- remiio:^ oe sa rida

' : -í- , -j- i ;'-r m T.:-: -ntsix it'í ie3=.i oii dis-V-'--■-•.1 ■'.« ii;'ir»n'iis r-íurscs mcrales y mate* ;a.i*sí -;« ínui." : k» .ait^iar:s,T dadme ahoracaal-\\ ^f^t, lAirr.i i*-vt':.;.ü3? Tenéis como ponto 'j,- 'jl., »a m. E-^an c db uw Lktes , nú Mt fAor d atri/rtrr de notii naeíóm {'.] caando se le ',* *:r»! tia-ter cotvKíT'ar sa TÍgor original, pues h.fíti, no prnUari ni weinU aHox para transformar o4 la manara má» eompítía elctrácter Earopeo más in4amafiU y pora roloverU ion dócil hacia la Urania fifmc tt del máa iruigmfieante pueblo del Asia.

HOHTEeQDIÍÜ.

AcAtiaiH do añadir, burlándoos, ua capitulo al Thataix) UHt. pHiNoiPS. Coalesquíera que sean viiHütraa doolrinasi tío las discuto; me limito á liflovn» una observacifio. Es evidente que no |iili»i)i(t»n)i>lido lo que ofrecisteis: el empleo de \\>\\\'>^t, wiit« mt>dio» supone la existencia del po^ler *\'^^vUi(o, y Ip qu* os he pr«s;uniado. ts pncisanea-I*. vH'UK» ^KHif'i iw* pUotearlo ea sociedadea po Mti cM



Maquiavrló.

Vuestra observación es perfectamente justa y no trato de sustraerme á lo ofrecido. Lo que he dicho, solo ha servido de prefacio.

Os pongo en presencia de un Estado fundado sobre instituciones representativas, monarquía 6 república; os hablo de una nación familiarizada de tiempo atrás, con la libertad^ y os pregunto cómo desde ahí podríais volver de nuevo al poder absoluto.

Maquiávelo. Nada más fácil.

MONTYSSQUIBU.

veamos.

(:

SEGUNDA PARTE

DIALOGO OCTAVO

f

Maquiavülo.

Tomo la hipótesis que me es más desfavora* ble: escojo un Estado constituido en república. Con una monarquai el papel qae me propongo representar sería demasiado íacil. Blió una re-publica^ porque en semeiante fomia de gobierno voy d encontrar una resistencia, casi insuperable en apaHenciay en las ideas, en las cos" lumbres y en las leyes. ¿Os contraria esta hipótesis? Acepto de vos un Estado cualquiera que sea su forma, grande ó pequeño; lo supongo dota* do de todas las instituciones que garantizan la libertad, y os dirijo esta única pregunta: ¿Creéis el poder al abrigo de un golpe de mano, ó como se dice hoy día, un golpe de Estado? (1)

MONTBSQÜIBU.

No, en verdad; pero concededme al menos que semejante empresa sería singularmente difícil en las sociedades políticas contemporáneas^ tal como están organizadas.

Maquiavelo.

¿Y porqué? Estas sociedades, hoy lo mismo que en otras épocas, ¿no son presa de las facciones? ¿No hag

(1) Si se reterirá HaqniaTelo al lefior CaestM.

— 75 —

por todas partes elementos de guerra dviU partidos^ pretendientes? (1)

MOMTBSQUIBU.

Es posible; pero con una palabra creo poder haceros comprender donde está vaestro error. Esas usurpaciones, que necesariamente tienen> que ser muy raras porque están llenas de peligros y porque repugnan á las costumbres modernas, suponiendo que alcancen éxito, no tendrían absolutamente la importancia que parecéis atribuirles.

Un cambio de poder no llevarla á un cambio de instituciones. Un pretendiente conmovería un Estado, corriente; su partido triunfaría, lo admito; el poder pasa á otras manos, eso es todo; pero el derecho público y el fondo mismo de las instituciones permanecen en su base^ Eso es lo que me interesa. (2)

Maquiavblo. ¡Pero será cierto que conservéis tal ilusión?

MONTBSQUIEU.

Estableced lo contrario.

Maquiavblo.

¿Me concedéis, pues, por un momento, el éxito de una empresa en armas contra el poder establecido?

MONTfISQUIEÜ.

Si.

Maquiavblo.

Notad bien, en ese caso, en qué situación me hallo colocado.

(1) ¿Y tontos y amUcioaoi?,

(2) En la aparienoia, y aioó mirad lo qae pasa entre noBOtiOB.

•-76 —

He suprimido momentáneamente cualquier poder que no fuese el mió. ^« las instiueionea todavía en pié pueden oponerme algún obstáculo^ es d/^pura /brmuJa; DE HECHO, Ijos ACTOS de vi vo-

UTÜITAD NO PUEDEN ENCONTRAV NINQUNA BEISTEN-

cía rbai: en fln, me hallo en esa condición extra-legal que los Romanos calificaban con una palabra tan hermosa y tan poderosamente energética: i^ dictadura. Es decir, que lo puedo todo al presente, qut soy legislador^ pod» r gecutiro, poder judicial y además soy el jefe del ejéreio.

Tened prestante esto. Ahora, triunfo con el apoyo de una facción^ es decir, que ese suceso no ha podido realizarse sino en medio de una profunda disensión interna. (1) Puede decirse al acaso, pero sin equivocarse, cuales han sido las causas. Un antagonismo entre la aristocracia y el pueblo, ó entre éste y la burguesía.

En el fondo, no puede ser mas que eso; pero la suiérficie sers^ una mezcolanza de ideas, de opiniones, de influencias y de corrientes

contrarias, como en todos los listados en que la libertad se haya desencadenado por un momento. Allí habrá elementos políticos de toda clase, trozos de partidos victoriosos en otro tiempo, vencidos hoy^ ambiciones desenfrenadas, apetitos ardientes, odios implacables, horrores portadas partes, honünres de diferentes opiniones y doctrinas, restanradores de antiguos regímenes, demagogos, anar'^ quistas, utopistas, ocupados todos, todos trabafando igualmente aparte para echar abajo el ordrn establecido.

jQué consecuencias deben sacarse de semejante situación! Dos: la primera, es que el pais

(D Ctaos'prodiMidwenli BepábBcm AifOitlu, «o li OriMtel, en la Ckl-

V^h^^^M ^_ ^^ ^^ Atf^tfl^hA v^AvA^^ft

— 77 —

tiene gran necesidad de reposo y que no negará nada á quien pueda dárselo; la segunda, es que en medio de esa división de partidos no hay fuerxa real ój mejor dicho, que no hay ithás que una, el pueblo.

Yo soy un pretendiente victorioso; tengo, supongo, un gran nombre histórico, (ó militar); apropósito para excitar la imaginación de las masas.

Como Pisístrato, como César, como el mismo Nerón: me apoyaré en el pueblo; eselsihode cualquier usurpador. Ahí está el poderío, ciego que prestará el medio ds hacerlo impunemente todo, ahí la^ autoridad, ahí el nombre que cubrirá todo. Al pueblo, en efecto, le importan poco vuestras fíc' dones legales y vuestras garantías constitucionales. (1)

He conseguido ol silencio en medio de las facciones, y ahora vais á ver como voy á gobernármelas.

Quizás recordareis las reglas que establecí en el Tratado del Principe para conservar las provincias conquistadas. El usurpador de un Estado se halla en una situación análoga á la de un conquistador.

Está obligado á renovarlo todo, á disolver el Estado, á destruir la ciudad, á cambiar la faz de las costumbres •

Ahí está el objeto, pero en los tiempos presentes para llegar á él hay que seguir caminos oblicuos, medios torcidos, combinaciones hábiles, y, en lo posible, exentas de violencia. No destruiré directamente las instituciones, pero las tocaré una á una, con una acción ó un hecho ligero que descompondrá el mecanismo. Así iré tocando por ordena la organización judicial, a

(1) Con las cnales no eome.

— 78 —

sufragio, á la prensa, á la libertad iodividaal, á la enseñanza.

Por encima de las leyes primitivas haré pasar toda una nueva legislación que sin abrogarexpresamaúe la antigua^ empezará por ocuLTARiJk para no tardar en borrarla completamente. Tales son mis concepciones generales^ ahora oíd los detalles de ejecución.

MONTBSQIJIBU.

]Qné lástima que no estéis aun en los jardines de Ruccellaíy oh Maquiavelo, para pronunciar esas hermosas lecciones, y cuan sensible es que la posteridad no pueda oíros!

Maquiayblo.

Traqnilizaos; para quien sepa leer, todo eso se halla en el Tjیاتado del piuncipe.

MONTESQUIBU.

Y bien, os halláis en el día siguiente al de vuestro golpe de Estado, {qué vais á hacer?

Maquiavelo. Una gran cosa, luego otra muy pequeña.

MONTBSQUIEU.

I Veamos primero la grande ?

Maquiavelo.

Después del éxito de un golpe de fuerza contra el poder establecido, no creáis que todo ha terminado, los partidos no se creen generalmente derrotados. Aun no se sabe con certeza lo que vale la energía d^l usurpador, van á ensayarlo, levantándose contra él en armas. Es llegado el

— 79 —

momento de imprimir un terror que hiera á la cia-dad, entera y haga vacilar las almas más intrépidas.

MONTBSQUIBU,

¿Que vais á hacer? Me habéis dicho que repudiabais la sangre.

Maquiavelo.

No se trata aquí de falsa humanidad. La sod^-dad está amenazada, se halla en estado de legítima defensa] el exceso de Hgoves y aun la misma crueldad evitará para el porvenir nuevas efusiones de sangre. No me preguntéis qué se haría; es preciso aterrorizar á las almas una vez por todoi^ para que el miedo^ se anodere de ellas

una vez por todo, para que el mundo se apodere de ellas.

MONTBSQUIBU.

Sí, lo recuerdo; eso es lo que enseñáis en el Tratado del Príncipe[^] al narrar la siniestra ejecución de Borgia en Cesena (1). No habéis cambiado.

Maquiavblo.

No, no; ya lo veréis más tarde: obro así por necesidad y sufro.

MONTfSQUIBU.

Y esa sangre ;quién la verterá?

Maquiavblo.

¡ El ejército! Ese gran verdugo de los Estados: ¡SL, cuya mano no deshonra jamás á sus víctimas. Interviniendo el ejército en la represión[^] se obtendrán dos resultados de la mayor importancia. A partir de ese momento, por un lado se esta[^]

(i) Thitado del Príncipe, cap. VU.

— 80 —

lleerápara siempre una hostilidad entre él y la pQ* blaieion civil que habrá easiigtulo sin compasión; por otro, su suerte quedará unida indisolublemente áúas su jefe.

MoMT8SQUIBU.

{Y creéis qae qae esa sangre no caerá sobre vos?

Maquiavelo.

No, por{ue «á los ojos del pueblo, el soberano» »en definitiva, permanece extraño á los excesos de « una soldadesca qae no siempre es fácil contener. «Losquepodrau aparecer como responsables se-«ráa los generales, los ministros qae hayan ejecu* «tado mis órdenes.» Esos, os lo aseguro,me serán fieles hasta el postrer suspiro, paes demasiado saben lo que les esperarla <lespaés de mí.

MONTESQUISU.

Ese ese vuestro primer acto de soberanía. ¿Veamos el segundo?

Maqüiavbm.

No se si habéis observado basta donde llegai en la política, el poder de los pequeños medios.

Después de ebto haré acuñar nueva moneda[^] con mi efigie, de la que emitiré una suma considerable.

MONTESQUIBU.

Pero esa seria una medida pueril, comparada con los primeros cuidados que el Estado necesita:

Maquiavelo.

{Asilo creéis? Bien se vé que no tenéis conocí-mientes prácticos del poder. La efigie humana grabada en una moneda es un signo inequívoco

— s: —

de la soberanía. «Al principio, habrá espiritas orgullosos que temblarán de cólera, pero ya bb . IRÁN acostumbrando; los mismos enemigos de mí

Íoder se verán obligados á llevar mi retrato en sus olsillos. Es bien seguro que uno se acostumbra poco á poco mirar con oj os más tiernos las f accio nes que están impresas en todos los signos materiales de nuestros goces. El día et que mi efige se vea grabada en la moneda[^] aquel día soy rey. »

MONTUSQU[^]KU.

Esa apreciación era nueva para mí; pero dejémosla de lado. ¿No habréis olvidado que los pueblos nuevos tienen la debilidad de darse constituciones que son lagarantía desús derechosf Con vuestro poder emanado de la fuerza, con los proyectos que me reveláis[^] quizás vais á hallaros perplejo en presencia de una carta fundamental de la que todos los principios, las reglas y \w disposiciones son contrarias á vues-tras máximas de gobierno.

Maquiavelo. «Haré otra constitución, he ahí todo.»

MONTSSQUIBU.

¿Y creesi que eso será tan fácil como decirlo?

Maquiavelo.

¡Donde estará la dificultad! «Por el momento «no habría más voluntad ni fuerza que la mía, «y como base de acción tengo el elemento

po-«puar».

MONTESQUIEU.

Es verdad. Me acomete, por tanto, un escrii-pulo; por lo que acabáis de decirme me figuro

- 82 ~

3ae vuestra constitución no será un monumento e libertad. ¿Pensáis que bastará una sola crisis de la fuerza^ una sola violencia feliz para arrebatar á una nación todos sus derechos y conquistas, todas sus instituciones y los principios con que está acostumbrada á vivir?

Maquiavelo.

Perdonad; yo no voy tan deprisa. Os decía, no hace mucho, que los pueblos «eran como los «hombres, que se llevaban más de las apariencias «que de la realidad de las cosas;» esa es en poli-tica, una regla cuyas indicaciones seguiré escrupulosamente; servios recordarme los principios que más llamen vuestra atección y ya veréis que no vacilo tanto como parecéis creerlo.

MOKTESQT7IEX3.

iQué vais á hacer, Maquiavelo?

Maquiavelo Nada temáis, señaládmelos.

MONTESQUIEU

Os confieso que no me ño.

Maquiavelo

Pues bien, yo os los ,diré. No dejarías, sin duda alguna, de hablarme del principio de la separación de los poderes, de la libertad de la palabra y de la prensa, de la libertad religiosa, de la individual, de! derecho de asociación, de la inviolabilidad de la propiedad y del domicilio, del derecho de petición, del libre consentimienta sobro el impuesto^ de la proporcionalidad de las penas, de la no retroactividad de las leyes: ¿es suficiente ó queréis aún más?

— 83 —

MONTESQUIBU.

Creo que hay más de lo que hace falta, Maquia-veló^ para que vuestro gobierno no lo pase bien»

Maquiávslo.

Os equivocáis, y tan cierto es lo que os digo que no tengo ningún inconveniente en proclamar esos principios; aún más, si lo deseáis^ formularé el preámbulo de mi constitución.

Mo^TESQUIEU. .

Ya me habéis demostrado que sois un gran: mágico.

MáQUIALGLO.

En todo esto no hay nada de magia; lo único que hay es habilidad política.

*

MONTESQOIEU.

Pero como, ^habiendo inscrito esos principios al frente de vuestra constitución, os gobernareis para no aplicarlos? (1)

Maquiavelo.

Ah! tened cuidado, os he dicho que proclamaría esos principios, pero no habéis oído de^ mis labios que los inscribiré, ni siquiera que los designaría expresamente.

Montes QuiBu.

¿Qué queréis decir?

Maquuvelo.

No entraré en ninguna recapitulación, me limitaré á declarar al pueblo que reconozco y con-

(1) Como se ha hecbo eo todas partes, empezando por la República Ar-' geotina.

— 84 -

firmo los grandes principios del derecho moderno.

MoKTI£SQüIFU.

No comprendo el alcance de esa reticencia.

Maquiavblo,

Ahora comprendereis cuan importante es. Si enumerase expresamente esos derechos, mi libertad de acción se vería encadenada frente A frente de los que hubiera declarado, y eso es precisamente lo que no quiero. No citando ninguno parece que los acuerdo todos y especialmente no doy ninguno: lo que me permite el separar más adelante, por vía de excepción^ aquellos que juzgue peligrosos.

MONTESQUIEU.

Comprendo.

Maquiavélo.

Por otra parte, entre esos principios, hay unos que pertenecen al derecho político y constitucional, propiamente dicho, y otros al derecho civil. Esa es una diferencia que debe servir siempre de regla en el ejercicio del poder absoluto.

«Lo que preSeren los pueblos son sus derechos «civiles»; no tocarla á ellos, ó los modificaría en muy poco y de ese modo una parte de mi programa, por lo menos, se habría cumplido.

MOMTESQUIEU.

{Y en cuanto á los derechos pplíticos?

Maquiavelo.

He estampado en el Tratado del Principe, la siguiente máxima^ que no dejó hasta ahora de

— 85 —

ser cierta: «Los gobernados estarán siempre con-«tentos con su príncipe mientras éste no ataque* «á su hacienda, ni á su honor; en ese caso solo le «queda que combatir las pretensiones de un re-«ducido número de descontentos^ lo cual le será «sumamente fácil». He ahí mi respuesta á vuestra pregunta.

MONTBSQUIEU

En rigor podría hallarle que no ora del toda satisfactoria; podría responderos que los derechos políticos son también bienes; (1) que va el honor de los pueblos en su mantenimiento, y que tocándolos atacáis, en verdad, tanto á sus bienes como á su honor. Podría añadirse asimismo, que* el sostenimiento de los derechos civiles está ligado al de los derechos políticos por estrecha solidaridad. ¿Quién garantizará á los ciudadanos de* que—despojados hoy de su libertad política-mañana no se les arrebatará su libertad individual? ¿y que si atacáis hoy á su libertad, <páa tarde no atentareis contra su fortuna?

Maquiavelo.

No cabe duda que el argumento está presen--tado á lo vivo, pero pienso que comprendéis per* fectamente su exageración. Aparentáis creer siempre que los pueblos modernos están sedientos^ de libertad.

«¿Habéis previsto el caso en que ya no la «quieran y podéis exigir á los principes que de-«muestren por ella más cariño que sus pueblos?»' Porque, en vuestras sociedades tan profundamente relajadas, donde el individuo no vive sino en la esfera de su egoísmo y de sus interéssea

(1) Mo7 socorrida cosa es la idea esa.

- 86 -

materiales, preguntad á la generalidad, y ya veréis, como por todas partes os respon--den: ¿Qué me importa la política? ¿qué la Uber* tad? por ventura ¿no son lo mismo todos los gobier^ nos? ¿acaso el gobierno no debe defenderle?

Notad bien, además, que no será el pueblo el que empleará ese lenguaje: serán los burgueses, los industriales, las personas conocidas, los ricos, los instruidos, todos aquellos que podrán apreciar vuestras hermosas doctrinas de derecho público. Me bendecirán, gritarán que les he salvado, que están en minoría, que no son capaces de saber conducirse. Mirad, las naciones sienten no sé qué secreto amor por los vigorosos arranques de la fuerza. A. cualquier acto violento que esté marcado del talento del artífice, oiréis exclamar con una admiración que acallará la censura: No está bien^ no, convenido; pero es hábil^ eestá bien hecho, revela fuerza!

MOKTESQÜIEÜ.

¿Vais á entrar en la parte profesional de vuestras doctrinas?

Maquiávblo.

No tal, nos hallamos aún en la ejecución. Seguramente que me hubiera adelantado algunos pasos á no haberme obligado vos á hacer una digresión. Prosigamos.

DIALOGO NOVENO MONTEBQUIBU.

Os hallabais al dia siguiente de una constitución hecha por vos sin el consentimiento de la nación.

Maquiavklo.

Alto ahí: nunca he pretendido ajar hasta ese punto ideas comunmente aceptadas y cuyo imperio conozco.

MONTESQUIEU.

lEn verdad!

Maqüiavelo. Hablo seriamente. '

MOÍTESQUIEÜ.

¿Esperáis, pues, asociar la nación á la nueva obra fundamental que preparáis?

Maqüiavelo.

Sin duda alguna. ¿Eso os asombra? Iré aún

— SJ —

más allá haré lo primero, ratificar por el voto popular el golpe atentatorio que diera contra el Estado; le diré al pueblo, en los términos-que convengan: Todo ib'i mal; he deshecho todo, os he salvado, ^me queréis? libres sois de conde* narme ó de absolverme con vuestro voto. (1)

MoNTl£8QUI£U.

Libres bajo el peso del terror y de la fuerza armada.

. Máquiavelo. Me aclamarán.

MONTESQÜIEU.

Lo creo.

Máquiavelo.

Y el voto popular, que he convertido en ins* trumento de mi poder, vendrá a ser la base de mi gobierno. «Plantearé un sufragio sin disttu-«ción de clases ni edades, por el cual quedará ^organizado de un solo golpe, el absolutismo».

MOMTKSQÜIKU.

Si^ porque de un solo golpe, destrozáis al mismo tiempo la unidad de la familia, despreciáis el sufragio^ anuláis la preponderancia del saber, y hacéis del número una potencia ciega que dirigiréis á vuestro antojo.

Maqüiavblo.

Realizo un progreso al que aspiran ardiente* mente hoy todos los pueblos de Europa: orga«

— 89 —

nizo el sufragio universal como Washington en los Estados Unidos^ y el primer uso que de él hago es someterle mi constitución.

MfNTBSQUIEU.

iCómo! ¿Vais á hacerla discutir en asambleas primarias ó secundarias?

Maquiayelo.

iOh! dejemos de lado, os lo ruego> vuestra» ideas del siglo XVIII; han pasado ya de moda.

MONTESQUIBU.

Pues bien, ^de qué modo haréis deliberar en» tonces acercado la aceptu'.ión de vuestra constitución? ¿cómo serian discutidos los articuloa orgánicos?

Maquiayelo.

Es que no quiero que sean discutidos de ninguna manera; creía habéroslo dicho.

MONTESQ!}JEU.

No he hecho mas que seguiros en el terreno de los principios que os ha agradado escoger. Me habéis hablado de los Estados Unidos de América^ ignoro si if^ois un nuevo Washington, pero lo cierto es, que la actual constitución de los Estados Unidos ha sido discutida, deliberada y vo* tada por los representantes de la nación.

Maquiavblo.

Por favor» no confundamos las épocas, los lugares y los pueblos: los hallamos en Europa; mi constitución ha sido presentada en conjunto»

— 90 — yes aceptada del mismo modo.

MONTBSQUIKU.

Pero obrando asi, no ocultáis nada á 'nadie.

iCómo^ votando en esas condiciones, puede saber el pueblo lo que hace y basta qué punto so obliga?

Maquiavelo.

¿Y «donde visteis nunca que una constitución «verdaderamente digna de ese nombre, verdade-«ramente duradera, fuese el resultado de una de-«liberación popular? Una constitución debe sur-«gir, completamente hecha, de la cabeza de un «solo hombre» y sino es una obra condenada á no «ser viable». (1) Sin homogeneidad, sin trabazón entre las partes, sin fuerza práctica, llevará necesariamente el sello de todas las estrechas miras que han presidido á su redacción.

Una constitución^ repito, no debe ser sino la obra de uno solo; siempre sucedió lo mismo y pongo por testigo á la historia de todos los fundadores de imperio, ejemplo Sesostris, Solón, Licurgo, Carlomagno, Federico II y Pedro I.

MONTESQUISÜ.

Vais á desarrollarme ahora un capítulo de uno de vuestros discípulos.

Maquiavelo. ¿De quién?

MONTRSQUIEU.

De José de Maistre. Hay en él consideracio-

(1) Si se dad» de ello no hay mas qne estudiar loa anacronismos y absurdos de la Gonatitocion Argentina, Oriental, etc. , etc.

~ 91 ~

nes generales que no carecen de verdad, pero que encuentro faltas de aplicación. Cualquiera diría, al escucharos, que vais á sacar á un pueblo del caos ó de la noche profunda de sus primeros orígenes.

Parece que no recoi^dais que, en la hipótesis en que nos colocamos, la nación ha llegado al apogeo de la civilización, que su derecho público se ha fundado y que está en posesión de instituciones regulares.

Maquiavelo.

No digo que no; asi vais á ver que no tengo necesidad de destruir completamente vuestras instituciones para llegar á mi objeto. Me bastará con modificar su economía y cambiar sus combinaciones.

Explicaos.

MONTESQÜIEÜ.

Maquiavelo.

Acabáis de hacer un curso de política constitucional, y pienso sacar partido de él. No soy, por otra parte, tan extraño como se cree generalmente en Europa, á todas esas ideas de báscula política; bien lo habéis podido notar por mis discursos sobre Tito-Livio. Pero vengamos á los hechos. Hacíais notar, con razón, no hace mucho, que en los Estados parlamentarios de Europa, los poderes públicos estaban distribuidos casi en todas partes del mismo modo, entre cierto número de cuerpos políticos cuyo juego regular constituia el gobierno.

Asi hállase en todas partes bajo diversos

— 92 ~

nombres, pero con atribuciones casi uniformes, una organización ministerial, un Senado» un Cuerpo legislativo, un Consejo de Estado, una Corte de casación (1), paso por alto el completo desarrollo inútil respecto al mecanismo respectivo de esos poderes, cuyo secreto conocéis mejor que yo: es evidente que cada uno de ellos responde á una función esencial del gobierno. Notad bien ^ue la función que caliñco de esencial, no es la institución. Asi, es preciso que haya un poder dirigente, un podei* moderador, unolegis* lativo y otro reglamentario, sin duda alguna.

MONTESQUIEU.

Pero, si no os comprendo mal, esos diferentes poderes no son para vos mas que uno solo, y vais á dar todo ello únicamente á un hombre, suprimiendo las instituciones.

Maqoiayelo.

Os engañáis de nuevo.

4c No podría obrarse asi sin peligro. Y menos « que en ninguna otra parte, en vuestro país» € con el fanatismo que allí reina por eso que c dais en llamar los principios del 89; pero, dignaos c escucharme: En estática, la desviación de un € punto de apoyo hace cambiar la dirección de la «fuerza; en mecánica, la desviación de un resorte « hace cambiar el movimiento. > Aparentemente, sin embargo, el mecanismo es igual. Lo mismo sucede en fisiología; « el temperamento depende € del estado de los órganos. Si se modifican estos, c el temperamento cambia.» Pues bien, las diferentes instituciones de que hemos hablado funcio-

(1) Como eotre noBotios.

— ganan en la economía gubernamental como verdaderos órganos en el cuerpo humano. Atacaré á los órganos, que no sutrirán^ pero se cambiará la complexión política del Estado. ¿Ciomprendeisl

MOMTESQÜIEU.

No es difícil y para ello no hacian falta perituras. Conservais los nombres y suprimis las cosas. Eso mismo hizo Augusto cuando destruyó la República en Roma. Allí existia siempre un consulado, una pretura, una censura, un tribunado; y sin embargo no había ni cónsules, ni pretores, ni censores, ni tribunos.

Maquiavelo.

Convenid en que puede escogerse un modelo peor. Ea política puede hacerse todo, á condición de lisongear las preocupaciones de las masas y saber guardar las apariencias.

MONTESQUIEU.

Dejaos de generalidades; seguid desarrollando vuestras ideas, os escucho.

MAQmAYKLO.

No echéis en olvido las convicciones personales de donde emanan cada uno de mis actos.

Para mí, vuestros gobiernos jDarlamentarios no son mas que escuelas de disputa: focos de agitaciones estériles en medio de las que se gasta la actividad fecunda de hts naciones que la tribuna y la prensa condenan á la impotencia. Por consiguiente, no tengo ningún remordimiento; arranco de un punto de vista elevado y mi objeto justifica mis actos.

Alas teorías abstractas sustituyo la razón práctica, la experiencia de los siglos, el ejemplo de los

— 94 —

hombres de genio que han llevado á cabo grandes cosas con los mismos medios; empiezo por devolver al poder sus condiciones vitales.

Mi primera reforma ejerce inmediatamente presión sobre vuestra pretendida responsabilidad ministerial. En un país de centralización, como el vuestro, por ejemplo, en que la opinión, por un sentimiento instintivo, acuerda todo al jefe del Estado, lo mismo el bien que el mal, poner al frente' de una carta que el soberano es irresponsable, es engañar el sentimiento público, crear una ficción que se disipará siempre al ruido de las revoluciones.

Empiezo, pues^ por borrar de mi constitución el principio de la responsabilidad ministerial; el soberano que instituya, será el único responsable ante el pueblo.

MONTESQUIEU,

Asi me gusta: en eso no hay ambages.

Maquiavelo.

En vuestro sistema parlamentario, los representantes de la nación tienen, según me explicabais, la iniciativa de los proyectos de ley, solos ó conjuntamente con el poder ejecutivo; pues bien, ese es el origen de los más graves abusos, porque en semejante orden de cosas cada diputado puede, por cualquier motivo, sustituirse ai gobierno presentando los proyectos de ley menos estudiados, menos profundos; ¿qué digo? con la iniciativa parlamentaria la Cámara echará abajo, cuando le plazca, al gobierno. Borro,pues, la iniciativa parlamentaria.

La proposición de las leyes no pertenecerá mas

- 95 — qtte al soberano. (1)

MONTESQUIEU.

Veo que entráis por el camino mis ancho en la carrera del poder absoluto; porque en un Estado donde la iniciativa de las leyes no pertenezca mas que al soberano, éste viene á ser casi el único legislador; pero antes de que vayáis más lejos deseo haceros una observación • Queréis aíerraroo á la roca, y os halláis sentado en la arena.

Maquiavelo. ¿Por qué?

MONTESQUIEU.

¿No habéis tomado como base de vuestro poder el sufragio universal?

Maquiavelo. Sin duda alguna.

MOI^TESQUIEU.

Pues bien, no sois mas que un mandatario revocable al antojo del pueblo, en quien reside única* mente la verdadera soberanía. ¿Creíais que ese principio pudiera serviros para el mantenimiento de vuestra autoridad, sin echar de ver que os voltearán cuando quieran? Además^ os habéis declarado único responsable; ¿os tenéis por un ángel? Pero sedlo, tanto como queráis, no por oso se os culpará menos por todo el daño que pueda sobrevenir, y pereceréis en la primera crisis.

Maquiavelo.

Os anticipáis: la objeción ha sido rápida^ pero

(1^ T eo realidad puede ser qne así snoeda en todas partes.

— 96 —

responderé á ella inmediatamente, poesto qae me obligáis. Os equivocáis lastimosamente si creéis que no habla previsto el argumento. Si mi noder se viese turbado. solo podría serlo nor facciones. Eslov en guardia contra ellas nor dos derechos esenciales que he introducido en

que yo no puedo hacer, pero yo no puedo por el momento estar en guerra contra ellos por los derechos sociales que no me dan en mi constitución.

MONTBSQUIBU.

¿Que derechos son esos?

Maquiavelo.

La convocatoria al pueblo y el derecho deponer el país en estado de sitio; soy jefe del ejército y tengo toda la fuerza pública entre mis manos; á la primera insurrección contra mi poder, las bayonetas darán cuenta de la resistencia y hallaré en la urna popular una nueva consagración de mi autoridad.

MONTEÉQUIBU.

Empleáis argumentos que no tienen vuelta de hoja; pero, volvamos, os riego, al Cuerpo legislativo que habéis instalado; á este respecto no os veo tan fácil salida; habéis privado á e»a asam« blea de la iniciativa parlamentaria, pero le queda el derecho de votar las leyes que presentareis para su adopción. ¿No esperáis dejárselo ejercer, sin duda?

Maquiavklo. .

Sois más asombradizo que yo, que no veo en ello« os lo confieso, ningún inconveniente. Como nadie sino yo puede presentar la ley, no tengo que temer que se haga ninguna contra mi poder. Tengo la llave del tabernáculo. AdemásS| como os

— 97 —

lo üe dicho, entra ea idíp cálculos dejar subsis-lir en apariencia las instituciones. Solo, si, debo decoraros que yo no dejaró á la Cámara lo que llamáis el derecho de enmienda. Es evidente que con el ejercicio de semejante fa* cuitad no habría ley que no pudiese ser desviada de su objeto primitivo y cuya economía no fuera susceptible de cambiarse. La ley se acepta ó se rechaza^ no cabe otra alternativa.

MONTBSQUIBU.

Pues no se precisaría mas para derrocaros; bastaría con que la asamblea legislativa rechazase sistemáticamente vuestros proyectos de ley o solamente que se negara á votar los impuestos.

Maquiavblo.

De sobra sabéis que las cosas no pueden pasar así. Una Cámara, cu;tlquiera que sea, que dificultara con semejante acto temerario la marcha de los negocios públicos, se suicidaría. Por otra parte, dispondría de mil medios para neutralizar el poder de semejante asamblea. Reduciré á la mttad el numero de representantes y tendré una mitad menos de pasiones políticas que combatir. Me reservaré el nomúramiento de los presidentes, y vice • presidentes que dirigen los debates. En vez de sesiones permanentes, la asamblea estará reunida solo algunos meses. (1) Plantearé una cosa de suma importancia, y cuya práctica me han dicho que comienza ya á introducirse: el mandato legislativo no será gratuito; querría que los diputados recibiesen emolumentos, quo sus funciones fuesen, en cierto modo, asalariadas. Considero esta innovación como el medio más

(1) Gamo entre nosotros.

— 98 -

seguro de asegurar más al poder los representantes de la Dación; no tengo necesidad de insistir en esto, la eficacia del medio se comprende de sobra. Añado que, como jefe del poder ejecutivo, tengo el derecho de convocar y disolver el Cuerpo legislativo, y que en caso de disolución, me reservarla el plazo más largo para llamar á nuevas Cortes. Comprendo perfectamente que la asamblea legislativa no podría, sin peli-gro> permanecer independiente de mi poder, pero, tranquilizaos: no tardaremos en encontrar otros medios prácticos de atraerla. ¿Os bastan estos-detalles constitucionales? ¿queréis más?

MONTESQUIEU.

No es necesario, y podéis pasar ahora á la organización del Senado.

Mii.QUIA.VELO.

Veo que habéis comprendido perfectamente que esa era la parte capital de mi obra, la piedra angular de mi constitución.

MONTESQTIIBU.

No se lo quo aun podéis hacer, desde que ya os miro como completo dueño del Estado.

Maquiavelo.

Eso es bueno para dicho; pero, en realidad, la soberanía no podrfa ser establecida sobre base» tan deleznales. Al lado del soberano, hacen íal:a cuerpos que se impongan por el brillo de sus títulos y dignidades y por la ilustración individual de aquellos que los íovmen. No es precia so que la persona del soberano se exhiba constan* temen le, ni que ée defe ver siempre su mano; es

— 99 —

preciso que su acción pueda^ en caso necesario, ponerse á cubierto iras de la autoridad de las grandes magistraturas que rodean el trono.

MONTESQCIEU,

Fácil es echar de ver que destináis á esos papeles el Senado y el Consejo de Estado.

Maquiavelo. No se os puede ocultar nada.

MONTBSQUIEU.

Habláis del trono: veo que sois rey y hace poco nos hallábamos en república. La transición es un poco brusca.

Maüiávblo.

' El ilustre publicista francés no puede pedirme queme detenga ante semejantes detalles de ejecución: desde el momento que tengo en mis manos-todo el poder, no es sino cuestión de oportunidad escoger el momento de hacerme proclamar rey. Lo seré antes ó después de haber promulgado mi constitución; eso importa poco.

MONTESQÜIEU.

Es cierto. Volvamos á la organización del Senado.

DIALOGO DÉCIMO

Maquia^yelo.

En'los estudios superiores que habéis hecho para componer vuestra memorable obra sobr  las Causas de la grandeza y decaenc'a de los Roma' nos, no habréis dejado de notar el papel que representaba el Senado cerca de los emperadores   partir del reinado de Augusto.

MoNTESQUieU.

. Permitidme que os diga, que ese^ es un punto que las inveftigaciones históricas no han aclarado aun suficientemente. Lo que hay de cierto* es que, hasta los últimos tiempos de la República, •el Senado Romano fué una institución aut noma^ investida de inmensos privilegios, con poderes propios; ese fué el secreto de su fuerza^ de la profundidad de sus tradiciones políticas y de la^ grandeza que imprimió   la República. A partir de Augusto, el Senado se convierte en un instrumento entre las manos de los emperadores, pero . jno se vislumbra claramente por qué sucesión de

— 101 —

actos consiguieron depojarle de su poder.

Mauiayblo.

No es precisamente para dilucidar ese punto de. historia que os he suplicado os refirieseis   ese periodo del Imperio. Esa cuestipn, no me preocupa por ahora; lo único que queria deciros, es que el Senado que concibo deberá llenar, al lado del principe, una misión política análoga   la del Senado Romano, en los tiempos que se siguieron   la calda de la República.

MONTRSQUIBU.

Pues bien, en esa época la ley no se votaba en los convicios populares, se hacé por medio del Senado-consulta; ^es eso lo que quer is?

M QUI  VKLO.

No tal: eso no será conforme   los principies modernos del derecho constitucional.

MONTESQOIK .

I Cuánto se os debe agradecer semejante escri * pulo!

Maquiavelo.

No preciso, ademas, de esto, para dar   luz lo que me parece necesario. Ninguna disposición fo-gislativa, bien lo sab is^ puede emanar   no ser de mi proposici n^ y hago además decretos que tienen fuerza de ley.

MONTBSQUIBU.

Es verdad, habéis olvidado ese punto que tiene^ sin embargo, verdadera importancia; pero, en ese caso, no veo para qué fines reserv is el Senado.

— 102 —

Maüialblo.

Colocado en las más elevadas esferas constitucionales^ su intervención directa no debe aparecer sino en circunstancias solemnes; si fuese necesario, por ejemplo, reformar el pacto fundamental   se hallase en peligro la soberanía.

MONTESQUIEU.

Ese lenguaje deja mucho que adivinar. Os gusta preparar los e clos.

Maquiavelo*

La idea fija de vuestros modernos constituyentes ha sido, hasta ahora, el querer preverlo todo, y arreglarlo todo eu las cartas que dan   los pueblos. No será yo quien cometa semejante falta; no quería encerrarme en un circulo de hierro; solo acentuará lo que sea imposible dejar ambiguo; dejar    los cambios ancho espacio para que queden, en las grandes crisis^ otros recursos de salvación que no se-a el espediente desastroso de loa revoluciones.

MONTBSQUIBU.

Habláis prudentemente.

Maquiavelo«

En lo tocante al Senado^ diré en mi constitución: " Que el Senado podría determinar, por un Senado - consulto, todo cuando no hubiese sido previsto por la constitución y fuere necesario para su ejercicio; que fije el sentido de los artículos de la constitución que dieran lugar á diferentes interpretaciones; que mantenga ó anule todos los actos qu6 le sean acusados como inconstitucional

— lóales por el gobierno ó denunciados á pedido de los ciudadanos; que pueda presentar las bases de los proyectos de leyes de un ^ran interés na* cioaal; que pueda proponer modificaciones á la constitución lo que será instituido por uu senado - consulto."

MONTESQÜIEÜ.

Todo eso está muy bien y es verdaderamente un Senado Romano. Voy á hat^er solamente algunas observaciones sobre vuestra constitución: resultará redactada en términos bien vagos para que podáis juzgar de antemano si los artículos que encierre pueden ser susceptibles de diteren.-tes interpretaciones.

Maquiavélo. No, pero es preciso preverlo todo.

MONTKSQUIEU.

Creía, por el contrario, que vuestro principio, en semejante materia, era evitar el preverlo y juzgarlo todo.

Maquiavélo.

El ilustre presidente no ha frecuentado en valde el palacio deTémis. ni inútilmente lleva el birrete. Mis palabras no significan mas que esto: Es pre* ciso prever aquello que es esencial.

MONTESQÜIBU.

Decidme^ os ruego: ¿vuestro Senado, intérprete y guardián del pacto fundamental, tiene un poder propio!

Maqüiavelo.

Indudablemente no.

— 104 —

MoMTltíKjUiEÜ.

|Todo lo qae el Senado haga» será obra vaestraf

Maquiavelo. No os digo qae no.

MONTKSQDIKÜ.

)Lo que interpretará, será vos quién lo inter-preteis; lo qae modifique, lo habréis modificado TOS, lo mismo que habréis anulado lo que él anula

Maquíavelo. No trato de defenderme.

MOMTBSQUIKU.

Quiere decirse que os reóof vais el derecho de deshacer lo que habéis hecho, de quitar lo que habéis dado, de cambiar vuestra constitución, sea en bien ó en mal, ó anularla por completo si lo estimáis necesario. No prejuizo nada de vues* tras intenciones ni de los móviles que podrán haceros obrar en determinadas circunstancias: os pregunto únicamente, donde hallar la mas pequeña garantía para los ciudadanos en medio de una arbitrariedad tan grande, y sobre todo> cómo podrán resolverse nunca á sufrirla?

Maquiavelo.

Echo de ver que os acomete de nuevo vuestra sensibilidad filosófica. Tranquilizaos, no introduciré ninguna modificación á las bases fundamentales de mi constitución sin someterlas á la ace]^« tación del pueblo por la vía del sufragio uní-versaL

— 105 —

MoNT£SQUI£U.

Y seguiréis asi siendo siempre juez en la cuestión de saber si la modificación que proyectáis lleva en si el carácter fundamental que debe someterla á la sanción, del pueblo. Quiero admitir, sin embargo, que no haréis por medio de decreto ó de un senado-consulto» lo que deba resolverse por un plebiscito. ¿Entregareis á la discusión vuestras enmiendas constitucionales? ¿Haréis que sean deliberadas en los comicios populares?

Maquiayblo.

Indudablemente que no; si alguna vez se empernase ante las asambleas populares un debate sobre ar* tículos eonstitiudonaUs, no habría nada que impidiese al pueblo quererlo examinar todo en virtud de su de^ recho deevocación^ y al día siguiente la Revolución estallaría en las cáUes.

15 MONTESQUIEU

MONTESQUIEU.

Vuestros argumentos son de una lógica rigurosa: entonces, las enmiendas constitucionales son presentadas en conjunto, y aceptadas del mismo modo.

Maquavelo. Así es, en efecto.

MONTESQUIBU.

Muy bien, creo que ya podemos pasar á la organización del Consejo de Estado.

Maquavelo.

En verdad que dirigís los debates con la precisión consumada de un Presidente de Corto Suprema. Me olvidaba de deciros que lo mismo 8

— 106 —

que al Cuerpo legislativo señalaré emolumentos al Senado.

MONTESQUIBU.

Se comprende.

Maquavelo.

Además, no necesito añadir* que me reservaré igualmente el derecho de nombrar los Presidentes y Vice-Presidentes de esa alta asamblea. En lo que concierne al Consejo de Estado, seré más breve. Vuestras instituciones modernas son instrumentos de centralización tan poderosos^ que es casi imposible servirse de ellos sin ejercer la autoridad soberana.

¿Qué es, en efecto, según vuestros propios principios, el Consejo de Estado? Un simulacro de cuerpo político destinado á depositar entre las manos del príncipe un poder considerable, el poder reglamentario que es una especie de poder discrecional, que puede servir, cuando se desee, para hacer verdaderas leyes.

Además, vuestro Consejo de Estado, se halla, según me han dicho> investido de una atribución especial, quizás más exorbitante. En materia contenciosa, puede, me aseguran, reivindicar por derecho de llamamiento, posesionarse de nuevo, por su propia autoridad, el conocimiento de todos aquellos litigios seguidos ante los tribunales ordinarios, que le parezcan tener un carácter administrativo. Así, y para caracterizar con una palabra todo cuanto hay de excepcional en esta última atribución^ los tribunales deben negarse á juzgar, cuando se hallen en presencia de un acto de la^ autoridad administrativa, y ésta puede, en igual caso, desestimar los tribunales para someterse

— 107 —

á la decisión del Consejo de Estado.

Ahora> otra vez más, ¿qué es el Consejo de Estado? ¿Tiene poder propio? ¿Es independiente del soberano^ Nada menos que eso. No es Unió un Comité de Redacción. Cuando el Consejo de Estado formula un reglamento, es el soberano quien lo hace; cuando dicta una sentencia, es el soberano quien la ha dictado» ó. como decís hoy día, la administración, la administración juez y parte en su propia causa. Conocéis algo más violento que esto y creéis que haya mucho que hacer para fundar el poder absoluto, en los Estados donde se halla organizado por semejantes instituciones?

MONTESQUIEU.

Convento en que vuestra crítica es bastante justa; pero como el Consejo de Estado es una institución excelente en sí» nada más fácil que darle la independencia necesaria aislándole, hasta cierto punto^ del poder. Eso es lo que no haréis sin duda.

Maquavelo.

Con efecto, sostendré el tipo de la unidad en la institución en que le encuentre, lo volveré á colocar allí donde no se halle, estrechando los lazos de solidaridad que miro como indispensables.

No nos hemos quedado á medio camino» porque bien veis que mi constitución está terminada.

MONTESQUIU.

¿Ya?

Maquavelo.

Unas pocas combinaciones hábilmente ordenadas bastan para cambiar por completo la mar-

— 108 —

cha de los poderes. Esta parte de mi programa se ha llenado.

MONTESQUIEU.

Creí que os faltaba aun hablarme de la corte de casación.

Maquavelo.

Lo que tengo que deciros sentará mejor en otro lado.

MONTBSQ'DIBU.

•

Verdad es que si avaluamos 1a suma de poderes que tenéis entre vuestras mauos, podéis hallaros casi satisfecho.

Recapitulemos:

Hacéis la ley: 1® , halo forma de proposiciones al Cuerpo legislativo; 2º , bajo forma de decretos; 3 ^ bajo forma de Senado -consultos) 4<>, — de reglamentos generales*, 5*^ , — de decretos al Consej'j de Estado; 6º , ~ de reglamentos ministeriales; 7^ ^ por fin^ baío forma de golpes de Estado.

Maquiavblo.

No parecéis sospechar que lo que me queda que llevar á cabo es precisamente lo más difícil.

MONTBS QUIBU.

Con efecto, no sospecho.

Maqüuvelo.

Entonces no os habéis fijado bien en que mi cons« titución no dice ni palabra acerca de una por-ción de derechos adquiridos que serian incompa-

— 109 —

tibies con el naevo orden de cosas que acabo de establecer. Por ejemplo: la libertad de la prensa» el derecho de asociación, la independencia de la magistratura^ el derecho de sufragio, de elección, por sus comunas, de sus oficiales municipales, de la institución de sus guardias cívicas y de muchísimas cosas que deben desaparecer ó ser profundamente modificadas.

MONTKSQUIKU.

Pero, (no habéis reconocido implícitamente todos esos derechos, puesto que habéis reconocido solemnemente los principios de que no son otra cosa sino la aplicación?

Maquiavelo.

Ya os he dicho que no he reconocido ningún principio ni derecho en particular; además, las medidas que voy á tomar no son mas que excepciones á la regla.

MONTBSQUIKU.

Y excepciones que la confirman^ es cierto.

MáQUííAVKLO. •

Pero, para esto^ debo escoger bien la ocasión, porque un error de oportunidad puede perderlo todo.

He escrito en el Tratado del Principe una máxima que debe servir de regla de conducta en caso semejante: « Es preciso que él usurpador € de un Estado cometa en él de una sola vex todos « los rigores qua exija su seguridad para no repetirlos « mas\ pues más tarde no podrá cambiar para con < sus subditos ni en bien ni en nuU; si tenéis que

— lio—

4c obnar wmL, ya no aeré tiemfo, deaie ei « ^me la suerte os verá contraria; «t teméis qme obrar 4r tieM, ffuestro9 HUIdUos no osagradeeeránelcJLssbio <c que juzgarán forzaioM

Al día signiente de la promalgación de mi constitaciós, lanzaré ana sacesiío de decretos qae tengan faerza de ley j qae de an golpe sapii-miran las libertades y derechos cayo ejercicio sería peligroso.

MOHTESQCIEU.

El momento será oportano, en efecto. El país se hallará bajo el terror de vuestro golpe de Estado. Por vuestra constitnción no os han negado nada, puesto qae podíais tomarlo todo; por vaes-tros decretos nsida tienen que permitiros, pues nada pedís y lo tomáis todo.

Maquíayblo.

Decís las cosas con dureza.

MONTBSQÜIBU.

Convendréis que hay menos dureza en mis palabras que en vuestra acción. Apesar de vuesta vigorosa mano y vuestro golpe de vista, os confieso que me cuesta creer que el país no se sublevará en presencia de ese segundo golpe de Estado, que guardáis entre telones.

Maquiavbu>.

El país cerrará voluntariamente los ojos; porque en la hipótesis en que me he colocado, estáoansaio de agitaciones, aspira al wsiego como la arena cfel desierto después del torbellino que la agita duríuUe la tempestad.

MONTBSQUIEU.

Lo que estáis haciendo son fluras retóricas; es demasiado.

Maquiavelo,

Me apresuro al mismo tiempo á deciros que las libertades que suprimo^ prometeré solemnemente devolveríais asi que se hayan calmado los partidos.

MONTBSQUIEÜ.

Entonces, creo que habrá que esperar eternamente.

Maquiayelo. Es posible.

MONTBSQUIBU.

Ciertamente, porque vuestras máximas le dan derecho al principe de no cumplir su palabra si en ello va su interés.

Maquiav&lo.

No os apresuréis á fallar; ya veréis el uso que sabré hacer de esa promesa; yo me comprometo d pasar antes de m^fcho por el hombre más liberal de mi reino,

MONTESQÜIEU.

He ahi una sorpresa á la que no estoy preparado; pero, en el Ínterin, suprimís directamente todas las libertades.

Maquiavblo.

Directamente no es la palabra de un hombro de Estado; no supHmo nada direjtamente] aquí es donde debe zurcirse la piel del zorro con la del

— 112 — león. {De qu£ serviría la. POLfriCA si no podiesb

ALCANZAR POR LINEAS OBLICUAS LO QUE NO SE PüEDFi LOGRAR CON LA LINEA RECTA? LaS baseS dO

mi ediñcio están colocadas, las fuerzas se hallan prontas, no hay mas que ponerlas en movimiento. Lo haré con todas las precauciones que exijan los nuevos tesos constitucionales. Aquí es donde encajan naturalmente los artificios de gobierno y legislación que la prudencia recomienda al principe.

MONTESQÜIEU.

Veo que entramos en una nueva fase; me dispongo á escucharos.

DIALOGO UNDÉCIMO

Maquiayblo.

Hacéis notar con mucha razón en el Espiriú de las leyes, que la palabra libertad es una de las que se prestan á más diferentes sentidos. Aseguran, que en vuestro libro, se lee la pro-l)O8ición siguiente:

« La libertad es el 'derecho de hacer lo que permiten las leyes. (1) (*)

Me contento con esta definición que hallo justa^ y puedo aseguraros que mis leyes no permitirán mas que lo que sea necesario. Vais á ver cual es su espíritu. ¿Por dónde queréis que empecemos?

MONTKSQüIBÜ.

No me disgustará ver, para empezar, como os defenderéis de iaprensa.

Maqüiayelo.

Ponéis, en efecto, el dedo sobre la parte más delicada de mi misión. El sistema que concibo á

(ll KBwrUu di ku Uyu, Hb. Xí cap. III. O

O Deflnidóo que por qnerer decir inaohc o da dice

— 114 —

68te respecto es tan vasto^ como múltiple en sus aplicaciones. Afortunadamente, en esto, tengo amplia libertad: puedo cortar y sajar con entera seguridad y sin que se levante casi ninguna recriminación.

íifONTESQUIBÜ.

T¿porqué así? sí gustáis.

MáQUIAVKLO.

Porque en la mayor parte de los naíses parlamentarios la prensa tiene el talento de hacerse odiosa^ porque solo se none ai servicio de

1. Porque en la mayor parte de los países parlamentarios, la prensa tiene el talento de hacerse oír, y porque solo se pone al servicio de

PASIONES violentas. EGo18TA8, EXCLUSIVAS; pOrjU^

denigra sistemáticamente^ porque es venal^ inius-ta y no tiene ni generosidad ni patriotismo; en fin y sobre todo^ porque no conseguiréis nunca hacer comprender d la inmensa mayofía de un país para qué puede servir. (1)

MOKTESQUIEÜ.

Oh I si buscáis cargos contra la prensa, fácil os será acumularlos. Si preguntáis para qué puede servir, eso es otra cosa. Impide sencillamente lo arbitrario en el ejercicio del poder; obliga á gobernar constitucionalmente; á la honradez, al pudor, al respeto de si mismo y de los demás depositarios de la autoridad pública. En fin, para decirlo todo en pocas palabras, facilita á todos aquellos que se ven oprimidos el medio de quejarse y de hacerse oír. Puede perdonársele mu* cho á una institución que, en medio de tantos

(1) Podría hiber agiegado'SCaqniaTolo, que la prensa es omnipotente para hacer el mal y absolutamente inútil para hacer el bien: que el menor de los malea que cansa el periodismo es deprimir la inteligencia haciendo valer uedia-nfas 7 malrados, j diflonltar los progresos del espirita humano aminorando la yanta de libros útiles.

— lis-abusos, rinde necesariamente tantos fiervicios. (1)

MáQÜIAVBLO.

Sf, ya conozco esa defensa, pero tratad deba -cérsela comprender, si podéis, á la inmensa mayoría; (2) contad el número de los que se interesarán por la suerte de la prensa, y ya veréis!

MONTESQCIEÜ.

Por lo cual vale más que paséis en seguida á los medios prácticos de amordaxarla; creo que es la palabra.

Maquiavélo.

Esa es, con efecto; además, no es solo al periodismo á quien pienso refrenar. (3)

MONTBSQUIBU.

Hasta á la misma imprenta.

Maquiavelo. Empezáis á ser irónico.

MONTESQUIBÜ.

No tardaré en dejar de serlo, puesto que vais A encadenar á la prensa bajo todas sus formas.

Maquiavelo.

No es iácil bailar armas contra una jovialidad tan ingeniosa; pero comprendereis perfectamente que no merecería la pena librarse de los ataques del periodismo para quedarse siendo el blanco de los del libro.

(1) Lástima qno bo sea verdad tanta belleza.

(2) Esto suponiendo que los ditirambos anteriores ao fueran oomo son....* {^} ¡Si yo fuese .. .MaqoiiaTeloI

— 115 —

MONTESQUIBÜ.

Pues bien, empecemos por el periodismo.

Maquiavelo.

Si me resolviese á suprimir lisa y llanamente los periódicos, ofendería imprudentemente !a susceptibilidad pública con la que es siempre peligroso chocar abiertamente; (1) voy á proceder por una serie de disposiciones que parecerán simples medidas de previsión y de policía.

Ciomienzio por decretar que en el porvenir no podrá fundarse ningún diario sin permiso del gobierno; he ahí contenido el mal en su desarrollo; porque presumiréis sin dificultad que los diarios que se autoricen en lo sucesivo no po -drán ser^sinó órganos afectos al gobierno.

MONTBSQÜIEÜ

Ya que entráis en todos esos detalles, permitidme una observación; cambiando la faz de un diario con el personal de su redacción, ¿cómo podréis libraros de una redacción hostil á vuestro poder?

Maquiavklo.

La objeción no tiene gran peso, porque, en resumidas cuentas, no autorizaré, si no quiero, la publicación de ninguna nueva hoja; pero tengo otros planes, como veréis. Me preguntáis ¿cómo neutralizaré una redacción hostil? Del modo más sencillo, en verdad; añadiré que es preciso la autorización del gobierno para cualquier cambio de redactores en jefe ó de gerentes del diario.

MONTBSQOIBU.

Pero los antiguos periódicos, que han perma* necirlo enemigos de vuestro gobierno y que no

(1) ijb. proobfi d« que ella no tione ni Oebe ser tenida en eaenta, en lo que tiene de mltstiflcación' es la publicación de este libro.

— 117 — han cambiado de redacción, hablarán.

MAQXnAYELO.

iOhl esperad: alcanzo á todos los diarios presentes ó futuros por medidas fiscales (y municipales) que pondrán las trabas convenientes álasempresas de publicidad; someteré las hojas políticas á lo que llamáis hoy el timbre y el depósito. La industria de la prensa será antes de mucho tan poco lucrativa, gracias al aumento de estos impuestos, que no la emprenderá nadie sino con completo cono* cimiento de causa.

MONTBSQUIBU.

El remedio no es bastante, porque los partidos políticos no reparan en el dinero.

Maqüiavelo.

Perded cuidado^ tengo con que taparles la boca, y ahora entran las medidas represivas. Hay Es-tados en Europa en que los delitos de imprenta se difieren á los jurados. No conozco medida más deplorable que ésta, pues es agitar la opinión aproposito de cualquier pamplina del periodista. Los delitos de prensa tienen un carácter tan elástico, el escritor puede disfrazar sus ataques bajo formas tan varias y sutiles, que no es siquiera posible librar á los tribunales el conocimiento de esos delitos. Los tribunales permanecerán siempre armados, no hay para que decirlo, pero el arma represiva de todos los dias^ debe estar entre las manos déla administración.

MONTESQTJIEU.

Habrá delitos que uo incumban á los tribunalles á no ser que peguéis á dos manos: con la la de

- lis •-

Justicia y con la de la adminüiración.

Maquiavelo.

iPüea taya un mal! Esa es demasiada solicitud para algunos periodistoíif malos y aviesos que tienen por profesión atacar y denigrar todo; (1) que obran con los gobiernos como los bandidos que se encuentra el viajero en su camino con la escopeta al hombro. E^tán constantemente fuera de la ley; por más de que quisiera hacérseles entrar un poco dentro de ella!

MONTESQÜIEU.

jY vuestros rigores, van á caer sobre ellos solos?

MaQÜIAV£Lo.

No puedo comprometerme á tal cosa, porque esas gentes son como las cabezas de la hidra de Lernaí cuando se cortan diez, renacen cincuenta. Principalmente á los periódicos^ como empresa depubli^* cidad, será á los que atacaré. Les hablaré así: He podido suprimiros á todos y no lo he hecho) puedo hacerlo aun y os dejo vivir; pero bien entendido^ que es con una condición, que no vendréis á estorbarme en mi camino y desacreditar mi poder. No quiero tener que procesaros todos los días, ni comentar sin cesar la ley para reprimir vuesiras infracciones; tampoco me es posible tener un ejército de censores encarga-dos de examinar hoy lo que escribisteis ayer. Tenéis plumas, escribid; pero no olvidéis lo siguiente: « me reservo para mi y para mia agentes el derecho do juzgar cuando sea atacado. Nada de sutilezas. Cuando me ataqueis^yo lo sentiré bien, como lo sesti

— 119 —

BEis VOSOTROS utsMOs; en ese caso me haré justicia con mis propias manos^ no en el acto^pues quiero guar^ dar las formas; os advertiré una vez, dos veces; á la tercera, os suprimiré.

MONTESQUIEU.

YeO; con asombro, que con semejante sistema» no se ataca precisamente al periodistai sino al periódico caya ruina arrastra la de los intereses agrupados á su alrededor.

MIQüLAVELO.

QvE vayan á agruparse en otra parle: no se comes-cía con esas cosas. Mi administración herirá^ pueSf cohio acabo de decíroslo, sin perjuicio, bien en^ tendido^ de las condenas que pronuncien los tribunales. Dos condenas durante el añoY traerían, por si solas^ la supresión del diario. Y no me contentaria con eso, diría aun á los diarios, en un decreto ó en una ley: Rediuiidos á la más estrecha circunspección en lo que os concierne^ no i spereis agitar la opinión con comentarios sobre los debates de mis Cámaras) os prohibo su reseña asi como las de los debates judiciales en materia de prensa. No esperéis tampoco impresionar el espíritu público con preterédidas noticias^ venidas de afuera; castigaré con penas corporales éoa noticias falsas, 'publicadas de btiena ó mala fé.

MONTESQUIEU.

Eso me parece algo duro, porque, en resumidas cuentas, los diarios no pudiendo> sin correr grandes riesgos, hacer apreciaciones políticas, solo podrían vivir de informaciones. Asi, pues, cuando un periódico publica una noticia, me parece muy difícil imponerse de su veracidad» porque, la mayor parte de las veces, no podría

— 120 —

responder con certeza, y cuando esté moralmente seguro de la verdad, le faltará la prueba material.

< Maquuvelo.

Ya se mirarán mucho antes de conmover laopi" nión, y eso es lo que hace falta.

MONTBSQUIBU.

Pero veo otra cosa. Si no se os puede combatir por la prensa nacional, se valdrán de los diarios extranjeros. Todas las quejas, todos los odios se agolparán á las puertas de vuestro reino: arrojarán por encima de la frontera los diarios y los escritos virulentos.

Maquiavrlo.

Tocáis un punto que pienso reglamentar de la manera más rigurosa, porque la prensa ex-tranjera es, con efecto^ sumamente peligrosa. Por de pronto, la introducción ó circulación en el reino, de diarios 6 escritos no autorizados, se castigará con prisión, y la pena será lo suficientemente severa para evitar el deseo de incurrir en ella. Enseguida, aquellos de mis subditos^ convictos de haber escrito, en el extranjero, contra el gobierno, serán buscados y castigados á su vuelta al pais. Es una verdadera infamia, el escribir en el extranjero contra su gobierno.

MONTESQUIEU.

Según y conforme. Pero la prensa extranjera de los Estados fronterizos hablará.

Maqüiavelo. ¿Creis eso? Supongamos que gobierno un gran

— 121 —

reino. Los pequeños Estados situados al rededor de mis fronteras^ tendrán miedo^ os lo prometo» Les obligaré á dictar leyes que persigan á sus connacionales^ en caso de que ataquen á mi gobierno, por medio de la prensa ó de otra manera.

MONTBSQUIKU.

Veo que tuve razón al decir, en el Espíritu de tas leyes^ que deberían ser devastadas las fronte-ras de uc déspota. Es preciso que la civilización no penetre allí. Vuestros subditos, seguro estoy, lio conocerán su historia. Según la frase de Benjamín Constant, haréis del reino una isla, dondo eo ignorará lo que sucede en el orbe y de la c:é4piäl otra isla en que no se sabrá lo que acontece en las provincias.

Maquiavalo.

No quiero que mi reino se vea agitado por losju-mores que vengan de afuera. ¿Cómo llegan las noticias exterioresf Por un reducido número de agencias que centrahxan los informes que les tratmiten de las cuairo partes del mundo. Pues bien, debe po^ der pagarse ó dominar á esos agentes, y entonces

KO FACILITARAN NOTICIAS SINO VISADAS POR EL». GOBIERNO.

MONTESQÜIEU.

Perfectamente: podéis pasar á la policia de los libros.

Maquiavslo.

Eso me preocupámenos, porque en untiempa en que el periodismo ha tomado una extensión-tan prodigiosa^ casi no se leen libros. (1) Sin OL) Vor doBgrada los malos peilóúicos han inucno á los huecos libros.

— 122 —

embargo, no vayáis á creer que voy á dejarles la puerta abierta. En primer lagar, obligaré á aquellos que quieran ejercer la profesión de im« presores, de editores ó libreros á muñirse de un despacho, es decir, de una autorización que el gobierno podrá retirarles cuando quiera, sea directamente ó por mandato judicial.

MONTESQUIBU.

Pero, entonces^ esos industriales serán una especie de funcionarios públicos. Los instrumentos de la idea se convertirán en instrumentos

...entonces esas industrias eran una especie de monopolios públicos. Los instrumentos de la ley se convertirán en instrumentos del poder.

Maquiavblo.

No tendréis porque quejaros^ sujiongo, pues las cosas sucedían así en vuestro tiempo, en el do los parlamentos; (1) es preciso conservar los usos cuando son buenos. Volveré á las medidas fiscales; impondré á los libros^ la estampilla que llevan los diarios, ó más bien impondré el grava-roen del sello á los libros que no tengan cierto número de páginas. Un libro, por ejemplo^ que no tenga doscientas ó trescientas páginas, no será considerado un libro, sino un folleto. Creo que comprendereis distintamente la ventaja de esta combinación; por una parte dificulto con el im^ puesto esa nube de escritiles que son como anexos del periodismo; por otra, fuerzo á aquellos, que quieren eludir el sello> á emprender composiciones largas y costosas que casi no se venderán ó serán poco leídas bajo esa forma. Hoy, únicamente algunos pobres (¿ablosson los que

(1> SerU esto ademo may útil para dignificar la fro/'Mitfit de libreros, edl* tofcs etc. actualmente aalTO excepciones, en manos de Ignorantes 7 algo peoiw

— 123 —

tienen la maniade escri bir libros; y renunciarán á ello. El fisco descorazonará la vanidad literaria^ y la ley peyxal desarmará á la imprenta; pues hago al editor y al impresor responsables cHminalmente délo que contengan los libros. Es preciso que, si hay escritores bastante atrevidos para escribir oWas contra el gobiernoj no encuentren nadie que quiera editárselas. Los efectos de esta intimidación saludable establecerán indirectamente una <*.ensura que el gobierno no podría ejercer por sí mismo, á causa del descréditoien que vendría á caer esta medida preventiva. Antes de dar d luz nuevas obras^ los impresores y editores consulta' rán^ irán á tomar informes mostrarán los libros cuya impresión se les pide^ por cuyo medio el gobierno se hallará siempre al corriente de las publicaciones que se preparan contra él; habrá la recogida previa cuando lo estime conveniente y entregará los autores á los tribunales.

MONTESQÛIEU

Me habéis dicho que no tocaríais á los derechos, civiles. Parecéis no comprender que con esa legislación herís á la libertad de la industria; encuéntrase comprometido también el derecho de propiedad, y ya le llegará su vez.

MIQÛiLVELO.

Esas son palabras.

MONTESQJIEÛ.

Presumo que habréis terminado con la prensa

Maqüiav&lo. {Oh! no tal.

— 124 —

MOMTBSQUIBU.

Pues iqué falta?

Maqüiavélo. La otra mitad de la obra.

DIALOGO DUODÉCIMO.

Maquiavelo.

Aun no os he hecho ver mas que la parte defensiva que en cierto modo impondré á la prensa; ahora voy á deciros como sabré emplear esta institución en provecho de mi poder. Me atrevo á decir que ningún gobierno ha concebido hasta ahora nada más atrevido que lo, que vais á oír. Un los países par lamentanos^ los gobiernos casi siempre mueren por la prensa; pues bien^ entre^ veo la posibilidad de neutralizar la misma pren* sa. Supuesto que el periodismo es una tan gran fuerza, ¿sabéis lo que haría mi gobierno? Se harta periodista, sería el periodismo encariñado.

MONTBSQUIBU.

En verdad que me decís cosas bien extrafiasl Desarrolláis ante mis ojos un panorama que cambia continuamente; tengo curiosidad, os lo con-fleso, de ver como os ingeníais para realizar este nuevo programa.

Maquiavblo.

No será preciso tanto ingenio como creéis. Contaré el número de periódicos que representarán eso que llamáis la oposición. Si hay dieí

— 126 —

en la oposición, el gobierno tendrá veinte suyos; 8i veinte, cuarenta; y si cuarenta, ochenta. He aquí para qué me servirá maravillosamente, como comprendereis, la facultad que me habré reserva-do de autorizar la creación de nuevas hojas políticas.

MONTESQUIBÛ.

Con efecto, eso es muy sencillo.

Maqüiavelo.

No tanto como creéis, sin embargo; pues es preciso que el público en general no sospeche esta táctica; la combinación fallaría y la opinión se desviaría por si misma de los periódicos que defendiesen mi política.

Dividirla en tres ó cuatro categorías las hojas adictas á mi poder. En primer lugar, crearía cierto número de diarios cuyo color seria abiertamente oficial, y que, en cualquiera circunstancia defenderían mis actos á capa y espada. Empiezo por deciros, que esos no serian los que ejercerían más influjo sobre la opinión. En segundo término, fundaría otra falange de diarios cuyo carácter se limitaría a spr oñcioso y cuya misión consistiría en atraer á mi poder esa masa de hombres tibios é indiferentes que aceptan sin escrúpulo lo constituido, pero que no van más allá en su religión política.

En la categoría de los periódicos que ahora van á venir es donde se encontrarán las palancas más potentes de mi poder. Aquí, el color oficial ú oficioso se suaviza completamente, en apariencia, bien entendido, porque los diarios de que voy á hablarosestarán unidos con la misma cadena á

— 127 —

mi gobierao, cadena visible para unos, invisible para otros. No me tomo el trabajo de deciros cuáníos serán, pues tendré un órgano dedicado á cada opinión, á cada partido; un órgano aristocrático, en la aristocracia; un diario republicano, {}ara el partido republicano; revolucionario para os revolucionarios, y si preciso es, anarquista para los anarquistas.

Como el dios Wishnou, mi prensa tendrá cien brazos, y esos brazos darin la mano á todas las opiniones que haya en todo el país. Sin saberlo^ serán de mi partido. Aquellos que crean hablar su lenguaje hablarán el mío, y los que crean agitar á su partido agitarán el mío, como los que piensen que siguen su bandera seguirán la mia .

MONTRSQÜIBÜ.

¿Esas son concepciones realizables ó fantasmagorías? Eso es el vértigo. (1)

Maqu[a.vblo.

No perdáis la cabeza, pues aun no habéis oído todo.

MONTESQÜIEÜ.

Me pregunto solamente, como podréis dirigir y atraerá todos esos ejércitos de publicidad enganchados clandestinamente por vuestro gobierno.

Maqüiavelo.

Eso es solo cuestión de organización, como comprendereis; crearé, por ejemplo, bajo el título de división de imprenta y prensa^ un centro

(1) Todo eso bijo ana ú otra forma se ha hecho y haoe entre nosotros

— 128 —

de acción común á donde irán á bascar el santo 7 de donde partirá la seña. Asl^ para aquellos que no conozcan sino á medias el secreto de la combinación, sucederá un espectáculo curioso; se verán hojas adietas d mi gobierno^ que m« criticarán^ gritarán y me suscitarán una porción de molestias.

MONTBSQUÍKU.

Confieso que todo eso está por encima de mi inteligencia; no comprendo una palabra.

Maquiavglo.

No es, sin embargo muy difcil de concebir; porque, notadlo bien, nunca las bases ni los prin^ cipios de mi gobierno serán atacados por los dia^ tíos de que os haHo; iamá» sostendrán sino una política de escaramuzas^ una oposición didáctica y reducida á los mas estrechos limites.

MONTESQUIBU.

Y iqué ventajas hallareis en eso^

Maqüiavelo.

Vuestra pregunta es inocente. El resultado verdaderamente importante de suyo, será que se diga por el mayor numero: Bien veis que somos libres, que se puede hablar baio este régimen, que infustamente se atací, que en vez de reprimir como podría hacerlo, sufre y tolera! Otro resultado, no menos importante, seria provocar, por ejemplo, observaciones como ésta: Ved hasta que punto las bases de este gobierno^ sus principios, se imponen al respeto de todos; he ahi diarios que se permiten las mayores licenciéis de lenguaje j/, sin embargo, nunca atacan d las instituciones

— 129 —

establecidas. Es preciso que estén por encima dé las injusticias de las pasiones^ puesto que los mismos enemigos del gobief^no no pueden menos ^e, aplaudirle.

MONTESQÜIBU.

He ahú lo confieso, algo de verdaderamente maquiavélico.

Maqüiavelo.

Me honráis demasiado, pero aun falta lo mejor. Merced á la adhesión oculta de esas hojas públicas, puedo decir que dirijo á mi voluntad la

opinión en todas las cuestiones de política interna 6 externa. Enardezco 6 adormezco los entendimientos^ los tranquilizo 6 los desconcierto, abogo por él pro 6 el contra^ por lo verdadero 6 lo falso. Hago dar una noticia y la hago desmentir^ según las circunstancias; sondeo así el pensamiento público, recojo la impresión producida^ ensayo combinaciones^ proyectos^ determi" naciones repentinas, en una palabra^ lo que en JEVan^ cia llamáis globos pilotos. Combato á mi antojo á mis enemigos, sin comprometer nunca mi poder^ porque^ después de haber hecho hablar á esas hqjasy puedo infligirles^ en caso necesario, los desacuerdas más .enérgicos; solicito la opinión para ciertas resolución neSf la empujo 6 la contengo, tengo siempre la ma-^ no en su pulso, ella repercute, sin saberlo, mis im^ presiones personales, y a veces se maravilla de estar tan constantemente de acuerdo con su soberano. En* tonces se dirá qu£ poseo la fibra popular^ que hay una secreta y misteriosa simpatía que me une á las pul* jsaeiones de mi pueblo .

MONTBSQUJEU.

Esas diferentes combinaciones me parecen dé

— 130 —

una perfección ideal. No obstante, os soimetof á una observación aunque muy tímidamente esta vez: Si abandonáis el silencio de la China, si permitis á todos vuestros diarios hacer, en provecho de vuestros designios, la oposición ficticia de que acabáis de hablarme, no veo, ciertamente, cómo podréis impedir que respondan los diarios no afilhados con verdaderos golpes, á los sofismas con que se les abruma. ¿No creéis que acabarán por levantar algunos de los velos que ocultan tantos resortes misteriosos? Guando conozcan el secreto de esta comedia, ¿podréis impedirles que se rían? El juego me parece muy peligroso.

Maqüiavelo.

No tal: os diré que he empleado, aquí, gran parte le mi tiempo examinando el pro y el contra de estas combinaciones, me he informado mucho acerca de h que atañe á las C'Ondiciones de existencia de la prensa en los países parlamentarios. Dbbbis-

DE SABER QOB EL PERIODISMO ES UNA ESPECIE DE FRAC-

MASONERIA.* los que de él viven están más 6 menos unidos entre si por los laxo3 de la discreción profesional; parecidos á los antiguas augures, no divulgan con facilidad el secreto de sus oráculos. Nada ganarían en traicionarse, porque tienen^ en general, llagas mas ó menos vergonzosas {esos genixaros de la plumcí). Es minj probable, convenga que en el centro de la capital, entre cierto núcleo de personas^ esas cosas no serán un misterio; pero en cualquiera otra parte, no se conocerá, y la gran mayoría de la nación seguirá con la mayor confianza el camino de los guías que le habré dado.

— 131 -

¿Queme importa qae en la capital^ cierto número de personas pueda estar al corriente de los artificios de mi periodismo?

A LAS PROVINCIAS ESTi BBSERVADa. Ul MAYOR

PARTE DE SU INFLUENCIA. Allif tendré siempre la temperatura de opinión que me fuese necesaria, y cada uno de mis ataques, repercutirá seguramente.

LA PRENSA DE PROVINCIA ME PERTENECERÁ POR COMPLETO, POR QUE ALLÍ NO HABRÍ NINGUNA CONTRA-

DICCIÓN9NI DISCUSIÓN posible; dfil centro de administración donde yo radique, se trasmitirá regularmente al gobernador de cada provincia la orden de que los periódicos escriban en tal ó cual sentido, si bien á la misma kora^ en todo el territorio^ ejercerá tal influencia, darase tal impulso, aun muic ho antes de que la capital lo eche de ver.

Bien veis por esto que la opinión de la capital no es cosa que me preocupe. Estará tan atrasada, cuando haga falta f sobre el movimiento exterior y que la envolveré en caso necesario sin que lo advierta.

MoNTE8QUIEU.

El encadenamiento de vuestras ideas lo arrastra todo con tal fuerza, que hacéis que pierda el sentimiento de una última objeción que quería someteros. Permanecen constantes» á pesar de lo que acabáis de decir> cierto número de diarios independientes en la capital. Les será casi imposible hablar de política, seguramente, pero podrán haceros un guerra de detalle. Vuestra administración no será perfecta; el desarrolla del poder absoluto Uev.i consigo una porción de obreros que haceivcosas de que el soberano no tiene la culpa; (1) sobre todos los actos de vuestros-

\(^) Macho mayores j más numerosos son en el régimen parlamentario.

— 132 —

agentes, que atañan al interés privado, se os hallará valnerable; seprodacirán qaejas, se atacará avaestrosagentes,déloscaales seréis necesariamente responsable, y vuestra consideración «ncambirá poco á poco.

Maquiayeix). No temo semejante cosa.

MONTBSQUIBÜ.

Verdad es qae habéis multiplicado de tal modo los medios de represión qae podéis escoger el que queráis.

Maqüiavelo.

No es eso lo que quería decir; vo quisisra tam--paco verme obligado á ejercer sin cesar la repreeión^ quiero cou una sencilla amonestación^ tener la posibilidad de hacer que cese la discusión respecto á un asunto que atañe á la administración.

MONTESQUIEU.

IY de qué medio os valdréis!

Maquiay&lo.

Obligaré á los periódicos á aceptar al frente de zus columnas las'rectificaciones que él gobierno les co^ municará; los agentes de la administración les pasarán notas en las que se les dirá categóricamente: Habéis publicado tal hecho^ no es exacto; o8 habéis permitido tal censura, habéis sido injusto, habéis estado inconveniente, habéis hecho mal, teneos por advertidos. Gomo veis, será una censura leal y á cartas vistas.

-~ 183 -

MoNTB8QUIEU.

En la que, se entiende, no les quedará el derecho de réplica.

Maquiayelo. . Ciertamente que no; ?a discfisión quedará cerrada

MONTESQUIEU.

Así siempre tendréis la última palabra sin> emplear la violencia, es muy ingenioso. Goma me decíais perfectamente hace poco, vuestro go-hiemo es el periodismo encamado.

Maquiayelo.

Asi como no quiero que el pais se vea conmovido por los rumores de afuera, tampoco quiero que los rumores del interior le p^rturben^ ni aun con la» sencillas noticias privadas. Guando hubiese algún suicidio extraordinario, algún gran negocio sucio de dinero, ó un atropello de un funcionario pú* blico, prohibiré á los periódicos que se ocupen de ello. El silencio sobre estas cosas respeta más la honradez pública que el ruido. (1)

MONTESQUIBU.

íi mientras tanto os dedicareis al periodismo^ incesantemente!

Maquiayelo.

Será indispensable valerse de la prensa^ y valerse-bajo cualquier forma: tal es hoy la ley de los poderes que quieren vivir. Parece muy extraño,, pero es así. Por lo cual me empeñaré en esa via mucho más de lo que podáis imaginaros •

(1) ¿Hatean Unido eito en cuenta los amigos de DtejíAisf

— 134 -

Para comprender el alcance de mi sistema, es necesario ver como el lenguaje de mi prensa está llamado á concordar con los actos oficiales de mi política: Quiero, supongo, hacer surgir una complicación de ésta ó la otra complicación exterior ó interior; esta solución, indicada por mis diarios, que, desde hace varios meses trabajarán cada cual en su sentido el espíritu público, se produce el día menos pensado, como un acontecimiento oficial: Ya sabéis con qué discreción y con que cuidados ingeniosos se deben redactar los documentos de la autoridad en las circunstancias importantes: el problema á resolver en semejante caso es dar una especie de satisfacción á todos los partidos. Pues bien^ cada uno de mis diarios, según sea su color, se esforzará en persuadir á cada partido que la resolución que se ha tomado es la que más le favorece. Lo que no esté escrito en uu documento oficial, se marcará por medio de la interpretación, lo que no esté mas que indicado^ los diarios oficiales lo traducirán más abiertamente, los diarios democráticos y revolucionarios lo gritarán á los cuatro vientos de la publicidad, y mientras tanto que se disputan, que se interpretan lo más diversamente mis actos, mi gobierno podrá siempre responder á todos y á cada uno: Os engañáis respecto á mis declaraciones; no quise nunca decir esto ó lo otro. Lo esencial, es no ponerse jamás en contradicción consigo mismo.

MONTSSQUIBU.

iGomo! ¿Después de lo que acabáis de decirme abrigáis semejante pretensión?

— 135 —

Maqvxavelo.

Sin dada algaua, y vuestra estrañeza me prueba que no me habéis comprendido. Mas bien que loa palabras, son los actos los que se trata que estén de acuerdo. ¿Cómo queréis que la gran masa de una nación pineda juzgar si es la lógica, que guia ásu gobierno? Basta con decírselo. Quiero, pues, que íasdiferenles bases de mi política sean presenta* das como el desarrollo de un pensamiento exclusivo dedicado á fines inmutables. Cada acontecimiento previsto ó imprevisto será un resultado cuerdan^ente traído» los desvios de dirección no serán mas que fases diferentes de la cuestión misma, los diferentes caminos que conducen al mismo objeto, los medios diversos de una situación idéntica, perseguida sin descanso á través de los obstáculos.

Darase el último suceso, como la conclusión lógica de todos los demaás.

MONTKSQUIEU.

Verdaderamente, hay que admiraros. ¡Qué gran cabeza y qué actividad!

Maquiavelo.

Todos los días mis periódicos estarán llenos de discursos oficiales, de relaciones, de memorias d^ los ministros, al soberano. No echaré en olvido que vivo en una époja en la que se cree poder resolver por medio de la industria, todos los problemas sociológicos, en las que se ocupan sin descanso de mejorar la suerte de las clases obreras. Me interesaré tanto mas en estas cuestiones, cuanto-que son un derivado

muy feliz para las preocupado^ nes de la poVtica inteí^na. En los pueblos meridio* nales, es necesario que los gobiernos aparezcan ocu*

peídos continuamente; las masas consienten en per^ manecer inactivas con una condición, la de que aquellos que los gobiernan les proporcionen el especia* ctulo de una actividad incesante, de una especie de fiebre) que llamen la atención con novedades^ con golpes teatrales; esto qaizas sea curiosoí pero lo repito, es así.

Me coDíorinaré punto por panto con estas indicaciones; por consiguiente, en materia de co-mrcio, de industria, de arte y aun de administración, haré estudiar toda clase de proyectos, de planos^ de combinaciones, de cambios^ de acó-modamientos, de mejoias cuya resonancia en la prensa abogarí la voz de los publicistas mas numerosos y mas fecundos. La economía poUtica ba becho, á lo que dicen, carrera en vuestro país. (1) pues bien no les dej iria nada que inventar, nada que publicar, ni siquiera nada que decir a vues** tros teóricos, á vuestros utopistas, á los declamadores mas apasionados de vuestras escuelas* El único é invartable objeto de mis confidencias pu* blicas, seria el bienestar del pueblo. Biefi que f/o hable personalmante, bien que hiciere hablar por boca de mis ministros ó de mis escritores iamas se ata^ earíu á la grandeza del país^á su prosperidad, á la majestad de su misión y de sus destinos; se Lhábla^ ria sin cesar de los grandes principios del derecho modernOf de los grandes probletnas que agitan á Ij humanidad. Mis escritos respirarían el liberalismo mas entísiast(í, mas universal. Los pueblos de Occidente gustan del esfilo Oriental, asi el estío. de todos los discursos y manifiestos oficiales estaría siempre lleno de imágenes seria siempre ampuloso, lleno, de elevar don y destellos de lux. Como los publos no quie^

(1) La cSnelA déla flina

- i:-7 -

1 C

ren á los gobiernos ateos^ en mis comunicaciones con el público, no dyaria deponer mis actos bajo la tn-vocadón de la Divinidad^ asociando^ con habilidad, mi propia estrella d la del país.

Quebré que se comparen d cada momento losados de mi reinado con los de los gobiernos anteriores. Ese será el mejor medio de hacer resnUor mis, beneficios y de excitar el reconodmiertio qtie vterecen.

Será de suma importancia poner de rtlieve las fah tas de los que me han precedido^ demostrando qun hiempre >vpe evitarlas. De ese modo se ••naniendria contra, los gobiernos á los que ha sucedido mi poder, vna especie de antipatía, aun de aversión, que acá-I tafia por ser irreparable como una expiación.

No solamente encomendaría á algunos diarios la misión de exaltar sin descanso la gloria de mi rei* uado^ de echar sobre otros gobiernos que el mío la respnnsaMlidad de las fiUtas de la poUtica europea, siná que desearé que parte de los elogios aparezcan como el eco de las hojas extrangeras, de las que se re-produdrian los artículos, terdaderos ó falsos^ que rindiesen un homenaje í^idoso á mi propia politica. , Además, tendría en el extranjero^ diarios subvencionados, cuyo apoyo seria tanto má^ eficaz cuanto que les haría tomar un tinte de oposición respecto á puntos de detalle.

Mis princiíiis^ mis ideas, mis actos estarían representados con la aureola de iajuvenlad^ con el prestigio del derecho nuevo, en oposición con ia decrej^lud y caducidad de las antiguas insti--ttudones.

No ignoro que el espíritu jtublico ha menester^

de xálnulaSf que la actividad intelectual, recha-^

xada en un puhto se replega sobre otro. Por lo

eual no temería' embarcar á la nación en todas

las especulaciones teóricas y prácticas del régi-men industrial.

Excepción hecha de la politica, os diré qae sería lo más conveniente, pues dejaría que se agitasen tranquilamente las cuestiones fllosóficas ó religiosas. Jun materia de religión^ la doctrina del libre examen se ha convertido en una especie de ino7ioma*Aa. Es preciso no contrariar esa ten" dencia, no podría intentarse sin peligro. En los países más adelantados de Europa en civilixación^ la invención de la imprenta ha ac:bado por dar vida á una literatura loca^ furiosa^ desenfrena-' da^ inmunda; es un gran mal. Pues hien^ aun que sea triste decirlo^ casi bastaría con no estorbarla^ para que esa rabia de escribir^ que poseen vuestros países parlamentarios^ se viesse satis^ fecha.

Esa literatura pestífera^ cuyo curso no se puede impedir,,la vulgaridad de los escritores y hombres politices que se habrian apoderado de la prensa, no defarian de producir un contraste repelente,con la dignidad de lenguaje que caerta de los escalones del trono^ con la dialéctica viva y colorida en que se tendría cuidado de apoyar todas las manifestaciones del po^ der. Ahora comprendereis, por que he querido rodear al príncipe^de ese enjambre de publicistas, de hombres de administración, de abogados, de hombres de negocios y de juriconsultos, que son indispensables para la redacción de esa cantidad de comunicaciones oficiales de que os he habla« do, y que causarían una viva impresión en los ánimos.

Tal es, someramente, la economía general de mi régimen sobre la prensa.

MONTBSQÜIBV.

Entonces, ¿habéis acabado con ella?

Maüiavelo.

Si, y bien á mi pesar, pues he sido más breve de lo necesario. Pero tenemos los minutos contados, y es preciso caminar rápidamente.

DIALOGO DÉCIMO TERCERO MONTBSQUIBU.

He menester reponerme un peco de las emociones por que acabo de pasar. ¡Qué íecuudidad de recursos^ qué extrañas concepciones! En todo eso que me habéis dicho hay poesía y no sé que belleza fatal que ios modernos Byrons no desdeñarían; en todo se halla el talento escénico del autor de Mandragora.

Maquiayblo.

(De veras, Señor de Secondat! Hay; algo que me dice, sin embargo, que no os sentís tranquilo en medio de vuestra ironía; no tenéis la seguridad de que esas cosas sean imposibles.

MONTBSQUIBU.

Si lo que os preocupa es mi opinión, la tendréis; espero á que terminéis vuestra exposición.

Maquiavelo. Todavía falta bastante.

— 141 —

MONTBSQUIBU. i

Pues bien, proseguid. "^ j

Maquiavelo.

Estoy á vuestra disposición.

MONTESQUIEU.

Acabáis, en el principio, de dictar sobre la prensa una legislación formidable. Habéis extinguido todas las voces menos la vuestra. Ya tenéis los partidos mudos ante vos, ¿no teméis algún complot?

Maquiavelo.

No| porque seria bien poco previsor si, en un abrir y cerrar de ojos, no los desarmaba todos á la vez.

MoNTESQUIEU.

¿Puede saberse los medios que emplearíais?

Maquiavelo.

Empezaría por deportar aquellos que acogieron, con las armas en la mano> el advenimiento de mi poder.

Me han dicho que en Italia, Alemania y Francia, los hombres de desorden, que conspiran contra los gobiernos, se reclutan en las sociedades secretas; en* mi país destrozará esos misteriosos hilos que se tejen en las cuevas como las telas de araña.

MONTBSQUIBU.

¡Y después?

Maquiavelo.

El hecho de organizar una sociedad secreta^ ó afiliarse en ella^ se castigará rigurosamente.

— 142 —

MONTESQDIECr.

^ E8o está bien para el porvenir, ¿pero las que existan?

Maquiavblo.

Expulsaré, como medida de seguridad general, todos aquellos que sean conocidos por haber formado parte de ellas. A los que no alcance esa medida, permanecerán bajo la pena de una amenaza perpetua porque ^rl una/^j/ que daráfacuU tades al gobierno para deportar, por via administrativa^ á ciidAqmrsL que hubiese estado afiliado*

MONTBSQÛIBU.

Es decir, sin proceso.

Maquiavblo.

¿Por qué decís sin proceso? ¿No es procesó la decisión de un gobierno? Estad seguro que na habrá ninguna conmiseración para los facciosos. En Jos países turbados incesantemente por las discordias civiles, es necesario restablecer la paxpor actos de rigor implacables: hay que sacrificar cierto númei^os de vic* timas para asegurar la tranquilidad, pues se sacrifican. Luego, la figura del que manda se hace tan imponente que nadie se atreve á atentar contra su vida(l). Después de haber regado con sangre la Italia, Sila pudo reaparecer en Roma como simple narticular: nadie se atrevió á tocar uno de sus cabellos.

...en un tiempo que os habéis dado á conocer, y os habéis

MONTESQTTIEU.

Veo que os halláis en un terrible período de ejecución: no me atrevo á haceros ninguna obser-

(1) Por no haber hecho eso á tiempo. 6 porno haberlo tábido hacer, os qae «Igimos atentarlos han tenidos lugar.

- ~ 143 -

«

■

vación. Se me figura sin embargo que, sin abandonar en nada vuestros desgnios, podríais ser un poco menos riguroso.

Maqciavklo.

Si se apelas'í á mi clemencia, quizás. Puedo aun confiaros que parte de las severas disposiciones que insertaría en la ley, llegarían únicamente á ser conminatorias, pero á condición qtie no se me obligara á obrar de otro modo.

Mf*NTBSQUIEU.

;Tf á eso llamáis conminatorio! Sin embargo^ vuestra clemencia me tranquiliza un poco; hay momentos en que si os escuchase algún mortal, le helaríais la sangro.

Maquiavblo.

jPor qué? He vivido muy en contacto con el duque de Valentinois, el cual ha dejado una reputación terrible; que merecía indudablemente, pues tenia momentos en que era inaccesible á la piedad; no obstante, una vez que habíau desaparecido las necesidades de ejecuciones, era un hombre bondadoso. Lo mismo podría decirse de casi todos los monarcas absolutos: en el fondo son buenos^ sobre todo para con los débiles.

Montesq:ieü.

No me atrevo á deciros si os prefiero cuando estalla vuestra cólera, pues vuestra dulzura me espanta aun más. Pero^ sigamos. Habéis reducido á la nada á las sociedades secretas.

Maqüiavelo.

No vayáis tan de prisa; no he hecho tal cosa vais á introducir cierta confusión en mis ideas.'

—144 -

MONTÜFQUIBU.

{Caáies y por qué?

Maquiavelo,

He prohibido las sociedades secretas, cayo <;arácter y manejos puedan sustraerse á la vigilancia de mi gobierno; pero no quiere decir esto que me prive de un medio de información, de una influencia oculta que puede ser considerable^ y átil si se sabe aprovechar.

MONTBSQÜiBU.

¿Qué podéis meditar á ese respecto?

Maquiavblo.

Entreveo la posibilidad de dar, á cierto núm&« ro de esas sociedades, una especie de existencia legal, ó más bien centralizarlas todas en una sola, cuyo gefe supremo será nombrado por mi.

De ese modo tendré en mi mano los diferentes elementos revolucionarios que haya en mi país. Las personas que forman esas sociedades pertenecen á todos los rangos; estaré al corriente délas másocultasintrigas de la política. Será una especie de anexo á mi política, de que os hablaré luego. Ese mundo subterráneo de las a>-dedada secretas está lleno de cerebros .vacíos^ de los que ni siquiera me ocupo; pero hace falta mar* caries derroteros^ mover ciertas fuerzas. Si hay algc que se agite, será mi mano la que dé el impulso; sí allí se prepara un complot, el gefe será yo: yo soy el geié de la línea.

MONTBSQlilKU.

¿Y creéis que esa cohorte de demócratas, esos republicanos, esos anarquistas, esos terroristas dejarán que os acerquéis á hacer migas con ellost

— 145 —

ipodeis creer que aquellos que no quieren dominación humana aceptarán un guía^ que equivale decir un amo?^

Maquíayelo.

No conocéis, ioh Montesquieu! cuánta impotencia y cuánta necedad adorna á casi todos los hombres de la demagogia europea y.. , Esos tigres tie^ nen alma de cameros, cabezas llenas de vientoi basta hablar su lenguaje para formar en sus filas.

CASI TODAS SUS IDEAS TIENEN AFINIDADES INCBBt-BLES CON LAS DOCTRINAS DEL PODER ABSOLUTO. Su

sueño es la absorción de los individuos^ en una unidad simbólica. Quieren la realización comple» ta de la igualdad, por medio de un poder que no pue^ de estar en definitiva sino en la mano de un solo hombre. Bien veis que soy aun en esto el ge fe de su escuela. Y además» es preciso añadir que no tienen donde escoger. Las sociedades secretas existirán, en las condiciones que acabo de deciros, ó no existirán.

MONTESQUIEU.

El final del sic voló sic jubeo no se deja aguardar mucho tiempo con vos. Creo que, decididamente, estáis bien en guardia contra las conjuraciones.

\ Maquiavelo.

Si, porque hace falta añadiros que la legislación no permitirá las reuniones, niconciliábalof^ que sean formados por cierto número de perdonas.

MONTESQUIEU

{Qué número?

— 146 —

Maqüiavelo.

¿Os interesan esos detalles? Pues bien; se prohibirá toda reunión que pase de quince ó veinte personas.

MoNTESQunsu. ¡Cómo! ¿más allá de ese número no podrán los amigos comer juntos?

Maqüiavelo.

Ya veo que os alarmáis en nombre de la alegría francesa. Pues sí, que lo podrán, porque mi reí* nado no será tan arisco como creéis, pero con una condición: no se hablará de política.

MONTESQUÍKU.

Pero, ¿se podrá' hablar de literatura?

Maqüiavelo.

Sí, pero con condición de que, bajo pretexto de literatura no se reunirán con propósitos políticos; porque^también puede suceder que no hablando nada de política se le dé, sin embargo, á un festín un carácter de manifestación que com" prendería el público. Eso no conviene.

MONTESQUIEU.

¡Dios mío! y cuan difícil es para los dudada-^ nos con un sistema semejante^ no causar cui-^ dados al gobierno.

Maqüiavelo.

Es una equivocación, los únicon que sufrirán con itsfis restricciones serán los facdjsos: ningún otro los sentirá.

No hay para que decir que no me ocupo ahora de los actos de rebelión contra mi poder, ni de los atentados que tengan por objeto derrocarlo»

— 147 —

ni de los ataques sea contra la persona del prin^ cipo, ó contra su autoridad y sus instituciones. Esos son verdaderos crimensSf ^ eprimidos por et derecho común de iodos las legislaciones. 'Estarán prisvUftos y serán castigados en mi reino según una clasificación y unas definiciones que no darán lugar al más pequeño ataque directo 6 indirecto contra el orden de cosas establecidas.

MONTESQüIEU.

Me premitireis que conde en vos, áeste respecto, y que no trate de inquirir vuestros medios* No obstante, nó siempre basta establecer una legislación draconiana; es preciso aun hallar una magistratura que quiera aplicarla; punto que presenta alguna dificultad.

Maquiavrlo.

Ninguna.

Í^OKTESQUIBÜ.

2Vais, pues, á destruir la organización judicial '

Maquiavelo. No destruyo nada, modifico y hago innovaciones.

MOKTESQUIEU.

Entonces creareis consejos de guerra, prebostazgos, tribunales de excepción, en una palabra»

Maquiavelo.

MONTESQUIEU.

?Qué haréis, pues?

Maquiavelo.

Bueno es que sepáis de antemano que.ño nece*

— 148 —

sitaré decretar muchas leyes severas, para su aplicación. Machas de e Has existiráa ya y estarán aun vigentes; porque todos los gobiernos libres ó absolutos, republicanos ó monárquicos, tienen que luchar con las mismas dificultades, se ven obligados en los momentos de crisis, á recurrir á leyes rigurosas, de las cuales unas viven y otras caen en desuso después de pasadas las necesidades que les dieron vida. Deben emplearse unas y otras; respecto á las últimas, se re-cuerda que no han sido derogadas explícitamente, que eran leyes perfectamente sabias, que la reincidencia de los abusos que ellas corregían hace necesaria su aplicación. De este modo, el gobierno no parece llevar á cabo, lo que será verdad írecuentemente, sino un acto de buena administración.

Ya veis que solo se trata de dar un poco de juego á la acción do los tribunales, cosa bien fácil en los países centralizados en los que la magistratura se encuentra en contacto directo con la administración, por via del ministerio á que •ella pertenece.

En cuanto á las nuevas leyes que Sc3 harán en mi reinado, y cuya mayor parte se habrán expedido sencillamente en forma de decretos, puede ser que su aplicación no sea tan fácil, porque en los países en que el magistrado es inamovible, se resiste de por sí á la acción demasiado directa del poder en la interpretación de «la ley.

Pero creo haber hallado una combinación muy ingeniosa, muy sencilla, en apariencia puramente reglamentaria, que sin atacaren nadalainamo- vidad déla magistratura,modificará lo que hay <de demasiado absoluto en las consecuencias del

— 149 —

principio. Expediré un decreto que jubilará á los magistrados, llegados á cierta edad. (1) Creo que en este punto tampopo estará contra mí la opinión, porque es un espectáculo doloroso ver, como sucede con frecuencia, al juez llamado á dar su fallo ácada instante en las más delicadas y dificiles cuestiones, caer en una caducidad de inteligencia que le hace incapaz.

M'ONTBSQHIBU.

Dispensad, tengo algunas nociones relativas á lo que habláis. El hecho que presentáis no está completamente de acuerdo con la experiencia. En los hombres que viven del ejercicio continuo de trabajos intelectuales, la inteligencia no se debilita así; ese es^ si puedo decirlo, el privilegio del pensamiento en aquellos en que constituye el elemento principal. Si en algunos magistrado» las facultades se amenguan con la edad, en la mayor parte de ellos no varían, y sus luces van siempre en aumento; no hay necesidad de reemplazarlos, pues la muerte hace en sus filas los vacíos naturales que debe hacer; pero aun cuando hubiese entre ellos tantos ejemplos de decadencia como suponéis, seria mil veces preferible, por interés de una^ buena justicia, sufrir ese mal que no aceptar vuestro remedio.

Maquiayelo.

Tengo razones más poderosas que las vuestras.

MONTBSQUIBU.

{La razón de Estado?

Maquiayslo.

Quizás. Estad seguro de una cosa, y es que, en esta nueva organización, los magistrados no

(1) Esto M hace entre nosotros también.

~ 150 —

se desviarán más que antes, cuando se trate de intereses públicos civiles.

MONTESQUIÉÜ.

Eso no lo sé, porque, según vuestras palabras, bien veo que se extraviarán cuando se trate de intereses políticos.

Maquiavelo.

No se desviarán; cumplirán con su dbbbr, gomo DBBEN HACBBLO, porquo, en materias de poli-tica> es menester, por interés del orden, que los jueces estén siempre del lado del poder. (1) Sería la. peor de las cosas, que pudiese verse atacado un soberano por fallos facciosos bajo los que se ampararía el país entero, en el mismo momento contra el gobierno. De nada servirla haber impuesto silencio á la prensa, si se enardecía ante un fallo de ios' tribunales.

MONTESQUIEU.

Bajo apariencias modestas, ¿creéis tan poderoso vuestro medio para atribuirle tanto alcance?

Maquiavelo.

Sí, porque hace desaparecer ese espíritu de resistencia, ese espíritu de cuerpo tan peligroso en las clases judiciales que han conservado el recuerdo. quizás el culto de los gobiernos anteriores. Introduce en su seno una cantidad de elementos nuevos. cuvas influencias son

favorables todas al espíritu que atima mi reinado. Todos los años se producen vacantes por jubilación, veinte, treinta, cuarenta puestos de magistrados acarreando un movimiento en todo el personal judicial, que puede renovarse de ese modo, has-

(1) Ejemplo práctico....lo sucedido en el caao Zoln, J>níjtíatlšj Etlerbuy «n. • •. Ift Bepública Francesa.

,~151-

talos cimientos, cada (seis meses. Una sola va^ cante^ bien lo sabéis^ puede producir cincuenta nom^ Iramientos por el efecto sucesivo de los titulares de difo^ rentes categorías guese remueven. Ya podéis suponer lo que serán treinta ó cuarenta vacantes que se. produzcan á la vez. No solo el espíritu colectivo desaparece en lo que pueda tener de político, sino que se acercan mas y más al gobierno, que dispone de mayor número de empleos. Se tienen hombres jóvenes que desean abrirse camino, que no se Ten detenidos en su carreja por la] perpetuidad de los que les preceden. Saben que el gobierno ama el orden, qub también lo ama el PAÍS, y solo trata de servir á ambos, habiendo verdadera justicia, cuando el orden está interesa* do en ello.

MONTESQmSÜ.

Pero á menos de no estar completamente ciegos, se os reprochará que introducís en la ma-gistratura unacompetencia fatal para los cuerpos colegiados: no os marcaré cuales serán las consecuencias de esto, porque creo no harían que os* detuvieseis.

Maquiavblo.

No pretendo sustraerme á la crüiea; poco me impor» taj con tal de que no la oiga. Tendré por principio^ en cualquier casOj la irrevocabilidad de mis decisiones apesar de los murmullos. Un principe que obra así^ siempre está seguro de imponer el respeto de su voluntad.

DIALOGO DÉCIMO CUARTO-

Maquiayelo.

Muchas veces os lo he dicho, y ahora os lo re<> pito, que ao necesito crearlo todo, ni organizarlo todo, que hallo en las instituciones que ya existen gran parte de los instrumentos de mi podw. ¿Sabois lo que es la garantía constitucional!

MONTBSQUIBU.

Si> y lo siento por vos, porque os suprimo» sin quererlo, una sorpresa que quizás hubierais tenido gusto en proporcionarme, con la habili« dad de presentación que os es familiar.

Maquiayelo. ¿Qué pensáis de ella!

MONTBSQÜIBU.

Pienso lo que es cierto, á lo menos para Fran** cia de la que parece queréis hablar, que es una ley creada para las circunstancias, que precisa set modificadas ya que no desaparecer completamen*

— 153 —

tei bajo un régimen de libertad constitucional.

Maquiayelo.

Os bailo muy moderado respecto á este punto. Es sencillamente, según vuestras ideas, una de las restricciones más tiránicas del mundo. [Có-mol cuando los particulares se vean perjudicados por agentes del gobierno en el ejercicio de sus funcioneí*, y que los lleven ante los tribunales, los jueces deberán responderles: No podemos^ hacer justicia, la puerta del pretorio está cerra» da; dirigios á la administración á pedir permiso para acusar á sus empleados. Pero eso es una verdadera denegación de justicia. ¿Cuántas veces autorizará el gobierno semejantes persecuciones?

MOMTESQUIBU.

{De qué OS quejáis! Me parece que eso es loque os conviene.

Maquiayblo.

Si os he dicho eso, haisido solamente por probaros que, en los Estados en que la acción de la justicia encuentra semejantes obstáculos, un gobierno no tiene mucho que temer de los tribu-nales. Es siempre á título do disposicionea transitorias, que se insertan en las leyes semejantes disposiciones, pero, una vez que han pasado las épocas de transición, las excepciones continúan^ y con razón^ porque reinando el orden no estorban, y cuando se altera son necesarias.

Hay otra institución moderna que presta tanta eficacia, por lo menos, á la acción del poder central; es la creación, cerca de los tribunales, do una gran magistratura que llamáis el ministerio público, y que en otros tiempos se denominaba, con más razón, el ministerio del key, porque ese^ li

—154—

cargp es esencialmente amovible y revocable á voluntad del príncipe. No necesito deciros qué influencia ejerce ese magistrado en los tribunales: es considerable. No echéis en olvido uada de esto. Ahora quiero hablaros del tribunal superior de justicia del que me he reservado deciros-algo y que tiene un papel tan considerable 9^ la administración de la justicia.

El tribunal superiores algo masque un cuer-po judicial: es, digámoslo así^ un cuarto podisr del Estado, porque le incumbe fijar en última instancia el sentido de la ley. También repetiré ahora lo que os dije a propósito del Senado y de la Asamblea legislativa: un tribunal de iusticia semeiante^ que seria completamente indenendiente del gobierno. nodría. en virtud de su noder de interpretaci3n soberana v casi

discrecional, derro*^ cario cuando quisiese. Bastaría para ello restringir ó extender sistemáticamente, en sentido liberal, las disposiciones de las leyes que regulan el ejercicio de los derechos políticos.

MONTKSQUIEU.

¿Y en apariencia es lo contrario lo que le vais á exigir?

Maquiatblo.

No le exijo nada, hará por sí mismo lo que. convenga hacer. Porque aquí es donde concurrirán más poderosamente las diferentes causas de influencia de que ya os he hablado. Cuanto más cerca del poder se halla el juez, más le pertenece. .El espíritu conservador del reino se de.-sarroUará allí mucho más que en cualquiera otra parte, y las leyes de alta política recibirán^ en el seno de esa gran asamblea, una interpreta-

— 155 —

ción tan favorable á mi poder, que me ahorrarán una porción de medidas restrictivas que, sin éso, serían necesarias.

MONTESQÜIEU.

Al oíros, diríase en verdad, que las leyes son susceptibles de las más fantásticas interpretación ties. Por ventura, ¿no son bien claros y terminantes los textos legislativos? ¿acaso pueden prestarse á extensiones ó restricciones como las que indicáis?

Maquïavelo.

No es al autor del Espíritu délas leyesy al experto magistrado que ha debido pronunciar tantos excelentes fallos^ á quien tengo yo la pretensión de enseñarle lo que es jurisprudencia. No hay texto por claro que sea, al que no pueda darse las más contrarias soluciones, incluso en derecho ci-vil puro; solo os ruego que veáis que no nos ocupamos ahora de materias poli ticas. Pero, es ana costumbre común á los legisladores de todas las épocas, adoptar^ en algunas de sus diposiciones, una redacción bastante clásica que pueda servir según las circunstancias, para regir ciertos casos, ó introducir excepciones sobre las que no hubiera sido prudente insistir con mayor precisión.

Sé perfectamente que debo presentaros ejemplos, sin lo cual mi proposición os parecerá muy vaga. La dificultad mía consiste en presentar los que tengan un carácter de generalidad bastante grande, para así evitarme de entrar en más amplios detalles. He aqui uno> que prefiero, porque hace poco nos ocupamos de esa materia.

Al hablar de la garantía constitucional, dijis-

— 156 —

teis que esa ley de excepcióa debería ser modificada en un país libre.

Pues bien, supongo que esta ley exista en el Estado que yo gobierno, supongo que haya sida modificada; así imagino que con anterioridad á mí fué promulgada una ley que, en materia electoral permitía perseguir á los agentes del gobierno sin autorización del Consejo de Estado. La cuestión se presenta en mi reinado que^ como sabéis, ha introducido grandes cambios en el derecho público. Sé quiere llevar á un funcionario ante Jos tribunales con motivo de un hecho electoral: el magistrado del ministerio público se levan;a y dice: La gracia en la que quieren ampararse }*a no existe hoy; no es compatible con las insti* tuciones actuales. La antigua ley que dispensaba la autorización del Consejo de Estado, eu casos parecidos, ha sido derogada implícitamente. Los tribunales contestan sí ó no; en.último casa los debates son llevabos ante el Supremo Tri-bunnl de Justicia, que fija el derecho pública sobre este punto, de esta manera: es necesaria la autorización del Consejo de Estado para perseguir á los íuncionario» públicos, aun en materia electoral.

He aquí otro 'ejemplo, que es aun más especial y que está tomado de Ja policiade la prensa: Tengo entendido que existia en Francia una ley que obligaba, bajo sanción penal, á todos loa aue tenían por oficio distribuir ó llevar impresos, a proveerse de un permiso expedido por un empleado público, elegido en cada provincia por la administración general. La ley ha querido reglamentar á los que llevan y venden impresos sometiéndolos á una escrupulosa vigilancia; tal

— 157--

68 el objeto esencial de esa ley; pero el texto de la disposición, dirá, supongo: «Todo repartidor ó vendedor deberá estar provisto de una autorización, etc »

Pues bien, el tribunal superior, podrá decir> en caso de que se le eleve el asunto: «La ley de referencia no solamente ha tenido en vista'el hecho profesional» Ha comprendido á cualquiera que distribuya ó lleve impresos. Eu consecuencia, hasta el mismo autor de un eñcrito ó de una obra que entregue uno ó más ejemplares, aun cuando fuesen regalados, sin previa autorización, hace veces de repartidor y por coa-siguiente cae bajo el peso de la disposición penal.

Por esto podéis ver lo que resultará de semejante interpretación: en vez de una simple ley de policía tenéis una ley restrictiva al derecho de dar á luz el pensamiento por medio de la prensa.

MONTESQÜIEÜ.

Ya no OS faltaba mas que ser jurista.

Maquiavblo.

Es absolutamente necesario. ^Gómo se derro* <^an hoy día á los gobiernos? Por distinciones legales, por sutilezas de derecho constitucional, empleando contra el poder todos los medios, armas y combinaciones que no prohíbe directamente la ley.

{Y pretendereis que esos artificios de derecho que emplean los partidos tan encarnizadamente <jontr« p1 poder no los emplee el poder contra los purtiitooí Poro la lucha no sería igual, ni sería posible la resistencia; seria necesario abdicar.

MOKTESQUISU.

Tenéis que evitar tantos escollos que sería mi«

'i

;l ...

.■ !'■ . i;

— 158 —

lagro preverlos todos. Los tribunales no están ligados por sus fallos. Con una jurisprudencia como la que se aplicará en vuestro reinado, os vaticino un semillero de causas. Los damnificados DO dejarán de llamar á la puerta de los tribunales para pedirles nuevas interpretaciones.

Maquuyelo.

Ai principio^ puede ser^ pero cuando cierto número de fallos hayan venido á hacer jurieprudencia^ nadie stf permitirá ir contra loque prohibf y se concluirán los pleitos. Hasta la misma opinión publica se habrá cal' mado tanto^ que se remiti^án^ en el sentido de las leyes^ á los avisos oficiales de la administración.

MOKTKSQUIEU.

îY -decidme cómo?

Maquiayelo.

En ciertas y determinadas oportunidades, cuando haya temor de que surja alguna dificultad sobre tal ó cual puïto legislativo, la Adminis- tración, bajo forma de aviso, declarará que este ó el ptro hecho cae bajo la aplicación de la ley, la que alcanza á tal ó cual caso.

MONTBSQUIEÛ.

Pero esas no son mas que declaraciones que en manera alguna obligan á los tribunales.

Maquíavelq.

Sin ninguna duda, pero no por eso dichas declaraciones tendrán menos autoridad, y una gran influencia en las decisiones de la justicia, emanando de una administración tan poderosa como Ja que he organizado. fijerce*'án, so.bre todo, un gran imperio en las resoluciones indivi-

—;59 —

duales, y en una porción de caso?, por no decir siemj^re, evitarán procesos enojosos: ^todos se abstendrán.

MONTICSQUIBU.

A medida que adelantamos, veo que vuestro gobierno se vuelve cada vez más paternal. Esas prácticas judiciarias casi son patriarcales. Paré-ceme imposible, en efectOi que no se os agradez-ca una solicitud que se pone en práctica bajo formas tas ingeniosas.

Maqüíílvblo.

Por tanto os veis obligado á reconocer que disto mucho de los procedimientos bárbaros de gobierno que parecíais atribuirme al principio de nuestra conversación. Bien veis que en todo esto Bt> entra para nada la violencia; tomo mi punto de apoyo donde todos lo toman hoy en día^ en el derecho.

MONTBSQUIBÛ.

En el derecho del más fuerte.

Maqüíavelo.

El derecho que se hace obedecer e\$ siempre el derecho del más fuerte; no conozco ninguna excepción á esta regla.

DIALOGO DÉCIMO QUINTO. MONTESQUIEU.

Aun cuando hemos recorrido un circulo muy vasto, y hayáis organizado casi todo, no debo ocultaros qne aun os queda mucho que hacer para tranquilizarme completamente sobre la d'a-ración de vuestro poder. Lo que más llama mi atención es que le hayáis dado como base el sufragio popular, es decir, el elemento por su naturaleza más inconstante que conozco. Enten-dámonos bien, os lo suplico; me habéis dicho que erais rey.

Maquiavelo. Si, rey.

MONTESQTLEÛ.

{Vitalicio ó hereditario?

' Maqüiavblq.

Soy rey, como se es rey en todos los reinos

del mando, rey hereditario, con una descendencia llamada á sucederme de varón en varÓN^ por orden de primogenitura, con | exclusión absoluta ie las hembras.

MONTBSQUIKU.

No sois galante.

Maquiavelo.

Dispensad, me inspiro en las tradiciones de la verdadera monarquía sálica.

MONTESQUIEU.

Me explicareis sin dudaj cómo podéis establecer el derecho hereditario^ con el sufragio de* mocrático de los Estalos-Unidos?

Maquiavelo. Si.

MoNTESQüIEÜ.

¡Cómo! ¿esperáis^ con ese principio, unir la voluntad de las generaciones futuras?

Maquiavelo . Si

MONTBSQÛIEU.

Desearía conocer, por lo pronto^ ¿cómo os gobernáis con ese sufragio, cuando se tratase de aplicarlo al nombramiento de los empleados públicos? ,

Maquiavelo.

¿Qué empleados públicos? De sobra sabéis que, en las Monarquías, el gobierno es quien pombra á los funcionarios de todos los rangos,

MONTESQUIEU.

Eso según sean los funcionarios. Los pro-

puestos para la administración de las camuñas son, por lo general, nombrados por los habitantes, aun bajo los gobiernos monárquicos.

• Maquiavblo.

Ya se cambiará eso por medio de una ley: en el futuro> serán nombrados por el gobiemo.

MoNT£SQUIEU.

¿Y nombrareis también á los representantes de la nación?

MAQUIA VELO.

Bien sabéis que eso no es posible. (1)

MONTESQÛIBU.

Entonces os compadezco; pues si abandonáis el sufragio á si mismo, si no halláis alguna nueva combinación, la asamblea de representantes, del pueblo no tardará, bajo la influencia de los partidos, en llenarse de diputados hostiles á vues* tro poder.

Maquiavblo .

Por eso no cuento dejar al sufragio abandona-do á s{ mismo.

MONiESQUÍEU.

Esperaba esa respuesta. Pero, iqué combinación adoptareis?

Maquiavelo .

Mi punto de partida es unir á los que quieran representar al país con el gobierno. Impondré á los cnndidatos la solemnidad del juramento. No se trata de un juramento prestado á la nación* como lo comprendían vuestros revolucionarios

(1) Se echft de Ter qae Maquiavelo no conocía n'iestro 8Í8Ímn% eleetomí ni el-dc... deiios páint-s

del 89; quiero un juramento de fidelidad presta^ do al mismo príncipe y á su constitución.

MONTESQÛIEU.

Pero nuestro que en política no teméis violar los ^vuestros ¿Cómo podéis esperar que á este respecto se mostrarán los otros más

pero puesto que en política no tenéis virtud alguna, vuestros, como podéis esperar que a este respecto se mostrarán los otros más escrupulosos que vos mismo?

MaQUI AVELO.

Cuento poco con la consiecuenda política de los hombres; pero todo lo espero de la fuerza de la .opinióiü: nadie se atreverá A envilecerse ante ella ^faltando abiertamente á la fé jurada. Lo osarán .tanto menos, cuanto el juramento que impondré precederá á ia elección en vez de venir después, y que no tendrán excusa en ir á buscar el sufragio, en esas condiciones, cuando no es-ten de antemano dispuestos á servirme. Ahora «s preciso dar al gobierno el medio de resistir á la influencia de la oposición, é impedir que 4iaga desertar de las filas á aquellos que quieran defenderse. En el momento de las elecciones ios partidos tienen la costumbre de proclamar •sas candidatos y ponerlos frente á frente «del gobierno; haré lo que ellos, tendré candidatos, declarados y los pondré frente á los partidor.

MONTESQÜIEU.

Si no dispusiereis de todos lojs poderes, el medio sería detestable, porque, ofreciendo abiertamen* ite la lucha« provocáis los reveses.

M A<^UI A VELO •

Haré que los agentes de mi gobierno, desde

el primer al último día, se ocuparái;! en hacer que triunfen mis candidatos^

— 164 —

MONTESQUIEÜ.

Eso se sobreentiende, es la consecuencia.

Maquiavblo •

En este asunto, todo es de la mayor importancia. ^LcL8 leyes que establecen el sufragio ^an fundamentales; la manera de llevar á cabo él sufragio es fundamentáli la ley que establece el modo de distribuir las hoktas del sufragio es fa^damentaU O)^ ^No sois vos quien ha dicho eso?

MOxCTESQUIEU.

No siempre reconozco mis frases cuando pasan por vuestros labios; pero me parece que las palabras que citáis se aplican al gobierno democrático.

Maqüiavelo.

Sin duda; y bien habéis podido ver que mipoiítica cendal consiste en apoyarme en el pueblo, que aun cuando ciño una corona^ mí objeto real y decfa-rada es representarle. Depositario de todos los poderes que me ha delegado^ soy yo solOy en definid éivay su verdadero mandatario. Lo que yo quiero él lo quiere^ lo que hago^ él lo hace. Por consiguiente, es indispensable que en las elecciones^ las acciones ao puedan sustituir su influencia á :aquella de que soy la personificación armada. Además, be hallado aun otros medios para paralizar sus esfuerzos. Es preciso que sepáis, por •ejemplo, que la ley que prohíbe las reuniones se aplicará naturalmente á las que pudiesen formarse en vista de las elecciones. De este modo, los partidos no podrán ni concertarse, ni entenderse.

— 165-

MOKTESQUIEU.

¿Porqué ponéis siempre á los partidos en pri-mera linea? Bajo pretexto de ponerles trabas, ¿no es á los mismos electores á quienes se las imponéis? Los partidos, en definitiva^ no son más que grupos de electores; silos electores no pueden ilustrarse por medio de reuniones, de conferencias, ¿cómo podrán votar con conocimiento de causa?

M aquí A VELO.

Veo que ignoráis el infinito arte, y la astucia con que las pasiones políticas burlan las medidas prohibitivas. No os preoiupeis de los electores, qñe los que se hallen animaíos de buenas intenciones sabrán siempre por quien votar. Por otra parte^ emplearé la tolerancia; no solo no prohibiré las reuniones qtis se formen en interés de mis candi-daíosy sino que llegaré hasta cerrar los ojos respecto á los manejos de algunas candidaturas populares que se agitarán bulliciosamente efi nombre de la libertad; solamente conviene que sepáis que aquellos que más griten serán mis hombres.

MONTESQÜIBÜ,

¿Y cómo reguláis el sufragio?

Maquíavelo.

En primer lugar, en lo concerniente á las poblaciones rurales, no quiero que los electores vayan á notar en los centros de población, donde podrían hallarse en contacto con' el espíritu de oposición de las aldeas ó de las ciudades, y, de allí, recibir el santo y seña que partiría de la Capital: quiero que se vote por comunas. El resultado de esta combinación, tan sencillo en apariencia, será>

, .11

'il,

— 166 — sin embargo» considerable.

MONTKSQñIEU.

Fácil es comprender que obligáis á los votos de la campaña á dividirse entre notoriedades insignificantes, ó á votar á falta de nombres conocidos, álos candidatos designados por vuestro gobierno. Grande será mi sorpresa si, con ese sistema, salen á la luz muchas capacidades ó talentos; (1)

Maquiavblo.

El orden publico necesita menos hombres detcUen^ to oratorio etc. que hombres adictos al gobierno. La gran capacidad radica en el trono y entre a que* LLOS QUE LO BODEAN; fucva de ahí es inútil; aun es casi perjudicial^ pues no puede ejercerse sino contra el poder.

MONTBSQUIBU.

Vuestros aforismos deciden como el filo de una espada; no lengo argumentos que oponeros. Continuad, os ruego, vuestro reglamento electoral.

Maquiavelo.

Por las razones que acabo de deciros, tampoco quiero el escrutinio de lista, que falsea la elección^ qu^ permite la coalición de hombres y principios. Dividiré además los colegios electorales en un cierto número de circunscripciones administrativas^ en las que no habrá cabida más que para la elección de un solo diputado, y donde, por lo tanto, cada elector no podrá escribir sino un solo nombre en su boleta de inscripcón. (2)

(1) £1 sistema que prefiere Montesquieu sirve solo para hacer llenar de me-dihoias y vulgaridades los parlamentos, mientras qne con el de Maquiavelo las verdaderas capacidades llegan al poder y se mantienen en él.

(2) En todo lo que se refiere á elecciones las. ... repúblicas americanas están mucho más adelantadas y pueden dar lecciones de trapacerías á Maquiavelo.

-167—

Es pj-cciso» asi mismo, tener la posibilidad de neutralizar la oposición en las circunscripciones en que se haga sentir demasiado. Asi, supongo que^ en las elecciones anteriores se hubiese hecho notar una circunscripción por la mayoría de sus votos hostiles, ó que se presuma que se pronunciará contra los candidatos del gobierno; nada más fácil que corregir ese mal; si esa circunscripción no tiene más que un reducido número-de población, se la une á otra circunscripción vecina ó lejana, pero más numerosa, en la que sus votos son ahogados y donde queda perdido su espíritu político. Si, por el contrario, la circunscripción hostil tiene un núcleo de población importante, se la fracciona en diferentes secciones que se anexan á las circunscripciones vecinas, en las cuales queda reducida á la nada por xsompleto.

Omito, como bien comprendereis, una porción de puntos de detalle que solo son accesoriois del conjunto. Asi, en caso de necesidad, dividido los colegios en secciones, para dar, cuando fuese preciso, mayores medios de acciona laadmi« nistracióU) y hago presidir los colegios y las secciones por los empleados municipales cuyo nombramiento depende del gobierno.

MONTESQÜIEU.

Noto, con cierta sorpresa, que no empleáis ahora una medida que indicasteis en su tiempo á León X, y que consiste en la sustitución de las boletas de sufragio por el escrutinio después del voto.

M aquí AVALO.

Eso quizás sería difícil hov en dia, y creo que no debe emplearse ese medio sino con la

— íes —

mayor prudencia. ¡Un gobierno hábil tiene, por otra parte, tantos recursos! Sin comprar diree-tamente él sufragio^ es decir de un modo visible nada le será más fácil que hacer votar las poblaciones á su gusto por medio de concesiones administra^ ticas, prometiendo aquiunpuerto^aUá un mercado^ más lejos una carretera 6 un canal; y no hcuAendo nada^ por el contrario^ por las aldeas y lus ciudades en qiis el voto le sea hostil.

MoNT£SQU1£Ü.

Nada tengo que reprochar á la profundidad de esas combinaciones; pero, ¿no teméis que os digan que uuas veces oprimis y otras corrompéis

ei sufragio popular? (1) (No creéis comprometer

vuestro poder en las luchas en que se hallará siem« pro tan directamente empeñado £1 menor triunfo quu se obtenga sobre vuestros candidatos será una brillante victoria que pondrá en jaque á vuestro gobierno Lo que no deja de inquietarme por vos, es que os veo siempre obligado á salir bien en todo, so pena de un desastre.

Maquiavelo.

Habláis el lenguaje del que tiene miedo; tran*» (iai I izaos. Al punto á que he llegado, he acertado en tantas grandes cosas, que no puedo naufragar en las infinitamente pequeñas.

El grano de arena de Bossuet no se ha hecho para los verdaderos hombres políticos. Tan adelantado estoy en mi carrera, que podria, sin peligro hasta arrostrarlas tempestades; ^qué

(1) Y lofc círculos 6 paadillas de amUdosos que «e em^alanan ood el pomposo nombre de partidos 7 de ireprebenUntes de la opinión! no siéndolo slud de sus aspiraciones bastardas, por sus logrerías, cuando falsean el voto pot los mil medios de que se Yalen, cuando aterrorizan con sus compadritos 7 sua matonea. ¿no corromden. no onrimen el sulngeo?... ¿procuran. acaso. otra oosá quo la satis&cclon

de pasiones mezquinad 7 de intereses bastardos?...

- 169 —

significaiiy pues, esos fútiles embarazos de la ad4 minlstración de que me habíais? ¿Creéis que tengo la preieasión de ser perfecto? ¿Acaso no sé que se cometerá más de ana falta entorno mió? No, sin duda no podré, impedir que haya aquí y atli algunos escándalos. ¿Impulirá eso que elconjun--io de los negocios no roya bien? Más esencial que no cometer una falta, es soportar su responsabilidad con una actitud enérgica que imponga á los detractores. Aun cuando la oposición consi- * guiera llevar á mi Cámara algunos declamadores, I qué me importa? Yo no soy de aquellos que ^ nada conceden á las necesidades de su tiempo. Uno de mis grandes principios, es oponer los semejantes á los semejantes. Lo mismo que em ^ pleo la prensa contra la prensa ^ usaré de la tribt ^-na contra la tribuna; tendré cuántos oradores fue-hu necesarios. Lo esencial es tener una mayoría compacta y un presidente de entera confianza. Hay un arte particular para dirigir los debates y obtener el voto. ¿Tendré necesidad, de artífices de la estrategia parlamentaria? Las diez y nueve ^ vigésimas partes de la Cámara se compondrán de hombres mios que votarán con yna consigna, mientras haré mover los hilos de una oposición ficticia y clandestinamente re(;lutada; después de-eso, pueden pronunciar cuantos discursos quieran; entrarán en los oídos de mis diputados como entra el viento por el agujero de una cerradura. ¿Queréis que ahora os hable de mi Senado?

MONTKSQUIEU.

No, sé por el de Cíí ^ lígula lo que podrá ser. il).

(1) Algunos itcom heíao^t tenido en Amerita.

DIALOGO DÉCIMO SEXTO. MONTESQUIBU.

Uno de los pantos salientes de vuestra política, es el aniquilamiento de los partidos y la destrucción de las fuerzas colectivas. No habéis abandonado ese programa; sin embargo, veo todavía á vuestro alrededor algunas cosas á las que aun no habéis tocado. No habéis puesto la mano sobre el clero, sobre la Universidad, ni sobre el foro; sobre las milicias nacionales, ni las corporaciones comerciales; sin embargo, me parece que existe en todo eso un elemento peligroso .

Maquiavblo.

No puedo decíroslo todo á la vez.

Os hablaré enseguida de las milicias nacionales para no volver á ocuparme de ellas; su disolución ha sido necesariamente uno de los primeros actos de mi gobierno La organización de una guardia nacional no podrá concillarse con la existencia de un ejército regular; pues los cia«

— 171 —

dadanos en armas podrían, en un momento dado, convertirse en facciosos. Punto es este que presenta alguna diScuItad. La guardia nacional ss una institución inútil; pero tiene un nombre popular. En las naciones militares, halaga los instintos pueriles de ciertas clases burguesas, que, por un capricho ridículo amalgaman el

Slacer de las demostraciones guerreras con los ahitos comerciales. Ese es un error inofensivo ^ y sería tanto más torpe chocar con él ^ cuanto el principe no debe jamás aparentar divorciar sus intereses de los de los ciudadanos que creen tener una garantía en el armamento de sus. habi* lantes.

MONTESQÜIEU.

Pero si disolvéis esa milicia.

MAQUI AVELO.

La disuelvo para reorganizarla con* otras bases. Lo esencial es ponerla bajo las inmediatas órdenes de agentes de la autoridad civil y quitarle la prerogativa de reclutar sus gefes por medio de elección; (1) eso es lo que hago. Además, no la organizo sino en los puntos en que convenga, y me reservo el derecho de disolverla de nuevo y de restablecerla aun sobre nuevas bases, si lo exigen las circunstancias. Nada tengo que añadir á esle respecto. En lo relativo á la Universidad, el actual orden de cosas casi casi me sastiface.. Sabéis, sin duda, que esos grandes cuerpos de enseñanza no están organi« zados hoy como en otros tiempos. En casi todas partes, se me asegura, han perdido su auto-

(1) Oomo entre nosotros.

— 172 —

Domia y do son más que servicios públicos á cargo del Estado. (1) Asi ^ pues» como os lo be dicbo mas de una vez, allí donde se halla el Estado se baila el principe: la dirección moral de los establecimientos públicos está entre sus manos; sus agentes son los que dirigen los ápimos de la juventud. Tanto á los directores como á los miembros superiores de los cuerpos docentes de cualquier grado, los nombra el gobierno de quien dependen y á quien están unidos; si quedan acá ó allá algunas señales de organización independiente en cualquiera escuela pública ó Academia ^ fácil es hacerlas ingresar en el centro común dé unidad y de dirección. Todo se reduce á un reglamento ó, sencillamente, á un decreto ministerial. Paso por alto detalles que no merecen que fije mi vista en ellos. No obstante, no debo abandonar este asunto sin deciros quo croo sumamente importante, proscribir, en la enseñanza del derecho, los estudios de política constitucional. (2)

MONTESQÜIEÜ.

Tenéis ^ en efectOi motivos poderosos para ello.

Maquiavblo.

Mis motivos no pueden ser más sencillos: no quiero que la Juventud, al abandonar las aulas, se forme de política é historia, y de...

mis motivos no pueden ser mas sencillos: no quiero que la juventud al abandonar las aulas, se ocupe de politica a tonas y a locas; que a lo diez y ocho años se ponga á hacer constituciones como se escriben tragedias. Semejante educación solo puede extraviar las ideas de la juventud iniciándola prematuramente en

materias que no son aun para su razón. Con

••^•^—•^^■^^^—^^^■^

(1) Asios.

(2i No lo creo necesario sobre todo teniendo catedráticos sin significacióa moral ni inteleototl, como sucede generalmente.

— 173 —

esas ideas mal digeridas y peor interpretadas es como se forman falsos hombres de Estado^ uto^ pistas cuyos estravios ^e entendimiento se tradu^ cen más farde por estravioi^ de acción.

Es preciso que las generaciones que nazcan bajo n.i reinado, se eduquen en el respeto de las instituciones establecidas, en el amor al príncipe; así usaré hábilmente el poder de dirección que me pertenece en la enseñanza; creo en general, que en las escuelas se comete un grave error descuidando la historia contemporánea. Tan necesario es, por lo menos, conocer su época como la del Pericles: quisiera que la historia de mi reinado se enseñara en las escuelas, en vida mía. Así es como un príncipe joven penetra en el corazón de una generación.

MONTESQUIEU.

¿No hay para que decir que será una apología continua de vuestros actos ? *

Maqüiavblo.

Es evidente que no deiaré que me denigren. El otro medio que emplearé- tendrá por objeto oponerme á la enseñanza libre^ que no ^e puede prohibir directamente. Las universidades abrigan grandísimo número de profesores cuyo tiempo, fuera del empleado en las clases, puede utilizarse para la propaganda de las buenas doctrinas. Haré que creen cátedras libres en las ciudades importantes, movilizandó así la instrucción y la influencia del gobierno^

MoNTF.9QUIEU.

En una palabra, absorbereis y confiscareis en provecho vuestro los últimos destellos de un pensamiento independiente.

— 174 —

Maquiayelo. No confilsko nada.

MONTESQUIEU.

¿Permitiréis a otros profesores que no sean los vuestros la vulgarización de la ciencia por idénticos medios^ y sin título ni autorización?

Maquiavklo. ¡Cómo! ¿queréis que autorice los cluosl

MONTESQUIEU.

No: pasemos á otro punto.

Maquíavelo.

Entre las infinitas medidas reglamentarias que pide la tranquilidad de mi gobierno, habéis Ha* mado mi atención acerca del foro; es querer llevar mis medios de acción más allá de lo necesario por el momento; además, con eso atacarla á los intereses civiles, y bien sabéis que en semejante materia mi regla de conducta es abstenerme todo lo posible. En ios Estados en que el foro-se halla constituido en corporación, los litigantes consideran la independencia de esa institución como una garantía inseparable del derecha de defensa ante los tribunales, ya se trate de su honor, de sus intereses ó de su vida. Sería cosa grave intervenir porque la opinión podría alarmarse ante el grito que no dejaría de lanzar la corporación en masa. Sin embargo, no ignoro que dicha corporación será un semillero de influencias constantemente hostiles á mi poder. Esa profesiók, lo sabéis mejor que yo^ Monlesquieu^ desarrolla los caracteres frios y tercós en sus principios, esiiritus cuya tendencia

ét U hpaLtdaá pmrtL El mifoyodx^ wm f^ieée €m ti

wútrn» sfraáo jme H wo.ü</ÍKfrad9 d mMÜdítkvadQ de Im8 tkeoBBidadet tfo/duaSevi t:e /« j^ dk MVf carcB y é ÍjrwDés de príúmoaa redatidot pwrn temer ti ma>il'

Stprimid la apóloga.

Si, DO ereaíB tjU€ eebo en olTÍdo que me hallo aote uno de los deBC^ndient» de aqueJ'.OF ttagistrados que soBtuTi«roD con tacto brúlo, en Francia, el trono d^ la monarquía-

T que raramente se mostraron fácDeí en aceptar loe edictos^ cuando ectOB riolaban las le jes del firtauo-

MAgi'iAVjBLO-

jÍm eg comv eonahfyeron por echar abajo al «¿í-«í/ JEsíado. J^o quiero que nds iriInmoles de ju^^ ticm 6e &tint7Íerian en parLamerílos.^ f qv€ los abogados, bajo la inmunidad de su ioga^ m ocupen de poUtíea,

El borobre mas grande de! Siglo, á quien Francia vió nacer en au seno, decía: Qukro que fueda eortár^te la lengua á un ab^pado que hable mal del gooiemo. Lab costumbres modernas no con tan duras. no llegaré á eso. Desde el nri-mer día. v cuando Jo reclamen las

circunstancias, me limitaré á hacer una cosa bien sencilla: expediré un decreto que, al mismo tiempo que acate la independencia de la corporación, someterá á los abogados á recibir de

su soberano la investidura de su profesión. En los considerandos de mi decreto, no será muy difícil, supongo, demostrar á los litigantes que hallarán en aquel modo de nombramiento una garantía mas seria que cuando la corporación se forma por si misma, es decir, con elementos que son un poco confusos, necesariamente.

MUKTESQUIEU.

Cuan cierto es que puede prestarse á las más detestables medidas, el lenguaje de la razón! Pero, veamos, ¿qué vais á hacer ahora respecto al clero? Hé ahí una institución que no depende del Estado sino en parte y que emana de un poder espiritual cuya sede se halla en el extranjero. No conozco nada más peligroso para vuestro poder, os lo declaro, que ese poder que habla en nombre del cielo y cuyas raíces se extienden por toda la tierra; no olvidéis que la palabra cristiano es una palabra de libertad. No hay duda que las leyes del Estado han establecido un divorcio profundo entre la autoridad religiosa y la política; que la palabra de los ministros del culto solo se dejará oír en nombre del Evangelio; pero el espiritualismo divino que se desprende de ella es la piedra de toque del materialismo político. Ese libro tan humilde y tan tierno ha destruido por si solo el imperio Romano y el cesarismo y su poderío. Las naciones abiertamente católicas se librarán siempre del despotismo, porque el cristianismo coloca la dignidad del hombre muy alta para que el despotismo pueda alcanzarla, porque desarrolla tuerzas morales sobre las que el poder humano no puede hacer pre-

— 177 —

sa (1). Tened cuidado con el sacerdote; no depende mas que de Dios; y su influencia alcanza á todo: al santuario á la familia, á la escuela. Nó podéis nada contra él; su gerarquía no es la vuestra: obedece á una constitución que no se derroca ni con la ley, ni con la espada. Si reináis en una nación católica y os enemistáis con el clero» sucumbiréis tarde ó temprano, aun cuando tuviereis de vuestro lado al pueblo entero.

Maquiavblo.

No alcanzo el porque os complacéis en convertir al sacerdote en apóstol de la libertad. Nunca he visio eso en los tiempos antiguos ni en los moderónos; he hallado siempre en el sacerdote un apoyo natural del poder absoluto.

Tened bien presente que, si, en interés de cimentarme, he tenido que hacer concesiones al espíritu democrático de mi época, si he tomado el sufragio universal como base de mi poder, no ha sido sino un artificio impuesto por la época, no por eso reclamo menos los beneficios del derecho divino y no soy menos rey por la gracia de Dios. A este titulo, debe, pues, sostenerme el clero, toda vez que mis principios de autoridad son conformes á los suyos. Si, no obstante, se inostrase rebelde, si se aprovechase de su influencia para hacer una guerra sorda á mi gobierno...

MOKTESQUIEU.

^Entonces?

(1} Espíritu de las isyss, libro XXIY, cap. I j siguientes:

— 178 —

Maquiavblo.

Vos que íablaís de la influencia del clero ¿igno^ rais hasta dónde se ha hecho impopular en algunoí Estados católicos? En Francia, por ejemplo, el periodismo le ha desacreditado tanto en la opinión de las masas, han amenguado tanto su misión, que si yo reinase allí ¿sabéis lo que podria hacer?

MONTESQUÏEU.

íQué?

Maquiavelo.

Podria provocar, en la Iglesia, un cisma que rompería todos ios lazos que unen al clero en la curte de Roma, pues ese es el nudo gordiano. Haría que mi prensa, mis publicistas y mis hombres políticos se expresasen así: <c El cristianismo es independiente del catolicismo; lo que protiibe el catolicismo, el cristianismo lo autoriza; la independencia del clero, su sumisión á Id corte de Roma, son dogmas puramente católicos; semejante orden de cosas es una amenaza continua contra la seguridad del Estado. Los ñeies del reino no pueden tener por jefe espiritual á un principe extranjero; es dejar el orden interno á discreción de una potencia que puede ser hostil á cada momento; esta gerarquía de la Edad Media^ esa tutela de los pueblos no puede concillarse con el genio viril de la civilización moderna» con sus luces y su independencia. ¿A qué ir á buscar en Roma un director de conciencias? jPor qué el jete do la autoridad política no sería al mismo tiempo el jele de la autoridad religiosa? jPor qué el soberano no seria pontiñce?» He ahí

— 179 —

el lenguaje que usaría la prensa, la prensa liberal sobre todo, y lo más probable, es que la generalidad del pueblo lo oiría con gusto.

MONTESQUIBÜ.

Si creyéndolo asi os atrevieseis á intentar semejante empresa, no tardaríais en conocer, y de un modo terrible, el poderío del catolicismo, aun en los pueblos en que parece debilitado (1).

Maquiavslo.

j Intentarlo, Dios mío! Pido perdón, de rodillas, á nuestro diviríO maestro, solo por haber expuesto esta doctrina sacrilega, inspirada por el odio al catolicismo; pero Dios que ha esta--blecido el poder humano^ no le prohíbe garantizarse contra las empresas del cleroj que infunde los preceptos del Evangelio cuando falta á la subordi--nación que solo le debe al papado. Bien sé que no conseguiré más

mirringe los preceptos del Evangelio cuando tanta a la subordinación que se le debe al príncipe. Bien se que no conspirara sino ocultamente; pero, yo hallaré modo de contener, fuese en el mismo seno de la corte de Roma, la intención que dirige la influencia.

MONTRESQTIJEÜ.

¡Cómo?

Maquïiavslo.

Me basta mostrar someramente á la Santa-Sede el estado moral de mi pueblo, temblando bajo el yugo de la Iglesia, aspirando á romperle, capaz de desmembrarse á su vez del seno de la unidad católica y de abrazar el cisma de la Iglesia griega ó protestante.

(1) Espíritu de las leyes, lib. XXV, cap. XII.

— 180 —

MoNTKSQUIffU.

¡La amenaza en lugar de la accióul

Maqviayelo.

¡Cuan engañado estáis, Montesquien, y hasta qué punto desconocéis mi respeto hacia el trono pontificio! El único papel que quiero representar, la única misión que me pertenece, soberano católico, sería precisamente ser defensor de la iglesia. En la época actual, lo sabéis, el poder temporal está gravemente amenazado, va por el odio irreligioso, ya por la ambición de los países del norte de Italia. Pues bien, diría al Santo-Padre: Os sostendré contra todos ellos, os salvaré, es mi deber, mi misión, pero, á lo menos, no me atacéis, sostenedme con vuestra influencia moral; sería por ventura pedir demasiado cuando yo mismo comprometería mi popularidad saliendo fiador del poder temporal completamente desacreditado hoy día á los ojos dQ eso que se llama la democracia europea. Ese peligro no me detendría; no solo tendría en juego, de parte de los Estados limítrofes, cualquiera empresa contra la soberanía de la Santa-Sede, sino que« si desgraciadamente ¿e viese atacada, si el Papa fuese arrojado de sus Estados pontificales como ya ha sucedido, mis bayonetas solas le volverían á llevar, manteniéndole siempre, mientras yo reinase.

MONTESQUIKU.

Sería verdaderamente un golpe maestro, pues si manteníais en Roma una guarnición permanente, casi dispondríais de la Santa-Sede, como si residiese en una de las provincias de vuestro reino.

— 181 —

Maqqiavelo.

¿Creéis que después de haber dispensado al papado un servicio semejante, rehusarla sostener mi poder, y que el mismo Papa, si necesario fuese, se negaría á consagrarme en mi Capital? ¡No hay ejemplo eu la historia de hechos parecidos ?

MONTESQÜIEU.

Si\ de todo hay eu la historia. Pero, en fin, si en lugar de hallaros en la cátedra de San Pedro un Borgia ó un Dubois, como esperáis, os hallaseis frente á vos con un papa que se oponía á vuestras intrigas y desafiaba vuestra cólera, i qué haríais ?

Maquiavelo.

Entonces, preciso sería resolverse á ello; á pretexto de defender el poder temporal, determinarla su caída.

MONTESQUIEU.

¡Tenéis lo que se llama genio!

D1AL.OGO DÉCIMO SÉTIMO. MONTESQUIEU.

Ya he dicho que en vuestra mente brillaba el genio, y efectivamente es preciso tenerlo para concebir y ejecut.-r tantas cosas. Ahora es cuando comprendo el apólogo del dios Wi»h-nou; tenéis cien brazos como el Ídolo indio y cada uno de vuestros dedos toca un resorte. Y asi como tocáis todo ¿podéis verlo todo?

MAQUIA VELO.

Sí, porque haré de la policía una institución tan vasta que en el corazón de mi reino la mitad de los hombres verán á la otra. ¿Queréis oir algunos detalles respecto á la organización de mi policía?

MONIESQTIJrBÜ.

Hablad.

Maquiaveló .

Empezaré por crear un ministerio de policía que será el más importante de mis ministerios,

—183 —

y que centralizará, tanto para el exterior como para el interior, los numerosos servicios con que dotaré esa parte de mi administración.

MONTESQÜIBU.

Si hacéis eso vuestro subditos echarán de ver inmediatamente que se hallan envueltos en una terrible red.

Maquiavrlo.

Si ese ministerio no gustase, le aboliría, llamándole, si queréis, ministerio de Estado. Ade* más> organizada en los otros ministerios servicios correspondientes, cuya mayor parte sería refundida, sin ruido, en eso que llamáis hoy ministerio del interior y ministerio de negocios extranjeros. Comprendéis perfectamente que con esto no me ocupo absolutamente nada de diplomacia, sino únicamente de los medios apósito de tener una seguridad contra los revoitosos> tanto en el exterior como en el interior De fijo podéis creerme, que á este respecto, hallaré casi en mi misma situación á la mayor parte de los monarcas, es decir, muy dispuestos á secundar mis tendenciassi ó sea crear servicios de policía internacional en interés de una seguridad recíproca. Si, como no lo dudo, lograba conseguir este resultado, he aquí algunas de las fórmulas bajo las que se produciría mi política en el exterior: Hombres de vida alegre y bien educados en las cortes extranjeras, para no perder de vista las intrigas de los príncipes y de los pretendientes desterrados, revolucionarios proscritos que, á fuerza de oro, conseguiría, quizás, que me sirviesen de agentes de transmisión respecto á las amenazas do la demagogia tenebrosa;

— :s4 —

creación de periódicos en las grandes capitales, impresores y libreros puestos en idénticas condiciones y subvencionados secretamente, para poder seguir de más cerca, por la prensa, el movimiento de las ideas.

MOXTESQÜIEU.

Acabareis por conspirar, no ya contra los facciosos de vuestro reino> sino contra el alma misma d^ la humanidad.

Maquiavelo.

Ya sabéis que á mi uo me asustan las frases pomposas. Quiero que á cualquier hombre político, que vaya á maquinar algo al extran-jerOj pueda observársele, seguirle todos sus pasos, hasta su regreso al reino, donde se le meterá en la cárcel bonitamente para que no pueda volver á empezar. Para tener completa* mente en la mano el hilo de las intrigas re^ volucionarias, sueño con una combinación,que seria, creo, bastante hábil.

*

MONTESQÜIEÜ.

¿Cuál es, gran Dios!

Maquiavelo .

Desearía tener un príncipe de mi familia sobre las gradas de mi trono, que aparentase estar descontento. Su misión consistiría en echarse^ las de liberal, en ser detractor de mi gobierno, agrupando así^ para observarlos de mas cerca, á todos aquellos que, en los más elevadas rangos de mi reino, pudiesen hacer un poco de pOiitica demagógica. Dominando las intrigas exteriores é interiores^ el príncipe á quien coh'*

— 185 —

fiase esta misión burlaría como á bobos á aquellos que no conociesea el secreto de la comedia.

MONTKSQIJKÜ.

¡Cómo! ¿Confiaríais a un principe de vuestra familia atribuciones que vos mismo señalaia á la policía?

Maquiavblo.

{Y por qué nó? Conozco príncipes reinantes que^ en el destierro, han pertenecido & la policía de ciertos gabinetes (1).

MoNX£SQU1BU.

Si continúo prestándoos atención, MaquiavelOt es por ver el resultado final de vuestra terrible empresa.

M AQUIAVELO.

No os indignéis, señor de Montesquieu; en el Espíritu de las leyes habéis dicho que yo era un gran hombre (2).

MONTRSQUIBU.

Me lo hacéis expiar de sobra; os escucho para mi castigo* Abreviad, en lo posible, tantos-detalles siniestros.

MaQÜIjİVBLO.

En el interior, me veré obligado á restable* cer el gabinete negro.

MONTBSQUIBU.

Restablecedlo.

(I) Sayoteda til. en Londres, (ai Etjitnbi i» h* tgy\$9, libro VI, cap. V. 13

— 186 —

Máaiinvblo

Maquiavblo.

Vuestros mejores reyes se servían de él. Es menester que el secreto de la correspondencia no pueda emplearse para encubrir conspiraciones.

MONTESQUIBU.

Que son las que os hacen temblar, lo com« prendo.

Maquiavblo.

Os engañáis, porque en mi reinado habrá cons* piraciones; es necesario que se conspire.

MONTESQÜISÜ.

¿Otra novedad?

Maquiavelo.

Quixás haya conspiraciones de veras, no lo afir- * mo; pero de seguro, habrá conspiraciones simuladas. En determinados momentos, ese puede ser un excelente medio para excitar la simpatía del pueblo en favor del príncipe, cuando va perdiendo su popularidad. Intimidando al espíritu público se consigue, autorizar en caso necesario» con eso, las medidas de rigor que se desean, ó se mantienen las existentes. Las falsas conspiraciones, de las que, bien entendido, no se debe usar sino con la mayor prudencia, tienen aun otra ventaja: permiten descubrir los verdaderos complots, dando margen á pesquisas que conducen á buscar por todas partes el rastro de lo que se sospecha.

Nada hay más precioso que la persona del soberano: es preciso que esté rodeada de innumerables garantías, es decir, de innumerables agentes^

— 187 —

pero es necesario, así mismo, que ese ejército oculto esté disimulado muy hábilmente, para que el soberano no deje creer que tiene miedo cuando se presenta en público. Me han asegurado que las precauciones que se tomaban en Europa, al respecto, eran tan acertadas, que un príncipe que sale á la calle^ podía parecer un simple particular, que se pasea, sin guar* dianas, entre la multitud, cuando precisamente está rodeado de dos ó tres mil protectores.

Deseo, además, que mi policía esté diseminada entre todos los rangos de la sociedad. No habrá conciliábulo, ni comité^ ni tertulia, ni hogar íntimo en que no se halle un oído para recoger lo que se diga en cualquier sitio á cualquier hora. ¡Ay! para aquellos que dirigen la cosa pública^ es un fenómeno asombroso la facilidad con la que los hombres se vuelven delatores unos de otros. Lo que es aun más extraño, es la facultad de observación y de análisis que se desarrolla en los que ejercen la profesión de polizontes políticos: no tenéis ninguna idea de sus astucias, de sus disfraces, de sus instintos, de la pasión que ponen en sus pesquisas, su paciencia, su impenetrabilidad; hay hombres en todas las clases sociales que ejercen ese oficio, como si dijéramos, por amor al arte.

Maquiavblo.

¡Ah! corred un velo sobre eso.

MONTESQÜIEU.

Sí, porque hay, en lo íntimo del poder, secretos (]^ue espantan. Os evito el disgusto de que oigáis otras cosas aun más sombrías. Con el sistema que organice estaré tan bien

~ 188 -

informado, que hasta podré tolerar manejos^ culpables^ porque los paralizaré y destruiré en cualquier momento que» quiera.

MONTESQÜIKU.

Y, ¿por qué tolerarlos?

Maquiavblo.

Porque en los Estados europeos el monarca absoluto no debe emplear la fuerza indiscretamente; porque jamás siempre^ en lo íntimo de la sociedad actividades subterráneas contra las que nada puede hacerse cuando no se formulan; porque es preciso ejercitar con gran cuidado alentar la opinión sobre la solidez del poder^ porque á los partidos les bastan los murmullos, las ñoñerías inofensitas cuando se ven reducidos á la impotencia, y sería una locura querer desarmarles jamás de su mal querencia. Oíranse sus quejas, aquí y allí, en los diarios, en los libros; esbozarán alusiones al gobierno, en algunos discursos y defensas; llevarán á cabo, bajo este ó el otro pretexto, pequeñas manifestaciones de existencia; todo eso será muy tímido, os lo juro, y al público, cuando se entere, le hará reír. Hallarán que soy magnánimo soportando semejantes cosas, y hasta dirán que soy bondadoso: he ahí porque toleraré aquello que, entendámonos bien, ine parecerá que no presenta ningún peligro: no quiero que se tache á mi gobierno de receloso.

MONTESQÜIFIÜ,

Ese lenguaje me recuerda que habéis dejado una laguna, y bien grave, en vuestros decretos.

— 189 —

Maquiavblo. ¿Cuál?

MONTESQUIBU.

Nada habéis dicho respecto á la libertad individual.

Maqüiwelo. Me guardaré muy bien de ello.

MAQüI A VELO.

i Y por qué razón ? Al reservaros la facultad de tolerar, os habéis reservado principalmente «I derecho de impedir todo lo que os parezca peligroso. Si el interés del Estado, ó una nMñ^ sidad un poco apremiante, exíK^ que se prenda á un individuo, en el acto, en vuestro r^^íno, I cómo podrá llevarse á cabo si existe en la legislación alguna ley de habeos eor^i\$; si el arresto individual va ^T(t('M\ ^f} de (^ahílm ÍOf-malidades, de ciertas garantías! Mientras se proceda^ pasará el tiempo^

M^ ^l'^iAV«l//, Di^penÁad: slre*:.«t/; la U^^^.rihA if\$^íi4uH,í,no

úüles para la ^.T^^^^rji/.'^^u yt^^mui.

— 190 ~

MoNT£8QUI£U.

Un consejo de magistrados, cuyo nombre é independencia son la garantía de los interesados.

Maquiavblo.

Esa es ana organización seguramente viciosa, porque, icómo queréis que con la lentitud de las deliberaciones de un consejo, pueda tener la justicia la rapidez necesaria para aprehender á los malhechores?

Mo2íTESQUIEU.

^Qué malhechores?

Maquiavelo.

. Hablo de los que cometen asesinatos, robos,. crímenes y delitos de derecho común. Es preciso dar á esa jurisdicción la unidad de acción que necesita: reemplazo vuestro consejo por un magistrado único, encargado de entender en el arresto de los malhechores.

MONTBSQUÍKU»

No se trata aquí de malhechores; con ayuda de esa disposición, amenazáis la libertad de todos los ciudadanos; haced, por lo menos, una distinción respecto á la causa del arresto.

Maquiavelo.

Eso es precisamente lo que yo no quiero hacer. Por ventura, ¿el que hace alguna cosa contra el gobierno, no es tanto ó más culpable que el que comete un crimen ó un delito ordinario? La pasión ó la miseria atenúan muchas faltas; pero, ¿qué hay que pueda obligar alas gentes d ocuparse de política? Así, pues, no quiero que exista distinción entre los delitos políticos y los de derecho

— 191 ~

común. (En qué pensaban los gobiernos modernos al leTantar esa especie do tribunas criminales para sus detractores? En mi reino, el periodista insolente se verá confundido, en la cárcel, con el vulgar ladrón, y comparecerá, at lado suyo, ante la jurisdicción correccional. El conspirador se presentará ante el Jurado crimi* nal, atado codo con codo con el íalsiflcador^ con el asesino. Esa es una excelente modificación le-* gislativa, notadlo bien, porque la opinión públ» ca, al ver que se trata al conspirador lo mismo que al malhechor vulgar, acabará por despreciar tanto al uno como al otro.

MoKTESQUIEÚ.

Socabais la misma base del sentido moral; tqué o8 importa! Lo que me asombra, as que (ton-servéis un jurado críminaL

. En los Estados centraüzados como ^1 mío, los fonciocaríos púbüicos designan los mmnhroié del jorado. Eo materia de «impl^ áé^liUm poli-ticos, míminiXro 4«ja«tJ/;iapodfA; i^l^ ^mprí? ^|u^ sea Decesario, formar Ja CAMif^ra ó/p \fm iukíMié que deban ccüOf:«r *jJ muuUk

TERCERA PARTE

DIALOGO DÉCIMO OCTAVO MONTESQUIEÜ.

Hasta ahora no os habéis ocupado sioó de vuestro gobierno y de las medidas de rigor para sostenerlo* Aunque es mucho, no es bastante. Os queda por resolver el más difícil de todos los problemas para un soberano que quiere implantar el poder absoluto en un Estado europeo, acomodado á las costumbres representativas.

Maquiavelo. ¿Qué problema es ese?

MONTBSQUIKU.

El de vuestras finanzas.

Maqüiavblo.

Cuestión es esa de la que me be preocupado, porque recuerdo haberos dicho que todo, en defi^ nitiray se resolvía por una cuestión de números.

MONTBSQUIBU.

Perfectamente; pero aquí vais á hallar la resistencia en la misma naturaleza de las cosas.

Maquiayelo.

Os confieso que me inquietáis, pues nacido en un siglo de barbarie, respecto á economía política, entiendo miiy poco de esas cosas.

MONTBSQUIBU.

Estoy tranquilo por vos. Sin embargo, permi* tidme que os dirija una pregunta. Recuerdo haber escrito en e) espíritctde las lbtbs, que el monarca absoluto tenía que ceñirse, por el principio de su gobierno, á no imponer á sus subditos mas que débiles cargas (1). ¿Procurareis á los vuestros esta satisfacción, a lo menos?

Maqciavklo.

No me comprometo á tanto y po conozco, en verdad, nada más controvertible que la proposición que acabáis de emitir. ;Cómo queréis que el mecanismo del poder monárquico, el brillo y representación de una gran corte, puedan existir sin imponerle á la nación sacrificios? Vuestra tesis puede ser cierta en Turquía, en Persia, en cualquier otra parte, en los pequeños países sin industria, que ño tendrán los medios de pagar los impuestos; pero en las sociedades europeas, donde la riqueza desborda de fuentes de trabajo y se presenta bajo tan variadas formas al impuesto, en que el lujo es un medio de gobierno, en que el entretenimiento y el gasto de todos los servicios públicos están centralizados

(1) Espirüu de loa leyes, cap. X, Ubro XtII.

en manos del Estado, en que todos los altos pues* tos y digpidadea están retribuidos costosamente, (cómo queréis, os repito, que se limiten á módicos tributos, según decís, cuando por ellos es uno dueño soberano?

MONTESQUÏIEU.

Tenéis mucha razón, y abandono mi tesis, cuyo verdadero sentido no habéis comprendido. Así, vuestro gobierno costará caro; más cara que un gobierno representativo.

Maquiaybli. Es posible.

MONTESQUIEU.

Bien, y ahora es donde entra lo difícil.

Sé como los gobiernos representativos remedian sus necesidades financieras; pero no tengo ningún conocimiento de los medios de existencia del poder absoluto en las sociedades modernas. Si interrogo al pasado^ veo claramente que no puede subsistir sino en las condiciones siguientes: es preciso, ante todo^ que el monarca absoluto sea un jefe militar; lo comprendereis ain. duda.

Maüiavelo.

Si.

MONTBSQUIBU.

Es necesario, además, que sea conquistador, pues en la guerra debe buscar los principales recursos que precisa para el sostenimiento de su fausto y de sus ejércitos: Si se los pidiese al impuesto^ aniquilaría á sus subditos. Por lo

dicho comfrtmier^u T" < •» fnT*Jy,€ ti gzhí.*irrio ab* sobiP» gaste rntetuiM^ íí^mí ^i^.nc^iznr la* &zau¿oifj má por qm In ley íí m. rJí-iaut^márúi ixid in otrm parie^ Ahora^ hory em dífr £s j^^^rr^ no pr^AfaOt muda á hs que la hacems «nr^máL't é mj^-dr/n y á wen^Tedores. Bf ahi wma ^^lítaU dé rtfi-Hcn/m mb^i la que no hay qtte eomtar.

Quedan los ;m;í^V-r«, pero no hay que decir que el príncipe a;,*c:i*o debe hacer caso omisot á este re:«pec^, 4^1 coc^senúmíento de sos subditos. En lus E:»a;los desp*júcos, existo una ficción legal qae penuíte tasarlos discrecional-mente: em dereA'j €f/n»iá¿ra3ie al soberano poeedar de fodoe los biemes de sus súbdilos. Cuando se apropia alyo suyo, no hace sino tomar lo que le pertenece. Medio es ese, que no da lugar á resistencias

Por último, es preciso que el príncipe pueda disponer, sin discusión ni comprobación, de los recursos que le b?.ya dado el impuesto. Tales son, en esta materia, los errores inheritables del absolutismo: convendréis que habría que andar mucho camino para volver á eso. Silos pueblos modernos son tan indiferentes como decís á la pérdida de sus libertades, no sucederá lo mismo cuando se trate de la pérdida de sus intereses; estos están ligados á un régimen económico ex* cluynte del despotismo; si no seguís el sistema de lo arbitrario en hacienda, no podéis mante-nerlo en política. Yuesiro reino entero se de* rrumbará bajo el peso de los presupuestos*

Maquiayelo.

Estoy completamente tranquilo respecto \i\ particular, como sobre otros puntos.

MONTBSQUIBU.

Eso se verá; vengamos al hecho. La votación de los impuestos, por los mandatarios de la nación, es la regla fundamental de los Estados modernos ¿acentaríais el voto sobre el impuesto?

MAQUIAVÉLO. «...que el voto sobre el impuesto.

MAQUIAVÉLO.

I Por qué no ?

MONTESQUIEU.

¡Oh! tened cuidado, ese principio es la consagración más explícita de la soberanía de la nación; supuesto que le reconoce el derecho de votar el impuesto, le reconoce también el de rechazarlo, limitarlo ó reducir á nada los medios de acción del príncipe, y, por consiguiente, reducirle á la nada á él mismo, en caso de necesidad. (1)

Maquíavelo.

Sois categórico. Continuad.

Montesquieu.

Los mismos que votan el impuesto son los contribuyentes. En este punto, sus intereses están solidariamente unidos á íos de la nación, y en un puntu en que estará aecesariamenre con los ojos abiertos. Vais á hallar á esos mandatarios tanto menoís conciliadores respecto á los créditos legislativos, cuanto más fáciles fueron en el capítulo de las libertades.

Maquíavelo.

Ahí es donde queda descubierta la pobreza del argumento: os ruego que recordéis dos

(1) Sio embargo de lo qae, en estas Americas, ni loi representantes lo soo cle(pueMo, Di Tolao presnpaestos reduddos^ ni hacen otra cosa que lo qae le da la gana al.... principe.

— 197 —

conb'-deraciones que habéis olvidado. En pri-* mer lixgSir, los funcionarios de la nación^ gozati de sueldo; contribuyentes ó no, están personalmente desinteresados en el voto sobre el impuesto.

MONTBSQUIEU.

Convengo en que la combinación es práctica y la observación juiciosa.

Maquiavklo.

Ya veis el inconveniente de encarar las cosas demasiado sistemáticamente; la más ligera mo-diticación hábil hace variarlo todo. Quizds^^n-driais razón si apoyase mi poder en la aristoiTücxá^ ó en las clames burguesas, que vodrían^ en un 7no-mentó dado, negarme su concurw; pero en segundo lugar, tengo como base de acción el proletariado y cu-yu cLasa no po^ee nada. Las cutyos del Estado no gravitan cati sobre él^ y yo haré de modo que no pesen absolutamente nada. Los medidas fiscales preocuparán poco á las clases obreras: no les alcanzarán.

MONTESQÜIEU.

He comprendido perfectamente: todo eso es muy claro; hacéis pagar á lüs que poseen, por la voluncad soberana de los que no poseen nada. Es el rescate que el número y la pobreza impo^ nen á la riqueza.

Maquiavelo, Y i esto no es justo ?

MONTBSQUIBU.

No es ni siquiera verdadero, por que en las «sociedades actuales, bajo el punto de vista eco-*

—198—

nómico, no hay ni ricos ni pobres. El artesano de ayer es el burgués de mañana, en virtud de la ley del trabajo. Si atacáis á la burguesía territorial ó industrial ¿sabéis lo que hacéis? Pues hacéis más difícil la emancipación por el trabajo, manteniendo mayor número de obreros en los lazos del proletariado. Es una aberración el creer que el proletario puede aprovecharse de los ataques dirigidos á la producción. Empobreciendo con leyes fiscales á aquellos que poseen, solo se crean situaciones ficticias y» llega un día, en que se empobreco hasta á los mismos que nada tienen.

MAQUIA.VBLO.

Esas teorías son muy bonitas pero puedo oponeros otras que no son menos bellas.

MONTISSQUIEU.

No, pues aun no habéis resuelto el problema que os he planteado. Procuraos ante todo los medios para hacer frente á los gastos de la soberanía absoluta. No será cosa tan fácil como creéis, ni aun cou una Cámara legislativa en la que tengáis la mayoría absoluta, ni aun con el alto poder del mandato popular de que estáis investido. Decidme, por ejemplo, ¿cómo podréis amoldar el mecanismo financiero de los Estados modernos á las exigencias del poder absoluto? Os lo repito, la naturaleza misma de las cosas es la que os resiste. Los pueblos civilizados de Europa, han rodeado la administración de sus finanzas de tales garantías, tan celosas y múltiples, que no dejan sitio sino para la percepción é impiden el empleo arbitrario de los dineros públicos.

— 199 —

Maquiavblo.

¿Qué maravilloso sistema es ese!

MONTESQUIBU.

Voy á indicároslo en pocas palabras.

La perfección del sistema financiero en los tiempos modernos, reposa sobre dos bases fundamentales, la comprobación y la publicidad. Bu eso estriba esencialmente la garantía de los contribuyentes. Un soberano no podría tocar á esas cosas sin decir indirectamente á sus subditos: Tenéis el orden y yo quiero el desorden, quiero la oscuridad en la gestión de los fondos públicos; lo preciso, porque tengo que hacer una porción de gastos sin vuestra aprobación, hay déficits que quiero ocultar, entradas que quiero hallar el modo de disfrazar ó aumentar, según las circunstancias.

Maquiavblo. Empezáis bien.

MONTESQOIBD.

En los países libres é industriales, todo el mundo conoce las finanzas, por necesidad, por interés y por estado, y vuestro gobierno no podrá engañar á nadie al respecto.

Maquiavelo. (Quien os ha dicho que se quiera engañar!

MONTESQUIEU.

Todo el trabajo de la administración financiera, por vastos y complicados que sean sus detalles, conduce, en último análisis, á dos opera*

\ /

«- 200 —

clones sumamente sencillas, recibir y gasiar, alrededor de esos dos órdenes de hechos financieros gravitan las innumerables leyes y reglamentos especiales, que tienen todavía por objeto una cosa muy sencilla: hacer de modo que el contribuyente solo pague el impuesto necesaria y regularmente establecido, y que el gobierno no pueda aplicar los fondos públicos sino á los gastos aprobados por la nación.

Dejando de lado lo relativo á la percepción del impuesto y á los medios prácticos de asegurar la integridad del cobro, y al orden y precisión en el movimiento de los fondos públicos; (esos son detalles de contabilidad con que no quiero molestaros). Solamente voy á haceros ver como la publicidad ayuda á la comprobación en los sistemas financiero-políticos mejor organizados de Europa. (1)

Uno de los problemas más difíciles de re« solver es sacar á luz, para que todos los viesén, los elementos de ingresos y egresos sobre que está basado el empleo de la fortuna públicH en manos de los gobiernos. Ese resultado se ha conseguido con la creación de lo que se cono-* ce en lenguaje moderno por presupuesto del Estado, que es el conocimiento estimativo de las entradas y salidas, previstas no para un período de tiempo remoto, sino todos los años, para el servicio del año próximo- El presupuesto anual es, pues, el punto capital y ea cierto modo ge^^ nerador, de la situación financiera, que se mejora ó se agrava, en proporción de esos resultados comprobados. Las partes que los forman las pre])aran los diferentes ministerios en cuyas

(1) Todo eso podia Montesquicu cootárselo á...» otros qae no sapierail tomo nosotros que todo ello es música celestial.

— 201 —

oficinas están instalados jos servicios del poder. Toman como base de su trabajo las partidas aprobadas de los presupuestos anteriores^ introduciendo las modificaciones, adiciones y supresiones necesarias. El todo» se eleva al ministerio de Hacienda, que centraliza los documentos que se le han remitido, y que presenta á la asamblea legislativa, lo que se llama el proyecto-de presupuesto. Ese inportante trabajo público, impreso, publicado en mil diarios, revela á los ojos de todo el mundo la política iLterior y exterior delEstadOy la administración civil, judicial y militar. Se examina, discute y vota, por los representantes del país, después de lo cual se pone en vigencia como las demás leyes del Estado. (1)

Maquiavelo.

Permíldme que admire la nitidez de deducción y la exactitud de términos, completamente^ modernosi con que el ilustre autor del Espíritu de las leyes, ha sabido exponer en materia de finanzas, las teorías algo vagas y las> palabras á veces un tanto ambiguas de la graa obra que le ha dado la inmortalidad.

MONTESQUIEÜ.

Mi obra no es un tratado de finanzas.

Maquiavelo.

Merece vuestra moddstia que os alabé tanta más cuanto hubierais podido reputaros un gran financista. Tened la honddad de continuar, oslo ruego^ os escucho con el mayor interés.

(1) Eu Auérin el pre8tt|»aehto no et otram ocm qve una Blatiftictclón, apa-leoe sieiupr» qua los ingTMM «xocd^cn á hM gMtos. pero se derfa iaTaziable-mente oob dcfidts. dobido á qua loi mal namsdoi k>gi8ladoret j Iop que dft-

gobitnwn amontonan ft tontas j 6 Ibcaiï dfirat íactAsHaiB con el propdiito

da embaucar á bobot como Montcaqutcu.]

DIALOGO DÉCIMO NONO. MONTESQÜIBU.

— 202 —

La creación del sistema del presupuesto ha traído en pos de sí, puede decirse, todas las demás garantías financieras que son hoy día el patrimonio de las sociedades políticas bien organizadas.

Así, la primera ley que necesariamente se halla impuesta por la economía del presupuesto, es que los créditos que se pidan estén en relación con los recursos existentes. Ahí hay un equilibrio que debe traducirse constantemente á la vista con cifras reales y auténticas, y para ínejor asegurar este importante resultado, para que el legislador que vota sobre las proposiciones que se le hacen no se vea arrastrado, se ha recurrido á una costumbre muy prudente. Se ha dividido el presupuesto general en dos presupuestos diferentes: presupuesto de gastos y presupuesto de recursos^ que deben votarse poP scpai-ado, cada uno por ley especial.

— 203 —

De ese modo, la atención del legislador tiene que concentrarse, á su vez^ aisladamente, sobre la situación activa y pasiva, y sus determinaciones no están sugestionadas de antemano por el balance general de egresos é ingresos. (1)

Comprueba escrupulosamente esos dos elementos, y de su comparación, de su estrecha armonía nace^ en deñitivaí el voto general del presupuesto.

MAQÜ1A.VBLO.

Todo eso está muy bien, pero, por casualidad, ¿los gastos estarán dentro de un circulo impenetrable al voto legislativo? ¿Es posible eso? ¿Puede una Cámara, sin paralizar el ejercicio del poder ejecutivo, prohibir al jefe del poder, hacer en casos urgentes, los gastos imprevistos 1

MONTESQÜIBU.

Veo que eso os inquieta, y no lo siento.

Maqciavelo.

En los mismos Estados constitucionales, i acá-sojno está reservada formalmente al soberano, la facultad de abrir, por medio de ordenanzas^ •créditos suplementarios ó extraordinarios en el intervalo de las sesiones legislativas ?

MONTBSQlilBU.

Asi es, pero con una condición, y es la de que esas ordenanzas se conviertan en leyes así que se reúnan las Cámaras. Es preciso que medie su aprobación. (2)

(1) Todo «Bto es MÚBioa oelestíml.

(2) i Lft aprobación de los... legisladores que han hecbo nombrar los agentes del BJecutIToI esto es de práctica en todas partes.

— 204 —

Maquíavelo.

Que ellas intervengan una vez que se hayan hecho los gaslos, para ratificarlos, no lo encuentro desacertado.

(tfoirrESQUiBU.

Ya lo creo; pero, desgraciadamente no se han contentado con eso. La legislación moderna de hacienda, la más adelantada, prohíbe derogar las previsiones normales del presupuesto, á no ser por leyes concediendo créditos suplementarios y extraordinarios. Los gastos no pueden hacerse sin la intervención del poder legislativo.

Maquiayelo. Entonces no se podrá gobernar.

MONTBSQUIBU.

Parece ser que si: Los Estados modernos han reflexionado que el voto legislativo del presupuesto acabaría por ser ilusorio, con los abusos de créditos suplementarios y extraordinarios; (1) que, en definitiva, podían limitarse los gastos, cuando lo estaban naturalmente Io3 recursos; que los acontecimientos políticos na podian hacer variar los hechos financieros á cada momento, y que el intervalo de las sesiones no era tan largo para que no fuese posible proveer por medio de un voto especial.

Han ido aun más allá; han querido que una vez votados los recursos para ciertos y deter* minados servicios, volviesen á ingresar en el

<1) En todú ptrtei ti abuo m áe práotlCR j entre nosotros macho más^

— 205 —

tesoro sí no se hubiesen empleado; se ha pensa* •do que era preciso qoe el gobierno, ai pro« pió tiempo qae no se extralimitaba en los •créditos concedidos, no pudiese aplicar los fondos de un servicio á oíro, cubrir éste, dejar á descubierto el otro, merced á cambios de fondos efectuadofs entre díierentes ministerios, por medio de órdenes; pues eso sería eludir su destino legislativo y volver, por un medio ingenioso, á lo arbitrario en materia de hacienda. (1)

Se ha imaginado, a este respecto, lo que se llama especialidad de crédiios por eapítutos^ es decir, que e! voto de gastos se verifica por capítulos especiales que 'no contienen sino servicios correlativos y de la misma naturaleza para todos los ministerio?. Así, por ejemplo, el capítulo A, comprenderá los gastos A para todos los ministerios; el capítulo B^ los gastos B, yasf sucesivamente. Resulta de esta combinación que los créditos no empleados deben anularse •en la contabilidad en ios dilerentes ministerios y llevados como entradas al presupuesto del año siguiente. (2)

No necesito deciros que la responsabilidad ministerial es la sanción de todas estas medi-•das. (3) Lo que forma el coronamiento de las

garantías financieras es la creación de un tribunal de cuentas, especie ^c tribunal superior en su género, encargado de ejercerj» de un modo permanente, las funciones de jurisdicción y de comprobación sobre el concepto^ manejo y empleo de los dineros públicos, teniendo (2f lirépuc*» tic li.» coiißCltiMlooe^ . . lot bombee* de EfUdo de nida m m burto f Bsds rtolsB tentó eosno... te lof <^cl |M«oapoeilo« (8) Em rtÉj^uoMMltíXkSMá «■ txIfiáM eu «1 HOit do Jofotel«

— 206 —

tambiéa la misión de indicar las partes de la administración financiera que pueden ser mejoradas bajo el doble punto de vista de las salidas y de las entradas. (1) Creo que estas explicaciones son suficientes.

{No halláis que con. una organización semejante, se veria en graves apuros el poder absoluto?

Maquiavelo.

Estoy aun aterrado, os lo confieso, por esta escursión financiera. Me habéis pillado por mi lado débil: ya os he dicho que entendía poco de finanzas, pero tendría^ podéis creerlo^ ministros que sabrían retocar todo eso y demostrar el peligro de la mayor parte de esas medidas.

MONTESQÜIEÜ.

i Y no haríais algo vos mismo í

Maquiavelo.

Si tal. Dejaría á mis ministros el cuidado de exponer bellas teorías; sería su principal ocupación; en cuanto é mí, os hablaré de hacienda más bien como político que como econo* mista. Hay algo que olvidáis con bastante frecuencia, y es que la materia de finanzas es> de todas las partes de la política, la que más se presta á las máximas del Tratado del Piíncipe. Esos Estados que tienen presupuestos tan metódicamente ordenados y registros oficiales tan en reglaj me hacen el efecto de esos comerciantes que tunen Ubros llevados á la perfección y ss arruinan bonita-mente al finalj (Cuando no arruinan á sus acreedo-

(1) No oonozoo un tolo Tribuna] de cnentas en d mando qne haya hecho otn ooaa que oobrar ana aueldoa.... y dejar que el mundo navegue en el piélagos imenao del vacío.

— 207 —

res después de hacerles aguardar durante siete años pidiendo moratorias). ¿ Quienes tienen mayo^ res presupuestos que vuestrosgobiernos parlamentarios? ¿Hay algo que cueste más caro que la República demo" orática de los Estadt)S Unidos y la Rcjrírblica real de In* giaterra? (1) Vedad es que los inmensos recursos de esta última potencia, se ponen al servicio de lapolitica más profunda y mejor entendida.

MoNTESQCrIEU.

Os salís de la cuestión. (Dónde queréis irá parar 1

Maquiavklo.

A lo siguiente: á que las reglas de administra--ción financiera de los Estados no tienen ninguna retacion con las de la economía doméstica^ que parece 8er el tipo de vuestras concepciones.

MONTBSQUIBU.

{Ahí iah! ¿la misma distinción que entre la política y la moral t

Maquiavelo.

Sí, por cierto. ¿ Acaso eso no está reconocido y se inraetica umversalmente? ¿En vuestro tiempo^ no menos adelantado sobre 11 particular^ ¿ no sucedía lo mismot ¿no sois vos quien me ha dicho que los Estados, en materia de finanzas^ se permitían cosas que hubieran avergonzado al hijo de familia más pródigo ?

MONTESQUIEÜ •

Es verdad, lo he dicho, pero me causará una

(1) Verdad ei que i]U eb donde más se roba 7 más íkna se haoe con las lastítodonea; una parte en poder 4e nna oligarqnta artotocrátiea inhaniana 7 perrertída, 7 la otra en pioder de Joi potiheiatsu y jímgoU qae son ann má» dMpreeUbles que nuestros politiqueros pasados, presentes 7 ftitnros.

— 208 —

gran sorpresa si de ello sacáis un argumento para vuestra tesis.

Maquiavelo .

Queréis decir sin duda que es preciso no preocuparse de lo que se hace> sino de lo que 4ebe hacerse.

Mo»T£SQUIBU

Exactamente.

Maquiavelo.

Y yo o8 contesto que es preciso no querer lo imposible y que lo que generalmente se liace no debe dejar de hacerse.

MONTESQUIEU.

Convengo que eso es puramente práctico.

Maquiavelo .

Y yo tengo una idea, que si diéramos balance de cueniaSf como decís, mi gobierréOf apesar de ser <íbsolutOf costaría menos caro que el vuestro; (1) pero dejemos esta discusión que no tiene ningún interés. Os engañáis completamente» si creéis que á mí me contraría la perfección del sistema de hacienda que acabáis de explicarme. Me alegro con vos de la regularidad de la percepción del impuesto, de la integridad del cobro; de la exactitud de jas cuentas. Creéis, pues, que se trata^ para el soberano absoluto de meter la mano en las arcas del Tesoro, de manejar por sí mismo los dineros públicos. Semejante lujo de precaución es verdaderamente pueril ¿Acaso está ahí el peligro? Tanto mejor, repito»

il) Y se Fobarta durante él macho menos.

•^ 209 —

si los fondos se perciben, se mueven y circulan con la precisión milagrosa que me habéis dicho. Espero poner al bervicio del esplendor de mi reino todas esas maravillas de contabilidad, todas esas belle2;as orgánicas de la materia financiera.

MONTESQUIBÜ.

Poseéis la t^ cómica. Lo que hay de más asombroso para ralea vuestras teorías financieras es que están en contradicción formal con lo que decís al respecto en el Tratado del Principe^ donde recomendáis severamente, no Solo la. economía en finanzas^ sino la avaricia. (1)

Maquiavelo.

Hacéis mal en asombraros, pues bajo este punto de vista los tiempos han cambiado, y uno de mis principios más esenciales es acornó^ darme á los tiempos. Pero volvamos á ocuparnos del tribunal de cuentas: esa institución, {pertenece al orden judicial?

MONTESQUIEU.

No.

Maquiavelo.

Es un cuerpo puramente administrativo. Supongo que sera perfectamente irreprochable. iY estará muy adelantado cnando haya verificado todas las cuentas! i Impedirá que se voten los créditos, que no se hagan los gastos?

Sus juicios de verificación no revelan nada que no se halle en los presupuestos. Es ua tribunal de registro sin derecho de amonestar, una

(1) Tratado del Prifwipé, pag. 106, cap. XVI.

— 210 —

institución inoconte^ no hablemos, pues más de él; lo sostengo sin temor^ tal y como es.

MONTESQÜÍEU.

i Lo sostenéis, decís? ¿Esperáis pues, modifl-^ car las otras partes de la organización financiera ?

Maquiavelo.

Supongo que no creeréis lo contrario. Por ventura^, después de mi golpe de Estado político I no es imprescindible un golpe de Estado financiero? ¿Acaso no he de servirme de mi alta poder para esto como para lo demás? ¿Donde está la virtud mágica que preservaría los reglamentos financieros? Yo soy como aquel gigante del cuento, á quien los pigmeos habían cargado de cadenas durante su sueño; al despertar las rompió sin notarlo. Al día siguiente de mi advenimiento, ya no será tiempo de votar el presupuesto; lo decretaré extraordinariamente! abriré dictatorialmentelos créditos necesarios y los haré aprobar por mi consejo de Estado (1).

MOKTRSQUIEU.

¿Y seguiréis asi?

Maquiavelo .

No. Al año siguiente, entraré en lo legal porque, como ya os lo he dicho varias veces, no preciso destruir nada directamente. Se ha reglamentado antes de mi; pues yo reglamento á mi vez* Me habéis hablado del voto del presu-puesto^ lior dos leyes distintas: considero esta como ima mala medida. Se da uno más fadU

<1) En una ú otra fonna es lo que se hace por todos los gobiernos.

— 211 —

■

mente cuenta de una situación financiera^ cuando \$e vola al mismo tiempo el presuptiesto de gastos y el de recursos. Mi gobierno es un gobierno laborioso; es menester que el tiempo tan necesario para las delibraciones públicas no se pierda en discusiones inútiles. En adelante, los presupuestos de entradas y salidas estarán comprendidos en una misma ley.

MONIESQUIBU.

Bien. 4 Y la ley que prohíbe abrir créditos suplementarios, como no sea por un voto previo de la Cámara?

Maquiavelo . La abrogo; de sobra comprendéis la razón.

MoNTE8QU1£U.

Sí.

Maquiavrlo. Esa ley no tiene aplicación bajo ningún régimen^

MONTESQUIBU.

¿Y la especialidad de los créditos, él voto por capítulos !

Maquiavelo.

Imposible mantenerlo: no se votará mas por capitulo el presupuesto de gastos^ sino por ministerios.

Montesquieu.

Eso me parece más grande que una montaña; porque el voto de ese modo no dá mas que un total que examinar. Bso es como emplear

— 212 —

un tonel sin tondo en vez de un cedazo para tamiz&r los gastos públicos.

Maquiavelo.

No es exacta la comparación, porque cada crédito, presentado en conjunto, tiene en sí elementos distintos, capítulos, como vos decís; se les examinará, si se quiere; pero se votará por ministerios^ con facultad de cambiar unos capítulos por otros.

MONTKSQÜIBÜ.

IY un ministerio por otro?

Maquiavelo.

No, no voy hasta ahí: quiero permanecer en los límites de la necesidad.

MONTKSQUIVU.

Usáis una moderación esquisita ¿y creéis que esas innovaciones financieras no causarán la alarma en el país!

Maquiavelo.

¿Por qué queréis que ellas alarmen más que las otras medidas políticas?

MONTESQÜIEÜ.

Porque estas se relacionan con los intereses materiales de toJo el mundo.

Maquiavelo. ¡oh! esas son distinciones bien sutiles.

MONTESQUIEU.

Sutiles! Hallo exacta la palabra. No uséis vos mismo de tanta sutileza, y decid lisa y llana-

— 213 —

mente que un país que no puede defender sus libertades no puede defender su dinero.

Maquiavelo.

(De qué podrán quejarse, puesto que he conservado los principios de derecho público en materia financiera? ^ El impuesto no está regularmente establecido, percibido con regularidad y los créditos votados regularmente? Aquí, como en todas partes, ¿es que todo no se apoya en la base del sufragio popular? No, sin duda; mi gobierno no está reducido á la indigencia. El pueblo que me ha aclamc'xdo, no solo sufre á gusto el esplendor del trono, sino que lo quiere, ¡o busca en un príncipe que es la expresión de su fuerza. No detesta mas que una sola cosa: la riqueza de sus iguales.

MONTESQUIEU,

No volváis á rehuir la cuestión; aun no ha* beis terminado, y con mano inñexible os vuelvo á traer al presupuesto. Digáis lo que queráis^ su misma organización oprime el desarrollo de vuestro poderío. Es un cuadro que puede salvarse, pero solo se salva con riesgo propio. Se publica, se conocen sus elementos; ahí está perenne como el barómetro de la situación.

Maquiavelo.

Acabemos con este punto, ya que asi lo de* seáis.

Maquiavelo.

El presupuesto es un cuadro decís; sí, pero es un cuadro elástico que se puede estirar lo que se quie» ra. Estaré siempre dentro de él; nunca fuera.

MONTESQÜIEU.

¿Qué queréis decir?

Maquiavelo.

Soy yo quien debe enseñaros como suceden las cosas, auti en los Estados cuya organización fnanciera está llevada a,l último grado de perfección ? La perfección consiste precisamente en saber salir, por artificios ingeniosos, de un sistema de limitación puramente ficticio en realidad. ¿Qué es vuestro presupuesto votado anualmente? Ni más ni menos que un reglamento provisorio, casi un compendio de los principales hechos financieros. La situación no es nunca definitiva

— 215 —

sino después de terminados los gastos crespos

Sor las necesidades durante el trascurso del año. [ay en vuestro presupuesto no sé cuantas especies de créditos que responden á todas las eventualidades posibles: créditos complementarios, suplementario&, extraordinarios, provisorios, excepcionales, jqué se yo? Y cada uno de esos créditos írma por st solo, otros tantos pre* supuestos diferentes. Ahora, he aquí como se hace eso; el presupuesto general, el que se dicta al empezar el año, arroja ea total, supongo, un crédito de 800 millones. Cuando se ha llegado á mitad del año, los casos financieros no responden ya á las primeras previsiones; entonces se presenta á las Cámaras lo que se llama un presupuesto rectificativo, y ese presupuesto añade 100, 150 millones á la ciúra primitiva. Llega enseguida el presupuesto suplementario: añade 50 ó 60 millones; viene por último la liquidación qne añade 15, 20 ó 30 millones. Breve, cuando llega el balance general de cuen* tas, la diferencia total es de una tercera parte de los gastos previstos. Bajo esta última forma el cuerpo legislativo da su voto de aprobación. Pe esta manera, en el espacio de diez años, puede duplicarse y aun triplicarse el presupuesto.

MONTESQÜIEU.

No dudo que esa acumulación de gastos pueda ser el resultado de vuestro mejoramiento linai;ciero, pero no sucederá nada parecido en ios Estados en que se eviten vuestros errores. Además^ aún no habéis llegado al fin: es preciso, en definitiva, que los gastos estén equilibra'^ dos con las entradas; ¿cómo haréis para conseguirlo?

— 2i6 —

MaQUIAVBIÓ.

Todo consiste en el arte de agrupar loe numeras y én ciertas distinciones de gastos^ merced á los cuales puede obtenerse la latitud necesaria. Así, por ejemplo, la distinción entre el presupuesto ordinario y el extraordinario puede ser un gran apoyo. Con ayuda de ía palabra te-traordinario se hacen pasar fácilmente ciertos gastos contestables y ciertas entradas más ó menos problemáticas. TengOi por ejemplo, 20 millones de gastos; es preciso hacer frente con 20 millones de entradas; asigno como entrada una indemnización de guerra de 20 millones, no percibida aún, pero que lo será más tardOi ó bien doy como entrada de 20 millones en el producto de los impuestos que se realizará el ano entrante. Esto en lo tocante i los ingre« sos: no es necesario que multiplique los ejem« píos. Para los gastos puede recurrirse al proce^ dimiento contrario: en vez de añadir, se deduce: Así, se eliminará, por ejemplo, del presupuesto de egresos, los gastos de percepción del im-> puesto.

MONTBSQUIEU.

Y decidme jbajo qué pretexto?

Maquuvelo.

Puede decirse^ con razón, según mi opinión« que no es un gasto del Estado. Se puede, por la misma razón hacer que no figure en el pre* supuesto de gastos lo que cuesta el servicio provincial y comunal.

MONTBSQUIKU.

No discuto nada de todo eso, como habréis

— 217 —

visto; pero» i qaé hacéis de las entrHda3 qae son déficits, y de -los gastos quo elimináis ?

Maqüiavelo.

jBl punto principal en esa materia es la distinción entre el presupuesto ordinario y el ex* traordinario. Los gastos que os preocupan deben de cargarse al presupuesto extraordinario.

MONTESQÜIEU.

Pero, en fin, esos dos presupuestos se totali» zan. y aparece la cifra definitiva de los gastos-

MaquiaVrlo.

No se deben totalizar: por el contrario. El presupuesto ordinario aparece solo: el presu* puesto extraordinario es un anexo al que se^

que deben rotar, por el contrario. En presupuesto ordinario aparece solo, el presupuesto extraordinario es un anexo al que se atiende con otros recursos.

MONTRISQUIBU.

¡ Veamos cuales son!

Maquiavelo.

No me hagáis anticiparme. Bien veis anU-todo que hay una maneja particular de presentar el presupuesto^ de disimular^ en caso necesario, eT aumento creciente. No hay gobierno que no se vea en la necesidad de obrar así; hay recursos inagotables en los países industriales; pero, como lo hacíais notntf esos países son avaros, íuspíaces; discuten los gastos más necesarios. En política financiera no puede lo mismo que en la otra^ jugarse á catar-vvitas: d cada momento habría que pararse, pero en definitiva y gracias^ convengo^ al perfeccionamiento-del sistema financiero^ todo se haUa, todo se clasifica^, y si el presupuesto tiene sus misterios, también-tiene sus claridades. 15

— 218 —

M«*NTBSQUÍEU.

Pero solo para los iniciados, sin duda. Veo q\iñ hacéis de la legislación financiera un formu* lismo tan impenetrable como los procedimientos Judiciales de los Romangs, en tiempo de las doce tablas. Pero» prosigamos. Paesto que los gastos aumentan> es necesario que los recursos aumenten también en la misma proporción. ¡ Hallareis, como Julio Gózar, un valor de dos mil millones de francos en los cofres del Estado, ó descubriré* reís las minas del Potosí!

Maquiayblo.

Vuestras frases son muy ingeniosas; haré lo que hacen todos los gobiernos posibles^ levantaré em" préstamos.

MOKTBSQUIBU.

Ahí es á donde os queria traer. Verdad es ^ue hay pocos gobiernos que no tengan necesidad de acudir al empréstito; pero no es menos cierto que tienen la obligación de usar de él con mucho tino; no podrían, sin peligro, gravar las generaciones, futuras de cargas exorbitantes y desproporcionadas á los recursos probables. (1) ¡ Cómo se levantan los empréstitos! por emisiones de títulos conteniendo obligación» por parte del gobierno, de servir rentas proporcionadas al capital que le ha sido entregado. Si el etnpréstito es de 5 por ciento, por ejemplo^ el Estado al cabo de veinte años, ha pagado una cantidad igual al capital prestado; al cabo de cuarenta años una cantidad doble:

(1) Pues eso se hm hecho entre nosotros y en moehas otras partes.

— 219 —

al cabo de sesenta años, triple, y no obstante» qtiéda siempre deador del total del mismo capital. Puede añadirse que si el Estado aumentase indefinidamente su deuda, sin hacer nada por disminuirla, se veria en la condición de levantar nuevos impuestos ó tendría que presentarse en quiebra. Estos resultados no escapan á nadie y no hay país que no los comprenda. Así los Estados Modernos han querido poner un límite necesario al aumento de los impuestos. (1) Han imaginado á este efecto, lo que se llama el sistema de la amortización, combinación verdaderamente admirable por la sencillez y por el modo tan práctico de su ejecución. Se ha creado un fondo especial, cuyos recursos capitalizado^ se destinan á una compra permanente de la deuda pública, por fracciones sucesivas; de manera que cada vez que el Estado lanza un empréstito, debe crear los fondos de amortización con cierto capital destinado á extinguir, en un tiempo dado, la nueva deuda. (2) Bien veis que este sistema de limitación es indirecto y es lo que constituye su fuerza. Por medio de la amortización, la nación dice á su gobierno: haréis un empréstito si tenéis necesidad, convenido, pero debéis preocuparos de hacer frente á la nueva obligación •que contraéis en mi nombre. Cuando se adquiere la obligación de amortizar continuamente^ se mira uno mucho antes de pedir prestado. Gomo amorticéis con regularidad, os acuerdo Tuestros empréstitos.

(1) Pero no lo ponen.

(2) Más práctico se ha encontrado contraer deudas, no pajarlaa un der-ió tiempo y... deapues eoncerMrkw...

— 220 —

Maquiavelo.

T, decidme^ i para qué queréis que amortice t (Cuáles son los Estados en los que tiene lugar la amortización de una manera regular? Hasta en Inglaterra se ha suspendido: se me figura que el ejemplo viene de arriba: lo que no se hace en parte alguna, no puede ni debe ha* cerse.

MOKTESQUIEU.

Así, pues, i suprimís la amortización?

Maquiavelo.

No he dicho eso, ni mucho menos: dejaré funcionar ese mecanismo, y mi gobierno em« pleará los fondos que produce; esta combinación tendrá una gran ventaja. Al presentar los presupuestos se podrá, de cuando en cuandoOf hacer figurar en las entradas el producto de la amortización del año siguiente.

MONTESQUIEU.

T al otro año figurará como gastos.

Maquiavelo.

Maquiavelo.

No lo sé; eso dependerá, de las circunstancias^ porque sentiría mucho que esa institución financiera no pudiese continuar marchando con regularidad. Mis ministros contestarán á este respecto de un modo extremadamente doloroso. No pretendo, Dios mío, que bajo el aspecto financiero mi administración no presente algunos puntos censurables; pero cuando se presentan bien los hechos, se perdonan muchas cosa». La administración de las finanzas entra por mucho también^ no lo olvidéis^ en un negocio de prensa.

— 22i —

MONTKSQUIBU.

I Qué queréis decir?...

Maquiuyblo.

¿ No me habéis asegurado que la esencia misma de los presupuestos era Ja publicidad ?

MONTfSQUIBU.

Si.

Maquiavelo.

Pues bien, ¿los presupuestos no se presentan acompañados de memorias, de referencias, de documentos oficiales de todas clases? \Qué dé recursos no procuran al soberano estas comunica" dones públicas cuando está rodeado de hombres hábiles! Quiero que nñi ministro de hacienda hable él lenguaje de los números con una admirable elaridady y que su estilo literario^ además^ sea de una fuerza irreprochable. Conviene repetir sin cesar lo que es vcrdady á saber: « que la. gestión de los dineros públicos se hace actualmente Ila luz del día. »

Esta proposición incontestable, debe ser presentada bajo mil formas; quiero que se escriban frases como ésta:

« Nuestro sistema de contabilidad, fruto de una € larga espenencia^ se distlingue por la claridad y « certexa desús procti'HúHcnto^ Pone osbtáuicos á € los abu^sos y no facilUa á nadie^ desde el último de « los funcionarios hasta al mismo jefe del Estado^ el € ^micdio de distraer de su destino la mas pequeña ^ cantidad^ 6 de darle un empleo irregular. »

Se empleará vuestro lenguaje: ¿ qué más queréis? y sft «iiró:

€ La excelencia del sistema financiero reposa so* € bre dos bases: Comprobación y publicidad. La

- 222 —

« comprobación que impide que un solo céntima « pueda salir de manos de los contribuyentes para « entrar en las arcas públicas, pasar de una caja á « otra caja; y salir de allí para ir á parar á manot m de un a^eedor del Estado^ sin que la legitimidad € de su pe7xepci6nf la regularidad de sus movimien* € ios, la legitimidad de su empleo, sean comprobados « pfir agente^ responsables, verificados judicialmente c por magistrados inamovibles, y definitivamente « sancionados en las cuentas legislativas de las Cá-€ maras. »

MoNT£SQUIBU.

I Oh Maquiavelo ! os mofáis siempre, y vuestra mofa tiene algo de infernal. (1)

Maquiavelo.

I Olvidáis donde nos hallamos %

MONTESQDIEU.

Desafiáis al cielo.

Maquiavblo. Dios sondea los corazones.

MoNT£8Qüi£U.

Proseguid.

Maquiavelo.

Al empezar el año económico, el superintendente de hacienda, se expresará asi:

c Nada altera^ hasta el presente, las previsiones € del presupuesto actual, ^in hacerse ilusiones € eooisten las más poderosas razones para esperar

(1) No hoj tal mofa, sino qae empica el leDgn^Je y los medios de lo» más... eminentes Ministros de Hacienda de las... Bepúblicas Americanas j d^ las Monarquías Consütadonales y Parlamentarias.

- 223 "

fíque^ por la primera vez desde hace muchos € años^ el presupuesto^ apesar del servicio de los « empréstitos^ presentará^ después de todo^ un « equilibrio real. Este tan deseado resultado^

• obtenido en tiempos excepdonalmente difíciles « es lu mejor de las p) uebns de que el movi-

• miento creciente de la fortuna pública no ha « menguado. »

i Está bien dicho ?

MONTBSQUIBU.

Continaad.

Maquiayelo .

A este propósito, se hablará de la amortización, que tanto os preocupaba hace poco, y se dirá:

« ^o tardará en comentar la amortización. Si € se realizase el proyecto que se ha concebido al € respecto^ si las rentas del Estado continuasen « awnentandOf serla muy posible que, en los pre-c supuestos que se presentarán dentro de cinco c añoSf las cuentas públicas se saldasen con un su-f peravit. »

MONTESQUIBÜ.

Vuestras esperanzas son algo remotas; pero, apropósito de la amortización, si después de haber prometido ponerla en práctica, no se hiciese nada, i qué diríais ?

Maqüiavblo .

Que el momento no habia sido oportunamente o« -cogido, qfte aún era preciso esperar. Puede irse todavía mucho más aüá: economistas que no son de despreciar, niegan á la amortización una eficacia

— 224 —

reol Esas teorías^ las fonceéis; fWido recordd* ronlas.

MONTKSQUIEÜ.

Es innecesario.

' Maquiavblo.

Se hace que los diarios no oficiales publiquen esas teoríaSf 6 las insinúan ellos mismos, hasta que un día puede uno proclamarlas abiertamente.

MONTBSQUIBÜ.

I Cómo I... I def^pués de haber reconocido anteriormente la eficacia de la amortización^ y de haber ensalzado lo beneficiosa que era)

Maquiavelo«

¿ Acaso no se modifiean los juicios de la ciencia 9 por ventura^ un gobierno ilustrado ¿ no debe seguir^ poco d poco, los progresos económicos de su siglo?

MONTESQUIfIU.

Nada más perentorio. Dejemos la amorti* zación. Cuando no hayáis podido cumplir ninguna de vuestras promesas, cuando os absorban los gastos, después de haber hecho entrever excelentes entradas, ¿ qué diréis ?

Maquiavblo.

En caso necesario^ se confesará la cosa atrevida^ mente. Esa franqueza honra á los gobiernos y con* mueve á los pusbloSy cubando emana de un poder fuerte. Pero, en cambio, mi Ministro de Hacien* da se esforzará en quitar toda significación á lo ^elevado de las cifras de los gastos. Dirá» lo que es cierto: « Lo que demuestra la práctica

financiera, es que Ulb afirmacioMB jamée #« confirman for computó; fue cierta cantidad dé nuevos recursos surgen de ordinario en el ffm* curso del año, prmcipalmente for el aor\$oimUfh to del producto de loe impuestOBf que además, un considefabíe número de crádttoB votadoif l# hallarán anulados por no haber netbido apH" eadán. •

MOKTBSQUIBU.

{Sucederá eso?

Maquiavelo.

Ya sábele que en finanzas exislen^ muchas ifn/r^f, frases hechas, frases típicas, que producen mmho efteto en d púbUco, le eaJmm^ le tram/fMfi^mi A^ presentando con arte tal ó &nal deuda paslm, « se dice: esta partida no tiene nada de e»h/jrfHífm* te; —es normal^ está conforme á toe mt^^dmitue id presupuesto; — EL monto de la deud/i fU^Umte es emmiaácr. Hajr ona pom6n Aét locu^^W/ri^ pareddas de que no os hablo p^ff^itm ^x)niMH otTM arúüdíos f^rái^ícón, m^ ímpor^MfiAnf Hohr^ Vm que debo llamar i^iM^tra Ur^MufJi^n

Bd primer Xn^pur^ tu Up^Ío AommHuUi oñé/ie\ eu weráo isMstur en íA á^i/^foiio A^ (a p9^^^ pendad, la a^ít^rí/Ud ^:/m^^/iUi^ f ^l profff^o we ereeímU 4H e^mmimp, O;



do no existe el equilibrio en los presapaestos y se quiere, para el siguiente año, preparar el espíritu público para alguna, trabacuenta, se dice de antemano, en una memoria, el año en* trante él déffoit no alcanzará más que á tanto.

Si la cosa sale inferior á las previsiones^ es un vordadero triunfo; si es superior, se dice: « el déficit ha sido mayor de lo qvs se había pre-€ vistOf pero el año anlerior se elevó a una cifi^a € mayor; echando cuentas^ la situación es mejor, € porque se ha gastado menos^ y ^in embargo se « %a atravesado por circunstancias excepcionaUnen-ff fe difíciles: la guerra, el hambre, las epidemias^ las « crisis de subsistencias imprevistas, etc.

c Pero, el año próximo^ el aumento de los ingre* € SOS permilirá^ según toda probabilidad, Uegar á « un equilibrio tanto tiempo deseado: se reducir la € deuda,elpresupue8to será convenientemente balancean^ « do. Éste progreso continuará, puede esperarse, y « salvo acontecimientos extraordinarios, el equilibrio « será el hábito constante de nuestra hídendOf € como es de raxón. » (i)

MONTBSQUIBY.

Eso es una verdadera comedia; la costumbre será como una regla^ que no rejirá siempre, porque me imagino que, en vuestro reinado, habrá alguna circunstancia extraordinaria, alguna gue« rra, alguna crisis de subsistencias.

Maquiavblo.

No sá si habrá crisis de subsistencias; lo ciérr to es que mantendré muy alio el pabellón de la dig^ nidad naclonah

(l) Todos conocemos ese Icngui^e.

-H

MONTBSQUIBU.

Es lo menos que podéis hacer. Si alcanzáis gloria, no se os debe agradecer, pues en vuestras manos los laureles no son mas que me* dios de gobernar; pero con eso no pagareis las deudas de vuestro Estado.

dialogo vigésimo primero

Maquiayblo;

Temo que no tengáis alguna idea preconcebida respecto á los empréstitos: son inapreciables por más de un concepto: establec^en vínculos entre las familias y el gobierno: son excelentes colocaciones para el dinero de los particulares, y los economistas modernos reconocen formalmente hoy que, lejos de empobrecer á los Estados, las deudas públicas los enriquecen. I Queréis que os explique cómo ?

MONTBSQTTIRU.

No, porque se me figura que conozco esas teorías. Como habíais siempre de pedir prestado y nunca de reembolsar, desearía saber ante todo á quien pediríais tantos capitales, y apro** pósito de qué los pediríais.

Maquiayblo.

Las guerras exteriores son un gran recurso para eso. En los grandes Estados permiten

empréstitos de centenares de millones; se hace modo de no gastar más que la mitad ó las dos terceras partes; y el resto, halla su sitio en el Tesoro para los gastos del interior. (1)

MOITBSQÛIBU.

¡Decis centenares de millones! ¿T cuáles son los banqueros de la época presente que pueden negociar empréstitos cuyo capital constituiría; por sf solo, toda la fortuna de ciertos Estados!

Maquiayelo.

i Ah 1 aun no habéis salido de los procedimientos rudimentarios del empréstito. Permitidme que os diga, que eso es casi la barbarie en materia de economía financiera. Ta no se pide prestado hoy día á los banqueros.

MONTESQUIEU.

i Pues á quien !

Maquiayblo.

Bn vez ile formular contratos con los capitalistas, que se ponen de acuerdo para dirigir la subasta, y. alejar al público, se dirige uno á todos sus subditos; á los ricos, á ios pobres, á los artesanos, á los comerciantes, á todo aquel que tiene un poco de dinero disponible;

(li Onemot que «tta et Ii amM priadiMil y real de la lüüiuta goerr* pra-tccmU por iM Estodos Oaldot á EmOa; h litiHMióii ceoomniea del pata asi COMO la flnafietm del Teeoro de loo Batadoo Unidoo et difleü. La eonipra da la plata en caotfdadeo lUniitadaa lia aboorrfdo las leoerraa meCáliaw del Tbío-xo del JEatado, el Bin IMiigle.7 ha difleultado el moTimieoto mereaotO 6 lodiif-Ixlal: entODoea ae proeonr la form ae Ta i ella contr» tnda 1^ v ioatida tr lu afl a te a 6 Yenddea loo lee urw » que nsonoraioiña el natrimoolo de loa tontoa

han OBipkado ^n paite en aliviar laa pmiiriaa del Tesoro j en oompnur aerrlelos aeetoiale« ¿7 el resto? el resto va á enrqlucoer á qb eierto ndmero de... Billetes qoe se llaman hoasbres ¿e Estado... la sangre terttda, las ndnae 7 las ligrimas de los que pierden sos deodos, nada inportal...

— 230 —

86 abre, en suma lo que se llama una sucripción pública (1) y para ^ue cada cual pueda comprar rentas, se les divide en cupones de pequeñas cantidades. Se vende desde 10 francos de renta, 5 francos de renta hasta cien mil, un millón* Al dfa siguiente de su emisión el valor de estos títulos está en alza, tiene prima, como se dice: es sabido y se entregan al pujilato ' para comprarlos; es el delirio. \1 cabo de algunos días las arcas del Tesoro se ven atestadas; se recibe tanto dinero que no se sabe donde ponerlo; sin embargo se arregla modo de recibirlo, porque si la suscripción sobrepasa al capital de rentaA emitidas, se puede preparar un gran efecto sobre la opinión.

MONTBSQ!}IBU.

1 A.h!

i

MaQUIíVBLO.

A los que llegan tarde se les devuelve su dinero. Esto se debe hacer con bombo y plati«-lios, con mucho ruido, con ayuda de la prensa. Es un golpe teatral bien preparado. El excedente sube algunas veces á dos ó trescientos millones: podéis juzgar hasta qué punto llega la admiración del público al ver la confianza que el país tiene en el gobierno.

MONTBSQÜIBU.

«Confianza que va mezclada con un espíritu de agiotage desenfrenado, por lo que veo. Había oído efectivamente hablar de esa combinación, pero, narrado por vos, todo toma un

fl) Anoqoe sea oon el pretexto de comprar bareos de guerra j en realidad para pegar irampaa.

— 231 —

carácter fantasmagórico. Corriente, tenéis las manos llenas de dinero, pero...

Maquiavblo.

Tendré aun más de lo que creéis, .porque, en los pueblos modernos, existen grandes instituciones bancarias que pueden prostar directamente al Estado 100 y 200 millones al tipo de plaza; las grandes ciudades pueden también prestar. (1) En esas mismas naciones hay asi mismo otras instituciones, denominadas instituciones de previsión; son las Cajas de ahorros, cajas de socorros, cajas de retiro. El Estado tiene la^ costumbre de exigir que sus capitales^ que son cuan-tiosoSf y qus se elevan á freces hasta 5 ó 600 millones^ sean impuestos en el Tesoro publico donde funcionan con la masa común^ mediante módicos intereses pagados á quienes los depositan.

Además, los gobiernos pueden proporcionarse fondos. como los banqueros. Giran sobre su caja bonos á la vista por cantidades de doscientos ó trescientos millones, especie de letras de cambio que se las arrebatan antes de que se pongan en circulación.

MONTESQÜIBU.

Permitidme que os interrumpa: no ha^ ds mas que de pedir prestado, de girar letras le cambio: ¿no os preocupareis nunca de pagar siquiera algo ?

Ma^uiavelO. También es bueno que sepáis que, en caso

(1 ^ Los provincias aunque estén entnmpadasi aonqoe se dejen embargar |N>r diez mil pesos^ annqae no paguen Ioj intereses de sus cédulas etc., etc.

— 232 —

de necesidad, se pueden vender los dominios del Estado. (1)

MOKTESQUIEU.

]Ah! iahora vendéis! ¿pero no os preocupareis de pagar, al fin y al cabo?

Maquiavelü.

Sin ninguna duda: tiempo es ya de decirod como se hace frente al pasivo.

MONTBSQUIBU.

Decís, 8e hace frente al pasivo; desearía una frase más exacta.

Maquiavelo.

Empleo esa frase porque la creo realmente exacta. No siempre se puede pagar el pasivo; pero se le puede hacer frente; la expresión es en sí muy enérgica, porque el pasivo es un enemigo temible.

MONTBSi^UiBU.

Y bien, ¿cómo le haréis frente!

Maquiavelo.

Hay diferentes medios; en primer lugar el impuesto.

Montesquieu.

Es decir, el pasivo paga^ido al pasivoí

Maquiavelo«

Me habíais como economista y no como financista. No hay que contundir. Con el pro*

(1) HadéndoloB pasar á los íkToritos del poder ere., eie. Eoftre noaolnMl BO hemos... Tendido hasta la oondenda pprqoe carecemos de ella.

— «83 —

ducto de una cuota se. puede realmente pagar* Bien sé que el impuesto levanta protestas; si incO' moda el que se ha establecido, se busca otro^ 6 te restablece el mismo con nombre diferente» De sobra sabéis que no se preciaa gran arte para hallar los puntos vulnerables de la materia imponible.

MONTESQUIEÜ,

No tardareis en aplastarla, me imagino*

Maqüiavelo. Hay otros medios^ entre ellos, la conversión*.

MONTESQUIEU.

i Ab I Iah 1

MaQUIAVÉTÍO.

Esto es relativo á la deuda que se llama consolidada, es decir, á la que proviene de la emisión de los empréstitos. Se les dice á ios-rentistas del Estado, por ejemplo: hasta hoy os he pagado el 5 por ciento por vuestro dinero] era el interés de la ren^a. Pero ahora^ no voy apagaros mas que el 4 li2 6 el 4 por ciento. Consentid en esta reducción 6 recibid el reembolso del capital que me habéis prestado.

MONTESQUIEU •

Si realmente les devuelven el dinero, hallo que el procedimiento es honrado.

Maquiavblo.

Sin duda que se les devuelve si lo reclaman: pero son pocos los que Me pieocupan de eso; Ios-rentistas tienen sus costumbres; sus fondos es* tan colocados; tienen <K)nfla]iza en el Estado;; prefieren uua renta más pequeña y una coló-16

— 284 —

cación más segura. Si todo el mundo pidiese su dinero, es evidente qae el Tesoro caería en' el lazo. Pero esto no sucede nunca y por este medio se libra uno de un pasivo de algunos cientos de millones.

MONTBSQUIIffü*

Digan lo que quieran, ese es un recurso inmoral; un empréstito forzoso que deprime la confianza pública.

Maquiavelo.

iQué poco conocéis á los rentistas! Hé aquí otra combinación relativa á otro género de deuda; os decia hace poco que el Estado dis-pone de los (ondos de las Cajas de previsión, y que se sirve de ellos pagando el alc^uiler, salvo el devolverlo al primer pedido. Si, después de haberlos manejado por espacio de largo tiempo, no está en disposición de devolverlos^ consolida la deuda que flota entre sus manos.

MONTESQÜIEU.

Ya sé lo que significa eso: el Estado dice á los imponentes: Queréis vuestro dinero, ya no lo tengo; aquí tenéis renta.

Maquiavelo.

Precisamente, consolida del mismo modo todas las deudas que no puede pagar. Consolida los bonos del Tesoro, las deudas contraidas con las ciudades, con los bancos, en fin, todas aquellas que forman lo que pintorescamente se llama deuda fiotante, por componerse de créditos que no tienen rubro determinado y que vencen en un plazo más ó menos lejano.

— 235 —

MONTKSQÜIEU.

Tenéis buen modo de liberar al Estado.

Maquiayblo.

¿Queréis censurarme por hacer lo que los demás hacen ?

MONTESQUIEU.

¡ Oh! si todo el mundo lo hace, seria preciso ser bien severo para echárselo en cara á Maquiavelo.

Maquiavelo .

No os indico la milésima parte de las combinaciones que se pueden emplear. Lejos de temer el aumento de las rentas perpetuas^ quisiera que toda la fortuna pública consistiese en rentas; yo haré de modo que las ciudades^ las comunas^ los establecimientos públicos^ conviertan en rentaos sus inmuebles 6 sus capitales mobiliarios. Es el interés de mi dinastía {y el social) que me aconsejaría estas medidas financieras. No habría en mi reino ni un escudo que no estuviese ligado por un hilo á mi existencia.

Maktesquieu.

Pero, ¿conseguiréis vuestro objeto llegando á ese punto de vista fatal ? ¿ No caminaís del modo más directo á vuestra ruina, á través de la ruina del Estado ? ¡ Ignoráis que en todas las naciones europeas existen vastos mercados de fondos públicos, donde la prudencia, la sabiduría, la probidad de los gobiernos está puesta en subasta? Del modo como dirigís vuestras finanzas, se rechazarían con pérdida vuestros fondos en los mercados extranjeros y

caerían en la cotización más baja, incluso en la Bolsa de vuestro reino.

Maquiatelo.

Es un flagrante error. Un gobierno glorio^ sOf como sería el mio^ no puede dejar de tener crédito en el exterior. En el interior^ su fuer* za y robusfez dominarían las aprensiones. Además, no querría yo que el crédito de mi Estado dependiese de las transacciones de unos cuantos mercideres de sebo: dominaré la Bolsa con la Bolsa.

MOKTKSQUIEU.

i Otra novedad !.. •

MAQ oía VELO.

Poseería gigantescos establecimientos de crédito fundados en apariencia para prestar á la industria, pero cuyas verdaderas funciones consistirían en sostener la renta. Capaces de echar por 400 ó 500 millones de títulos sobre el mercado^ ó de retenerlo en las mismas proporciones, esos monopolios financieros serían siempre dueños de las cotizaciones, j Qué me decís de esta combinación t

MONTBSQIJIBU.

i Qué buenos negociónos que harán vuestros ministros» favoritos y, los que vuestros allegados harán en esos casos 1 ¿Vuestro gabierno ju-^ gara á la Bolsa con los secretos de Estado?

Maquiavelo. i Qué es lo que decís!

MONTESQUIBÜ.

Esplicad de otro modo la existencia de esos •establecimientos. Mienixas os habéis mantenido en el terreno de las doctrinas, podía uno equivocarse sobre el verdadero nombre de vnestra política; pero caando habéis llegado á aplicarla» ya no cabe ninguna dnda. Ynestro gobierno será único en la historia; no podra caJnmniársele nanea* (1)

Maquiavelo.

Si algoien en mi reino se atreviese á decir lo qne acabo de oíros, desaparecería como si nn rayo lo aniquilase.

MOKTESQUIEU*

El rayo es un buen argumento; sois feliz con tenerlo á vuestra disposición • i Habéis acabado •con las finanzas.!

Maquiayelo. SL

MONTBSQUIBU.

Se aproxima rápidamente la hora*

p9í «xMia é» lltantffBM*

CUARTA PARTE

DIALOGO VIGÉSIMO SEGUNDO

Mo»T£SQ7IBU

Antes de baberos escucbado no conocía bien ni el espíritu de las leyes, ni el esp'rilu de l(u finanzas. Os soy deudor de baberme enseñada uno y otro. Tenéis entre las manos la palanca más grande de los tiempos modernos: el dinero- Podéis procurároslo casi tanto como queráis. Con tan prodigiosos recursos, vais á acometer grandes empresas, sin duda; es el caso de demostrar que el bien puede surgir del mal.

Maquiayelo • Es lo que trato de demostraros, en efecto •

MONTESQUIEU.

«

Yeámoslo.

Máquiávblo •

El mayor de mis beneficios será haber dado la paz interna d mi pueblo. En mi reinado^ las malas pasiones estdn comprimidas, los bue* nos se tranquilizan y los malos tiemblan. He devuelto á mi pais^ deHrozado antes de mi por las revueltas^ la libertad^ la dignidad, la fuerxa,

MONTESQUIBU •

Después de haber cambiado tantas cosas, Ano habréis acabado por cambiar el sentido de las palabras 7

Maquiayelo.

La überlad no es la licencia, como la dignidad y la faerza no son tampoco la insurrección y el descrden. Mi imperio^ pacifico en el' interior será glorioso en el extranjero.

MOETESQUIEÛ,

i Cómo !

Maquiayelo.

Lleraré la guerra á las eaairo partM d^l íumU' do. Flanquearé los Alpes^ como Anibal; <?*i«' rrearé en la India, como Al^iMáffr, m U UU^f como Escípión: irá d^l AtlM, al Tatiro: dü !♦# orillas del Ganges, al Mmmlpí; di?l M'm'mpí, al río Amor. La grao muralla 4^, la Chioa /;.*^ra ante mi nomffre; mÍM léfiffion^ f\$á:UprU/km M^u-dfirán^ en Jerwki^, éA s^/Ml/;ro di?í ñí^hMAon es Roma al Vi/umo á^ Jéí^u-^/rini//; m% p.^ ptsotearaa es el P^ó éA y,Uo 4h lo* !/>/.♦*, eo Eg:pv> ia^ -j^Jíjw 4h f;4í^^U*.n, étu íAm^^yé-tornea ^as de l\^,v*/Aou^/^^, ÍMí^Ah4)^f.A^f ^,H

— 240 —

en las riberas del Danubio, la derrota de Varo; en las del Adije la derrota de Cannes; sobre el BálticOi los ultrajes de los Normandos.

MOKTESQUIEU.

Os ruego que no prosigáis. Sil queréis vengar de ese modo las derrotas de los grandes capitanes, vuestra vida será corta. No os compararé á Luis XIV, á quien decía Boileau: Oran rey^ dqa de vencer ó yo dejo de escribir; semejante comparación os humillarla. Os concedo que no pueda compararse con vos ninguno de los héroes de la antigüedad ni de los tiempos modernos.

Pero, no se trata de eso: la guerra, por sí misma, es un mal; en vuestras manos sirve para hacer soportar un mal aun mayor, la esclavitud; pero, en todo esto, ¿dónde está el bien que me habéis prometido hacer?

Maquiavblo.

No tergiversemos: la gloria por si misma es un gran bien; es el más poderoso de los capi* tales acumulados: un soberano lleno de gloria tiene todo lo demás. Es. el terror de los Estados vecinos, el arbitro de la Europa.^ Su eré* dito se impone invenciblemente, porque, apesar de lo que hayáis dicho respecto á la esterilidad de las victorias, la fuerza no abdica jamás de stts derechos. Se simídan guerras por las ideas^ se hacen alardes de desinterés, y, el día menos pensadoj 6e concluye sencillamente por apode-: rarse de una provincia que se codicia y por imponer una contribución de guerra á los ven* cidos. (1)

(1) Lo qne hideron I<M Eetadoi-Unidos en Texu y preienden hsoer en Otím^

r *- «•• #y * '-.-»«.

— 241 —

MONTE8QUISU.

Permitidme que os diga qae bajo aa sistema parecido hacen perfectamente en obrar asi, si pueden; de lo contrario el oficio militar seria demasiado tonto.

Maquiavelo.

I Vaya en gracia! Ya veis que nuestras ideas empiezan á acercase algo.

■

ACONTESQUIBÛ.

Si, como el Atlas y el Tauro. Veamos las otras grandes cosas de vuestro reinado.

Maquiavblo.

No desdeño tanto como creéis un paralelo con jLuis XIV. Tengo más de un punto de contacto con a^uel monarca; como él, emprenderé construcciones gigantescas; sin embargo, & ese respecto, mi ambición irla mucho más allá que ia suya y la de los más famosos potentados; desearía enseñar al pueblo ^^ue los monumentos cuya construcción exigía antiguamente siglos enteros^ yo los levantaba en algunos años. Los

E alados de los reyes, mis predecesores, caerían ajo el martillo de los demoleedores para voi* vers^ á alzar rejuvenecidos con nuevas formas; echaría abajo ciudades enteras, para reconstruirlas bajo planos más regulares, para obtener perspectivas más hermosas. No podéis imagi-^ naros hasta 4onde la edificación estrecha los lazos entre el monarca y. los pueblos.

Puede decirse que perdonan fácilmente que* destrocen sus leyes, á condición de que edifiquen casas. Además, no tardareis en ver, que las

_ 242 —

construcciones sirven para objetos particular" mente importantes.

MONTESQUIBÛ.

Después de las construcciones, ¿qué haréis

Maquiavelo.

No os a[]resneis tanto: el número de las grandes acciones es bastante limitado. Tened á bien decirme si, desde Sesostris basta Luis XW, y basta Pedro I?, la guerra y las construcciones no han sido los dos pantos cardinales de los grandes reinados.

MONTESQUIEU.

Bs verdad, pero también han existido soberanos absolutos que se preocuparon de dar buenas leyes, de mejorar las costumbres, introduciendo en ellas la sencillez y la decencia. Se han visto soberanos absolutos que se preocuparon de arreglar la hacienda, de introducir economías: que trataron de dejar detrás de si el orden, la paz, instituciones duraderas y aun á veces hasta la libertad.

Maüiayblo.

i Oh I todo eso se hará. Bien veis que, segáa vos, los soberanos absolutos tienen, algo bueno.

MONTBSQUIEU.

i Ay! demasiado poco. Sin embargo, tratad de demostrarme lo contrario. ¿Tenéis algo bueno que decirme?

Maquuyeta).

, Daré al espíritu de empresa un impulso poy deroso: mi reinado será el de los negocios*

»^ --

— 243 —

Lanzaré la especulación por vías nuevas y des-* conocidas hasta ahora. Mi administración destrozará así n^ismo, algunos resabios del pasado» Libertaré á una porción de industrias de su reglaipeutación: la panadería, la carnicería y las enipresas teatrales serán libres.

MONTESQUIEU.

{Libres para hacer quét

M AQUIA VELO.

Para expender pan, para vender carne y para organizar espectáculos teatrales, sic permiso de la autoridad.

MOKTESQUIEU.

No sé lo que quiere decir eso. La libertad de industria es de derecho común en los pue» blos modernos. ¿No tenéis otra cosa mejor que enseñarme!

Maquiavelo.

Me ocuparé constantemente del bienestar del pueblo. Mi gobierno le procurará trabajo.

MONTBSQUIBU,

Dejad que el pueblo se lo busque por si mis-mo, será mejor. Los poderes públicos no tienen el derecho de crearse popularidad con los dineros de sus subditos. Los dineros públicos no son sino una cotización colectiva» cuyo producto debe^ servir solamente á los servicios generales; las clases obreras que tienen la costumbre de confiar en el Estado, se envilecen; pierden su energía, su impulso^ el fondo de su industria intelectual. El salario del Estado les

— 244 —

sume en una especie de esclavitud, de la que no pueden levantarse sino destruyendo al mis« mo Estado. Vuestras construcciones absorven enormes sumas en los gastos improductivos; agotan los capitales^ matan á la pequeña industria, ahogan el crédito en las clases inferiores de la sociedad. El bantbre se encuentra al final de todas vuestras combinaciones. Economizad y luego podréis construir. Gobernad con moderación» con justicia^ gobernad lo menos posible y el pueblo no os pedirá nada porque no tendrá necesidad de vos.

Maquiayeix).

I Ah! i con qué tranquilidad y sangre iría encaráis la miseria del pueblo! Los principios de mi gobierno son bien diferentes; coloco junto á mi corazón los seres que sufren, los humildes. Me indigno cuando veo á los ricos proporcionarse los goces inaccesibles al mayor número de los individuos. Haré cuanto pueda ,por mejorar la condición material de los trabajadores^ de los menestrales, de esos que se doblegan bajo el peso de la necesidad social.

MONTESQUIEU •

En ese caso, empezad por darles los recursos que señaláis como emolumentos á los grandes dignatarios, á vuestros ministros, á vuestros cónsules. Reservad para ellos las generosidades que prodigáis sin cesar á vuestros pajes, á vuestros cortesanos, á vuestras mancebas.

Id aun más allá, deponed la púrpura, cuya vista es un insulto á la igualdad de los hombres. Desembarzaos de los títulos de Majestad,

— 245 —

Alteza, Excelencia, <iue penetran en los orgullosos oídos como hierros candentes. Llamaos protector como CromweII, pero ejerced los

actos de los apóstoles; id á habitar la choza del pobre, como Alfredo el Grande, i dormir en los Hospitales, á acostaros en la cama de los apestados como San Luis. Es muy fácil ejercer la caridad evangélica cuando se pasa la vida en medio de festines, cuando se reposa la noche en mullido lecho, con mujeres hermosas; cuando, al levantarse y al acostarse, se mantienen al rededor grandes personajes para ayudaros á vestir. Sed padre de familia y no déspota, patriarca y no príncipe. Si ese papel no os cuadra, sed jefe de una República democrática, dad la libertad, introducidla en las costumbres á la fuerza, si os lo pide vuestro temperamento. Sed Licurgo, Agesilao, Graco. Ignoro por completo lo que es esta muelle civilización donde todo flaquea, donde todo pierde su color al lado del príncipe, donde todas las inteligencias están vaciadas en el mismo molde y todas las almas son uniformes: comprendo que se aspire á reinar sobre hombres* pero no sobre autó« matas.

Maquuvvlo.

Hé ahí un desborde de elocuencia que me es imposible contener. Con esas frases se echa abajo á un gobierno.

MOKTfSQUIEU.

i Ay! Lo único que os preocupa siempre es manteneros en el poder. Para poner á prueba vuestro amor al bien público, bastaría con pedirós que descendieseis de vuestro trono en

— i346 --

nombre de la salud del Estado. El paebloj por qniea sois elegido, no tendría que hacer mas que manifestar su voluntad á este respecto, para ver el caso que haríais de su soberanía.

Maquiavelo.

I Extraña teoria i i Acaso no seria por su bien que opondría mi resistencia t

MOHTBSQüIEU.

I Lo sabéis, por ventura? Si el pueblo está por encima de vos, ¿con qué derecho subordináis su voluntad á la vuestra! Si habéis sido aceptado libremente, si sois, no ya justo, sino solamente necesario, ¿por qué confiáis todo á la fuerza y nada á la razón ? Hacéis bien en temblar por vuestro reino, porque sois de aquellos que solo duran un día.

Maqüiavblo.

] Un dia! duraré toda mi vida y mis descendientes después de mi. quizás. Ta conocéis mi sistema político, económico y financiero; ahora, ¿queréis que os exponga los últimos medios con cuyo auxilio se extenderán por todas las clases sociales las raices de mi dinastía?

MONTESQOIEU.

No.

MAQüIfi^YELO.

Os negáis á escucharme, estáis vencido: vos, vuestros principios, vuestra escuela y vuestro siglo.

MONTESQÜIBÜ.

Ya que insistís, hablad; pero que esta conversación sea la última.

DIALOGO VICÉSIMO TERCERO*

So nsponáo á mnguno de ruec^lrof mormáei^ tos oratorios, pues bo K)a del easo los fid-p^xis de la. eloeuencájau |No <> ima locura decirle ¿ na loberaao: queréis bajar de Tues-tro troDO para felicidad de ^^uestro pueblo? Decirle ens^uida: puesto que sois uüa ema-Baci6jQ del sufragio popular^ eoíífiaos á sus Íluctuaeioii^,de¿ad que se os discuta, |sería eso pofiibiél I Acaso todo poder constituido no tieue coxuo prijoaera ley eJ defei*der«e. jao solo en interés propio^ sin^ e» ÍJüteré« del pueblo que gobierna? Uo jKobieroo que eiua&a deJ sulra* ^o uuireraal^ ¿uo e^, ec d^efiíiítiva, la expresi<>ü de la Tol untad de la mayoría I «ve respoiidereis -gue ese priucipio destruye las überta-des pïoü-eas; ¿ que queréis que yo iïagat Cuando ese prin-expió ñia lomado carta de naturaaeza en las cosluiiões ^ conocéis el «aed^o de armiicario de eüas? Y si eso üo se puede oons^uir, ¿co-ikoeeis ttu jmedio de reali&arlo eu las ^^anóes

— 248 —

Sociedades europeas, como no sea con el brazo de un solo hombre! Sois severo respecto á los medios de gobierno: indicadme otros medios de ejecución, y, si no hay otro que el poder ab-solutOi decidme cómo puede separarse un poder de las imperfecciones especiales á que le con-^ dena su principio.

No, no soy un San Vicente de Paul, porque mis subditos precisan, no de un evangelista sino de un freno: tampoco soy un Agesilao, ni un Licurgo, ni un Graco, porque no me hallo ni entre los Espartanos ni entre los Romanos; me hallo en el seno de sociedades voluptuosas, que unen el amor de los placeres á los de las armas, los transportes de la fuerza con los de los sentidoSf que ya no quieren más la autoridad divina, la autoridad paternal, ni el freno religioso. ¿Soy yo quien ha creado el mundo en medio del cual vivo? soy asi, porque asi es él. i Tendré yo el poderío de sujetarlo en la pendiente! No, lo único que puedo hacer es prolongar su vida que se evaporaría más pronto aun, si se viese entr'egado á si mismo. Tomo la sociedad por el lado de sus vicioSy porque no me presen^ ta mas que vicios; si tuviera virtudes, la toma^ ria por sus virtudes.

Pero si austeros principios pueden insultar á mi poder, ¿pueden acaso desconcer los reales servicios que prestan, mi genio, y aun mi grandeza!

Soy el brazo> la espada de las RevolucioeSi que aleja el soplo precursor de la destrucción final.

Contengo á fuerzas insensatas que no tienen otro móvil. en el fondo. que la brutalidad de

¡O8 instintos, que corren á la rapiña bajo el Telo de los principios. Si disciplino esas fuer* sas, si contengo su expansión en mi patria, fuese siquiera por un siglo, {no merezco aplauso! 4 no tengo derecho á la gratitud de los Estados europeos que vuelven sus ojos hacia mi, como hacia el Osiris que, solo, tiene el poder de cautivar esas muchedumbres anhelantes ? Levantad más vuestra vista é inclinaos ante aquel que lleva en su frente el signo fatal da la predestinación humana.

MoirrBSQuisu.

Argel exterminador, nieto de Tamerlán, re* ducid los pueblos al ilotismo, que no impediréis que haya en alguna parte almas libres que os resistirán y su desdén bastará para garantizar los derechos de la conciencia humana que Dios ha hecho imprescriptibles.

Maquiatrlo.

Dios protege á los fuertes .

MONTESQUJIU.

Lleguemos, os suplico, á los últimos eslabone» de la cadena que habéis forjado. Apretadla bien, emplead el yunque y el martillo, ya que po<leishacerlo. Que Dios os proteja, pues es él, según vos, quien guía vuestra estrella.

Maquiatelyo.

Trabajo me cuesta comprender la animación que reina ahora en vuestras palabras. ¿Seré tan cruel, yo, que para Anal de mi política acepta la templanza en vez de la violencia? tranquilizaos, pues; vais á recibir más de un consuela 17

- 250 —

inesperado. Solamente, dejad que tome todavía algunas precauciones que estimo necesarias para mi seguridad, y veréis que, rodeado de ellas, un príncipe nada tiene que temer de los acontecimientos.

Nuestros escritos tienen más de un punto de contacto, por m^s que lo neguéis, y creo que un déspota c^xxe quiera serlo por completo, tampoco puede dispensarse de leerlos. Asi^ hacéis la muy justa observación en el Espíritu de Uta leyes «que un monarca absoluto debe tener una guardia apretoriana numerosa» (1); eí consejo es bueno^ lo seguiré.

Mi guardia se compondrá de una tercera parte del efectivo de mi ejército. Soy gran partidario de la conscripción, que es una de las más hermosas invenciones del genio francés, pero creo que es necesano perfeccionar esta institución tratando de retener sobre las armas el mayor número posible de aquellos que han oumplido su servicio.

Lo conseguiré creo, apoderándome resueltamente de la especie de comercio, que se hace •en algunos Estados, como en Francia, por ejemplo, sobre los enganchados voluntarios mediante el dinero. Suprimiré ese repugnante negocio, y lo ejerceré yo mismo honradamente^ bajo forma de monopolio, creando una caja de dotación del ejército que me servirá para llamar al servicio de las armas por el mismo medio, á aquellos que quieran dedicarse exclusivamente Á la carrera militar.

<1) JTjpftrttM d§ Uu Uyta, Ubro X. eapitolt XY.

— 251 —

MONTBSQUIBCJ.

¡Tratáis de crear en vuestro propio país una especie de mercenarios!

Maquiavelo.

El odio de los partidos dirá eso, caando solo

Í procuro el bien del pueblo y el interés^ muy egítimo por cierto, de mi conservación, que «es el bien común de mis subditos.

Pasemos á otros asuntos. Lo que os asombrará es que vnelvo otra vez á las construcciones. Ta os dije que no abandonaba el asunto. Yais á ver la idea política que saíje del vasto sistema de construcciones* que he emprendido: de ese modo, realizo una teoría económica, que ha <»usado un sinnúmero de desastres en algunos Estados de Europa: la teoría de la organización -del trabajo permanente para las clases obreras.

Mi reinado les promete un salario indefinido. Muerto yo, abandonado mi sistema, ya no hay más trabajo; el pueblo está en huelga y sube ^1 asalto de las clases ricas. Nos hallamos en plena Jaqueria: perturbación industrial, extin-•ción del crédito, insurrección en mis Estados, levantamientos á sü alrededor: Europa arde en fuego. No continúo. {Decidme ahora si las clases privilegiadas^ que temen naturalmente por su fortuna, no harán causa común, y lo más estrecha posible con las clases obreras para sostenerme, á mi ó mi dinastía t ^ Su por otra partee, el interés de la tranquilidad europea, no hará formar alianzas á todas las potencias de primer orden t

La cuestión de construcciones que parece nimia es en realidad, como veis, una cuestión

— 252 —

colosal. Guando se trata de un asunto de eáta importancia, es preciso no economizar los sacrificios, i Habéis reparado que casi todas mis concepciones políticas llevan unida una combinación financiera % Y aquí me sucede lo mismo.

Crearé una Cc^vja de Obras Públicas que dotaré con algunos centenares de millones, merced á los que se edificará en toda la superficie de mi reino.

Habéis adivinado mis fines: mantener en pié el ejército obrero que necesito contra Jos rebeldes. Pero esa masa de proletarioB que está entre mis manos^ es preciso que no pueda volverse contra mi el día que no tenga pan.

Esto lo evito por medio de las mismas construcciones, porque lo que hay de particular en mis combinaciones, es que cada una de ellas presenta al mismo tiempo sus corolarios.

El obrero que construye para mí, construye al mismo tiempo contra si los medios de defensa qifie necesito. Sin apercibirse, se aldja por sí mismo de los grandes centros donde su presencia me inquietaría^ y aleja para siempre toda probabilidad de éxito de las revoluciones en la calle.

El resultado de las grandes construcciones es reducir el espacio donde puede vivir el artesano, echándole á los arrabales, para hacer que los abandone luego; porque la carestía de las subsistencias aumenta con la subida de los al quilercs.

Mi capital será inhabitable, para aquellos que vivan de un trabajo cuotidiano; á no ser en la parte que toque á las murallas. Por lo que no podrán estallar las insurrecciones en los barrios en donde se hallen instaladas las autoridades. Sin duda« existirá al rededor de la

- 253 —

capital una población obrera numerosa, temible en un día de cólera; pero las construcciones que levantaré estarán concebidas todas bajo cierto plan estratégico; es decir, abrirán paso á grandes vías de comunicación en las que, de uno al otro extremo, podrá maniobrar la artillería.

En las extremidades de esas grandes vias habrá varios cuarteles, especie de cindadelas, llenos de armas, hombres y municiones. Seria preciso que mi sucesor fuese un viejo imbécil ó un niño para dejarse derrocar por una insurrección» porque, con una simple orden mía, algunos granos de pólvora barrerían, la sublevación hasta veinte leguas más allá de la Capital. (1) La sangre que corre por mis venas es ardieilte y mi raza tiene todos los caracteres de la fuerza i Me entendéis ?

MONTESQUISU.

Sí.

Maquiavblo.

Pero comprendereis que no trato de que la vida material se le haga difícil á la población obrera de la Capital, y hallaría ahí un tropiezo*, «in duda alguna; pero la fecundidad de recursos que debe tener mi gobierno me sugerirá una idea; y será construir para el pueblo espaciosos barrios sub-urbanos cuyos departamentos «eriau baratos, y donde las masas se hallarían reunidas por cohortes como vastas familias.

MONTESQUIEU.

i Ratoneras I

(1) F^emplo: el golpe de Estado del 2 de Diciembre.

— 254 —

MAQUIAVEIX).

¡Oh! el espirita de denigrar, el odio encarnizado de los partidos no dejará de denigrar mis instituciones. Dirán lo qne vos. Poco me importa, si el medio no produce resultados, se buscará otro.

No debo^dejar el capítulo de las construcciones sin mencionar un detalle bien insignificante en apariencia, pero, (hay algo insignificante en política! Es preciso que los innumerables edificios-que construya lleven mi nombre; que se hallen en ellos atributos, bajos relieves, grupos que recuerden episodios de mi historia.

Mis armas y mi monograma deben hallarse entrelazados por todas partes (1). Aquí^ serán unos ángeles que sostienen mi corona, más allá, estatuas de la justicia y de la sabiduría que sostendrán mis iniciales. Estos detalles sonde la mayor importancia y los exijo esencialmente.

Merced á esos signos, á esos emblemas la persona del soberano está siempre presente: se vive de su vida, de su recuerdo, de su pensamiento. El sentimiento de su soberanía absoluta se infiltra en el ánimo de los más rebeldesr como la gota de agua que cae incesantemente de lo alto de la roca taladra la base de granito.. Por igual razón quiero que mí estatua, mi busto> mi retrato se encuentren en todos los establecimientos públicos, sobre todo eu las salas de audiencias de los tribunales; que se represente con manto real ó á caballo.

MONTBSQUIBU.

Al lado de la imagen de Cristo.

(1) El geoenl Guunán Blanco.

— 255 —

Maquiavblo.

Al lado, DO, pero en frente: pqrque el poder soberano es ana Imagen del poder divino. Mi imagen va unida así á la de la providencia y á la de Ja justicia.

MONTKSQUIEÜ.

Cada uno de mis actos» por inexplicable que sea en apariencia, procede de un ctículo-cuyo unico objeto es mi salvaci3n y la de mi dinastía. Como ya lo he dicho en el Tratado del Príncipe^ lo verdaderamente dlfiol, es Ueear al poder; es fácil conservarlo, porque basta, en rÍBsnmidas cuentas, separar lo^ que perjudica y establecer lo que protege.

El rasgo esencial de mi política, como habréis podido notar, ha sido hacerme indispensable; (2) he destruido tantas fuerzas organizadas cuantas han sido menester para que no pudiese luncio-nar nada sin mi, para que los mismos enemigos de mi poder temiesen echarlo abajo.

Lo que me queda que hacer por ahora no' consiste mas que en desarrollar los medios morales que se hallan en germen en mis ins-' tituciones. Mi reinado es un reinado de placeres; no me prohibiréis que alegre á mi pueblo con juegos, con fiestas; con lo cual dulcifico las costumbres.

No hay que disimularse que el siglo es un siglo de dinero: las necesidades han aumentado, el

o) EspMtn de Im lejm, lib. XXV cap. II. (2) Tratado del Príncipe cap. IX.

— 259 —

lujó arruina á las familias: por todas partes se buscan los goces materiales; sería preciso que un soberano estuviese muy atrasado para que no supiese hacer valer en su favor* esa pasión universal del dinero y ese furor sensual que devora hoy á los hombres.

»

La miseria los aprieta como en un torno, la lujuria los impele, la ambición los devora, son míos. Pero cuando liablo así, me guía en el fondo el interés de mi pueblo. Bicharé surgir él bien del mal; explotaré el materialismo en provecho de la concordia y de la civilUxación; extinguiré las pasiones polUfcas de los hombres satisr haciendo sus ambiciones sus apetitos y sus necesidades* Pretendo tener como servidores de mi reino á aquellos que, en los gobiernos precedentes hayan metido más bulla en nombre de la libertad.

Las más austeras virtudes son cerno la de la mujer de Joconda: basta con duplicar el precio de la derrota. Aquellos que resistan al dinero no resistirán á los honores; los que resistan á los honores no resistirán al dinero. Al ver caer sucesivamente á aquellos que eran tenidos por más puros, la opinión pública se calmará hasta tal punto, que . acabará por abdicar completamente.

¿De qué podrán quejarse, en definitiva? No seré cruel sino para aquellos que w mezclen en poUtioaj única pasión que perseguiré; aun favoreceré secretamente las otras por los mil caminos subterráneos de que dispone el poder absoluto.

— 260 — .

MONTESQUIBU.

Después de haber destruido la conciencia política, debiais acometer la empresa de destruir la conciencia moral; habéis dado muerte á la sociedad y ahora matáis al hombre. ¡Quiera Dios que vuestras palabras lleguen hasta la tierra; nunca habrán herido humanos oídos refutación más estrepitosa de vuestras, mismas doctrinas!

Maquiavelo. Permitidme acabar.

. m^'mét * luft^

DIALOGO VIGÉSIMO CUARTO

Maquiavelo.

Solo me resta indicaros ciertas particularidades de mi manera de obrar, ciertos hábitos de conducta que darán á mi gobierno su última fisonomía.

En primer lugar, quiero que mis designios sean impenetrables, incluso para los que me rodean de más cerca. Bajo este punto de vista seré como Alejandro VI y eí duque de Valentinois, de quienes se decía proverbialmente en la Corte de Roma, del primero, «que nunca hacía lo que decía,» y del segundo, « que jamás decía lo que hacia.»

No comunicaré mis proyectos sino para ordenar su ejecución, y no daré mis órdenes sino en el último momento. Borgia no obraba de otro modo; sus mismos ministros no sabían nada, y se estaba siempre reducido en tomo suyo á meras conjeturas. Tengo el don de la inmoTÍlidad, ese es mi objetivo; miro hacia otro

— 262 —

lado» y cuando está al alcance de mi mano, me vaelvo de repente y caigo sobre mi presa antes que haya tenido tiempo de lanzar un grito. No podéis creer el prestigio que le da d un príncipe semejante poder de disimulo. Cuando ya unido á una acción vigorosa, rodéale un respeto supersticioso: sus consejeros se preguntan en Toz baj» que es lo que va á salir de su cerebro, el pueblo pone su confianza solo en él; personifica á sus ojos la Providencia cuyos designios son desconocidos. Cuando el pueblo le ve pasar, piensa con un temor involuntario lo que podría hacer con un movimiento de cabe^ za: los Bstados vecinos están siempre temiendo y le colman de pruebas de deferencia, porque no están seguros de que tal ó cual empresa

f)or él preparada no descargue sobre ellos de a noche á la mañana.

MONTESQUIEU.

Sois fuerte contra vuestro pueblo porque lo tenéis debajo del brazo, pero si engaáis, á Ips Estados con quienes tratáis como engaáis á vuestros s&bditos, no tardareis en caer aho* gado entre los brazos de una coalición.

MáQUIÁVBIX).

Me nacéis salir de mi asunto, porque ahora no me ocupo mas que de mi politica interna; pero si queréis conocer uno de los principales medios, merced á los cuales tendré en jaque la coalición de los odios extranjeros, prestadme atención: Reino en un poderoso Estado, según ya os he dicho; pues bien, buscaría albbddedor db his Estados algún gran país caído que tratask db levantarse; lo levant..bíapob completo merced

— 268 —

Á una guerra general, como ha sucedido coa Suecia, con Prusia, como puede verse el día menos pensado con Alemania ó con Italia, 7 ese^ país, que no Tíviria sino por mi, que no seria mas que una emanación de mi existencia me daría, mientras estuviese de pié, trescientos mil hombres de más contra la Europa en armas.

MONTESQCIBU.

¿y la conservación de vuestro Estado á cuyo lado levantaríais asi una potencia rival y por consiguiente enemiga al cabo de algún tiempo!

Maquiayelo. Ante todo, miro por mi conservación.

MONTESQUUBU.

{Ni siquiera tenéis la preocupación de los destinos de vuestro reino? (1)

Máquiatblo.

i Quién os dice tal cosat Cuidar de mi conservación, ¿no es cuidar al mismo tiempo de la conservación de mi reino!

MONTBSQUIBU.

Vuestra fisonomía real se destaca cada vez más: quiero verla de cuerpo entero.

Maquiayelo.

Os ruego que no me interrumpáis. No hay un príncipe, por bien organizada que tenga la cabeza, que halle en sí mismo los recursos de ingenio que le son neceparios. Uno de los

(1) No yu\$ð» fmmot de tfta/rté gue MaguMveh m «sU punto m poti\$ en ttntjtraái^eiSn oontigo mítmo, pues áíee formaUmenU en éi cap. IT, p....» git\$ élprSneipe gu/e ayvHia á otra potmma trólbaiá en nt propia nana.

— 264 —

mayores talentos del hombre de Estado eonsiate en apropiarse los consejos que oye á su alrededor de donde salen muchas veces ideas luminosas.

Reuniré con frecuencia á mi consejo, haré que discuta, que debata ante mí las cuestines más importantes. Guando el soberano desconfía de sus impresiones, ó no posee bastantes recursos de lenguaje para disfrazar su verdadero pensamiento, debe de permanecer mudo ó no hablar sino para que continúe adelante la discusión. (1)

Es muy raro que. en un consejo bien orga« nizado, el verdadero partido á seguir en una situación dada, no se formule de una ú otra manera. Entonces se pone en práctica lo que conviene, y con frecuencia alguno de los que han emitido más ambiguamente su opinión queda asombrado al día siguiente de verla ejecutada.

Habéis podido ver en mis instituciones y en mis actos, el «^uidado que he puesto en crear apariencias; son necesarias, lo mismo en las palabras que en los actos. El colmo de la habi* lidad es hacer creer en su franqueza, cuando se tiene una fé púnica.

No solamente serán impenetrables mis desig* nios, sino que mis palabras significarán casi siempre lo contrario de lo que parecerán decir. Solo los iniciados podrán penetrar el sentido de las palabras características que en ciertos momentos dejaré caer desde lo alto del trono; cuando diga: Mi reinado es la paz^ será la guerra; cuando diga que bago llamamiento á los medios morales, será que voy á usar de los medios de fuerza. ¿Me entendéis^

(1^ Se diría que Maquiarél* hace aqnl nfinrenda al Ganaral Booa

— 265 —

MONTBSQUIBU. SL

Maqciavklo.

I

Habéis visto que mi prensa tiene cien lenguas •qae hablan sin cesar de la grandeza de mi reinado, del entusiasmo de mis subditos])or 8tt soberano; que llevan á la boca del público las opiniones, las ideas y hasta las fórmula» de lenguaje que deben ser materia de sus> conversaciones; habéis visto, asi mismo, quo mis ministros asombran sin cesar al público por las pruebas incontestables de sus trabajos.

En imanto d m%^ hablaré raras teces^ solo una vez al año^ luego aquí y allá en algunas grandes circunstancian. Así. cada una de mis-manifestaciones será acogida, no solo en mi reino, sino en Europa entera, como un acontecimiento. Un príncipe cuyo poder está fundado sobre una base democrática, debe emplear ua lenguaje cuidado, pero popular sin embargo.

En caso necesario, no debe temer hablar en demagogol,porque después de todOi él es el pueblo-y debe tener sus pasiones/ ciertas alabanzas, ciertas demostraciones de sensibilidad que encuadrarán en ciertos momentos. Poco importa que estos medios aparezcan íntimos ó pueriles á los ojos del mundo, el pueblo no reparará* la cosa de tan cerca y el efecto se producirá.

En mi obra recomiendo al príncipe que tome como tipo á algún gran hombre de los tiempos antiguos, cuyos ejemplos debe seguir en la

En mi obra recomiendo al príncipe que tome como tipo a algún gran hombre, de los tiempos antiguos, cuyos ejemplos debe seguir en lo posible (1)-

Estas asimilaciones históricas causan también

(1) Tiatido dü PHmeipe, etpttul* XIV. 18

- 266 —

mucho efecto en las masas; crece uno en su imaginación, se da uno en vida el sitio que le reserva la posteridad.

Hállase, además, en la historia de esos grandes hombres aproximaciones^ indicaciones útiles^ algunas veces situaciones idénticas, de las que pueden sacarse enseñanzas preciosas; pues en la historia es donde se hallan todas las grandes lecciones políticas.

Cuando se ha encontrado un gran hombre con quien se tiene analogía, puede, irse aún más allá. Bien sabéis que los pueblos gustú de que un príncipe tenga cultivado el ingenio* que muestre gusto por las letras, y también que tenga talento. Pues bien, en lo mejor que el príncipe puede ocupar sus ocios será en escribir, por ejemplo, la historia del gran hombre que ha tomado por modelo (1).

Un filósofo severo puede tachar estas cosas de debilidades. Cuando el soberano es fuerte se le perdonan, y hasta le prestan yo no sé qué encanto.

Ciertas debilidades, y aun ciertos vicios, le favorecen á un príncipe tanto como si fueran virtudes. Habéis podido reconocer la veracidad de estas observaciones, según el uso que he hecho unas veces de la doblez, otras de la violencia.

No es preciso creer, por ejemplo, que el carácter vengativo del soberano pueda perjudicarle; antes al contrario Si hay oportunidad de emplear con frecuencia la clemencia ó la magnanimidad, es necesario que en ciertas ocasiones se deje sentir su cólera de una manera terrible.

— 267 —

El hombre es la imagen de Dios, y la divinidad no emplea menos vigor en sus golpes que en su misericordia. Cuando haya resuelto la pérdida de mis enemigos, les destruiré hasta que no quede más que el polvo.

Los hombres no se vengan sino de las injurias ligeras; nada pueden contra las grandes (1). Eso es lo que digo expresamente en mi libro. El príncipe tiene en su mano los instrumentos que deben servir para su ira; siempre hallará jueces dispuestos á sacrificar su conciencia' ante sus proyectos de venganza ó de odio.

No creáis que el pueblo se conmueva jamás

por los golpes que yo pueda asestar. En primer lugar, gusta sentir el vigor del brazo que manda y luego odia naturalmente todo lo que se eleva, goza instintivamente cuando se pega por encima de él. Quizás no sabéis bien, además, con qué facilidad se olvida. Cuando ha pasado el momento del rigor, apenas si recuerdan aquellos mismos á quienes alcanzó el castigo.

En Roma, en tiempo del Bajo-Imperio, cuenta Tácito que las víctimas acudían con una especie de gozo ante los suplicios. Comprenderéis perfectamente que no se trata de nada parecido en la presente época; las costumbres se han dulcificado mucho; algunos destierros, prisiones» pérdida de los* derechos civiles son castigos bien ligeros.

Cierto es que, para llegar al poder supremo ha sido necesario derramar sangre y violar muchos derechos; pero, eso lo repito, todo se olvida. La más pequeña zalamería del príncipe, algunos buenos procedimientos de parte de sus ministros

— 268 —/

Ó de sus agentes, se acojerán con las señales del mayor reconocimiento.

Si es preciso castigar con inflexible rigor, necesario es recompensar con liberalidad, cosa que no dejaré de hacer nunca. Cualquiera que baya hecho un servicio á mi gobierno será recompensado al día siguiente. Los destinos, las distinciones^ las más altas dignidades constituirán otras tantas etapas seguras para todo aquel que se halle en condicio* nes de servir útilmente mi política. En el ejército, en la magistratura, en todos los puestos públicos, los ascensos estarán calculados sobre el matiz de opinión y el grado de celo (inteligente) hacia mi gobierno. Permanecéis mudo.

MONTBESQUIEU.

Continuad.

Mañana.

Vuelvo á ocuparme de ciertos vicios y aun de ciertas genialidades, que considero como necesarias al príncipe. El manejo del poder es una cosa formidable. Por hábil que sea un soberano, por certero golpe de vista que tenga y por vigorosa que sea su decisión, hay aún • un inmenso alea en su existencia.

Es preciso ser supersticioso. Y no vayáis á creer que esto es sin consecuencia. Hay en la vida de los príncipes, situaciones tan difíciles, momentos tan graves, que no es suficiente la prudencia humana. En semejantes casos, casi es preciso jugar á la suerte sus resoluciones.

El partido que indico y que seguiré, consiste en referirse á fechas históricas, en consultar aniversarios felices, en poner tai ó cual reso-

— 269 —

loción atrevida bajo el auspicio de un día favorable -que se obtuvo una victoria.

Debo decir que la superstición tiene otra tentaja muy grande; el pueblo conoce esa tendencia. Esas combinaciones augúrales tienen siempre buen éxito: así pues, es necesario emplearlas cuando hay seguridad de que salgan bien. El pueblo» que solo vive por los

«Ejemplo buen caso, así pues, es necesario emprender cuando hay seguridad de que salgan bien la prueba» que solo juzga por los resultados ee acostumbra á creer que cada uno de los actos del soberano corresponde á designios celestes, que las coincidencias históricas tuertan la mano de la fortuna.

MONTBBSqUISU.

Habéis dicho la última palabra^ sois tan solo un jugador.

Maquuyblo.

Si, pero tengo una suerte asombrosa» una mano tan segura, y una cabeza tan férUl^ que la fortuna no puede volverme la espalda.

MONTHSQUIBU.

Supuesto que hacéis vuestro retrato^ tendréis aun otros vicios ú otras virtudes que hacer •sentir.

Maquiayelo.

Os pido gracia para la Icyuria. La pasión femenina sirve al soberano mucho más de lo que creéis. Enrique I V ha debido á su incontiftnnn jmn parte de su popularidad. Los homb.ei udUia constituidos así, y les agrada esa inclinación en aquellos que gobiernan. La disolución de las costumbres ha causado furor en todo tiempo, es una especie de carrera galante

— 270 —

69 la que el principe va delante de sas igaales., cómo marcha delante de sus soldados contra el enemigo.

' Estas ideas son francesas, y creo que no disgustarán demasiado al ilustre autor de las Cartas persianas. No me está permitido entrar en consideraciones demasiado vulgares; sin embargo, no puedo dejar de deciros que el resultado más real de la galantería del principé, es concillarle la simpatía de la más bella mitad de sus subditos.

MONTESQUIED.

Ahora hacéis madrigales.

Maquiayrlo.

Se puede ser formal y galante: vos mismo habéis dado la prueba. No rebajo nada de mi proposición. La influencia de la mujer sobre el espíritu público es considerable. Como buen político, el principe está condenado á dedicarse á la galantería, aunque en el fondo le importe poco; pero el caso será muy raro.

Puedo aseguraros que si sigo bien las regla» que acabo de trazaros^ no se preocuparán gran cosa de la libertad en mi reino. Tendrán un soberano vigoroso, libertino, lleno de espirita caballeresco, hábil en todos los ejercicios corporales: le adorarán.

Las gentes austeras, no h^rán nada; seguirán la corriente; aun' inás, á los hambres independientes sé les pondrá en él índex; Sts aléjqráf^ de ellos. No creerán ni en su carácter^ ni. en i^u desint\$rés. Pasarán por descontentiadixos que quieren qué los compren.

— 271 — ^

Si aqui ó allá no alentase el talento le rechaza-rian de todas partes, se pisotearían las conciencias. como el empedrado. Pero, en el fondo, seré un. príncipe moral; no permitiré que se pasen ciertos limites. Respetaré el pudor público^ alli donfie vea que quiera ser respetado.

Las manchas no llegarán hasta mí, porque las echaré sobre otras partes odiosas de la administración. Lo peor que.pQdrán decir, es que soy un buen príncipe mal rodeado/ que. quiero el bien, que lo quiero ardientemente, y que lo haré siempre que se me indique.

i Si supierais lo fácil que es gobernar cuando se tiene el poder absoluto I Ni contradicción, ni resistencia: uno puede realizar tranquilamente sus designios: hay tiempo de reparar las faltas.

Uno puede, sin oposición, hacer la felicidad de su pueblo,, que es mi constante preocupación. Puedo aseguraros que . no ' se fastidiarán en mi reinado: los átiimos estak*án sieibpre. ocupados con mil objetos diferentes.^

.paré al pueblo el espectáculo de mis trenes y do las ^pompas de mi corté, se prepararán grandes ceremonias^ trazaré jardines, ofreceré la hospitalidad á los reyes, haré que^me visiten embajadores de los países . más lejanos de la tierra. Unas veces circularán rumores de guerra, otras de complicaciones diplomáticas sobre las que se glosará durante meses enteros; iré muy lejos, hasta, daré satisfacción á la monomanía de ia libertad..

Las guerras que se hagan en mi reinado, se^ llevarán á cabo en nombre de la libertad de los pueblos y de la independencia délas naciones, y mientras á mi paso los pueblos me aclamen.

— 272 —

<iliré secretamente al oido de los reyes absolutos: Nada temáis, soy de los vuestros, llevo, como vosotros, UDa corona y quiero conservarla: cbrazo la libertad europe%^ pero es para aho^' garla.

Quizás una sola cosa podría comprometer mi fortuna, por un momento: es el día en que conozcan de todas partes que mi política no es franca, y que todos mis actos llevan consigo el sello del cálculo.

MONTESQUIEÜ.

(Quiénes serán los ciegos que no vean esof

Maqüiavelo. >

Todo mi pueblo, salvo algunos grupos que me importarán muy poco. He formado, además^ á mi alrededor una pléyade de hombres políticos de una gran fuerza relativa. No podéis figuraros hasta qué punto es contagioso el maquiavelismo, y cuan fáciles de seguir son sus preceptos. En todas las ramas del gobierno habrá hombres nulos, ó qué valgan poca cosa^ que serán verdaderos Maquiavels de menor cuantía que tranquilizarán, disimularán, y que mentirán con una sangre fría imperturbable; no podrá averiguarse la verdad en ninguna parte.

MONTBSQUIBU.

Si^ como creo, no habéis hecho más que burlaros desde el principio hasta el fin de esta conversación, Maquiavelo, considero esta ironía como vuestra obra más acabada.

Maquiavrllo. ¡Una ironía! Os equivocáis y mucho si ha«'

— 278 —

beis creído eso. ¡No comprendéis qae he habla-do sin ambajes» y que la violencia terrible de la verdad es la que ha dado á mis palabras el color que vos creéis notar!

MONTBSQUIBU.

I Habéis acabado!

Maquiavelo. Aun no.

MONTBSQ'JIBU.

Conclud, pues.

DIALOGO VIGÉSIMO QUINTO

Maqüiayelo.

Reinaré diez años en estas condiciones, sin cambiar absolutamente nada á mi legislación: el éxito final estriba en eso. Nada, absolutamente nada debe hacerme cambiar durante ese. lapso de tiempo; la tapa de la caldera debe ser de hierro y de plomo: durante ese tiempo es cuando se elabora el fenómeno de destrucción del espíritu rebelde. Vos quizás creéis que son desgraciados^ que se quejan, i Ahí seria inexcusable si sucediese asi; pero cuanto más violentamente estén tirantes los resortes, cuando gravite con el peso más temible sobre el pecho de mi pueblo, he aquí lo que dirán: « Tenemos lo que merecemos, suframos.»

MfINTBSQUIEU.

Bien ciego estáis si tomáis eso por una apo« logia de vuestro reinado; si no comprendela

—. 275 —

o

que el significado de esas palabras es una amarga queja del pasado. Es una frase estoica que o8 anuncia el día del castigo.

Maqüiayblo.

No me interrampais. Ha llegado la hora de aflojarlos resortes: voy á acordar las libertades.

MONTBSQÜIBU.

Vale mil veces más el cTceso de vuestra opre-^ sión; vuestro pueblo os responderá: conservad lo que habéis tomado.

Maquiavblo.

I Ab! y que bien reconozco en eso el odio implacable de los partidos. No acordar nada á los adversarios políticos» nada, ni aun los beneficios.

MONTBSQÜIBU.

I No, Maquiavelo, con vos> nada I la victima inmolada no recibe beneficios de su verdugo.

Maqüiayblo.

. 1 Ab I icuan fácilmente penetraré á ese respecto el pensamiento secreto de mis enemigos! Se alegran, abrigan la esperanza de que la fuerza de expansión que encierro en mi me lanzará al espacio más ó menos pronto, i Insensatos t i No me coroceráq sino al último! En política, i qué ^es lo que hace falta para precaver cuaN quier peligro con la mayor compresión posible f sencillamente un avance. Lo tendrán.

No acordaré, seguramente, considerables libertades; pues bien, ved sin embargo, hasta donde habrá penetrado el absolutismo en las costumbres^.

- 276 —

Paedo apostar qne al primer grito de esas li-bertades> se alzarán en torno mío murmullos de espanto. Mis ministros, mis consejeros exclama* rán que abandono el timón, que todo está perdido. Me pedirán, en nombre de la salud del EstadOi en nombre del país, que no haga nada; el pueblo dirá: ¿ en qué piensal en genio se emiten; los indiferentes exclamarán: ya no queda más; los que me odian

naga nada, el pueblo una. ¿En que piensa: su genio se amilora, los indierentes exanimaran. ya no puede mas, los que me odian añadirán: es hombre muerto.

MONTESQUIEU.

Y iodos tendrán razón, porque un publicista moderno ha dicho can gran verdad (1).

« {Se quiere privar á los hombres de sus « derechos? es preciso no hacer las cosas á « medias. Lo que se les deja> les sirve p^ra ^ reconquistar aquello que se les quita. La 4c mano que queda libre quita las esposas de ^ la otra. »

Maquiavelo.

Está muy bien pensado: es una gran verdad y sé á lo mucho á que rae expongo. Ya veis cuan injustos son conmigo» que amo la libertad más de lo que se cree.

Hace poco me preguntasteis si tenia abnegación, si sabría sacrificarme por mis pueblos y abandonar el trono, en caso necesario; aluyra cabéis mi respuesta^ puedo llegar hasta el martirio.

MONTESQUIEU.

*

Mucho os habéis enternecido. {Qué libertades acordáis?

(1) Benjamín Constant.

— 277 —

Maquiavblo.

Permito á mi Cámara Legislativa manifestarme todofi los años, con motivo del 1^ de Enero, la expresión de sus votos, en un Mensaje.

MONTSSQUIBU.

Pero puesto que la inmensa mayoría de la Cámara os es adicta, {qué otra cosa podéis recibir que no sean plácemes y testimonios de admiración y cariño?

Maquiavelo.

Perfectamente. ¿No son naturales semejantes testimonios!

MONTESQÜIBÜ.

¿Y esas son todas las libertades?

M AQUIAY BLO.

Ya esta primera concesión es considerable, digáis lo que queráis. No me limitaré, sin em* bargo, á eso. Hoy día se opera en Europa cierto movimiento de ideas contra lia centralización, no entre las masas, sino entre las clases ilustradas. Yo descentralizaré, es decir, daré á mis gobernadores de provincia el derecho do resolver una porción de cuestioiies locales sometidas de antemano á la aprobación de mis ministros.

MONTESQÜIEÜ.

Lo único que conseguís es hacer más insoportable la tiranía, si el elemento municipal no entra por nada en esa reforma.

Maquiayblo.

He ahí la fatal precipitación de todos los q^ue piden reformas: es necesario caminar con piés

— 278 —

de plomo en el camino de la libertad. No me paro ahí» sin embargo; acuerdo libertades comerciales.

MONTBSQUIBU.

Ya habéis hablado de eio.

■

Maquiavelo.

Es que el punto indaustrial me preocupa siempre: no quiero que se diga que mi legislación por un exceso de desconfianza hacia el pueblo, Ya á impedirle que él mismo provea á su subsistencia. Por este motivo, haré que se presen* ten á las Cámaras leyes que tengan por objeto derogar en algo las disposicione<s prohibitivas de la asociación.

Bien que, la tolerancia de mi gobierno haría que esta medida fuera perfectamente inútil, 7 como, después de todo, es preciso no quedarse desarmado, no se cambiará nada á la ley, ano ser la fórmula de redacción. Se cuenta hoy en las Cámaras con diputados que se prestan perfectamente á esta inocente estratagema. ^

MONTESQUIEU.

i Y es eso todo ?

Maquiavslo.

Síj 7 es ya mucho, quizás demasiado; pero creo poder tranquilizarme: mi ejército es entusiasta, fiel mi magistratura, 7 mi legislación penal funciona con la regularidad 7 precisión de esos mecanismos poderosos y terribles que ha in-f ventado la ciencia moderna.

«

MONTESQÜIBÜ.

Así, ¿no modificáis nada las leyes de la prenda

— 279 —

Maqüultslo. Ko !• qaeniais.

MONTRSQDIBÜ.

i Ni á la Legislación Municipal t

Maqoiavelo. i Acaso es posible t

i Ni á Yuestf o sistema protector del sufragio t

Maquuyslo. No.

MONTESQUISU.

«

I Ni ala organización del Senado» ni á la del Cuerpo Legislativo, ni á vuestro sistema, iuter* no, ni al del exterior, ni á vuestro régimen económico» nial financiero?

MOKTBSQUISU.

No reformo sino lo que os he dicho. Ha» blándoos con franqueza, salgo del periodo del te* rror para entrar en el camino de la tolerancia: puedo hacerlo sin peligro; hasta podría conce» dar libertades reales^ porque serla preciso hallarse bien desprovisto de tino político para no reconocer que á la hora imaginaria que supon-go^ mi legislación ha dado F/US frutos.

He llenado el objeto que os habla anunciado; el carácter de la nación ha cambiado; las ligeras facultades que he concedido, han sido para mi la sonda con la que he medido la profundidad del resultado. Todo está hecho, todo

! — 280 —

realizado, ya no hay resistencia posible» No

hay tropiezo, no hay nada! T, sm embargo*

no devolveré nada. Lo habéis dicho, esa es la verdad práctica.

MONTESQUIEU.

Apresuraos á terminar, Maquiavelo. {Ojalá que mi sombra no os vuelva á encontrar nunca y que Dios borre de mi memoria hasta la última pala^ bra de lo que acabo de oir!

Maquiavelo.

Cuidado, Montesquieu; antes de que el mi* ñuto que comienza caiga eu la eternidad, buscareis mis pasos con angustia, y el recuerdo de esta conversación desolará vuesira alma eternamente.

Montesquieu.

Hablad.

Maquíavelo.

Sigamos, pues. He hecho lo que sabéis; por esas concesiones al espíritu liberal de mi tiem» pó, he desarmado el odio de los partidos.

MONTBSQUUfIU.

¡Ahí...I No abandonareis nunca esa máscara de hipocresía con que habéis tapado los crímenes que ninguna lengua humana ha descrito! Queréis, pues^ que salga de la eterna noche para castigaros! ¡Ah, Maquiavelo, vos mismo no habíais enseñado á degradarse hasta ese punto á la humanidad! No habíais conspirado contra la conciencia, no habíais concebido el pensamiento de hacer del alma humana un cieno, en el cual ni el divino creador recono» ceria nada.

— 281 — Eb cierto, me he sobrepasado.

MOSTKSQUIKU.

... ..

¡Haid! oo prolongaeis nn instante mas esta conferencia.

Maquiayblo.

Antes de que las sombras que se adelantan en tomulio por allá abajo hayan llegado 4 esta negra barranca qae las separa de nosotros, habré terminado; antes que la hayan alean* zado, ya no me Tereis mis y me llamareis en^ Taño.

MoirnBBQmsu.

Terminad, esa será la expiación de la teme^ ridad que he cometido, aceptando esta apuestai sacrilega!

Maüiayblo.

i Ah! libertad! he ahi la fuerza con que estás^ arraigada en ciertas almas, cuando el pueblo to desprecia, ó se consuela de tu falta merced á fruslerías. Permitidme que á este propósito os* cuente un breve apólogo:

Narra Dión que el pueblo romano estaba, indignado contra Augusto^ ^i causa de ciertas leyes demasiado rigurosas que habia hecho; pero que, enseguida que dio orden de que^ regresase el comediante Pilade, que los rebeldes: baoian expulsado de la ciudad, r-esó el descon*

lento.

He ahi mi apólogo. Ahora, oid la conclusión del autor, porque es un autor que cito,

c Un pueblo semejante sentía más viTament»

— 282 —

« la tiranía cuando se expulsaba á un titiritero c que cuando se le arrebataban sus leyes (!)•» i Sabéis quien ha escrito esto?

MONTESQÜIEÜ.

Me importa poco.

Maüiavblo.

Reconoceos, fuisteis vos mismo. En torna rolo solo veo almas bajas, i qué queréis que haga! No faltarán saltimbanquis en mi reino, y será preciso que se conduzcan muy mal para que tome la determinación de expulsarlos.

MONTESQÜIEÜ.

No »é si habéis reproducido exactamente mis palabras; pero he aqu^' una cita que, puedo garantizaros, vengará eternamente los pueblos que calumniáis*

« Las costumbres del principe contribuyen « á la ii>ertad como á las leyes. Puede co* « mo ella, convertir en bestias á los hombres « y hacer hombreas de las bestias. Si ama las c almas libres, tendrá subditos, si prefiere las-« almas bajas, tendrá esclavos (2).

He ahi mi respuesta, y si tuviera que añadir hoy algo á esa cuestión, diría:

< Guando la honestidad. pública se aleja « de las cprtes, cuando la corrupción se instala 4: sin pudor, ella uo penetra jamás en el corazón « de aquellos que rodean á un mal príncipe; el € apaor á la virtud continúa viviendo en el cora-a zón del pueblo, y el poder de ese principio es

< tan grande, que al mal príncipe no lé queda mas

(1) Espuitu de las leyeb, lib. XIX cap. II. (2; Cap. XXVII;Ub. XM.

— 283 —

« que desaparecer porque, por la misma fuerza a de las cosas, la honradez vuelve en la práctica « del gobierno, al mismo tiempo que la libertad.»

Maüiavjslo.

I

Eso está muy bien escrito, y en una forma muy clara. Lo que acabáis de decir no tiene mas que un inconveniente, y es que, en el espíritu como ea el ajma de mis pueblos, yo personifico la virtud, ó mejor dicho la liberfad^ lo oís, como personifico la revolución, el progreso, el espíritu moderno, todo cuanto hay enfin^ de mejor en el fondo, de la civilización contemporánea. No digo que sé me respetarán que se me ame, ni que sé me venere, pero haré que rae levanten altares; porque explicaos esto, si podéis, poseo los dones fatales que obran sobré las masas.

Én vuestro país, guillotinaron á Luis XVI que solo quería el bien del pueblo, que lo quería con toda la fé, con todo el ardor de un alma sinceramente honrada, y, algunos años antes, habían levantado altares á Luis XIV que se cuidaba menos del pueblo que de sus mancebas; que, al menor capricho, habría hecho ametrallar á la canalla, jugando álos dados con Lauzun. Pero, yo soy más que Luis XiV, con el sufragio popular que me sirve de base; yo soy Washington, soy Enrique IV, soy San Luis, 3oy CarlQS - el - Prudente, cito á vuestros mejores reyes para honraros. Soy un rey de Egipto ó de A.8ia á la vez, soy,Faraón, Ciro, Alejandro, Sarda-ñápalo: el. alma del. pueblo se expande cuando paso: Mgue mis pasos con delirio; soy objeto de idolatría; los padres me muestran con el dedo á sus hijos, la madre invoca mi nombre en sus

— 28i —

plegarias» la joven me mira suspirando y piensa

Sue si mi mirada se fijase en 'ella> por casuali^ ad^ podría reposar un instante en mi lecho. Cuando el desgraciado se ve oprimido» dice: Si lo supiese el rey; cuando se desea la venganza y se espera una ayuda> exclaman: El rey lo ecArá. No podrá echárseme en cara nunca que no tengo las manos llenas de oro. Los que me rodean, son, es cierto, duros, violentos, merecen á veces el látigo, pero es preciso que sea asi; pues su carácter odioso, despreciable, su baja concupiscencia, sus desbordes, sus miserias vergonzosas, su crasa avaricia^ contrastan con la dulzura de mi carácter, mis sencillos modales, mi generosidad inagotable. Se me invoca, os repito, como á un Dios; cuando graniza, cuando hay hambre, en los incendios, acudo presuroso, el

{ueblo se arroja á mis plantas y me elevaría á as nubes en sus brazos, si Dios le prestase alas.

MoNT£8QUl£U.

I

Lo que no os impedirá e] destrozarlo con la metralla al menor asomo de resistencia.

Maquiayelo.

Es verdad; pero para que se sienta el amor debe existir un poco de miedo.

MONTESQUIBU.

i Ha terminado este sueño horrible?

M aquí A VELO.

] Sueño I I Ah I Montesquieu 1 vais a llorar durante mucho tiempo: rasgad el Espirita de ^ l^ ^9, y pedid i Dios que os conceda el olvido de lo que vais á presenciar á cambio de vuestra parte de paraíso: porque he aquí que

— 285 —

llega la terrible verdad cuyo presentimiento conocéis: en todo cuanto os be dicho no bay nada de sueño.

MONTBSQÛIEÛ.

I Qué queréis enseñarme t

Maqüiavelo.

Lo que acabo de describiros, ese conjunto de cosas monstruosas ante las cuales se espanta el espíritu real, esa obra que tan solo el infierno podría llevar á cabo, todo eso ba sucedido^ todo existo, todo prospera á la luz del sol, á la bora presente, en un punto del globo que bemos abandonado.

MONTESQUIBU. ,

I Donde f

Maquiavelo.

i No, sería infligiros una segunda muerte I

MONTBSQCIBU.

i Ah I ihablad en nombre del cielo I

Maquíavelo. ¡Pues bien!...

MOIÛTESQÛIBÛ

¿Qué?...

Maqüiavelo .

i Ha pn^ndo la hora ! ¿No veis que el torbellino me arrebatá !

MOKTESQUIEU.

i Maqüiavelo !

— 286 — Maquiavblo.

I

Ved esas sombras que pasan no lejos de vos-y se cubren los ojos: ¿las reconocéis? son glorías que han causado la envidia del mundo entero. A la hora presente, piden á Dios que les devuelva su patria I,..

MONTESQÛIEÛ •

jDios de bondad! ¿quéhabéis consentido !..(1)

(1) La destrnedón social, por no haberse sabido reprimir j castigar iniplacttblpmente.... á todos los sofistas y mistificadores, que en nombre de pretendidas mejoras sociales, políticas 6 religiosas, inTocando nnas ▼ eoes á Dios, otras la patria, la libertad de los paeb!os, ete, etc, solo propenden á su medro personal, embaucando las multitudes j á Tooe» hasta á los Montesquieu.

\

POST-SCRIPTUM

•A M « »4

Hasta aquí la obra de Joly, cuyas tendencias y formas amoldadas con un criterio é intenoión libres de todo reato y de toda clase de preocupaciones, he procurado presentar a la consideración de aquellos, que por su condición de hombres dirigentes en los diversos países, puedan desentrañar de ella ventajas para la mejor iestión de los intereses públicos.

Concluida ésta, con la misma libertad de espíritu procedo á la traducción y ano • tación de ía obra inmortal de Maquiavelo y de las anotaciones y rectificaciones de Federico el Grande, de Voltaire y de Napoleón I (1).

<1) Qae yo sepa, no existe ningUDA tradocdiSn fhinreMt ni eepafiola de]« obra de Maquiavelo, que corresponda al mérito del original.

Yerificadas las anas con el propósito exclusivo de lucrar, las oin» con él de desvirtuar la obra del Insigne Florentino, haciéndole decir lo que no pencara, 6 de obtener renombre literario 6 político al amparo de esa gran flgnra, no me be podido fiar de ninguna tradnodóc j, para la puhll-eaaón de la presente, me he valido del original, teniendo níempre á.la vista j cotejando cuidadosamente las de la BlbliotiHsa Económica y'Filosófloa tque no es mas que una síntesis mal hecha), la de la Biblioteca clásica y las de qoe se sirvieron Federico II. y Napoleón, así como Iss de Amelot de'la Hoossaie y Tonsaaint Giraudet, annqne' considero que todas son deficiente»»

— 288 —

Los que como yo no sean ergotistas, ni explotadores de las bajezas de las multitudes inconscientes; los que como yo recuerden que fue la plebe, la que pidió que crucificaran al Redentor y que pusieran en libertad á Barrabás, la que incendió medio París el año 71, la que gritaba desaforadamente Conspnez Zola &' . reirán á mandíbula batiente de la desvergüenza con que dos bribones, coronado el uno, y profundamente depravado el otro, mientras escarnecían (en aras de una populachería indigna de alcanzarse con bajezas), á Maquiavelo y su obra, procedían en la vida real, poniendo en práctica todas sus máximas y practicanao sa doctrina.

A este respecto, bien fuese porque sus anotaciones no estuviesen destmadks á la publicidad, ó por la razón que se fuera, el tercero de esos tres.... grandes hombres no ha sido injusto ni desleal, no ha renegado del maestro.

Terminada que sea la obra que emprendo, cerraré la trilogía que me he pro* puesto publicar con una síntesis, trabajo original mío, y que creo podrá servir para deducir del conjunto de lo publicado las enseñanzas debidas.

— 289 —

Mal podrá nadie juzgar de la obra qué me he atrevido á emprender, ni deducir sus propósitos, mientras no esté terminada la publicación.

Comprendo que con ella voy á despertar un mundo de odios» de recriminaciones y de intemperancias, de parte de todos los que viven del escándalo periodístico ó de las logrerías politiqueras, socialistas, anarquistas etc poco me importa, si puedo como espero, producir con mi trabajo algún bien para la comunidad.

Terminaré afirmando, que este es un libro de buena fé; de absoluta buena fé; de más buena fe aun, que el Rozas de Mansilla^ [personalidad que quizá algún día me atreva á exhibir tal como yo la concibo]; y seguramente de mas buena fé que las obras de Comte, Spencer, Max Nordau, Schopenhauer, etc. etc.

Todos ó casi todos los que se llaman pensadores atrevidos, buscan tan solo adquirir popularidad ó pesos, y sostienen ó niegan lo que les parece, por no perder la una ó los otros.

Todos ó casi todos inducen en error á BUS lectores: todos ó casi todos, presentan con frecuencia en medio de una fraseología de relumbrón, como soluciones prác-

— 280 —

ticas un sinnúmero de dislates diluidos entre algunas hipótesis más atrevidas generalmente que razonables.

Todos ó casi todos callan cosas que saben ó que han debido saber y decir y presentan como verdades axiomáticas hi-

Eótesis algo más que aventuradas; y la umanidad, cual un verdadero bobo de Coria, presta oídos á estos falsos profetas que le ofrecen un paraíso, cuando este mundo no es otra cosa que la mansión del hombre.

A quien se equivoca porque no supo ó no pudo ver, se le puede disculpar que yerre; pero á los que, como la mayor parte de los mal llamados pensadores, y pretendidos reformadores de la humanidad, que pudieron y no supieron ó no quisieron ver ni decir la verdad, no hay bastante execración ni condenación bastante severa que infligirles.

Réstame solo afirmar que con estos libros, no busco lucro ni ruido y que sin ser un iluminado, apesar déla época de bizantinismo porque pasamos, soy de los pocos que creen y que esperan.

T. Real y Prado

TABLA ANALÍTICA DE MATERIAS.

Dbdicat^eu ••• » .V

PRIMERA PARTE. Dialogo Primbeo Pagina 1

Encuentro de Haquiavelo y de MonteFqaien en los infiernos.

Maquiavelo hace el eio^io de la vida pósuima. Quéjase de la jeprobacidn que la posteridad ha un\do á su nombre, y se justifica.

Su único crimen ha consistido en decir U verdad, tanto á 1f« pueblos como á los reyes; el Maquiavelismo es anterior. á Maquiavelñ.

Su sistema flopófico y moral; teoría de la fuerza. - Negacidn de la moral y del derechn en política.

Los grandes hombre« trabajan por el bi^ñ de las sociedades violando todas las ley*^. El bten nace del mal.

Causas de la preferencia acordada á la monarquía absoluta Incapacidad de la democracia. — El despotismo favorece el desarrollo de las grandes civilizaciones.

DUlogo Segundo • • Pagina H

Respuesta dé Montesquteu --Las doctrinas de Maquiavelo carecen por-completo de ba^e filosófica. — La fuerza y la astucia no son principios.

Los poderes más arbitrarios se ven obligados á basarse en el derecho. Lj razón de Estado es tan solo el ^ interés del Príncipe 6 de sus favoritos.

El derecho y la moral son los fundapientos de la política. Inconsecuencia del sistema contrario. Si el Príncipe se

— 292 —

•

«i\me de observar las reglas de moral, oUo tanto karán los Fúbditos.

Los grandes hombres qae violan las leyes bajo pretexto de salvar el Estado, caasan más daños que beneücios. La anar* <ia(a es á veces menos fanesta que el despotismo.

Incompatibilidad del despotismo con el actaal estado de instituciones de los principales países de Europa. — Maquia-<velo ruega á Montesquieu que justifique dicha proposiciÓD.

Diálogo Tergbro Página Si

D ísarrollo de las ideas de Montesquieu. — La confusión de poderes es la causa primordial del despotismo y de la anarquía.

Influencia de las costumbres políticas bajo las que ha sido escrito el Tratado del Príncipe. Progreso de las ciencias sociales en Europa.

Vasto sistema de garantías de que se han rodeado las naciones. Tratados, constituciones, leyes civiles.

Separación de los tres poderes legislativo, ejecutivo y Judicial. £1 principal obstáculo psira la tiranía es el principio generador de la libertad política.

Que el régimen representativo, es el medio de gobierno más .apropiado en los actuales tiempos. Goniciliacidn del orden y de •Ja libertad.

Justicia, base esencial del gobierno. El monarca que adopta* •re boy en día las máximas del Tratado del Principe se vería colocado en el indix de la Europa.

Maquiavelo sostiene que sus máximas no han dejado de pre--valecer en la política de los príncipes.— Ofrece demostrarlo.

Dialogo Cuarto . • • • Página 34

Maquiavelo hace la crítica del régimen constitucional. Los f)oderes permanecerán estacionarios d saldrán violentamente de su órbita.

•

Masa de pueblo indiferente á las libertades públicas cuyo goce real no comprende ni le alcanza.

Régimen representativo incompatible con el principio de la soberanía popular y el equilibrio de los poderes.

Revoluciones. La soberanía popular conduce á la anarquía y la anarquía al despotismo.

Estado moral y social de los pueblos modernos incompatible •con la libertad.

— 293 —

La\ salvación está en 1» centralizacidn. Gesarismo del Bajo Imperio. India y China.

Dialogo Quinto Página iG

La fatalidad del despotismo f^s ana idea que Montesqaieu continúa combatiendo.

Maquiavelo ha tomado por leyes universales hechos que no son mas que accidentes.

Dpsarrolío progresivo de las instituciones liberales desde el feudalismo hasta el régimen representativo.

Las institucionf's no se vician sind con la pérdida de la libertad. Es preciso, pue^ mantenerla con cuidado en la economía de los poderes.

MonierquíHu admite bajo cierta reserva el principio de la soberanía popular. Gomo comprende dicho principio. Del derecho divino, del derecho humano.

Dialogo Sexto Página B6

Continuación del mismo tema.— Antigüedad del principio electoral. E« la base primordial de la soberanía.

Consecuencias extremas de la soberanía del pueblo.— Bajo eFte principio no serán más frecuentes las revoluciones.

P.ipel importante de la industria en la civilizacidn moderna. Tan inconciliable es la industria con las revoluciones como con el despotismo.

El despotismo ha caldo tan en desaso en las costumbres de las más adelantadas sociedades de Europa, que Montesquieu desafía á Maquiave'.o á que encuentre el medio de volver á implantarlo.

Miqaiavelo acepta el reto y se entabla el diálogo á este respecto.

Dialogo Séptimo Página 64

Generalidades de Maquiavelo acerca del sistema que se propone emplear.

Sus doctrinas son de todas las épocas; en este mismo siglo, tiene nietos que saben el precio de sus leccionef.

Trátase solo de hacer que el despotismo se halle en armonía con las eostumbri^s modernas.—Principales reglas qae deduce para contener el •movimiento en las sociedades contemporáneas»

Poliüica interior y exterior.

— 294—

Roerás reglas tomada* d«l résimen isdastrül.

O^ino se pueden «tiliiair la piensa, la trilHina y las sotfleías dd derecha

A qn^éa es neeemio aeordar el poder.

Por estos diferenies medios poede cambarse el carlefer de Ja oaddo mis ioddmiu y haeerta qoe sea tan ddeü ante li túnate eomo el mis in^ignifieante poeblo del Asia. /

Vootesqiüen mega i MaqaiiTelo qoe salga de las generalidades, y le pore eo nrv«^nc*a tle on Estado eoosititnido por iastitaciooes representaüTa«, pregunUndoie eomo podifa retro-eeder otra Tea al poder absoluto.

SEGUNDA PARTE.

IHiLOGO Octavo -- Lm podúca áe MaqmiMHi^ em maién Pimma 74

Fot medio de en golpe de Estado, camlúa el orden de eoosutaído«

Se a^oTa en el poeblo y dorante la dictadora anoln toda la legi^acidn.

necesidad de iirp!actar ei terror al dfê s^igniente de on golpe de E<taao. Pac;o U-* sangre cooel eiérciio. Ei osorpador debe acoAar todo el meti^i^o coa «o efigie.

■ari oca nceva con^^titac^óiu no ipraiendo darle por bnse les grandes phoc píos d^« dcebo ■'Od^mo.

o>»o se comrocdri para no aplicar dicbos principios y alejarles siK'«s:Taü:ente.

OULvxfto !(oTiso — Lm o«s.^*snf« . . . Púmmm' 87

Cs>n::nojM> Ó4I del m^5->o aser.:c«^ Sê hace r^tüear por d poeb^o e(go:f« de EsUJvV

S^ e^ta!>.ece el svfr^^ on.rrrsa^ te él emana el absolutisow.

Ijí ct^si^tir^CN!^ debe ser »a o^ra de eo soto bombe; sometida al ss;r>^o s:n oisems csu. pres^cada en so coojonto, y «Kv^rc^^jía eo se lou.:á«d.

fíra c^eívjr !a cv^^srv^x.^ c«i>:^. 'ca del ^taio, basta con «rji> í* ,j o:5:,\><:o v»3 de t» ü^mo?: Secaio. Cnerpo leg^.sia-tix^ Cort\$<;ok de E^tacKo^ ric^

IV* t^W^» *íyi,^4i^*?r* - Sapre^c* de la reseoosa^ISdad wk-itis;tcUI T de U mviaun |Mr«a>ec «ria. La Keposácídn de lao

\$^ ríts^4r>ia c««::;ra ta sv>6eri&êa -:íe. ^^:o por el de^ebo

— 235 —

i» Uaniauñenuí al bísb» f d ée étd^sv «

de dipotad*».— Íliet2s i los diputadas. Lj4i:t3e«a di nones.— Poder discrecMiial dé la c— >th disoloeiáo.

Dialogo Dicoio— Qnutilmeién (ecntimmmaén} Pdfiv« too

Del Senado y ée sm ür^iMÍ3/%a4n. C Sna^ ■• i^^ mas qae nn simniaero de tmen^o po'isca «icsúaaite f csVir)a accida drl Principe j i trasiaieurie ci piMSer a&sot'co y disereeional sobre todas las teii»^.

i)eč Omstjo ds Estaáo. Mi» repirscnrar cm ecra e^fiera el mUmo papel qo^ ei Senado. Trasmiiie ai Prjic;e el ^2o* re» f lamentario y jodicialL

La Gonstítacída eni trnninaoa. RecaptaaenSo d<» las ^-ferentes maneras qae »^opra el Pr{iu5.oe para kacer ^ ^ dentro de este sistenia. La luce de fid» suidos.

Después de b^eha la Coo5t:ioe«ófB« ei Pnccse debe decretar una serie de lefes que separarán, por Yfa de ^xcc^cumi. y>i principios de derechos púbúico reeGCMKidos em oac;'»'^ e& la Gonstítncídn.

DuLoGo U!a>čGaio.~De ^os/#f es • •- . « F^jm fi3

De to Prensa. Espirita de Us >7<»s de HaqnraTe'o. So de* finieidn de la libertad psti teinada de Mont^^^n e«.

Maquiavelo fe ceapa ame to«iA de Ui Pr^^n^a ra s« reii>». Alcanzará á los dianos como i le:^ «.bffis,

Aalorización del gobierno para íasdar an dUro 5 csa'/;<i:^ cambio que faese nece>an& ^n H pentorat de ía re^a^yri^t.

Medidas fi<caipr para encarriiar la índasiTia de la pren^». Abolición del jurado en materia d« prmsa^» Pettas (^ ^ vCa administrativa y jadicial. Sistema de adver seociaa. Prcb tir«^^ de hacer el resumen de las sesiones del Coerpo iegM'.au'.o y de los procesos en ía Pren5a.

Represión de las noticias faXs^f.-^ Corddc «anírarto 'p^>ra los diarios extranjeros. Prohibimón *e ímporur p^ata r.o autorizados — Leyes páralos nacióDiles qie t^aWÁtén tu^ extranjero en contra del gobierno.— I/^yes det mi^mo o:éri^o impuestas á los pequpjlos Cstadosr Ucnftrofes contra fn« ^o pios subditos.— Los corresponsales esiranjeros deben >er ^Fit^^ Teociopados por|ei gobierno

Medios de refrenar los líbrof.— Liceieiás acordada* por et

— 2 94—

Nuevas reglas tomadas del régimen indostridl.

Como se pueden utilizar la piensa, la tribuna y las sutilesas del derecho.

A quién es necersarlo acordar el poder.

Por estos diferentes medios puede cambiarse el carácter de la nación más indómita y hacerla que sea tan dócil ante It tiranía como el más in^gniflcante pueblo del Asia. /

Montesquieu ruega á Maquiavelo que salga de las generalidades, y le pone en presencia de un Estado constituido por instituciones representativas, preguntándole como podría retro^ ceder otra vez al poder absoluto.

SEGUNDA PARTE-DIÁLOGO Octavo — La política áe Maquiavela en acdón ' Pígina 74

Por medio de un golpe de Estado, cambia el orden de cosas constituido.

Se apoya en el pueblo y durante la dictadura anula toda la legislación.

Necesidad de implantar el terror al dü siguiente de un golpe de Estado. Pacto čpí sangre con el ejército. El usurpador debe acuñar todo el metálico con su efigie.

Hará una nueva con<:tituciÓQ, no temiendo darle por base los grandes principios del derecho moderno.

Gomo se compondrá para no aplicar dichos principios y alejarlos sucesivamente.

Dialogo Noveno — La Constitucíln . • . Página' 87

Continuación del mismo asunto.— Se hace ratificar por el pueblo el golpe de Estado.

Se establece el sufragio universal; de él emana el absolutismo.

La constitución debe ser la obra de un solo hombre; some-tida.al sufragio sin discusión, presentada en su conjunto, y aceptada en su toUidad.

Para cstmbiar la complexión poHtica del Estado, basta con cambiar la disposición de los órganos: Senado, Cuerpo legisla-tivo. Consejo de Estado, etc.

Bel Cuerpo legislativo - Supresión de U responsabilidad ministerial y de la iniciativa parlamentaria. La proposición de las' leyes no pertenece mas que al Principe. '

Se resguarda contra la soberanía del pueblo por el dci^echo

— 295 —

če llauámiento al mismo y el de declarar el estado de sitio.

Supresión uei derecho de enmienda. Restricción dei numero de diputados.— Dietas á los diputados. Limitación de tas sesiones.— Poder discrecional de la convocatoria, próroga y disolución.

Diálogo Decuio— Constitución (ecntinuación) Página 100

Del Senado y de su organización. El Senado no debe ser mas que un simulacro de cuerpo polftico destinado A cubrir la acción drl Principe y á trasmitirle el poder absoluto y discrecional sobre todas liis leyes.

Del Consejo de Estado. Debe representar en otra esfera el micsmo papel qn*" el Senado. Trasmite al Príncipe el poder reglamentario y judicial.

La Constitución e^tá termfnaaa. Recapitulación de las diferentes maneras que Mdopia el Príncipe para bacer la ley dentro de este sistema. La hace de siete modos.

Después de hf>cha la Constiición, el Príncipe det>e decretar una serie de leyes que separarán, por vía de excepción, los principios de derechos público reconocidos en conjunto en la Constitución.

Dialogo VnDtcmo.^De las leyes Página li5

De la Prensa. Espíritu de las leyes de Maqniavelo. Su definición de la libertad esiñ tomada de Montesquieu.

Maquiavelo fc ocupa ante toilo de la Prensa en sn reino. Alcanzará á tus diarios como á los libros.

Autorización del gobierno para fundar un diario y cualquier oambio que fuesf) nece^arlo en el personal de la jredacción.

Medidas fiscales para encarrilar la indusina de la prens-a. Abolición del jurado en materia de Prensa.— Penas (tor vía administrativa y judicial. Sistema üe adveitencias. Prohibición» de hacer el resumen de las sesiones del Cuerpo legisIati\o y de los procesos en la Prensa.

Represión de las noticias falsas.— Cordón sanitario 'para los diarios extranjeros. Prohibie.ión 'e importar escritos no lutorizadoa — Leyes para los nacionales que escribirán en el extranjero en contra del gobierno.— Leyes del misiiio género impuestas á los pequeños Esiados limítrofes contra sus pro pios subditos.— Los corresponsales extranjeros deben ser sub-venciopados por|ei gobierno

Medios de refrenar los libros.^ Licencias acordadas por el

— 29(i —

gobierno á los iupresores, editores y librero^-> Retirada fa*-cultatWa de dicbas licencias.— Rf^siionsabilidad fienal de los impresores, con lo qae los mismos impresores harían la po licia de sus libros y darían cu»*nia á las ag otee de la aümi*> nistracidn.

DiÁLOG) OajDBCíMo . De la Prenda (continuación) Página 1i5

Gomo el gobierno de Maquiavelo destniirá la Prensa hafién-dose periodista.

L^s hojas*adictas al gobierno ^erán doble numerosas qoA las independientes. Diarios oficiales, semi-oficiales, oficiosos | semi-oficiosos.

Diarios liberales, democráticos y revolucionarios sostenidos ctm el dinero del gobierno sin conocimiento del pueblo. Mo» uo de organización y de direccidn.

Manejo de la opinidn. Táctica, artes, pruel)as....

Diarios de provincias. Importancia que tienen.

Censura administrativa parh los diarios. — Comunicados. — Prohibicidn de reproducir ciertas noiciiax privadas.

Los discursos, las memorias y los esiractos oficiales son qii anexo de la prensa gubernamental.— Lenguaje, artificio f estilo necesarios para apoderarse de la opinión pública.

Elogio perpetuo del gobierno.— Reproducción de imaginarios artículos de diarios extranjeros que rinden tributo i la política del gobierno. — Crítica de lo^ antiguos gobiernos» — Tolerancia en materia de discusiones religiosas y literaturm frivola.

Diálogo décimo tbrcio — Délos complots Pagina 140

Cuenta de las viciimas que es precifo sacrificar para asegurar la tranquilidad.

De las saciedades secretas • — Su peligro. — Deportación y pioscripcidn enmasa de aquellos que hubiesen pertenecido á ellas.

*" Deportación facultativa de los que continúen en el territorio»

ivnas para los afiliados nuevamente.

Existencia legal acordada á ciertas sociedades secretas para las que el gobierno nombrará á los Jefes^ á fin de dirigirlo y Fit borlo tooo.

Leyes contra el derecho de reunión y de asoáackSa

— 297 —

Uodifleeldeo de* la organizaoidni Jadieial.. liedíoa^ da obiftr Mittre \^ magistratura sin abrogar expresamenta^ la ioaanfOVtU^' dad de ios Jueces.'

Diálogo • DTecimo Cuarto De las instifueif^nes sseUienies anteriormente . • • . PáginaiM^ 159

Racursos qae Maquiavelo toma ide ellas.

Óarantía a^nttUueional. B» ana ininensidadf atisolüu pero necesaria, acordada á los. agentes del gobiernos

Del ministerio pUblícoi Partido que puede sacarse dé esta institnción.

CortC' Sitpremai peligros que presentaría estajorísdllecidn si fbese demasiado independiente..

De los recursos que presenta, el arte de^lajarispmdéneia ei| la apticacídn de las leyes que atafiea. al ejercicio> de' Ida de* fechos polfticos.

Gomo» un decreto puede suplir á un teztb de la ley. Ejemplos* Medios de prevenir en lo posible, em ciertos casos'déiicados, elt recurso' de-íos ei&dads*cos ante los tribunales. Declara* clones oficiosasMie la admnistracldn i»ara que Ik ley se apli* que-á: tal 6 cual caao^yental d-cual sentido; Resultado de estas declaraciones.

Dialogo Dbcimo-^Quinto— 2)O¿ «tf/ya^co . • Página i6o

De las dificultades que hay que evitar en la aplicación del sufragio universal.*

Es preciso quitar á la elección el nombramiento de los Je* fes de fila en todos los consejos de administración emanados del sufragio.

Que no podría ser abandonado el sufragio universal < sí mismo para las elecciones de diputados, sin correr un gran peligro.

Es precüto asegurarse los candidatos por medio de un jura-roento previo.—* El gobierno debe presentar á sus candidatos frente á frente de sus electores, y bacer que concurran á su nombramiento todos los agentes de que disponga.

Los electores no deben tener la facultad de reunirse para concertar.su voto. Debe evitarle hacer que voten en los centros populosos.

Supresión del escrutinio' de lista: Desmembración de laa circunscripciones electorales donde se hace sentir la oposición.—Cómo puede ganarse el sufragio sin comprarlo directa* tamente«.

Be la oposición en las Cámaras. De la estrategia parlamentaria y del arte de ganar votos.

DiilLOGO Decimo-Sexto— Dé ciertas eorpoi^adones Pdg. 170

Peligro que presentan las faerzas colectivas en generáK

De los guardias nacionales. Necesidad de disolverlos. Organización y desorganización facultativas.

De la Universidad. — Debe estar completamente bajo la dependencia del Estado, á fin de que el gobierno pueda dirigir el entendimiento de la Juventud.*-Supresión de lá ensefian-za del derecho constitucional.—La ensefianza y apología de la historia contemporánea son muy ütHes para imprimir el amor y la veneración del Príncipe en las generaciones ítaturas. -^Movilización de la influencia gubfemamental mediante cursos libres por los profesores de la Universidad.

Del foro. Reformas deseables. Los abogados deben ejercer su ^ profesión bajo ei control del gobierno y ser ncmbrados por él.

'Del clero. De la posibilidad para un príncipe de acumular la soberanía espiritual con la soberanía política. Peligro que la independencia del sacerdocio hace correr al Estado.

De la política que hay que observar con el sumo pontífice Amenaza perpetua de un cisma muy eficaz para contenerlo.

El mejor medio sería poder mantener una guarnición en Roma, á menos que no se decidiese á destruir el poder temporal.

'Dialogo Décimo Séptimo - De la Policía Pdgtná 18f

Desarrollo vasto que es preciso dar 6 esta institución.

Ministerio de policía. Cambio de no*nbre si el nombre no gusta.- Policía interior, policía exterior.— Servicios correspondientes en todos los ministerios.— Servicios de policía internacional.

Papel que puede hacerse desempeñar á un Príncipe de la sangre.

Restablecimienio necesario del gabinete negro.

De las conspiraciones simuladas. Su utilidad. Medio de exci* \sir la popularidad en favor del Príncipe y de obtener del Estado leyes excepcionales.

Partida^ invisibles que deban rodear al Príncipe cuandn sale. Perfeccionamiento de la civilización moderna á este respi cto.

Difusión de la Policía en todos los rangos de la sociedad.

Conviene usar cierta tolerancia cuando se tiene ent'e las nianos .tpdo el poder de la fuerza armada y la po ícía.

.^ 299 —

I

•

De como el derecho de determinar la lilMrtad indiyidoal debe pertenecer á un. magistrado .único y no á un consejo.

Asimilación de las delictos relativos á las delictos de derecho comün. Efectos de la delictos

Asimilación de los delitos políticos a los delitos de derecho común. Efecto saludable.

Listas del Jurado en lo criminal compuestas por los agentes del gobierno. Déla Jurisdicción en materia de simple delito político.

TERCERA PARTE

Dialogo Dcimo Octatu De las finanzas y de su tspiritu Página 19S

Objeciones de Montesquieu. El despotismo no puede aliarse sino con el sistema de conquistas y el gobierno militar.

Obstáculos en el régimen económico. El absolutismo altera el derecho de propiedad.

Obstáculos en el régimen financiero. Lo arbitrario en política implica lo arbitrario en finanzas. Voto del impuesto, principio fundamental.

Respuesta de Maquiavelo. Se apoya en el proletariado que es desinteresado en las combinaciones financieras, y sus diputados están á sueldo.

Montesquieu responde que el mecanismo financiero de los Estados modernos resiste de por sí á las exigencias del poder absoluto. Dé los presupuestos. Modos de formarlos.

Diálogo Dcimo Noko Del sistema áei presupuesto {continuación) Página SOS

Garantías que presenta este sistema segdn Montesquieu. Equilibrio necesario de los ingresos y egresos. Voto distinto del presupuesto de recursos y del de gastos. Prohibición de abrir créditos suplementarios y extraordinarios. Voto de los presa* puestos por capítulos. Tribunal de cuentas.

Respuesta de Maquiavelo. De todas las partea de la política las finanzas son las que más se avienen con las doctrinas del iii>c|iii<)\>li^nMi.

No tocará al Tribunal de cuentas, que mira como una inst|t^* don ingenua. Se complace de la re^laridad de percepción de los dineros pdblicos y de los prodigios de la contabilidad. ,

Revoca las leyes que garantizan el equilibrio de los présupuesr. tos el control i la limitación de los gastos.

— 3Go —

rDiALoo ViGBanio Continuaeíótt déi mitmo OBunffi Página Si4

LoR presupuestos no son sino cuadros elásticos que deben eaXirarse i noluntad. El voto lefrislativo no es en el fondo siniS una homologación pura y sencilla.

Del arte de presentar el presupuesto, de agrupar las cifras. Importancia de la distinción entre el presupuesto ordinario y ei extraordinario. Artificios para ocultar los gastos y el déficit. El formalismo financiero debe ser Impenetrable.

Empréstitos. Uontesquieu explica que la amortiáclón e^ un obstáculo indirecto para Jos gastos. Maquiavelo no ainorti* cara: razones que aduce.

.<La adrrtintstracdn de* las rentas es, en gran parte, un asun* to de prensa. Partido que puede sacarse de las memorias 9^ciales.

Frases, fórmulas-y procedimientos de lenguaje, promesas, esperanzas que deben emplearse para inspirar confianza á los contribuyentes, sea para preparar de antemano un déficit^ sea para atenuarlo si se produce.

,A veces es preciso declarar atievidamete que se ha ido demasiado alfa y anunciar severas resoluciones de economía. Partido que se saca de estas declaraciones.

Diálogo Vigésimo -.Pbimbros • JDe los rnnpféstitos (continuación) • . • PoptTia S2S

Maquiavelo baee la apologiavde los empréstitos. Nuevos procedimientos de empréstitos por los Estados. Suscripciones públicas.

'Otros medios de procurarse fondos. Bonos del tesoro. Préstamos de los Bancos públicos, de las provincias y xle las ciudades:. Movilización en rentas de los bienes de propios y de los establecimientos públicos.— Venta de bienes nacionales.

Instituciones de crédito y previsoras. Son un medio de dis* poner de toda la fortuna ,pública y de unir la suerte de los' ^udadanos al man:enimiento del poder estab'ecido.

. Gomo se pag4. vumepto de lo*^ impuestos. Conversión..Con* sdlidación. Guerras.

Gomo se/sostiene el crédito público. Grandes establecimientos de crédito cuya misión ostensible es prestar á la industriav y icnyo fobjeto velado es sostener las C'Otiz^óionei de los.fondos •públicos.

— 301 — <JÜARTA PARTE.

I

KJkLoQo MiGS8iMo-!Si6üNDo "Grondeísas del f\$inado. * Página 238

aotos de Uaqniavelo estarán en relación con los re-enrsos de que disponga.^ Va i Justificar la leoria de que ei ^i\$NM»rge del mal.

, •Gu.enra en las cnatco partes del mando. Begnirá las haeUas de ios más grandes conquistadores.

En el interiorfu construcciones gigantescas. Impulso dado al eqptrittu de especulación y ^de empresa. JLibertades industriales.^ Mejoría

de la suerte .de las clases obreras.

Reflexiones de Montesquieu acerca de todas estas cosas.

. ' üULOGo ViGBsiMo - Teeebro. - De otros medios diferentes que MaqmxQvelo empleatia pana consolidar su impejfiq y perpetuar su dinastía • • . . Fdgina 247

Creación de una guardia pretortana dispuesta á caer .sobre los.partidof vacilantes del iimierio

lias construcciones y 'su utilidad política.

Realizaddn de la idea de oi^nlzar el trabajo. — Hedidas prc* paradas en caso de derrocamiento -del poder.

Vias estratégica?, ciudadelas. centros de habitaciones de obre-tes «n previsión de di^urbios. El- pueblo 6dÍflcando fortalezas OOBtr^ si propio.

Pequeños medies.^Trotees^ .emblemas, imágenes y estatuas que recuerden por doquiera ia grandeza del Príncipe.

El nombre Real dado á todas l&s Instituciones y á todos los cargos públicos.

•Lm oallesy placas pdbricas «te. deben llevar nombres histd-qtoos 4el ^reinada.

De los empleoso —Es preciso multiplicarlos.

Condecoraciones y su .uso. Medios de hacerse muchos partida-tios á poca costa.

Creación de títulos y restauración de los mds grandes apellidos desde Carlomagno.

Utilidad del ceremonial y de la etiqueta. Pompas y fiestas. Excitación al iuje y á los goces sensuales .como .distracción .de las preocupaciones políticas.

Dehs pedios morales. Empobrechniienlo .de los caracteres. De la miseria moral y de su utilidad.

— 302 —

Gomo nioguno de estos medios es perjudicial á la eonsi* ileracion del Príncipe ni á la dignidad de su reino.

Diálogo vigésimo cüáato,' Partkularidades de la fisonífmia del Prineipe tal como Maquiavelo la concite. Página 261

%

• • • • •

Impenetrabilidad de sus designios. Prestigio que aeuerdt Príncipe. Algunas palabras acerca de Borgia y Alejandro \I.

Medios de prevenir la coalición de las potencias extranjeras «ngafiadas cada cual á su vez. Reconstitución de un Estado débil que da trescientos mil hombres de m<s contra la Europa «n armas.

Consejo y uso que el Príncipe debe hacer de ellos. Ciertos vicios son virtudes en el Príncipe. De la duplicidad. Lo neee* sariaque es. El todo, consiste en crear alrededor* de todo apariencias.

Palabras, que significarán lo contrario de lo que aparecerán indicar.

Lenguaje que el Príncipe debe usar en los Estados que se basan en la democracia.

El Príncipe debe tomar como modelo un gran hombre deja antigüedad y escribir su vida.

De como es necesario que el Príncipe sea vengativo. , «Con cuanta facilidad olvidan las víctimas: Dicho de Tácito.

Las recompensas deben suceder inmediatamente al servicio prestado*

Utilidad déla superstición. Acostumbra al pueblo á fiarse en la estrella del Príncipe. Maquiavelo es el mas afortunado de los Jugadores y su suerte no puede cambiar ja más.

Necesidad de la galantería. Agrupa á la mas bella mitad de los subditos.

Cuan fácil es gobernar con el poder absoluto. Goces de toda clase que Maquiavelo dará á su pueblo. Guerra en nombre de la independencia europea. Se declarará partidario de la libertad de la Europa, pero para ahogarla.

Escuela de hombres políticos formada bajo los cuidados del Principe. En el Estado no se verá inas que á Maquiavelo.

Diálogo vigbsimo-quinto t ultimo. • Ultima paliUnra Pag. S7i

Diez años de reinado en estas condiciones. La obra de Ma*^' quiavelo consumada.-El espíritu publico destruido. El carácter de la nación cambiado.

— 303 —

I

RestitDcion de ciertas libertades. Nada ha eambtadia' eñ el sistema. Las ooneesiones no son mas que apariencias. Únicamente se ha salido

del periodo del terror.

Estigma infligido por Monterqnieo. No quiere seguir la disensión.

Anécdota de Dion acerea de Angosto. Gitacidn vengadora de Montesquieo.

Apología de Maqulavelo coronado. Es mas grande que Luis XIV, que Enrique IV y que Washington. El pueMo le adora.

Montesquieu trata de visiones y de quimeras el sistemp de gobierno que acaba de e^boiar Maqulavelo.

Maqulavelo responde qué todo cuanto ha dicho existe idéti-icamente en un punto del i^bo.

Montesquieu apremia á Maqulavelo para que nombre el reino donde se pasan asi las cof^s.

Maquiavelo se dispone á bablar; un torbellino de almas le arrebatata.

Fm DB LA TABLA

FB DE ERRATAS

o

•I



3 2044 036 968 899



¿mm